TOM SHARPE

Vicios ancestrales

ESPA MOBI

La historia comienza el día en que un magnate inglés decide dar rienda suelta a su retorcida maldad para dirigirla nada menos que contra sus propios parientes y socios de la multinacional que él preside. Para ello utilizará los servicios de quien en teoría es su principal enemigo, un profesorzuelo universitario de ideología izquierdista y notable ingenuidad para las cosas de la vida, a quien encarga la redacción de una historia de su familia.

Pero si el arranque ya es disparatado, el desarrollo será la locura. La silla de ruedas automática con la que se desplaza el viejo Lord Petrefact adquirirá vida propia; el catedrático se sentirá estimulado eróticamente por una subnormal que adorna su cocina con fotos de hombres musculosos; alguien cometerá un crimen involuntario y todos los indicios señalarán a un inocente.

Y esto no es más que un breve resumen de la serie de dislates que se suceden en esta historia de venganzas maquiavélicas y pasiones reprimidas, de confusiones y tropiezos, caídas y desastres, en la que Tom Sharpe demuestra encontrarse en plena forma, tan capaz como siempre de tejer la trama más descabellada y conducirla hasta el más rocambolesco final.



Tom Sharpe

Vicios ancestrales

ePUB v1.0

neronion 08.01.13

más libros en espaebook.com

Título original: *Ancestral vices*
Tom Sharpe, 1980
Traducción: Antonio Mauri
Diseño/retoque portada: Emil Tröger

Editor original: neronion (v1.0)
ePub base v2.1

1

Lord Petrefact pulsó el timbre del brazo de su silla de ruedas y sonrió. No era una sonrisa encantadora, pero casi todos los que conocían bien al presidente del Grupo de Empresas Petrefact, que eran un grupo de desdichados poco numeroso, jamás esperaban de él sonrisas encantadoras. Incluso su Majestad la Reina, que, contra su juiciosa opinión, se dejó convencer por un nada escrupuloso primer ministro y acabó concediendo a Ronald Osprey Petrefact un título honorífico, pensó que su sonrisa era casi amenazadora. A los dignatarios de categoría inferior les reservaba sonrisas que iban desde lo reptilino hasta lo francamente sádico, según la importancia que él les diera, cosa que dependía exclusivamente de la utilidad temporal que tuvieran para él, o, en el caso de sus sonrisas más memorables, de que no le sirvieran absolutamente de nada.

En pocas palabras, la sonrisa de Lord Petrefact era simplemente la aguja indicadora de su barómetro mental, cuya escala jamás registraba tendencias más optimistas que tiempo bonancible, aunque por lo general anunciaba borrascas. Y desde que contrajo su enfermedad, causada por los esfuerzos combinados de uno de sus asesores financieros (que desprestigió sin querer unas acciones recientemente adquiridas por Lord Petrefact) y una ostra especialmente resentida, su sonrisa había adquirido una tendencia ladeada tan notable que, a veces, los que estaban sentados a uno de sus lados podían creer que, más que sonreír, estaba enseñando la dentadura postiza.

Pero esta mañana en particular casi rozaba la afabilidad. Se le había ocurrido, por decirlo con su metáfora preferida, una forma de matar dos pájaros de un tiro, y como uno de esos pájaros era un miembro de su familia, el plan le resultaba especialmente agradable. Al igual que muchos grandes hombres, Lord Petrefact detestaba a sus más próximos y queridos parientes, y su grado de proximidad, así como, en el caso de su hijo Frederick, su altísimo costo económico, estaban en proporción directa con la intensidad de su odio. Pero lo que se le había ocurrido no iba a servir solamente para dar la patada a su familia

más inmediata. Los numerosos e infernalmente influyentes Petrefact que se encontraban esparcidos por el mundo se indignarían infinitamente, y como ellos le habían criticado siempre, a Lord Petrefact le proporcionaba un inmenso placer saborear por anticipado sus reacciones de furia.

De hecho, tuvo que utilizar toda su astucia financiera, más la colaboración de una empresa norteamericana que había comprado subrepticiamente, para poner fin a los entrometimientos familiares en lo que hasta entonces había sido el negocio de la familia. Incluso su título nobiliario provocó notables acritudes, frente a las cuales su único argumento convincente fue que, a no ser que le permitieran elevar su apellido a la aristocracia, profanaría a toda la tribu de los Petrefact consiguiendo que le metieran en la cárcel. Los Petrefact se enorgullecían de ser una de las más antiguas familias anglosajonas, y contaban entre sus antepasados a varios personajes anteriores a la Conquista. Sin embargo, no se habían destacado nunca en el mundo de la alta sociedad. Habían procurado permanecer encerrados consigo mismos, hasta el punto de que el tío Pirkin, que estaba construyendo el árbol genealógico en Boston, tuvo que inventar varias esposas espúreas a fin de ocultar la mancha del incesto.

Debido sin duda a siniestros motivos, los Petrefact habían producido un número estadísticamente anormal de hijos varones. Aunque sólo fuese por una vez, Lord Petrefact tuvo que conceder que estaba de acuerdo con el tío Pirkin. Las pruebas de anormalidad, tanto estadística como sexual, habían aparecido bajo su mismo techo, con sus hijos. Su esposa, la ya fallecida Mrs. Petrefact, se había jactado con cierta precipitación de que nunca hacía las cosas a medias, pero contradijo inmediatamente su afirmación dando a luz unos gemelos. Su padre saludó el doble nacimiento con cierta decepción. Se había casado con ella por dinero, y no por su capacidad para producir gemelos como quien no quiere la cosa.

—Quizá podría haber sido peor —admitió a regañadientes cuando le comunicaron la noticia—. Hubiese podido engendrar cuatrillizos, y todos niñas.

Pero para cuando los gemelos, Alexander y Frederick, llegaron a la pubertad, hasta aquella madre que tanto les idolatraba comenzó a tener sus dudas.

—Seguro que se les pasará con el tiempo —le dijo Mrs. Petrefact cuando él se quejó de habérselos encontrado en el baño, haciendo cada uno el papel del otro—. No es más que un simple problema de identidad.

—Lo que yo he visto no me parece simple precisamente —cortó Petrefact — y, por lo que se refiere a la identidad, me sentiré capaz de distinguirles cuando uno de esos sodomitas deje de usar pendientes.

—No quiero ni oír hablar de eso.

—Tampoco yo quiero verlo. Así que a ver si guardas bien cerrados en algún sitio tus malditos ligueros.

—Pero, Ronald, si hace muchísimo tiempo que ya no llevo ligueros.

—Pues me gustaría que todos los que viven en esta casa te imitaran —dijo Petre Petrefact, cerrando de un portazo para dejar bien patente su enfado. Pero el incierto género de sus hijos siguió obsesionándole y persiguiéndole, y sólo cuando Frederick demostró su masculinidad, al menos en parte, dejándose seducir por una de las mejores amigas de su madre, Lord Petrefact pudo por fin sentirse seguro de que tenía un descendiente varón. En cuanto a Alexander, no había modo de saberlo. O no lo hubo al menos hasta una noche, años más tarde, en la que Frederick, que hubiese debido estar en Oxford, se presentó en una recepción en honor del ministro paraguayo de Minería, que estaba a punto de negociar la venta del noventa por ciento de los derechos mineros de su país a una empresa de Petrefact, la Groundhog Parities.

—Lamento tener que anunciar que acabamos de perder un miembro de la familia —dijo Frederick a los presentes, dirigiendo una mirada apesadumbrada a su madre.

—No… No puede ser —empezó a decir Mrs. Petrefact.

Frederick hizo un gesto de asentimiento.

—Lo siento, pero mi hermano ha decidido cortar por lo sano. Yo quería disuadirlo, pero…

—¿Quieres decir que se ha suicidado? —preguntó esperanzado Lord Petrefact.

—Ay, mi pobre Alexander —gimió su esposa.

Frederick esperó a que los sollozos de su madre fueran claramente audibles.

—Todavía no, aunque no hay duda de que cuando despierte…

—Había entendido que decías que había muerto.

—No ha muerto, pero ha pasado a otra vida —dijo el terrible Frederick—. En realidad, lo que he dicho es que hemos perdido un miembro de la familia. Sería difícil encontrar un modo más delicado y hasta más exacto de decirlo. Por ejemplo, no se me ha ocurrido decir…

—Pues no lo digas —gritó Petrefact, que por fin había captado el sentido en que su hijo había empleado la palabra «miembro». Su esposa se mostró más obtusa.

—¿Por qué has dicho entonces que ha cortado por lo sano?

Frederick se sirvió una copa de champagne.

—Yo diría que esa clase de operaciones consiste justamente en cortar por lo sano, ¿no? Y, desde luego, hay que admitir que Alexandra, o Alexander, que es como se llamaba hasta entonces, ha cortado sin duda…

—¡Calla! —aulló Petrefact, pero Frederick no pensaba dejarse silenciar fácilmente.

—Yo siempre había querido tener una hermana —murmuró—, y aunque quizá yo sea un poco torpe, al menos puedes consolarte, querida madre, pensando que, más que perder un hijo, has ganado un neutro.

Pero no acabó aquí la cosa. Cuando conducían a la desmayada Mrs. Petrefact a una habitación en donde atenderle, Frederick le preguntó al ministro paraguayo si la iglesia católica tenía sobre el cambio de sexo opiniones tan estrictas como sobre el aborto.

Sin esperar la respuesta, Frederick añadió:

—Pues claro que no. Basta recordar los coros de castrati que había en Roma.

Luego se volvió hacia la esposa del ministro y le dijo que confiaba en que no le hubiera resultado dolorosa aquella misma operación cuando se la hicieron a ella.

Cuando terminó la reunión, Petrefact había tomado una firme e inalterable resolución: ni su hijo ni su supuesta hija heredarían jamás las propiedades de su padre. Tampoco la prematura muerte de su esposa, ocurrida unos seis meses después, sirvió para tranquilizarle. A Frederick le habían cortado el suministro de dinero y no recibía ni un céntimo suyo, cosa que, según Lord Petrefact, se tenía muy merecido; Alexandra por su parte, que se había dado ella misma un buen corte, cobraba una compasiva pensión que le permitió montar un salón de peluquería en un barrio periférico de Londres.

Aliviado de la presencia de sus hijos y de sus deberes conyugales, Lord Petrefact siguió elevándose hacia la fama y hacia una enorme fortuna con una implacabilidad que se alimentaba en su conciencia de que su testamento, pergeñado por todo un equipo de expertos en leyes, era indiscutible. Había dejado todas sus propiedades a la Universidad de Kloone, y ya había hecho instalar allí la computadora más avanzada, como prueba de su buena voluntad y demostración de su cordura. El Grupo Petrefact se había librado de paso de tener que sufragar por su propia cuenta los gastos de la computadora, y las ventajas fiscales obtenidas gracias a la inversión de los beneficios empresariales en una institución pública resultaron considerables.

Ahora, sentado en su oficina, que dominaba una panorámica del Támesis, los pensamientos de Lord Petrefact, que solían ser una mezcla de odio familiar y astucia financiera, se dirigieron de nuevo hacia Kloone. La universidad albergaba, por un lado, su computadora; pero también albergaba, por otro, a un sujeto mucho menos programable, que respondía al nombre de Walden Yapp. Y Yapp había sido designado árbitro de tantísimas disputas laborales que no había

modo de tomárselo a la ligera. Petrefact estaba precisamente considerando lo bien que encajaban sus diversos planes cuando entró Croxley.

—¿Había llamado?

Lord Petrefact miró a su secretario privado con la acostumbrada antipatía. Día tras día le producía una terrible irritación que aquel tipo se negara a darle el tratamiento de «milord», pero Croxley llevaba con él casi medio siglo y su lealtad, al menos, estaba fuera de toda duda. Lo mismo que su memoria. Antes de la adquisición de la computadora, Croxley había sido el mejor sistema de almacenamiento de información que Lord Petrefact había conocido.

—Claro que he llamado. Quiero ir a Fawcett.

—¿Fawcett? Pero si allí no hay nadie que pueda cuidar de usted. Todo el personal fue despedido hace ocho años.

—Entonces, encárguese de que lo organice todo alguna empresa de abastecimientos y servicios a domicilio.

—¿Necesitará también una unidad de vigilancia intensiva?

A Lord Petrefact se le saltaron los ojos de las órbitas. A veces pensaba que Croxley tenía un cerebro de piojo. Y así debía de ser, dada su extraordinaria memoria, pero había momentos en que a Lord Petrefact le asaltaba la duda.

—Pues claro que quiero una unidad de vigilancia intensiva —gritó—. ¿Para qué diablos cree que sirve este botón rojo?

Croxley miró el botón rojo de la silla de ruedas como si lo estuviera viendo por primera vez.

—Y tráigame una predicción por ordenador de los posibles aumentos de producción de la fábrica de Hull.

—No hay.

—¿Que no hay? Tiene que haber. No he contratado a ese ordenador para que caliente la silla con el culo y se niegue a hacer previsiones. Eso es lo que ese condenado cacharro…

—No hay ningún aumento. De hecho, y según mis últimas informaciones, desde que se utiliza la nueva maquinaria, la producción se ha reducido en un diecisiete punto tres por ciento. Durante los meses de abril y marzo, la utilización de la fábrica…

—Bien, bien —cortó Lord Petrefact—. No hace falta que continúe.

Y tras haber despedido a su secretario privado con la idea también privada de que aquel condenado era una decimal periódica y que teniendo a Croxley era una bobada haber adquirido el ordenador y que por lo tanto jamás entendería por qué había decidido instalarlo, Lord Petrefact se arrellanó en su silla de ruedas y estudió cuáles podían ser sus siguientes pasos en su interminable batalla en contra de su fuerza de trabajo. El cierre de la fábrica de Hull sería una decisión

simbólica muy apropiada. Pero antes tenía que manipular a Yapp. Y Fawcett House estaba cerca de Kloone.

2

La biblioteca de la Universidad de Kloone no es un edificio de extraordinaria belleza. Se encuentra en un herboso montículo que domina la refinería, los depósitos de propano y las instalaciones químicas que se suponía que iban a ser una fuente de inspiración para los estudiantes, así como una fuente de importantes ingresos para la propia universidad. Si lo primero resultó un fracaso, lo segundo lo fue todavía más. Porque, en la práctica, la universidad sólo resultó atractiva para los estudiantes de bellas artes con menos talento y peores notas de todo el país, mientras que por otro lado Kloone acabó consiguiendo una gran fama debido a que los científicos que salían de ella eran malísimos, de una incompetencia comparable solamente a la de los que salen de Oxford.

La construcción del edificio de la biblioteca había sido responsable en buena parte de este fracaso. Al principio fue proyectado, a finales de los años cincuenta, como una estructura solemne, y sólo adquirió sus actuales dimensiones tras la visita accidental de Sir Harold Wilson, que por entonces no era más que Harold a secas, en los entusiastas comienzos de su primer gobierno. Debido a la niebla y a la tendenciosidad política del jefe de policía encargado del tránsito rodado, el primer ministro fue a parar a Kloone en lugar de ir a Macclesfield, y se quedó tan pintiparado ante la tremenda modificación experimentada por el Club de los Trabajadores desde su anterior visita a la localidad, durante la anterior campaña electoral, que pronunció un discurso en el que pidió con auténtico apasionamiento que se creara allí «una biblioteca que conmemore y apoye los progresos tecnológicos que, gracias al gobierno laborista, van a experimentar y ya han experimentado las masas populares, a juzgar por este ejemplo de mejoras radicales que tenemos ante nosotros». A fin de fomentar el desarrollo de aquella magnífica obra, el primer ministro se sacó del bolsillo el talonario de cheques allí mismo y entregó un donativo de cien libras, no sin antes haber anotado en el resguardo que esa suma debía ser deducida del pago de impuestos bajo el epígrafe de «gastos imprescindibles». No

hubo modo de dar marcha atrás después de este acto de fortuita generosidad. A fin de proteger la reputación del primer ministro, importantes industriales y financieros que pagaban pólizas de seguros para prevenir los desmanes izquierdistas, así como grandes sindicatos, funcionarios del partido, empresas multinacionales que ya soñaban con el petróleo del Mar del Norte, diputados y eminentes visitantes del presidio, enviaron también una lluvia de donativos a la Universidad de Kloone para la ampliación de su biblioteca. La propia universidad abandonó de inmediato su primitivo plan, y ofreció un premio al arquitecto que supiera expresar más adecuadamente en su proyecto ese progreso tecnológico que con tanta elocuencia había profetizado el primer ministro. La biblioteca actual cumplía estos requisitos al pie de la letra.

Construida con hormigón armado de cuya estructura emergía un laberinto de conductos metálicos y columnas de fibras de carbono que sólo servían para sostener media hectárea de cristal, aquella biblioteca violaba todas y cada una de las reglas del manual de conservación de la energía. En verano se formaba en su interior una agobiante atmósfera de calor post-tropical, hasta tal punto que la única forma de impedir que los ascensores se quedaran atascados entre los pisos fue instalar un complicado y carísimo sistema de acondicionamiento de aire. Durante el invierno, el edificio tenía ambiente ártico, y la temperatura descendía tan bruscamente que con frecuencia había que utilizar hornos microondas para descongelar y abrir aquellos libros que tanta humedad habían absorbido en verano. Para poner remedio a estas temperaturas bajo cero, hubo que reduplicar el sistema de acondicionamiento de aire con una calefacción central que utilizaba los ya mencionados conductos metálicos, a los que por fin se había encontrado una utilidad. Incluso así, y debido a la obsesión del arquitecto por la idea de la tecnología avanzada, y a su consumada ignorancia de sus aplicaciones prácticas, la llegada de unos días de buen tiempo seguidos de una pequeña nube amenazaban a los estudiantes que estaban tomando baños de sol con una repentina congelación.

A comienzos de primavera y otoño no había más remedio que hacer funcionar simultáneamente los sistemas de refrigeración y calefacción, o de alternarlos bruscamente, a fin de mantener un ambiente moderadamente soportable. Fue durante uno de esos cambios repentinos cuando un gran fragmento de cristal, menos dispuesto que otros a adecuarse a las tensiones que se le obligaba a soportar, se desintegró, desintegrando también al vicejefe de la biblioteca, el cual se encontraba en los lavabos, setenta metros por debajo del susodicho cristal, dispuesto a empezar a masturbarse. Desde aquel horrible día los estudiantes comenzaron a llamar a los lavabos Calle de la Muerte, y muchos de ellos dejaron de frecuentarlos, para escándalo de los bibliotecarios

supervivientes y con un desprecio por la higiene que normalmente nadie espera de una institución dedicada a los estudios superiores.

Ante los ultimatums del personal de la biblioteca, y haciendo un frenético esfuerzo para devolver los excrementos a unas zonas de mayor garantía sanitaria que las que se utilizaban en tiempos premedievales, las autoridades universitarias hicieron colocar una alambrada de gallinero justo debajo del techo de cristal, con la esperanza de que esto bastara para devolver la confianza en los lavabos. El éxito de esta operación fue solamente parcial. Aunque permitió que muchísimos volúmenes valiosos dejaran de ser utilizados inadecuadamente, tuvo la desventaja de hacer imposible toda ventilación. Por si eso fuera poco, la limpieza de la cara interior del cristal se convirtió en una ímproba y minuciosísima tarea de escaso valor. Antes de que transcurriera mucho tiempo, aquella gran estructura de cristal había adquirido un color verde moteado y vivísimo que, al menos, tuvo la virtud de dar a la biblioteca un aspecto ligeramente botánico, vista desde el exterior. Desde el interior, el «ligeramente» podía ser suprimido. En aquel particularísimo clima comenzaron a proliferar las bacterias, los líquenes y las formas más inferiores de vida vegetal. Una luz verdosa se filtraba hasta los anaqueles, y con ella una fina niebla de algas que, tras haberse condenado bajo el techo, encontraron un hogar en la alfombra de la sala de lectura y, de forma más irrevocable, entre las tapas de los libros. En el piso décimo cuarto estallaron varios estantes, y en la sala de manuscritos varios papiros irremplazables, entregados en préstamo por la Universidad de Port-Said, se entremezclaron y combinaron de tal modo con sus anfitriones que no hubo modo luego de descifrarlos ni restaurarlos, ni siquiera parcialmente.

En pocas palabras, el costo de mantenimiento de la biblioteca acabó siendo catastrófico para la economía de la universidad. Los departamentos de Ciencias y Tecnología languidecieron poco a poco, los laboratorios comenzaron a carecer de las instalaciones más imprescindibles, y los físicos, químicos e ingenieros decidieron emigrar a establecimientos más generosos para con sus alumnos.

Paradójicamente, las Humanidades, y en especial las Ciencias Sociales, florecieron. Atraídos por el espíritu de innovación tan patente en la biblioteca Kloone, eminentes eruditos a los que nadie había hecho caso en Oxford y Cambridge, o que ya estaban hartos de los antiguos caserones de ladrillo visto, acudieron en rebaño a la universidad de hormigón. Y aportaron a esta institución un fervor evangélico por la experimentación, el radicalismo, el anarquismo y la tolerancia en las relaciones de todo tipo, que resultaba mucho más avanzado incluso que el de los propios universitarios de aquellos años de mitad de los sesenta. Lo que en otras universidades tenía que ser pedido por los estudiantes, en Kloone les era impuesto a los alumnos por el mismísimo profesorado.

Mujeres jóvenes procedentes de respetables hogares proletarios se vieron metidas a la fuerza en residencias multisexuadas con baños y lavabos unisexuales. Cuando se quejaron de que la obligatoriedad de compartir con varones los dormitorios, camas y, casi en todos los casos, sus propios cuerpos, no aparecía mencionada en los programas de estudios, y afirmaron que de aquella forma no había quien pudiera dedicarse seriamente a trabajar, tuvieron que soportar que se las acusara de lesbianismo latente, cosa que en aquellos tiempos todavía no se había convertido en una actitud vital respetable.

Tras haber impuesto los objetivos ostensibles del Feminismo antes que nadie, las autoridades universitarias comenzaron a inculcar sus ideales de sociedad sin clases a unos jóvenes cuya propia presencia en la universidad era una prueba de su determinación de escalar posiciones sociales por el único medio que el Estado del Bienestar ponía a su alcance. Los catedráticos que, de acuerdo con la moda, ensalzaban las virtudes del proletariado ante los hijos y las hijas de obreros industriales, mineros y siderúrgicos, se vieron enfrentados a unas actitudes de absoluto desconcierto, así como a una extraordinaria epidemia de neurosis. Y así, mientras otras universidades se convertían en campos de batalla donde se enfrentaban los *enragés* con matrículas de honor contra los cátedros protofascistas, todos los intentos de crear militantes de extrema izquierda en Kloone acabaron fracasando. No hubo allí sentadas; nadie que estuviera en sus cabales habría querido sentarse voluntariamente en la biblioteca, y no había ningún otro edificio lo suficientemente amplio como para acomodar a la enorme cantidad de gente necesaria para crear fenómenos de histeria colectiva; no hubo tampoco peticiones de poder estudiantil; nadie invadió la secretaría para quemar los archivos; y se produjo una firme negativa a acudir a los seminarios de autocrítica de los miembros del claustro. Incluso los *grafitti* tan ineptamente pintarrajeados por los profesores fueron prontamente borrados por estudiantes voluntarios, y las únicas exigencias que se oyeron allí fueron en nombre de la reimposición de los exámenes y la introducción de una disciplina estricta, con una plétora de reglas y normativas que liberaran a los alumnos del tormento de tener que tomar decisiones.

—Si al menos no escucharan tan atentísimamente en las clases —se quejó el catedrático de Mecánica de Ingeniería Sociopolítica después de haberse pasado una hora fulminando los excesos militaristas de las democracias contemporáneas—. Te dan la absolutamente falsa impresión de que comprenden las condiciones objetivas que permiten la manipulación de ellos mismos por parte de los mass-media, y luego escriben trabajos que parecen copiados de un artículo de la prensa de derechas.

El catedrático de Criminología Positiva se mostró de acuerdo con él. Sus

intentos de persuadir a los alumnos de que el asesinato, la violación y otros delitos extremadamente violentos contra las personas no eran más que formas de protesta social, y por lo tanto estimabilísimos, y sólo superados en este sentido por los atracos a bancos, los robos y los fraudes y estafas, habían fracasado de forma tan estrepitosa que la policía fue a verle dos veces, para investigar qué había de cierto en las denuncias de los estudiantes, según los cuales sus clases eran una incitación al delito.

—A veces pienso que encontraríamos un auditorio mejor predispuesto en las reuniones de los diputados de la derecha conservadora. Como mínimo, habría un poco de polémica. Mis alumnos se limitan a copiar todo lo que digo, palabra por palabra, para luego repetirlo, pero llegando a conclusiones tan opuestas a las mías que sólo se me ocurre pensar que creen que todo se lo digo en plan irónico.

—Es que no piensan —dijo el catedrático de Mecánica—. En mi opinión, han sido adoctrinados tan burdamente desde su primera infancia que son incapaces de sostener el más mínimo pensamiento conceptual.

En este ambiente de desilusión entre los profesores y de auténtico esfuerzo entre los alumnos, la singular figura de Walden Yapp, catedrático de Historiografía Demótica, destacaba por ese rigor que, antiguamente, la Universidad de Kloone había querido convertir en su principal característica. Desde el punto de vista ideológico, su *pedigree* no admitía crítica alguna. Su abuelo, Keir Yapp, murió cuando participaba en la marcha desde Jarrow, y su madre, cuando todavía no era más que una jovencita, fue camarera a tiempo parcial de las Brigadas Internacionales, antes de ser capturada, violada y encerrada en un convento por las tropas de Franco. Su huida en un carro, sus viajes como leprosa itinerante hasta Sevilla y luego Gibraltar, en donde le fue negado el acceso por constituir un riesgo para la salud, y su desesperado intento de obtener la libertad a nado, que sólo le sirvió para ser recogida por un buque de guerra soviético que acabó conduciéndola a Leningrado, dieron a Elizabeth Hardy Yapp una prestigiosa posición en los círculos de la extrema izquierda. Además, se pasó los dos primeros años de la Segunda Guerra Mundial denunciando al gobierno por su actitud de capitalismo belicista. Tras la entrada de Rusia en la contienda utilizó los buenos oficios del ministerio de Información, y sus propias dotes histriónicas, para exortar a los obreros industriales a que derrotaran a Hitler y eligieran un gobierno laborista en la siguiente convocatoria general a las urnas.

Fue como consecuencia de un discurso especialmente emotivo que pronunció en Swindon como conoció a alguien llamado Ernest, con quien pensó en la posibilidad de casarse, y de quien tuvo un hijo. Al igual que casi todo en su tormentosa vida, esta relación fue muy breve. Animado a actuar con antinatural

combatividad por la tremenda retórica de su amante, y quizá también pensando que muy bien podría tener que pasarse el resto de su vida escuchando sus arengas, Ernest decidió *no* hacerle un gran servicio a su patria —hasta entonces era un obrero especializado cuya destreza le había merecido un puesto de trabajo en la fabricación de armamento— alistándose en el ejército y logrando que le matasen en su primer combate.

Miss Yapp sumó su muerte a la larga lista de quejas que tenía en contra de la sociedad, y utilizó el aura que todavía rodeaba el apellido Yapp en Jarrow para presentarse a diputada en una circunscripción en donde siempre ganaba el candidato laborista. «Beth la Roja» representó a partir de entonces a sus electores con un extremismo tan desafortunado y tan carente de sentido práctico que jamás permitió que su reputación quedara manchada por el ofrecimiento de un ministerio. Lo que hizo más bien fue continuar sus campañas, acusar a los líderes de su propio partido de haber traicionado a su clase, así como a las bases de todos los demás partidos como sucios capitalistas, sin olvidarse entretanto de que su hijo Walden recibiera la mejor educación que pudieran comprar sus invectivas, y dejándole por lo demás al cuidado de una tía sorda que era una persona de profunda religiosidad.

En estas circunstancias, no resulta sorprendente que Walden Yapp acabara convirtiéndose en un joven muy singular. En realidad, lo sorprendente es que acabara convirtiéndose en algo, que no muriese por el camino. Aislado del mundo corriente de los niños por los temores de su tía a que aprendiera de ellos malas costumbres, y alimentado por una dieta intelectual formada por el Apocalipsis y la inflamatoria retórica de su madre, a los diez años había fundido ambas corrientes en una única y personal doctrina que le condujo a cantar himnos religiosos en las conferencias del partido Laborista, y «Bandera roja» en la parroquia de su barrio. Pero su singularidad no se limitaba a su acrítica confusión de la religión y la política: a su personal modo, Walden Yapp era un genio. Gracias a la determinación con la que su tía procuró que sus pensamientos siguieran siendo siempre puros y santos, la buena mujer le impidió leer nada que no fuera la Biblia y la Enciclopedia Británica. Walden había leído tantísimas veces ambas obras de cabo a rabo que a los nueve años ya era capaz de decir, sin dudarlo un instante, que *ZZ* era una abreviatura usada en Medicina y Alquimia en las edades Antigua y Media para representar el jengibre. Sus conocimientos eran, pues, literalmente enciclopédicos y, aunque su organización fuera alfabética, resultaba demasiado prodigiosa para la tranquilidad de sus profesores. También le pusieron en cuarentena frente a los otros niños, a quienes les daba igual cuál pudiera ser el origen de la letra A o que un ábaco pudiera ser una forma primitiva de instrumento de cálculo. Walden siguió su propio camino.

Cuando se cansaba de recordar qué eran todas y cada una de las cosas, se dedicaba al único tipo diferente de lectura de que disponía en su casa, una serie de horarios de ferrocarril que habían pertenecido antiguamente a su abuelo.

Fue en este terreno donde salió a la luz por primera vez su genialidad. Mientras otros muchachos estaban experimentando la desorientación de la pubertad, Walden se dedicaba a descubrir el mejor modo de ir de Euston (Londres) a King’s Cross (Londres) vía Peterborough, Crewe, Glasgow y Aberdeen. En su opinión, el mejor modo era siempre el más complicado. Que la mitad de las estaciones ya no existieran, y que muchas líneas hubieran sido suprimidas, carecía para él de importancia. Le bastaba saber que en 1908 hubiera podido viajar a todo lo largo y ancho de Gran Bretaña sin tener que preguntar ni una sola vez la hora de llegada y el destino del siguiente tren en ninguna taquilla. Todavía le parecía más emocionante tenderse por la noche en la cama y visualizar los efectos que se producían cambiando las agujas en tres puntos a la vez. Eligiéndolos estratégicamente, cabía según él la posibilidad de desviar todos los trenes de las compañías LMS, LNER y la del Gran Ferrocarril del Oeste, hasta provocar su catastrófica y completa detención. Fue aquí precisamente, en estas extraordinarias maquinaciones mentales elaboradas con conocimientos inútiles, y con cálculos matemáticos y especiales igualmente baldíos, donde se fraguó el brillante futuro de Walden Yapp. La realidad le importaba un pimiento.

Por otro lado, su prodigiosa capacidad de comprensión de las teorías dejaba tan boquiabiertos por igual a sus profesores y examinadores que, ignorando las limitaciones del intelecto del muchacho, se vieron forzados a hacerlo pasar lo más rápidamente posible del colegio al instituto y de allí a la universidad, en donde obtuvo un doctorado *cum laude*. De hecho, su tesis doctoral, que trataba de «La incidencia del carcinoma cerebral en las mineras durante 1840», que pudo llevar a cabo gracias a las estadísticas de los hospitales y asilos de la zona de Newcastle, fue tan apabullante y contenía detalles tan repulsivos que fue aprobada tras su primera presentación. Es más, uno de los miembros del tribunal se limitó a echar una superficial ojeada a sus primeras páginas, y con eso se dio por satisfecho.

Fue debido a su reputación de radicalismo irreflexivo, y gracias a su pensamiento irreflexivo, que le ofrecieron una cátedra en Kloone. A partir de este injustificado paso, Walden Yapp jamás volvió la vista atrás, o, para ser más exacto, jamás dejó de mirar atrás sin por ello dejar de avanzar hacia adelante. Su segunda monografía, «La sífilis considerada como instrumento de la lucha de clases durante el siglo XIX», contribuyó a reforzar su reputación, y sus clases llegaron a disfrutar de tal grado de popularidad —conjugaba en ellas una tendenciosidad en estado puro con estadísticas irrefutables, hasta el extremo de

que sus alumnos quedaban tan libres de la necesidad de pensar y de la incertidumbre intelectual como si les hubiesen exigido que se aprendieran de memoria el listín telefónico— que su elección como catedrático de Historiografía Demótica no fue más que cuestión de tiempo y de incesantes publicaciones.

De este modo, a los treinta años ya tenía fama de ser el más espeluznante cronista de los horrores padecidos por el Obrero inglés durante la Post-Revolución Industrial, como mínimo desde los escritos de G.D.H. Cole y hasta de Thompson. Pero había otra cosa más importante incluso, al menos desde su propio punto de vista, y es que había llegado a convertir la historia demográfica en poco menos que una forma de expresión artística, gracias a una serie de comedias de televisión que trataban de las desgracias domésticas de la época victoriana, bajo el adecuado título genérico de «La prueba del *pudding*». Y si esta serie no sirvió para mejorar su imagen en los círculos académicos e hizo vomitar a más de un telespectador, contribuyó como mínimo a que el nombre de Walden Yapp se hiciera famoso, y a que el de la universidad de Kloone permaneciera en pie.

Tampoco esto era todo. En el terreno de las relaciones laborales también dejó su marca. Los diversos gobiernos, que trataban de mantener una imagen de imparcialidad en la guerra nacional entre empresarios y sindicatos, siempre podían confiar en Walden Yapp como árbitro de aquellas huelgas que se hubiesen prolongado más de la cuenta. La fórmula pacificadora de Yapp, aunque indigerible para los monetaristas, siempre era bien recibida por los sindicatos.

Se basaba en el simple supuesto de que la demanda debe ser el fundamento de la oferta, y de que lo que se aplicaba en el campo económico en sentido estricto también debía tener validez en las negociaciones salariales. Su aplicación de esta fórmula a lo largo de horas, días y noches insomnes de ininterrumpidas discusiones provocó la necesidad de nacionalizar varias empresas que hasta entonces habían estado produciendo beneficios. En los círculos de la extrema derecha esto dio pie a que se pensara que Walden Yapp era un agente del Kremlin.

Nada más lejos de la verdad. La vocación democrática de Yapp era tan auténtica como su creencia de que no tiene que haber pobres por la fuerza, pero que, mientras existan, han de tener forzosamente razón. Era una visión simplista, aunque jamás la expresara con este simplismo, y le ahorraba el problema de tener que tomar decisiones de carácter más personal.

Pero era en este terreno donde su vida le resultaba profundamente insatisfactoria. Carecía de vida personal digna de mención, y la poca que tenía no era en absoluto natural. Tras su infancia solitaria vivió una solitaria madurez,

y ambas etapas fueron en él tan abstractas que no era posible decir si había llegado a ser niño ni si se había convertido en adulto. Permaneció soltero y singular, y, del mismo modo que los estudiantes entraban en manadas cuando él daba clase, los catedráticos se largaban de las salas de profesores en cuanto aparecía él, pues era la única forma de evitar aquellos monólogos inconsecuentes que eran, para Yapp, la única forma de «conversación» que conocía. En pocas palabras, la vida personal de Walden Yapp se limitaba a sus relaciones de preceptor con algunos alumnos, sus relaciones de director de tesis con algunos postgraduados, sus relaciones con los divertidos productores de televisión para tratar de sus guiones, y por fin, sin que ello suponga demérito alguno, sus relaciones con la computadora donada por Lord Petrefact a la universidad, con la que jugaba al ajedrez. Estrictamente hablando, la computadora era su única amiga. Y lo mejor de todo es que podía disponer de ella día y noche. Estaba situada en el sótano de la biblioteca, y jamás podía volverle la espalda o huir de él. Yapp podía sentarse ante un teclado en el mismo sótano, o bien, más cómodamente, conectar la terminal que tenía instalada junto a su cama, mecanografiar la contraseña, y ponerse inmediatamente en contacto con lo que en realidad era su *alter ego* electrónico. Incluso cuando se iba de la universidad podía llevarse consigo su Moden y reanudar sus discusiones con la computadora por el simple procedimiento de conectar su receptor. Como la había programado de acuerdo con sus propios criterios, su computadora poseía la estimabilísima virtud, ausente en los seres humanos que Yapp conocía, de no llevarle casi nunca la contraria, y cuando le contradecía nunca era en el campo de la opinión sino, como máximo, en el de los datos. Yapp volcaba en la computadora todas sus estadísticas, todos sus hallazgos y teorías, y obtenía de ella toda la compañía de la que disponía. Prácticamente sólo había una cosa que no podía hacer con ella, dormir, y no por que le molestara su presencia física, que a Yapp le parecía muy agradable, sino por temor a electrocutarse y porque tenía la sospecha de que su entrometimiento físico podía dar al traste con su bella, aunque platónica, relación.

Yapp no dudaba que se tratase de una amistad auténtica. La computadora le contaba cosas relacionadas con el trabajo de sus colegas, y le permitía pasar revista a su correspondencia y estudiar sus últimas investigaciones con sólo teclear las contraseñas de cada uno de los demás profesores. No le importaba que las susodichas contraseñas fuesen, en teoría, secretas. Las horas y las noches que se pasaba en compañía de la computadora le habían permitido comprender a fondo el peculiar dialecto de aquel ser, así como su forma de pensar. Era como si también aquella máquina (a Yapp le gustaba tratarla en género femenino) se hubiese pasado la infancia dirigiendo horarios de ferrocarriles para después

reconstruirlos, como él, a su modo. Para Yapp no cabía duda de que ella, la máquina, era su mejor amiga, y creía que, con su ayuda, alcanzaría aquel conocimiento absoluto de todas las cosas que, debido a su peculiar educación, era para él la auténtica finalidad de la vida.

Entretanto, tenía que ocuparse de las fastidiosas intromisiones de la realidad.

3

La realidad se entrometió por primera vez en su vida bajo el disfraz de un sobre que llevaba una cresta de grifón grabada en su envés. Walden imaginó que debía de ser un grifón, aunque desde su punto de vista tenía un alarmante parecido con un buitre. Como encontró este sobre en su nido de la Facultad de Historia, era lógico que sus singulares dotes asociativas le llevaran a imaginar por un momento que se lo había puesto en su casillero por equivocación. Pero no, estaba dirigido al profesor Yapp, y contenía una carta mecanografiada en una hoja de papel con la misma cresta, y que decía que Lord Petrefact se alojaría en Fawcett House durante el siguiente fin de semana y que agradecería disfrutar de la compañía del profesor Yapp para tratar con él de la posibilidad de que escribiese «una historia de la familia Petrefact y, sobre todo, del papel desempeñado por la familia en el mundo industrial».

Yapp releyó la última frase con profunda incredulidad. Conocía a la perfección el papel que la familia Petrefact había desempeñado en el mundo industrial. Un papel insuperablemente espantoso. Toda una lista de explotadoras fábricas, minas, acerías, fundiciones, astilleros y plantas industriales horribles se disputaban entre sí el dudoso mérito de ser la más repugnante y vil del país. La familia Petrefact hacía acto de presencia a lo largo de la historia allí en donde la mano de obra fuese más barata, allí en donde las condiciones de trabajo fuesen peores, y mejores los beneficios. ¿Cómo podía nadie invitarle a que escribiese la historia de una familia así? Teniendo en cuenta que él mismo se había referido a su condición de explotadores de la clase obrera en dos al menos de los capítulos de su serie de televisión, parecía una invitación inesperada. Tan inesperada como la de que los Rockefeller invitaran a Angela Davis a que escribiera una obra sobre su actuación en el campo de las relaciones raciales. De hecho, aquella insinuación que le hacía a él era más sorprendente incluso. Era hasta absurda. De modo que, creyendo que sin duda aquello era producto de la obtención del papel con membrete de Lord Petrefact por parte de algún estafador o bromista, Walden

Yapp entró en el aula y explicó con tremendismo más acentuado que de costumbre lo ocurrido con motivo de la Huelga de los Obreros de las Fábricas de Cerillas.

Pero cuando regresó a su despacho la carta seguía en el escritorio, y el grifón tenía un aspecto de buitre más pronunciado incluso que antes. Durante un momento Walden Yapp consideró la posibilidad de discutir la cuestión con la computadora, hasta que recordó que era Lord Petrefact quien la había donado a la universidad, y que el juicio de la máquina podía ser, debido a esta circunstancia, poco objetivo. No, tendría que decidirlo por sí solo. De modo que cogió el teléfono y marcó el número de Fawcett House. Le contestó un tipo que dijo ser el interventor de alimentos congelados de una empresa de servicios domésticos, y que no sabría distinguir a Lord Petrefact de un filete de bacalao a simple vista. Y esta contestación dejó a Yapp más confuso todavía. A su segunda llamada contestó una voz tan histérica que tuvo la sensación de que quien así hablaba tenía cogido el auricular de su teléfono con unas pinzas quirúrgicas, y que se tapaba la boca con una mascarilla antiséptica. Sí, reconoció la voz, Lord Petrefact estaba alojado allí, pero no se le podía molestar bajo ningún pretexto.

—Sólo quería asegurarme de si es cierto que me ha invitado —dijo Yapp.

La voz dijo que, efectivamente, así era, pero por el tono en que lo dijo dio la sensación de que Yapp iba a ser tan bien recibido en Fawcett House como, pongamos por caso, una epidemia de fiebres tifoideas.

Yapp colgó, convencido por fin de que la carta era auténtica. Una mala educación como la demostrada por aquella voz arrogante no era la que podía esperarse de alguien que estuviera dedicándose a hacer una tomadura de pelo. Lord Petrefact estaba muy equivocado si creía que podía tratar a Walden Yapp como si no fuera más que un capataz de una de sus fábricas. Y si por un momento había llegado a imaginar que la historia de la familia que podía escribir Walden Yapp sería una elegía llena de alabanzas y gorgoritos verbales destinados a enaltecer a una familia que había ganado una fortuna gracias a la miseria de la gente corriente y trabajadora, pronto se enteraría de qué significaba la verdadera solidaridad de clase. Para asegurarse de que Lord Petrefact no se había formado ilusiones infundadas, se volvió hacia su máquina de escribir y redactó una carta en la que aceptaba la invitación, pero en la que también dejaba clara y petulantemente establecido que no le gustaba en absoluto ser el invitado de un chupasangres capitalista.

Después de llegar hasta aquí y de archivar la carta en su archivo personal de la computadora para que así pudieran leerla sus colegas y de este modo nadie pudiera decir que había abandonado sus principios, cambió de opinión y envió un telegrama muy breve en el que decía que llegaría a Fawcett House el sábado.

Walden Yapp tenía ciertas sutilezas de las que la gente no se había llegado a enterar. Al fin y al cabo se trataba de una oferta auténtica que le permitiría meter mano a una serie de pruebas documentales, los libros mayores y las cuentas de la familia Petrefact en su más detestable período de explotadores, sobre cuya base podría escribir una declaración de sus actividades gracias a la cual su nombre resultaría repugnante incluso para los círculos capitalistas.

Lord Petrefact recibió el telegrama con evidente complacencia.

—Espléndido, espléndido —le dijo a Croxley, cuya voz ya había expresado la opinión que le merecía la visita de Walden Yapp—, ha mordido el anzuelo.

—¿Anzuelo? —dijo Croxley. Una vez pasó diez minutos de terrible incomodidad viendo un episodio de «La prueba del *pudding*», para después tratar de borrar aquel horror de su memoria cambiando de canal para ver, por vez primera en su vida, «Tocata».

Lord Petrefact pulsó el botón que aceleraba su silla de ruedas y le hizo trazar un alegre círculo completo sobre el piso. Si aquella maldita ostra no le hubiera echado a perder su metabolismo, hasta habría bailado una jiga.

—El anzuelo, mi querido Croxley, el anzuelo. Ahora tenemos que preparar la red. Conseguir que se sienta interesado. ¿Qué cree que le gustaría para comer?

—A juzgar por lo que vi de su repugnante programa de televisión, supongo que pies de cerdo subalimentado y, de segundo, un poco de pan del mes pasado y un vaso de leche desnatada.

—No, no. En absoluto —dijo Lord Petrefact—. Debemos alimentar sus prejuicios. Tiene que comprender, Croxley, que nosotros los plutócratas, vivimos como reyes. Para satisfacer la imaginación de Yapp hará falta, como mínimo, una comida de ocho platos.

—Podríamos, entonces, empezar con ostras —dijo Croxley, a quien le fastidiaba que Lord Petrefact le incluyese entre los plutócratas.

Lord Petrefact hizo una mueca de dolor.

—Eso usted —dijo—. Yo no pienso ni probarlas. No, creo que comenzaremos con una sopa de tortuga auténtica servida en el caparazón de la tortuga. Casi seguro que ese tipo tiene ideas ecologistas, y un plato así le dará que pensar.

—Me parece que también va a dar que pensar a la empresa de servicios domésticos —dijo Croxley—. ¿De dónde diablos van a sacar una tortuga auténtica…?

—De la isla Galápagos —dijo Lord Petrefact—. Que nos manden una

tortuga por vía aérea.

—Como usted diga —dijo Croxley, anotando mentalmente que debía decirle al jefe de cocina que encontrase donde pudiera un caparazón de tortuga y lo llenase de sopa enlatada—. ¿Y a continuación?

—Una gran fuente de caviar, auténtico caviar de Beluga. No me vengan con sus sucedáneos de siempre.

—No son míos —dijo Croxley—. Por otro lado, el caviar de Beluga es ruso. Seguramente le parecerá muy bien.

—No importa. Hay que darle la impresión de que cenamos así todas las noches.

—Menos mal que no es cierto. ¿Algún vino especial para acompañar el caviar?

Lord Petrefact se quedó pensando un instante.

—Château d'Yquem —dijo por fin.

—Santo Dios —dijo Croxley—, pero si ese vino es para los postres. Es repugnantemente dulce, y con el caviar…

—Claro que es dulce. De eso se trata. Parece no comprender, Croxley, que nuestros antepasados bebían vinos dulces con toda clase de platos.

—Serán los suyos —dijo Croxley—. Los míos eran más sensatos. Siempre tomaban cerveza.

—Los míos nunca. Basta que le eche una ojeada al menú que sirvieron el día en que invitaron, en 1873, al príncipe de Gales.

—Prefiero no verlo. Aquella gente debía tener una constitución de buey.

—Dejemos sus constituciones —dijo Lord Petrefact, a quien las referencias a su salud le gustaban tan poco como a Croxley que le clasificaran como plutócrata—. Bien, con el lechoncillo tomaremos…

—¿Lechoncillo? —dijo Croxley—. Tenemos ahí abajo una empresa especializada en alimentos congelados. ¿Cree que van a poder asar un lechoncillo supercongelado como si tal cosa?

—Mire, Croxley, si digo que quiero lechoncillo quiero decir que quiero lechoncillo. Y, de todos modos, basta con que arranquen de las tetas de su madre a un cerdo recién nacido…

—Como usted diga —dijo Croxley apresuradamente, evitando la espantosa descripción detallada que se anunciaba—. Lechoncillo.

—Eso. Con una manzana en la boca.

Croxley cerró los ojos. El morboso interés que demostraba Lord Petrefact por estos detalles referidos a los lechoncillos era casi tan desagradable como la perspectiva de la cena que estaban preparando—. ¿Y qué postre tomaremos después? —preguntó, confiando en interrumpir un menú que ya se le hacía

demasiado largo.

—¿Postre? Nada de postre. Para una cena de ocho platos hacen falta ocho platos. Después del lechoncillo creo que tendríamos que pensar en alguna cosa más consistente.

Hizo una pausa mientras Croxley rezaba interiormente.

—Empanada de caza —dijo por fin Lord Petrefact—. Una empanada de caza mayor. Eso será nuestra *pièce de résistance*.

—No me extrañaría que lo fuese —dijo Croxley—. Si quiere saber mi opinión, le diré que ese tal Yapp va a salir por piernas de aquí antes de que trinche usted el lechoncillo…

—No pienso ni acercarme a ese lechoncillo —le interrumpió, lívido, Lord Petrefact—. Lo sabe también como yo. Mi estómago no lo resistiría, y, además, el médico…

—Cierto, cierto. Bien. Una empanada de caza mayor.

—Dos —dijo Lord Petrefact—. Una para usted y otra para él. Bien grandes las dos. Yo me limitaré a disfrutar del aroma.

—De acuerdo —dijo Croxley tras un breve coloquio consigo mismo en el que consideró la posibilidad de objetar que los artistas de la congelación que ocupaban la cocina encontrarían tantas dificultades para macerar la caza mayor como para dejar dorado y crujiente el lechoncillo. Pero prefirió callar.

—Y asegúrese de que las colas se caen solas —prosiguió Lord Petrefact.

—¿Las colas?

—Las colas. Hay que tener a los faisanes colgados hasta que se les caiga la cola.

—Dios mío —dijo Croxley—, ¿no se ha confundido usted? Yo diría que los faisanes no tienen…

—Las plumas de la cola, so borrico. Tienen que estar tan podridos que se les caigan las plumas tan sólo tocarlas. Cualquier buen chef lo sabe de memoria.

—Si usted lo dice —dijo Croxley, decidiendo de una vez por todas que ya se encargaría él de que los cocineros se olvidaran de la empanada.

—Bien, ¿cuántos platos llevamos?

—Seis —dijo Croxley.

—Cuatro —dijo Lord Petrefact testarudamente—. Después de la empanada me parece que tomaremos un *zabaglione al champagne*, y luego gorgonzola con *Welsh rarebit*…

Croxley trató de poner freno a su imaginación y tomó nota de las instrucciones.

—¿Y dónde intentará dormir el profesor Yapp? —preguntó cuando terminó el dictado del menú.

—En el ala norte. Póngale en la suite que usó el rey de Bélgica en 1908. Eso servirá para estimular su imaginación histórica.

—No creo que después de esa cena le queden ganas de imaginar muchas cosas —dijo Croxley—. Será mejor ponerle en un sitio donde tenga más cerca la unidad de cuidados intensivos.

Lord Petrefact hizo un ademán que desestimaba sus objeciones.

—Lo malo de usted, Croxley, es que no tiene intuición, que no sabe prever el futuro.

Croxley opinaba lo contrario, pero sabía que lo mejor era callarse.

—La intuición, Croxley, que es la característica de los grandes hombres, lo que les distingue. Ahora, por ejemplo, tenemos a ese tipo, Yapp, y queremos sacarle jugo, de modo que…

—¿Qué? —dijo Croxley.

—¿Cómo que qué?

—¿Qué diablos podemos obtener de un furibundo radical socialista como Yapp?

—Dejemos eso a un lado —dijo Lord Petrefact, que conocía de sobra la veneración que su secretario sentía por la familia Petrefact, y que quiso evitar una discusión prolongada—. Lo importante es que queremos una cosa de él. Pues bien, un hombre carente de intuición creería que la mayor forma de actuar consistiría en hacerle la petición de una forma indirecta. Sabemos que ese tipo es un izquierdista y que nos odia.

—Después de esa cena nos odiará más. Seguro.

—Hay cosas que usted no entiende, Croxley. Bien, a lo que iba. Para él, nosotros somos unos cerdos capitalistas. Y, por mucho que hiciéramos, jamás podríamos hacerle cambiar de idea. De modo que lo que tenemos que hacer es interpretar nuestro papel y aprovecharnos de su vanidad. ¿Queda claro?

—Sí —dijo Croxley, para quien no quedaba nada claro, con la sola excepción de un aspecto de aquel asunto: que le esperaba una auténtica indigestión como no llegara a algún acuerdo con los cocineros, y cuanto antes mejor.

—Ahora, si no le importa —dijo el secretario—, iré a encargarme de los preparativos de la cena.

Salió apresuradamente de la habitación. Mientras, Lord Petrefact pulsó el botón de su silla de ruedas y cruzó la estancia en dirección a la ventana. Una vez allí miró con profunda antipatía el jardín trazado tan meticulosamente por su abuelo. «El enano de la camada», solía llamarle aquel viejo bruto. Pues bien, ahora el enano se había convertido en el jefe de la camada, y estaba en disposición inmejorable para hacer pedazos la imagen pública de la familia que

siempre le había despreciado. A su manera, Lord Petrefact sentía por su familia un odio tan intenso como Walden Yapp, aunque por motivos más personales.

4

Walden Yapp se desplazó a Fawcett en un coche de alquiler. Generalmente iba a todas partes en tren, pero Fawcett House estaba lejos de todas las estaciones de ferrocarril, y tras haber consultado a Doris, la computadora, quedó confirmado que no había ningún autobús ni ningún otro medio de transporte público que pudiera acercarle a la mansión. Y Yapp se negaba a ser propietario de un coche particular, en parte porque creía que el Estado debía de ser el propietario de todas las cosas, y también debido a que poseía esa tendencia ecologista que Lord Petrefact había diagnosticado con tanto acierto. Pero, por encima de todo, porque Doris le había señalado que las doce libras y setenta y cinco peniques que se gastaba en combustible para un coche bastaban para proporcionar comida y medicinas suficientes para mantener con vida a veinticuatro niños de Bangladesh. Por otro lado, Doris contradijo este argumento demostrando que, comprándose un coche, Yapp proporcionaría trabajo a cinco obreros ingleses de la industria automovilística, o bien a dos alemanes, o a medio japonés, según la marca que eligiera. Después de haber luchado con su conciencia, que le criticaba por dejar en paro a cinco obreros ingleses, Yapp decidió no comprarse ningún coche, y entregó el dinero ahorrado a una institución benéfica tercermundista, no sin reflexionar compungidamente que su generosidad serviría seguramente no tanto para alimentar a los hambrientos como que para que un par de oficinistas ingleses siguieran trabajando al otro lado del mostrador.

Pero cuando comenzó a avanzar por la avenida de Fawcett House no pensaba precisamente en el mundo del subdesarrollo. Estaba más bien concentrado en la tosquedad, la vulgaridad y la exageración de la vanidad de los Petrefact, que les había inducido a hacer aquella descarada exhibición por medio de la grandiosa casa que se elevaba ante su vista. Más que casa aquello era un repugnante y auténtico palacio, y sólo pensar que todavía existían personas tan ricas como para vivir en una edificación tan enorme le hizo sentir la mayor repugnancia. Pero esta repugnancia aumentó incluso más cuando frenó ante la

puerta principal y se le acercó inmediatamente una amable señora uniformada que le dijo que el billete de entrada para visitar la casa costaba dos libras.

—Mi visita es de trabajo —dijo Yapp.

—La entrada de servicio está en la parte de atrás.

—Una cena de trabajo con su majestad —dijo Yapp, pasando al sarcasmo. Pero la dama uniformada no lo pilló.

—En tal caso, llega usted con cincuenta años de retraso. La última visita real que tuvimos fue en 1929.

La mujer volvió a entrar en la casa. Yapp cogió la bolsa de viaje Intourist que le habían prestado, lanzó una mirada despectiva a la figura doblada de un jardinero que estaba escardando un parterre, y por fin entró.

—Por si no me he explicado con suficiente claridad…

—No hace falta que lo intente —dijo la señora uniformada.

—He venido a ver al mismísimo cabronazo en persona —dijo Yapp, subrayando con notable violencia sus orígenes proletarios.

—No hace ninguna falta que sea tan ordinario.

—En un sitio así, lo difícil sería no serlo —dijo Yapp mirando las pilastras de mármol y los dorados marcos de los lienzos con visible mala uva—. Todo esto apesta a insoportable abuso de la opulencia. En fin, he venido porque el propio lord me ha invitado. —Rebuscó sus bolsillos, tratando de encontrar la carta.

—En ese caso, le encontrará en el ala particular, a su derecha —dijo la señora—. Aunque la verdad es que no le envidio la compañía que se ha buscado para esta noche.

—Y, a mí, sus criados me la soban —dijo Yapp, y comenzó a recorrer el largo pasillo que conducía a una puerta forrada de bayeta verde en la que había un cartel que decía «Particular». Yapp la abrió de un empujón, y entró. Otro largo pasillo, esta vez alfombrado, le saludó, e iba a avanzar por él cuando un hombre bajito y muy bien vestido apareció en una puerta a su derecha y le estudió un momento.

—¿El profesor Yapp? —preguntó el hombrecillo por fin, con una deferencia tan insultante, a su modo, como los malos tratos de la mujer del uniforme.

—Soy yo —dijo Yapp, dispuesto a ser tan brusco como él.

—¿Quiere usted seguirme, por favor? Llamaré a uno de los criados para que le conduzca a sus habitaciones. Lord Petrefact estará disponible a las seis y media, sin duda deseará usted mudarse de ropa.

—Oiga, jefe, dejemos las cosas claras. En el mundo del que procedo, con lo cual me refiero al mundo real, y no a la selva de Tumbuctú, nadie se cambia de

ropa para cenar. Y no necesito que ningún mayordomo sobrealimentado y malpagado me acompañe a ninguna habitación. Dígame dónde está y ya la encontraré yo sólo.

—Como usted diga, señor —dijo Croxley, reprimiendo sus ganas de replicar que, hasta donde él sabía, la gente corriente jamás se había mudado para cenar, ni había tampoco selva alguna por los alrededores de Tumbuctú—. Su habitación está en el primer piso. Es la suite del rey Alberto. Si necesita alguna cosa, me encontrará aquí.

Y regresó al despacho, dejando solo a Walden Yapp. Este avanzó por el pasillo, ascendió una escalinata curva, y comenzó a avanzar por otro pasillo.

Al cabo de veinte infructuosos minutos ya estaba de nuevo abajo.

—La suite del príncipe Alberto… —comenzó a decir tras haber abierto la puerta sin llamar. Croxley le miró con palpable desdén.

—La suite del *rey* Alberto, si no le importa, señor —dijo saliendo del despacho—. El rey Alberto de Bélgica se alojó aquí en 1908. Desde entonces, tenemos esa suite reservada para invitados de ideas progresistas.

—¿Ideas progresistas? Pues sí que está de broma. Ese cerdo hizo que les cortaran las manos a los africanos del Congo, y fue responsable de muchas atrocidades más.

—Eso es lo mismo que yo tenía entendido, señor —dijo Croxley—. Pero nosotros, la gente corriente, también gastamos nuestras bromas, sabe. Es una de las escasas alegrías de los domésticos.

Y mientras Yapp digería esto, Croxley le condujo a sus habitaciones, muy satisfecho de sí mismo.

Desde detrás de Croxley, Yapp echó una ojeada a la suite: con repugnancia, con curiosidad y también con la intranquilizadora sensación de haber caído tontamente en una actitud *gauchiste* debida sólo a la provocación. Al fin y al cabo, el único culpable era el sistema, y aquel hombrecillo tan pulcro —y hasta la señora del uniforme, si vamos a eso— no era más que un criado que tenía que mantener a una familia. Si en el curso de los años él y otros como él habían sucumbido a la tentación de, por citar una de las frases que más repetía en sus cursos, «adoptar una identidad deferente», no era en absoluto incomprensible. De hecho, lo más sorprendente era que todavía les quedaba algún resto de dignidad humana. Y el hombrecillo, con su traje oscuro y su chaleco y sus brillantísimos zapatos, había demostrado poseer una encantadora conciencia de su situación al declararse miembro del populacho. De modo que Walden Yapp

decidió reservar sus pullas referidas a su propio origen social para Lord Petrefact.

En espera de ese momento pasó revista a la habitación donde antaño se había alojado el rey que afirmaba ser el propietario exclusivo de todo el Congo Belga. Se trataba de una habitación adecuadamente falta de elegancia, tosca incluso, con aquella enorme cama, el tremendo tocador en el que Yapp colocó en plan desafiante su bolsa de viaje Intourist justo encima de la corona real taraceada en su superficie, y una chimenea sobre la cual colgaba un retrato del rey vestido con uniforme militar. Pero fue en la habitación contigua donde encontró algo que le interesó de verdad. Siendo como era un historiador tendenciosamente objetivo, y muy atento a «las pruebas *artefacciosas* de la disparidad entre las clases sociales», por citarle de nuevo, encontró en el baño un auténtico tesoro de fontanería victoriana. La bañera, el retrete y el lavabo estaban rodeados de apliques de caoba. Había un grandísimo espejo, un cordón que accionaba el timbre para llamar al servicio, un gran radiador que además servía de toallero, y un armario cargado de toallas de grandes proporciones. Pero fue la bañera en sí, o más bien aquel montón de grifos, manómetros y palancas, lo que más le fascinó. La bañera era notablemente grande, profunda y adornada como una cama con baldaquino, con sus cuatro postas y su toldo, de donde caían unos cortinajes impermeables. Yapp se inclinó sobre la bañera para leer los manómetros. Uno de ellos era el indicador de temperatura; otro informaba acerca de la presión del agua; mientras que un tercero, mayor que los anteriores, estaba dotado de una palanca y una esfera en la que estaban grabadas ciertas marcas. Yapp se sentó en el borde de la bañera para leerlas mejor, y durante un espantoso instante tuvo la sensación de estar cayéndose hacia un lado. Pegó un brinco, se puso en pie y miró con recelo la bañera. No cabía la menor duda: aquel maldito artefacto se había movido. Ante sus atentos ojos, la bañera recuperó la horizontalidad.

Curioso. Yapp alargó cautelosamente el brazo y se apoyó en el marco de caoba. La bañera permaneció estática. Como no quería correr el riesgo de provocar nuevos movimientos traicioneros, se puso de rodillas en el suelo y desde esta posición se asomó a mirar otra vez las marcas del manómetro. En un extremo decía «OLAS» y en el otro «VAPOR». Entre estas dos órdenes, más bien alarmantes —y, pensándolo bien, aquel aparato le recordaba los que había visto en el puente de mando de los barcos de las películas—, había otras indicaciones. Después de «OLAS» aparecía «MAREJADA», después «GRANDES OLAS», después «NEUTRO» y luego tres clases de «CHORRO»: «FUERTE», «MEDIANO» y «FLOJO». Resultaba todo fascinante, y por un momento Yapp sintió la tentación de darse un baño y probar aquello que, a todas

luces, era un notabilísimo ejemplo de aplicación de los sistemas automáticos a la fontanería casera, así como una demostración definitiva de la obsesiva preocupación imperialista por todo lo referente a la supremacía naval, el canal de Suez, las rutas comerciales y la India. Pero ya eran más de las seis y, tras haber tomado unas notas sobre este tema en el diario que llevaba siempre consigo cuando no estaba en contacto con Doris, decidió abstenerse. Prefirió dibujar esquemáticamente el aparato y apuntar las diversas marcas en él inscritas. Cuando ya había terminado, y estaba a punto de irse de allí, captó por el rabillo del ojo, en la pared que estaba junto al lavabo, un desteñido papel amarillo, enmarcado y protegido por un vidrio. Eran las instrucciones para el uso del BAÑO DE ABLUCIÓN SINCRONIZADA. Yapp las repasó rápidamente y vio que para conseguir un buen oleaje había que llenar la bañera hasta dos tercios y combinar esta operación con el Desplazamiento… El vapor y el tiempo había borrado el resto de la frase.

Salió al dormitorio y luego al pasillo que conducía a una escalera. Croxley estaba esperándole en el despacho, pero ahora no iba vestido tan severamente como antes. Se había puesto una americana deportiva, pantalones de franela, camisa de lana, corbata de punto, y parecía sentirse francamente incómodo.

—¿Por qué se ha tomado la molestia? —dijo Yapp, en tono desafiante.

—Nos gusta que nuestros invitados se sientan como en su casa —dijo Croxley, a quien Lord Petrefact había ordenado que no se vistiera con ceremonia.

—Será difícil que me encuentre como en mi casa en este lugar. Parece un palacio, y debería ser un museo.

—En realidad, durante la mayor parte del año eso es precisamente lo que es —dijo Croxley, y abrió una puerta—. Usted primero.

Yapp obedeció, y se llevó una gran sorpresa al encontrarse de nuevo en mitad de la década de los setenta. La sala era cómoda y nada ostentosa, a diferencia del resto de la casa, que tenía las características más opuestas. Una alfombra rojiza cubría el suelo. En una esquina parpadeaban las imágenes de un televisor. En una chimenea de acero inoxidable ardía un buen fuego, frente al que se encontraban una mesa baja y un amplio sofá de línea moderna.

—Sírvase una copa usted mismo —dijo Croxley señalando un mueble de una esquina—. Yo iré por el viejo.

Abandonado a sí mismo, Yapp miró pasmado a su alrededor. Las paredes quedaban ocultas por muestras de arte del siglo XX. Klee, Hockney, Matisse, dos Picasso, unos cuantos abstractos que Yapp no reconoció y, final y asombrosamente, hasta un Warhol. Antes, sin embargo, de que se recobrase de su sorpresa y empezara a sentir repugnancia por esta demostración de la

explotación del mundo artístico, Yapp volvió a sentirse sobreexcitado. Por la puerta situada más allá de la chimenea le llegaba el sonido de una voz quejumbrosa, un par de zapatillas caseras y los cromados de una silla de ruedas.

—Ah, querido amigo, muchas gracias por haber venido hasta este remoto rincón —dijo Lord Petrefact tratando de sonreír, y dejando así a Yapp más perplejo que ante aquel abstracto «Desnudo a piezas» de un tal Jaroslav Nosécuantos que había empezado a estudiar. Para un hombre dotado de más experiencia mundana, aquella sonrisa hubiera sido un terrible augurio. Para Walden Yapp, que era profundamente compasivo, sólo significó un valeroso esfuerzo por ignorar el sufrimiento físico. De repente, Lord Petrefact, que hasta entonces sólo era un capitalista chupasangre, se había convertido en una Personalidad que padecía una grave parálisis.

—De nada, de nada —murmuró Yapp, tratando de resolver el embrollo de emociones contradictorias al que le había sometido la triste imagen de Lord Petrefact; y, sin darse cuenta de lo que hacía, se encontró estrechando la flácida mano de uno de los más ricos e implacables —eso pensaba al menos hasta aquel momento— explotadores del obrero inglés. Instantes después ya estaba sentado en el sofá, provisto de un whisky con soda, mientras el anciano parloteaba acerca de lo bonito que debía de ser regalar todo el talento que uno poseía a los jóvenes, sobre todo en un mundo como el actual, en el que tan aguda es la falta de hombres tan entregados como el profesor Yapp.

—Yo no diría tanto —se defendió él—. Hacemos lo que podemos, claro, pero nuestros alumnos no son precisamente muy inteligentes ni estudiosos.

—Mayor razón entonces para que disfruten del mejor profesorado —dijo Lord Petrefact sosteniendo un vaso de leche con una mano mientras con la otra se secaba los ojos a fin de estudiar más detenidamente a este presuntuoso joven que, en su opinión, representaba la especie más peligrosa de ideólogos hipócritas que existe en el mundo. Si Yapp tenía sus propios prejuicios acerca de los capitalistas, los de Lord Petrefact respecto a los socialistas no se quedaban atrás, y la fama de Yapp le había hecho esperar a un tipo más impresionante. Por un momento su resolución vaciló. No valía la pena encargarle a aquel tipo, que parecía un cruce entre un asistente social inexperto y un cura de pueblo, la tremenda tarea de hacer desgraciada para siempre a toda su familia. Aquellos brutos se lo comerían vivo. Pero, por otro lado, el aspecto de Yapp podía ser engañoso. Sus arbitrarias decisiones, sobre todo aquella que significó un aumento de sueldo de un noventa por ciento para los encargados del guardarropía y de los urinarios de la universidad, habían estado motivadas tan claramente por los prejuicios políticos, y fue tan monstruosa su afirmación de que los barrenderos debían cobrar lo mismo que los médicos, que no quedaba

duda de que Yapp, por tonto que pudiera parecer, era una fuerza subversiva digna de ser tenida en cuenta. Lord Petrefact hizo estas reflexiones mientras se tomaba a sorbitos su vaso de leche y mientras seguía hablando de la necesidad de ampliar las oportunidades de formación de los jóvenes, con un entusiasmo teñido de melancolía que no sentía en absoluto.

En la esquina, incómodamente consciente de su vulgar americana de mezclilla, Croxley escuchaba y miraba. No era la primera vez que veía a Lord Petrefact interpretando el papel de inválido filantrópico, y sabía que, siempre que empezaba así, las consecuencias solían ser tremebundas. De hecho, tras haberle dado a Walden Yapp su segundo whisky y haber visto cómo lo ingería antes incluso de que llegara el mayordomo de alquiler para anunciar que la cena estaba servida, empezaba a apiadarse de aquel pobre necio. Para contrarrestar estos sentimientos tuvo que recordarse a sí mismo que Yapp no podía ser tan imbécil como aparentaba, pues entonces no hubiese ascendido tanto en el mundo universitario. Por otro lado, Croxley, que nació y creció antes de que surgiera el fenómeno de los estudios universitarios gratuitos, sintió una terrible envidia y rencor contra Yapp.

Al final, Croxley había conseguido mitigar en buena parte las consecuencias más indigestas de la comida. La sopa de tortuga había salido de una lata, y el secretario se había asegurado de que la empanada de caza mayor fuese lo más ligera posible. El único problema insoluble había sido el lechoncillo asado. Lo que les envió el carnicero no había sido arrancado de las tetas de su madre. Aquello era un auténtico cerdo adulto, tan grande que no cabía en el horno, de modo que para poder cocinarlo hizo falta toda la experiencia del chef, que había decidido cortar un pedazo del tronco del bicho, y coser entre sí los cuartos traseros y los delanteros. Croxley, que había vigilado la marcha del proceso culinario, vaciló a la hora de ordenar que lo sirvieran con una manzana en la boca. Al final, como siempre, cumplió aproximadamente lo que le habían ordenado, pero tenía la seguridad de que la reacción de Lord Petrefact no sería agradable.

Ahora, cuando se dirigía al comedor detrás de Yapp, tuvo la tentación de ir a hablar otra vez con el chef, pero Lord Petrefact ya había tomado asiento a la cabecera de la mesa y miraba el caparazón de tortuga con auténtico arrepentimiento.

—Lo siento, pero no podré acompañarle —dijo—. Órdenes del médico, ya sabe. Y, además, soy de la firme opinión de que no está bien destruir la vida de ciertas especies silvestres para el consumo humano. —Dirigió una mirada siniestra a Croxley—. Me sorprende que haya usted pedido sopa de tortuga auténtica.

Croxley le miró de forma también siniestra y decidió que ya estaba harto:

—No ha sido así —dijo—. El caparazón es del Acuario de Lowestoft, y la sopa está fabricada por Fortnum and Mason.

—¿En serio? —dijo Lord Petrefact, consiguiendo sonreír a Yapp con la mitad de su cara, y lanzar una mirada asesina a Croxley con la otra mitad. Pero fue Yapp quien salvó a Croxley de nuevos ataques, con una erudita disquisición sobre los orígenes del sucedáneo de sopa de tortuga. Empezaba a disfrutar; por muchas que fueran las reservas que tenía respecto a las riquezas de los Petrefact, que seguían siendo tan inequívocas como siempre, podía dejarlas a un lado ante la posibilidad de ver de cerca la auténtica vida de los ricos. Era, como había dicho Croxley, lo mismo que visitar un museo, y, como mínimo, saldría de allí con una visión de primera mano de la psicosociología doméstica de los más refinados capitalistas. Le asombró sobre todo ver lo picajosas que eran las relaciones que había entre Lord Petrefact y su secretario confidencial. Casi parecía que el viejo le estuviera exigiendo a Croxley que le desafiara, mientras que, por otro lado, ambos personajes daban la sensación de estar unidos por una extraña camaradería basada en la antipatía mutua.

—No, no repetiré, gracias —dijo Croxley al terminar la sopa. Pero Lord Petrefact insistió.

—Tenemos que alimentarle bien —dijo, y le indicó a uno de los camareros que le sirviera otro plato, acompañando sus palabras de aquella inquietante sonrisa torcida. De modo que el secretario tuvo que tomar más sopa de tortuga, y lo mismo ocurrió con el caviar. Mientras Lord Petrefact jugueteaba con una cosa que tenía aspecto de tiritas de pescado hervido, y Yapp disfrutaba repitiendo de todo, Croxley parecía estar comiendo a la fuerza.

—A estas alturas debería usted saber que me gusta tomar cenas ligeras —dijo el secretario—. No puedo dormir con el estómago demasiado lleno.

—No sabe la suerte que tiene de notarse el estómago. Yo, en cambio, me paso las noches enteras despierto, tratando de recordar cuándo fue la última vez que cené de verdad.

—Fue más o menos cuando se tomó esa ostra —dijo Croxley. Y su frase debía tener algún significado esotérico porque produjo en Lord Petrefact una sonrisa tan viperina que hasta Yapp comprendió que no era del todo espontánea. Casi dio la sensación de que el viejo estuviera a punto de estallar, pero luego logró contenerse.

—¿Qué le parece el vino? —preguntó, volviéndose hacia Yapp. Yapp estudió el vino por vez primera.

—No soy un entendido, pero va muy bien con el caviar.

—¿De verdad? ¿No le parece demasiado dulce?

—En todo caso, quizá un poco seco —dijo Yapp.

Lord Petrefact le miró a él, luego a la jarra, y finalmente a Croxley, bastante desconcertado.

—Chablis —fue el críptico comentario de Croxley.

De nuevo se lanzaron ambos sendas miradas venenosas, pero fue con la aparición del siguiente plato cuando la encogida figura de Lord Petrefact pareció hincharse y alcanzar unas dimensiones tan monstruosas como su reputación.

—¿Y qué es esto, si puede saberse? —preguntó. Yapp se fijó en la expresión recogida de Croxley, que parecía estar pidiéndole ayuda a algún dios. Sólo entonces volvió la vista hacia el extraordinario objeto que el camarero sostenía con ciertas dificultades en la bandeja de plata que le habían acercado a él. Incluso a los ojos de Yapp, tan inexpertos para las rarezas de la *haute cuisine*, parecía extraña aquella criatura asada, y durante un momento tuvo la impresión de que estaba empezando a tener alucinaciones.

Lord Petrefact sí las tenía, sin duda. Su rostro se hinchó y fue cobrando color hasta adquirir un tono violáceo.

—¿Esto es un lechoncillo? —le chilló al camarero—. ¿Cómo puede llamarse lechoncillo a eso?

—Estoy de acuerdo —dijo el camarero, con una valentía que Yapp se sintió obligado a admirar—. Yo diría que el carnicero ha cometido un error.

—¿Error? Esto es más que un error. Seguro que ha adquirido este monstruo en el mismo lugar donde le dieron ese maldito caparazón de tortuga. Aunque lo más probable es que lo haya encontrado en algún circo especializado en animales deformes.

—Cuando dije error me refería a que quizá no se le transmitieron las órdenes adecuadamente, señor. Yo recuerdo haber oído al chef hablando por teléfono y pidiendo un lechoncillo. De modo que lo más probable es que en la carnicería no le entendieran bien y creyeran que había dicho… —El camarero se interrumpió y miró patéticamente a Croxley, solicitando su ayuda. Pero Lord Petrefact había captado el mensaje.

—Si alguien espera que me crea que esa jodida cosa que hay en la bandeja anduvo alguna vez por el mundo en este estado, le aseguro que está muy equivocado —chilló Lord Petrefact, fuera de sí—. Miren esas jodidas patas. Con unos miembros así, seguro que ni siquiera podía andar, seguro que iba arrastrando su jodido hocico por el suelo continuamente. Y me gustaría saber dónde tenía su condenado estómago.

—El estómago está en la nevera, señor —balbuceó el camarero. Lord Petrefact le miró con los ojos desorbitados.

—¿Qué pasa aquí? ¿Alguien pretende hacer un chiste? —aulló—. ¿A qué

viene eso de traerme un cerdo enano…?

—Caramba —dijo Yapp, creyendo, erróneamente, que había llegado el momento de echarle una mano al camarero. Lord Petrefact le miró desafiante.

—¿Qué caramba ni qué historias? Claro que es un cerdo. Hasta el más necio vería que es un cerdo. Lo que yo quiero saber es qué clase de cerdo me han traído.

—Me refería a la palabra «enano» —dijo Yapp—. Yo creía que las personas educadas usaban otra clase de expresiones.

—¿Ah, sí? Entonces, me gustaría disfrutar del privilegio de saber qué expresión le parece a usted que deberían emplear las personas educadas. Y a ver si se llevan a ese engendro lejos de mi vista.

—Creo que sería más indicado hablar de seres de «crecimiento restringido» —dijo Yapp.

Lord Petrefact le miró con cara de chiflado.

—¿De crecimiento restringido? Me traen un cerdo que cualquiera diría que lo han dejado como un acordeón, y me viene usted con que si las personas educadas y los seres de crecimiento restringido. Ese bicho sí que ha tenido un crecimiento… —Pero lo dejó correr y se desplomó, agotado, en su silla de ruedas.

—El término «enano» tiene connotaciones peyorativas —dijo Yapp—, mientras que hablar de «seres de crecimiento restringido»…

—Óigame bien —dijo Lord Petrefact—, puede que sea usted mi invitado, y que yo esté mostrándome muy descortés, pero como alguien se atreva a mencionar otra vez cualquier tema que tenga que ver aunque sea remotamente con los cerdos, voy a… Disculpe.

Y, con un zumbido, su silla de ruedas dio media vuelta y salió velozmente del comedor. Yapp soltó un suspiro de alivio.

—No se preocupe —dijo Croxley, que le empezaba a coger afecto a Yapp por haber sido capaz de atraer hacia sí la furia de Lord Petrefact—. Para cuando terminemos de cenar se le habrá pasado todo.

—No estaba preocupado. Me interesaba, simplemente, observar el estallido de las contradicciones que manifiesta el comportamiento de la llamada clase alta cuando se enfrenta a las condiciones objetivas de la experiencia —dijo Yapp.

—Comprendo. Así que el cerdo recortado es la condición objetiva, ¿eh?

Terminaron la cena en un silencio interrumpido solamente por el sonido de las voces que daba en la cocina Lord Petrefact, que trataba de averiguar quién era el causante de la deformación del cerdo e, indirectamente, de su violación de las leyes de la hospitalidad.

—Si no le importa, me parece que me iré a la cama enseguida —dijo

Croxley cuando por fin se pusieron en pie—. Si necesita alguna cosa, llame al timbre.

Se fue hacia el pasillo y dejó que Yapp regresara solo a la sala contigua. Éste tenía intención de decirle a su anfitrión cuál era exactamente la opinión que le merecía en cuanto le oyera pronunciar cualquier palabra subida de tono, pero Lord Petrefact, tras haber descubierto el origen natural de la especie que le habían servido a su mesa, no estaba con ánimos para seguir discutiendo con Walden Yapp.

—Disculpe mi estallido de furia, amigo —dijo con aparente buen humor—. La culpa es de mi maldito sistema digestivo. Cuando todo va bien me resulta espantoso, pero cuando… Sírvase una copa de coñac usted mismo. Sí, hombre, sí. Hasta yo me tomaré una copita.

Y a pesar de que Yapp protestó, diciendo que ya había bebido más de lo que acostumbraba beber en todo un mes, Lord Petrefact impulsó su silla hacia el mueble bar y le dio una llenísima copa de coñac.

—Ahora siéntese cómodamente y fúmese un buen puro —dijo.

Esta vez la negativa de Yapp fue muy firme. Dijo que no fumaba nunca.

—Me parece muy sensato de su parte. Muy sensato. De todos modos, dicen que sirve para calmar los nervios. —Y, armado de un gran puro y de una buena copa de coñac, maniobró su silla hasta dejar su lado benévolo incómodamente próximo a Yapp—. Bien. Seguro que se está preguntando por qué le he invitado a cenar conmigo… —añadió en un susurro casi conspiratorio.

—Dijo usted algo acerca de la posibilidad de que me encargue de escribir una historia de la familia.

—Exacto. Sí, señor —dijo Lord Petrefact haciendo grandes esfuerzos por aparentar indiferencia—. Y estoy seguro de que le pareció a usted una idea desconcertante.

—En efecto, me pregunté a qué se debía que su elección recayera sobre mí —dijo Yapp.

Lord Petrefact hizo un gesto de asentimiento.

—Exacto. Y, teniendo en cuenta que ocupamos polos opuestos en lo que se refiere a nuestras opiniones políticas, estoy seguro de que la elección tuvo que sorprenderle.

—La encontré extraña, y me parece que estoy en la obligación de decirle desde este mismo momento que…

Pero Lord Petrefact alzó su mano.

—No hace falta, amigo mío, no hace ninguna falta que me lo diga. Sé lo que iba usted a decirme, y estoy absolutamente de acuerdo con las condiciones que quería establecer. Por eso le he elegido a usted. Los Petrefact tenemos sin

duda defectos, y no me cabe la menor duda de que usted establecerá un magnífico catálogo de sus peores manifestaciones, pero también le digo que pronto comprobará que entre estos defectos no está el de la tendencia a engañarnos a nosotros mismos. También podría decirse de otro modo, afirmar que carecemos de vanidad, pero eso sería ir demasiado lejos. Basta que mire esta casa infernal para ver todo lo que eran capaces de hacer mis abuelos cuando querían proclamar su superioridad social. Y la verdad es que les aprovechó mucho. Pero yo pertenezco a otra generación, a otra era casi podría decirse, y si hay una cosa que valoro por encima de todo, esa cosa es la verdad.

Y, cogiendo copa y puro con una sola mano, agarró la muñeca de Yapp con la otra.

—La verdad, caballero, es el último baluarte de la juventud. ¿Qué le parece la frase?

Para gran alivio de Yapp, Lord Petrefact le soltó la muñeca y se recostó en su silla, notablemente satisfecho consigo mismo.

—A ver, qué me dice —insistió—. Y no le servirá de nada buscar esta máxima en La Rochefoucauld ni en Voltaire. Es mía y, aun siéndolo, me parece acertadísima.

—Considero que es una idea muy interesante, sinceramente —dijo Yapp, que no estaba del todo seguro de haber captado hasta el fondo lo que le decía el anciano, pero que se daba cuenta de que aquello le concernía a él.

—Sí, la verdad es el último baluarte de la juventud. Y mientras los hombres estén dispuestos a mirar la verdad cara a cara y a estudiar el espejo de sus defectos, nadie podrá llamarles viejos.

Y, tras haber disfrutado con esta frase que recordaba a Churchill, a Lord Beaverbrook y hasta incluso a Baldwin, Lord Petrefact lanzó un perfecto anillo de humo al aire. Yapp lo miró hipnotizado. El anillo de humo, como si fuese un rizo ectoplasmático de la personalidad de Petrefact, se deslizó hasta la chimenea.

—Si le entiendo bien —dijo—, me está diciendo usted que está dispuesto a concederme la más absoluta libertad en la investigación de la historia de la familia Petrefact; que me proporcionará todos los datos económicos y financieros que yo estime necesarios; y que no tratará de entorpecer mi labor cuando extraiga mis conclusiones socioeconómicas a partir de esos datos.

—Exactamente —dijo Lord Petrefact. Yo mismo no hubiera sido capaz de expresarlo mejor.

Yapp tomó un sorbo de coñac y se preguntó a qué venía esta notable generosidad. Había decidido rechazar la oferta en cuanto Lord Petrefact insinuara en lo más mínimo que lo que quería de él era que escribiese un canto de alabanza a su familia —y de hecho había disfrutado pensando en esta

oportunidad de expresar la elevación de sus principios—, pero lo que no se imaginaba era que iban a dejarle hacer lo que él quisiera. Lord Petrefact le observó, y saboreó su evidente confusión.

—Sin trabas de ninguna clase —dijo, pensando sin duda que aquella cena le había salido en el fondo muy barata—. Puede ir a donde le plazca, revisar los documentos que quiera, hablar con todo el mundo, leer la correspondencia, y le aseguro que es abundante, y muy reveladora, y todo esto por la…

Iba a decir «principesca suma», pero se abstuvo a tiempo. Habría sido una necedad ganarse la antipatía de aquel pobre tonto justo en el momento en que había conseguido que mordiese el anzuelo. De modo que decidió tantear en su bolsillo y sacar de él un documento.

—Cien mil libras —dijo—. Aquí tiene el contrato. Veinte mil en el momento de la firma, otras veinte mil cuando termine el original y sesenta mil cuando se publique. Me parece justo. Lea el contrato detenidamente, haga que lo analice cualquier abogado, y verá cómo no hay ninguna trampa. Yo mismo lo he redactado, de modo que estoy seguro de lo que digo.

—Tendré que reflexionar —dijo Yapp, tratando de contener la extraordinaria euforia que sentía, y echándole una ojeada a la primera página del contrato. Y, como si quisiera indicar que no quería que su personalidad se entrometiera en las reflexiones de Yapp, Lord Petrefact se alejó con el zumbido de su silla hacia la puerta, no sin haberle dicho antes que se sirviera lo que quisiera y que no se preocupase por las luces, porque ya se encargarían de ellas los criados. Y así, tras darle las buenas noches a Yapp, desapareció. Yapp se quedó sentado, aturdido por la brusquedad de todo aquel asunto, y mareado por la conciencia de que había estado en presencia de uno de los últimos ejemplares de la especie del gran capitalista ladrón de plusvalía. Veinte mil al firmar y veinte mil más… Y sin ninguna condición. Nada que le impidiera analizar documentalmente la explotación, la miseria proletaria, así como la rapacidad que había provocado esa miseria en la que los Petrefact habían hundido a su fuerza de trabajo a lo largo de más de un siglo.

Tenía que haber, seguro, algún truco por algún lado. Walden Yapp vació su copa, se sirvió otro coñac y se instaló cómodamente en el sofá a estudiar el contrato.

5

En la habitación contigua, Lord Petrefact estuvo saboreando su cigarro en la oscuridad durante un rato, pero también se maldijo a sí mismo por haber sido tan estúpido. Y maldijo también a Croxley por el asunto del cerdo recortado, y si le hubiese tenido a su alcance le habría dicho al muy cerdo que tenía una semana de plazo para buscarse otro empleo. Pero Croxley había decidido irse a dormir al primer piso, Fawcett House tenía de todo menos ascensores, y Lord Petrefact era demasiado sensato para pensar siquiera en la posibilidad de hacer subir su silla de ruedas por la escalinata de mármol, máxime teniendo en cuenta que se trataba de una escalinata de mármol que ya había demostrado sus tendencias asesinas en la persona del tío abuelo Erskine. Lord Petrefact recordaba la tragedia con viva satisfacción, aunque seguía siendo un misterio el motivo por el cual su tío abuelo se meó en la balaustrada antes de dar, vestido solamente con un condón, el paso que le precipitaría a la muerte. Era probable que el viejo cabrón hubiera confundido a una de las estatuas de mármol del rellano con una doncella.

Pero eso no importaba. Lo importante era que el agregio Croxley estaba arriba, y que como él estaba abajo tendría que esperar hasta la mañana siguiente para descargar su furia contra aquel imbécil. Pero en realidad lo que más le fastidiaba era haberle ofrecido a aquel otro imbécil de Yapp unas condiciones tan generosísimas, cuando el pobre chalado hubiera sido capaz de realizar la investigación por amor al arte. Por otro lado, también se sentía irritado pensando que quizá, pese a su reputación, Yapp no fuese el hombre más adecuado para la tarea. La educación con que había actuado durante la cena no parecía corresponder a la imagen de implacable verdugo que Lord Petrefact se había hecho de él. Y pensando que no le quedaría otro remedio que dirigir los pasos del profesor en la dirección adecuada, Lord Petrefact se fue traqueteando hacia su dormitorio y hacia los cuidados de su U.V.I. particular, cuyo personal femenino tenía adjudicada la poco envidiable misión de meterle en cama por las noches y levantarle por la mañana.

Yapp terminó de estudiar el contrato en la sala y, recordando que tenía a los criados despiertos por culpa suya, se fue hacia su habitación. Había analizado detalladamente incluso la letra pequeña del contrato y, hasta donde él sabía, no había allí nada que le impidiera escribir la más brutal historia de la familia que nadie pudiera imaginar. Era extraordinario. Y, encima de hacerle el regalo de todos aquellos datos socioeconómicos, iban a pagarle cien mil libras esterlinas. Resultaba inquietante. Casi tan inquietante como saber que iba a dormir en la misma cama que antaño había ocupado el tirano del Congo.

No fue de extrañar que a Yapp le costara mucho dormirse. Mientras Lord Petrefact meditaba en el piso inferior cuáles de sus parientes se sentirían más molestos por las investigaciones de Yapp, el gran Historiógrafo Demótico luchaba denodadamente por conciliar el sueño, sin el menor éxito. Se despertaba una y otra vez, y se quedaba mirando hacia la ventana, asombrado ante su buena suerte, para luego volver a adormecerse. Y cuando lograba dormir, soñaba en cerdos que iban montados en sillas de ruedas, y veía una imagen distorsionadísima de Lord Petrefact, cuyos pies aparecían en el sitio donde normalmente están los omóplatos. Para empeorar aún más las cosas, no había lamparita de noche junto a la cama, y no podía acunar su imaginación con la lectura de los sufrimientos de los afiladores de Sheffield en 1863, tema de la tesis doctoral de uno de sus alumnos que se había llevado consigo para utilizar como lectura nocturna. Pero, sobre todo, estaba sin Doris. Si hubiese podido teclear el contrato en su computadora, estaba seguro de que ella hubiese encontrado el fallo. Pero para eso no le quedaba más remedio que esperar al momento de su regreso a Kloone.

Hasta Croxley, que normalmente dormía magníficamente bien, se encontró con que era presa del insomnio. Había conseguido librarse provisionalmente de la furia que se le había desatado a Lord Petrefact por culpa de aquel lechoncillo improvisado, pero no cabía duda de que a la mañana siguiente tendría que soportar un estallido de ira. Croxley se resignó a esta perspectiva porque era inevitable. Además, por mucho que el viejo tronara y le mandara al infierno, Croxley sabía cuál era el valor de su trabajo, y no temía por su empleo. No, se estaba cociendo alguna otra cosa mucho más grave, y en esta ocasión no tenía ni idea de qué se traía Lord Petrefact entre manos. ¿Por qué había invitado a Fawcett a aquel profesor subversivo? Croxley no lo entendía. Y si Lord Petrefact se maldecía a sí mismo por haberle ofrecido a Yapp una suma tan importante como pago por sus investigaciones, Croxley se culpaba a sí mismo de no haber aprovechado la oportunidad que le brindó la cena para sonsacar a Yapp y averiguar los motivos de su presencia allí. Fueran cuales fuesen, a Croxley no le parecía bien. Tratando de encontrar algún indicio en sus recuerdos, el único

motivo plausible que se le ocurrió fue que todo aquello podría estar relacionado con el cierre de la fábrica de Hull. Esta era una operación que estaba preparándose en aquellos momentos, y quizá Yapp fuera el hombre designado para intervenir como árbitro de la disputa. En cuyo caso era posible que el viejo Petrefact estuviera tratando de sobornarle. Pero esto no bastaba para explicar que, además le hubiese estado adulando de aquel modo. A todo lo largo del medio siglo durante el que Croxley había permanecido fiel a Lord Petrefact y consagrado a la familia que él encabezaba, el secretario no recordaba haber vivido más que contadísimas situaciones en las que el viejo había hecho tantos esfuerzos por ocultar sus verdaderos sentimientos y mostrarse tan amable. Por ejemplo, la vez en que necesitaba las acciones de American Carboils que pertenecían a Raphael Petrefact para llevar a cabo la adquisición de esa empresa; o cuando necesitó la colaboración de Oscar Clapperstock para llevar a la quiebra a un competidor. Pero, aparte de estos dos momentos vitales de su carrera, Lord Petrefact había sido siempre concienzudamente desagradable con todo el mundo. Una de las cualidades del viejo que más admiraba Croxley era precisamente esta capacidad que tenía de perseguir implacablemente el provecho propio a expensas de su buena imagen. Pero, finalmente, hasta el desconcertado Croxley acabó durmiéndose, y Fawcett House recobró el sombrío silencio y el esplendor sepulcral que con tanta elocuencia parecían celebrar el sufrimiento de los millones de personas a cuya costa se había llegado a construir el edificio.

Pero fue precisamente el recuerdo del sufrimiento de todos esos millones de personas lo que acabó arrancando a Walden Yapp de su cama. ¿Cómo podía aceptar cien mil libras esterlinas ganadas de aquel modo? Y ofrecidas por un hombre cuya frase más difundida, y de la que más orgulloso se sentía, era una paráfrasis de Churchill que decía: «En el campo de la empresa privada, jamás tantos le habían debido tanto a una sola persona». La mismísima idea de ser pagado con monedas que estaban manchadas con la sangre, el sudor, las lágrimas y los esputos de los mineros silicóticos de Bolivia y Sudáfrica, así como por los cultivadores de té en Sri Lanka, los leñadores del Canadá, los conductores de las palas mecánicas de Queensland, así como de obreros de todas las partes del mundo, le resultaba intolerable. Y por si eso fuera poco, también tenía que pensar en el daño que aquel contrato podía causarle y su hasta ahora inmaculada reputación. La gente diría que Walden Yapp había sido comprado, que se había convertido en un lacayo, en el jefe de la publicidad del Grupo Empresarial Petrefact, que había renunciado a sus principios por sólo cien mil libras. Le

atacarían los miembros del grupo de la revista *Tribune*, le echarían de la sede central de la confederación de sindicatos, y hasta le volverían la espalda por la calle tipos tan poco extremistas como Wedgire Benn, el líder de la izquierda laborista. A no ser, naturalmente, que hiciera donación de toda esa suma a una institución benéfica, como OIT, o para los fondos de la Campaña para la Salvación del Pol Pot. Un ademán de este tipo serviría como respuesta a las críticas que recibiría, y le permitiría llevar a cabo su investigación de los métodos de explotación utilizados por los Petrefact. Sí, esta era la solución, y, contento por la idea que había tenido, seguro de que nadie podría tachar su nombre de los anales del socialismo, se fue al baño y decidió que si le resultaba moralmente imposible dormir en la misma cama que había usado aquel vil monarca, podía al menos probar aquella bañera antediluviana. Sería un primer paso en su investigación de las formas de vida de los millonarios de tiempos pasados.

Al final, la experiencia superó sus expectativas. Tras haber leído de nuevo las instrucciones, Yapp accionó la palanca que ponía en funcionamiento los manómetros, fijó el termostato en 35º centígrados, y esperó hasta que la bañera se llenara hasta los dos tercios de su capacidad, a fin de poner en marcha el sistema de oleaje artificial. Justo entonces cerró el grifo del agua caliente y entró en la bañera. O, mejor dicho, *hubiera* entrado si aquel artefacto no se hubiera desplazado lateralmente, propinándole un golpe que le hizo perder el equilibrio. Al siguiente instante trató de mover la palanca, pero la bañera se movió hacia el otro lado. Yapp se deslizó hasta el fondo y chocó con el grifo, y cuando trataba desesperadamente de agarrarse a él, la bañera, con un espantoso y estridente ruido, cambió de dirección y, al mismo tiempo, empezó a vibrar. Luego, ayudado por una pastilla de jabón, Yapp volvió a resbalar, pero consiguió no obstante alcanzar la palanca y girarla hasta donde estaba grabada la palabra CHORRO. El indicador cumplió su promesa con un entusiasmo cuyo origen debía de estar en los muchos años de comprensible abandono que había tenido que sufrir. Un chorro de agua caliente y herrumbrosa comenzó a salir de unos agujeros situados en el perímetro de caoba del armatoste. Yapp soltó un chillido, se agarró a la cortina y trató de ponerse en pie. Pero no cabía la menor duda de que la bañera tenía sus propias ideas al respecto. Cuando la cortina cayó, rotas sus oxidadas anillas por el peso de Yapp, y aquel devoto de las computadoras y de las máquinas complicadas se estrellaba de nuevo en la bañera para sufrir los embates de los ardientes chorros de agua, aquel infernal cacharro puso en marcha todos y cada uno de los artilugios con que su chiflado diseñador lo había dotado. Había allí olas, chorros, vibraciones y también, ahora, una nube de vapor. De una serie de orificios salían los chorros; de otra, un denso vapor que

hizo fracasar todos los intentos que hizo Yapp por cambiar la palanca de posición para detener todo aquello. Cuando tanteaba para tocarla, ni siquiera la veía. Y, entretanto, seguía oyéndose el estruendo de los golpeteos y chirridos del anticuado mecanismo que animaban el Baño Sincronizado.

Fue este incesante ruido lo que despertó por fin a Lord Petrefact, que ocupaba la habitación situada exactamente debajo de la de Yapp. Abrió los ojos, parpadeó, buscó a tientas las gafas, no logró hallarlas, y se quedó con la vista clavada en las molduras de estuco que tenía justo encima de él. Aun estando desprovisto de sus gafas, supo que algo estaba fallando: podía ser su hígado —hipótesis desmentida por el estrépito— o quizás era que todo aquel maldito edificio había empezado a derrumbarse. Lo primero que se le ocurrió es que se había producido un tremendo terremoto, pero los terremotos jamás duraban tantísimo tiempo. Ni tampoco iban acompañados, hasta dónde él sabía, del ruido típico de los motores de vapor.

Un fragmento de estuco cayó del techo y se estrelló en el vaso donde había dejado su dentadura postiza. El retrato de su abuelo se desprendió de la pared, y quedó empalado en el respaldo de una silla. Pero lo que aclaró las cosas fue la mancha de herrumbroso líquido pardo que iba extendiéndose por todo el techo. Eso, y la araña, que después de haber estado dando botes, empezaba ahora a describir círculos cada vez más rápidos y amplios. La caída de aquella condenada lámpara podía resultarle fatal, y desde luego Lord Petrefact no pensaba quedarse en la cama para comprobar si era así. Con un vigor sorprendente en un hombre supuestamente paralítico, Lord Petrefact se arrojó al suelo y se arrastró hacia su silla de ruedas para pulsar el botón rojo.

Pero lo hizo demasiado tarde. La araña había llegado al final de sus días. Lo que ocurrió exactamente fue que el pedazo de techo al que estaba sujeta se desprendió, con acompañamiento de un desagradable gruñido y un *crescendo* de cristales rotos, y cayó. Cuando lo vio venir, Lord Petrefact sólo pensó en una cosa. Tenía que alcanzar el botón rojo antes de quedar aplastado, partido en pedazos o ahogado. Un mugriento líquido pardo había comenzado a caer por el agujero del techo, y constituía un nuevo riesgo. Un pedazo de estuco que se soltó de la araña había caído en la silla de ruedas, tapando el juego de mandos y botones que Lord Petrefact ansiaba alcanzar. La araña se desintegró a su espalda y por fin quedó inmovilizada. Pero la silla de ruedas, puesta en marcha por el impacto del estuco contra sus mandos, comenzó a avanzar. Primero chocó con un gran jarrón ornamental y luego con un biombo de seda bordada que hasta

entonces había ocultado el retrete portátil de Lord Petrefact. Tras haber tirado el biombo y vaciado el contenido del retrete, la silla retrocedió, con patente repugnancia y evidentes prisas, en dirección contraria. Cuando aquel maldito cacharro pasó junto a él, Lord Petrefact hizo un último intento de detenerlo, pero la silla de ruedas ya había visto nuevos objetivos. Esta vez se trataba de una vitrina que contenía unas cuantas piezas de valiosísimo jade. Horrorizado en parte por su conciencia de que eran objetos insustituibles, y que no estaban adecuadamente asegurados, Lord Petrefact contempló cómo la silla de ruedas arremetía contra el mueble, rompía el cristal y giraba varias veces sobre sí misma, destrozando así los tesoros de media docena de dinastías, para después encaminarse directamente a él.

Pero Lord Petrefact estaba preparado. No tenía intención de permitir que su propia silla de ruedas le decapitara, ni de reunirse en el rincón opuesto del cuarto con el contenido del retrete. Se lanzó lateralmente hasta esconderse debajo de la cama, y permaneció acurrucado, contemplando lívido los apoyapiés de la silla de ruedas, que se habían introducido bajo la cama y aún intentaban golpearle. Por otro lado, tampoco quería ahogarse, y una auténtica cascada casera estaba cayendo desde el techo para ir extendiéndose poco a poco por todo el suelo. Estaba pensando qué era mejor, si arriesgarse a un enfrentamiento con la silla de ruedas o empujarla desde donde estaba en alguna dirección menos letal, cuando se abrió la puerta y una voz gritó:

—¡Lord Petrefact, Lord Petrefact! ¿Dónde está usted?

Desde debajo de la cama, el gran magnate intentó comunicar su situación, pero el infernal estruendo de arriba, el que ahora se había unido a los gritos y el ruido del agua que seguía cayendo, ahogaron su contestación. Además, sin la dentadura postiza todavía debía de entendérsele peor. Frotándose las encías superiores contra las inferiores en su intento de hablar, reptó hacia la silla de ruedas sin perder de vista los pies de los miembros del equipo de vigilancia intensiva que se habían congregado en el umbral de la pieza y contemplaban el desastre.

—¿Dónde diablos puede haberse metido ese viejo estúpido? —dijo uno de ellos.

—A juzgar por el espectáculo, se diría que se ha volado la tapa de los sesos, no sin antes haberse vengado de todo lo que le rodeaba —dijo otro—. Siempre me había parecido que el muy mamón estaba más loco que una cabra, pero no me esperaba nada parecido a esto.

Desde debajo de la cama, el viejo mamón se lamentó de no ser capaz de verle la cara al que había hablado. Porque entonces aquel tipo se enteraría de lo que era capaz. Haciendo un esfuerzo final por salir, estiró el brazo y empujó la

silla de ruedas hacia un lado. Durante unos instantes pareció que aquel cacharro dudaba, pues sus ruedas patinaban en el suelo embarrado. De paso, un extremo del cordón del pijama de Lord Petrefact se enroscó en torno al eje de una rueda, y al final el mecanismo quedó detenido. Detrás de la silla emergió Lord Petrefact, convencido ahora de que tenía una hernia estrangulada que iba a acabar con su vida de un momento a otro. Pero el equipo de vigilancia sólo tenía ojos para la silla de ruedas. Todos sus miembros estaban hartos de ver espectáculos grotescos debido a su dedicación profesional, pero era la primera vez que contemplaba una silla de ruedas en el momento en que sufría un ataque de locura. Porque ya había reanudado su camino; ahora se abrió paso por encima de los restos del biombo, trepó sobre el retrete portátil, rebotó contra la pared, derribó otra vitrina —ésta contenía una colección de figuritas de Meissen—, y todo ello ante la atónita mirada del grupo, que seguía traspuesto en el umbral.

Y tal actitud por parte de médicos y enfermeras fue un grave error. La silla de ruedas se había contagiado, evidentemente, de parte de la malicia de su usuario cotidiano, que ahora no era más que un apéndice del cacharro, y estaba siendo arrastrado de un lado para otro en pos de ella, y había adquirido además un aspecto prácticamente irreconocible. Encima, dio la sensación de que la silla, gracias a cierta telepatía mecánica, supiera identificar claramente a sus enemigos. En efecto, se abalanzó hacia la puerta, y cuando los médicos y enfermeras trataban de huir, los atropelló salvajemente. Lord Petrefact tuvo un breve momento de respiro cuando la máquina se encontró con dificultades para atravesar la puerta, pero luego lo logró y comenzó a correr por el pasillo cargándose todo cuanto se le ponía delante. Primero descartó a los médicos y enfermeras, limitándose a dejarlos tirados por la alfombra, pero la puerta forrada de bayeta verde no fue para ella más que un leve obstáculo, cuya única consecuencia fue que Lord Petrefact se diera un buen golpe contra la silla. Superada la puerta, la silla pudo correr libremente, rebotando contra las paredes del pasillo en su alocado avance.

Tras ella iba Lord Petrefact, que ahora estaba convencido de que ya no se encontraba solamente sufriendo una hernia estrangulada de carácter letal, sino que había llegado a las mismas puertas de la muerte. Y Lord Petrefact sólo pensaba en una cosa. Que si, y el condicional parecía un optimismo injustificado, si sobrevivía a todo esto, alguien tendría que pagarlo: no una persona, sino muchas, lo pagarían con su empleo, su futuro y, a poco que estuviera en su mano, también con su vida. Y no es que se encontrara en condiciones de establecer una lista de esos responsables, pero sí tenía muy claro que el inventor de aquella silla de ruedas ocupaba en ese catálogo una de las posiciones más privilegiadas, seguido a no mucha distancia por los

distribuidores de aquel retrete portátil y teóricamente involcable. Y también formaba parte de esa lista Croxley, desde luego, y en cuanto le pusiera las manos encima…

Pero estos pensamientos eran subliminales, y hasta ellos quedaron borrados cuando la silla de ruedas, llevando su inexorable avance hasta su conclusión lógica, penetró en el gran vestíbulo de mármol. Durante un instante Lord Petrefact llegó a entrever un rostro borroso que se asomaba desde lo alto de la balaustrada del rellano cuando él se deslizaba por el piso de mármol. Pero luego la silla de ruedas dio un patinazo lateral, chocó contra una gran mesa de roble golpeando de paso a Lord Petrefact contra la pared, y por fin, en un último intento de lograr la libertad, se precipitó hacia la puerta principal de la mansión. Durante un terrible instante Lord Petrefact se vio a sí mismo arrastrado por los peldaños de la escalera y por la gravilla de la avenida camino del lago, pero sus temores no llegaron a hacerse realidad. La silla falló por un palmo en su carrera hacia la puerta y se estrelló contra una columna de mármol. El apoyapiés se desmenuzó estrepitosamente, todavía pudo oírse un leve zumbido, pero después el motor se paró, Lord Petrefact dio con sus huesos contra la máquina y, por fin, su carrera quedó frenada.

6

Croxley contempló desde la balaustrada del primer piso los últimos momentos de vida de la silla de ruedas, que seguramente también iban a ser los últimos de la de su patrono, con una mezcla de decepción y alegría. Ya había arriesgado su vida y su integridad física rescatando al egregio profesor Yapp de lo que parecía una combinación de una sauna descontroladamente calurosa y un baño en las rompientes de una costa escarpada, y había logrado convencer al afligido y zarandeado profesor de que nadie había tratado de asesinarle. Y la verdad es que Yapp no había sido fácil de persuadir.

—¿Cómo demonios iba yo a saber que ese condenado artilugio llevaba sesenta años sin ser utilizado? —chilló Yapp mientras Croxley le sacaba a rastras del jaleo.

—Ya le advertí que esto era como vivir en un museo.

—Pero no se refirió a la existencia de ninguna cámara de los horrores, ni me dijo que esa jodida bañera era un instrumento pensado para la aplicación de la pena capital. Tendría que haber una ley que prohibiese la instalación de bañeras con tendencias asesinas. Podría haber muerto abrasado por esos chorros.

—Cierto —dijo maliciosamente Croxley. Si Walden Yapp le había parecido poco agradable cuando estaba vestido, una vez desnudo, con la piel enrojecida, llena de moretones y exudando por todos los poros la alarma y el escándalo, parecía la personificación de sus opiniones políticas. O eso le pareció a Croxley. Luego le dejó solo, no sin antes haberle comentado, aprovechando aquella magnífica oportunidad, que confiaba en que Lord Petrefact no fuese a llevarle a los tribunales por haber estropeado aquella valiosísima muestra del ingenio victoriano, así como, a juzgar por lo que se veía a través del agujero del suelo, por los destrozos que había causado en el piso inferior.

Pero cuando llegó a la balaustrada las cosas habían cambiado de aspecto. Era dudoso que Lord Petrefact llegara a vivir las horas suficientes para llevar a nadie a los tribunales. Por el aspecto de aquella cosa que colgaba de la parte

trasera de la silla de ruedas, el viejo estaba a punto de convertirse en cliente de una funeraria. Durante un horrible segundo, Croxley pensó que aquello no era más que un pantalón de pijama que se había caído de una de las cubas antisépticas, y que trataba por todos los medios de alcanzar la silla de ruedas en su loca carrera. Sólo cuando aquel repugnante revoltillo dio contra la pared y la silla se estrelló contra la columna de mármol, llegó Croxley a reconocer a su jefe. Impulsado por un sentido del deber que demostró ser superior a sus sentimientos personales, bajó corriendo las escaleras y se arrodilló junto al cadáver para buscarle el pulso, aunque sin esperanzas de localizarlo. Y, en efecto, no parecía que le latiese. ¿Y dónde diablos estaba el maldito equipo de vigilancia intensiva? Si alguna vez habían sido necesarios sus servicios, ese momento era ahora. Pero después de gritar «¡Socorro!» varias veces y de no obtener resultados, Croxley se vio obligado a emprender aquello para lo que tan concienzudamente se había preparado y que siempre había rezado pidiendo no tener nunca que llegar a hacer. Alzando la ensangrentada cabeza de Lord Petrefact —el hecho de que todavía sangrase parecía rebatir la hipótesis de la muerte del muy cerdo—, cerró los ojos y aplicó sus labios a los de aquel cuerpo, para hacerle la respiración artificial. Sólo cuando ya le había insuflado aire tres veces abrió Croxley los ojos y comprobó que su ojo izquierdo estaba clavado en la demoníaca mirada de Lord Petrefact. Croxley dejó caer la cabeza al instante. No era la primera vez que veía aquella mirada asesina, pero jamás la había visto tan de cerca.

—¿Se encuentra bien? —preguntó, y al instante lamentó haberlo hecho. La pregunta sirvió para galvanizar al viejo. Sufrir la presencia de la silla de ruedas y verse luego arrastrado por aquel enloquecido trasto a través de Dios sabe qué porquería había sido espantoso, pero recobrar la conciencia y encontrarse con que le estaban besando su propio secretario confidencial, tras cincuenta años de leales servicios, un tipo que además era una persona dotada de un perverso sentido del humor, capaz de construir un lechoncillo con los cuartos delanteros y traseros de un jodido jabalí, rayaba en lo más espeluznantemente insoportable.

—¿Bien? ¿Que si me encuentro bien? —chilló—. ¿Tiene los cojones de preguntarme si me encuentro bien? Y, además, ¿por qué demonios estaba besándome?

—Respiración boca a boca —murmuró Croxley. Pero Lord Petrefact estaba muy atareado ahora con el cordón del pijama. Ya se ocuparía de lo que fuese que Croxley había estado haciéndole cuando hubiera desatado el nudo infernal que amenazaba con provocar una gangrena gaseosa, o algo peor, en sus intestinos. Más que el cordón del pijama aquello parecía un torniquete ventral.

—A ver, permítame que le ayude —dijo Croxley, comprendiendo de

repente el problema. Pero Lord Petrefact había tenido de sobra con los cuidados orales de su secretario.

—Nada de eso —gritó, y se apartó de su mano con una tremenda sacudida espasmódica. La silla de ruedas retrocedió un poco, y puso fin a sus intentos de desprenderse de ella. Soltando un sollozo, Lord Petrefact se quedó muy quieto, estaba a punto de ordenarle a Croxley que fuera por un cuchillo, cuando por fin se presentó el equipo de vigilancia intensiva.

—Está atrapado… —empezó a decir Croxley, pero le echaron a un lado aquellos expertos que creían saber de todo eso mucho más que él. Mientras uno de ellos preparaba una mascarilla de oxígeno, otro disponía los electrodos de un estimulador cardíaco. Segundos más tarde Lord Petrefact quedó silenciado por la mascarilla, y se empezó a enterar de lo que supone, para un corazón relativamente sano, recibir una descarga eléctrica.

—Y llévese la maldita silla de ruedas —ordenó el jefe del equipo—. No hay forma de trabajar con ese maldito cacharro por en medio. Además, los pacientes necesitan espacio para poder respirar.

Desde el otro lado de la mascarilla de oxígeno Lord Petrefact manifestó su desacuerdo, pero no estaba en condiciones de hacer oír su opinión. Cuando las descargas eléctricas comenzaron a agitar su pecho, y a medida que le bombeaban oxígeno hacia el interior de sus pulmones, y, momentos después, cuando uno de los miembros del equipo trató de apartar la silla de ruedas, Lord Petrefact supo que estaba muriéndose. Y esta vez no le importó. Estaba seguro de que el infierno le parecía una bendición si lo comparaba con lo que aquellos cerdos estaban haciéndole.

—Cabrones, asesinos —les gritaba desde detrás de la mascarilla, pero con el único resultado de una nueva sacudida, y el pinchazo de una aguja hipodérmica en el brazo.

Cuando estaba cayendo en la inconsciencia creyó ver a Croxley que se inclinaba sobre él provisto de un objeto ominosamente parecido a un cuchillo de carnicero. Durante un momento Lord Petrefact recordó el cerdo expurgado, y trató de detener esa mano asesina. Pero al siguiente instante ya había perdido el sentido y Croxley intentaba cortar el cordón del pijama. Fue como si el secretario hubiese calculado aquella acción como el mejor método para conseguir que los médicos confundieran radicalmente sus propósitos. Porque los enloquecidos acontecimientos tenían que haber sido provocados por alguien y, siendo científicos, era lógico que no creyeran que el culpable pudiera ser la silla de ruedas. Tampoco sabían que la causa de la destrucción del dormitorio de Lord Petrefact había sido una máquina, la que accionaba el Baño Sincronizado. Habían pasado el suficiente tiempo al lado de Lord Petrefact para saber que su

secretario confidencial vivía en un estado de perpetua tensión. Por lo tanto, nada más fácil para ellos que deducir que aquel hombre había sido llevado por el duro trato de su jefe hasta más allá de los límites de la locura, y que, por lo tanto, lo que ahora se proponía era arrancarle las entrañas al tirano. Cuando Croxley cogió el cordón del pijama, los médicos cayeron sobre él y le sujetaron contra el suelo para, inmediatamente, quitarle el cuchillo de carnicero que sostenía en la mano.

Esta escena fue el recibimiento que tuvo Yapp cuando salió de la suite del rey Alberto cargado con su bolsa Intourist, dispuesto a largarse de Fawcett House inmediatamente. Fue también la escena que vivieron los ojos de Mrs. Billington-Wall cuando compareció allí, dispuesta a abrir la casa para los turistas. Vestida ahora con un traje de mezclilla en lugar del uniforme del día anterior, tenía un aspecto más imponente que nunca. Echó una ojeada a la *mêlée* de médicos y Croxley en el suelo; otra a Yapp, que vacilaba en la escalera; y una última al inconsciente Lord Petrefact, y esto le bastó para tomar el mando de la situación.

—¿Qué diablos se han pensado ustedes que han venido a hacer aquí? —preguntó.

—Este hombre trataba de asesinar a Lord Petrefact —murmuró uno de los médicos.

—No es verdad —farfulló Croxley, tratando de recobrar el aliento—. Sólo pretendía cortar el cordón que… —Se quedó sin aire.

—Sí, todos dicen lo mismo —afirmó uno de los médicos—. Es un ejemplo clásico de esquizofrenia paranoide. Cortar el cordón umbilical…

Pero a estas alturas Mrs. Billington-Wall ya había captado perfectamente uno al menos de los aspectos de la situación.

—En parte lleva razón Mr. Croxley —dijo dirigiendo una mirada profesional a los rojos dedos de los pies de Lord Petrefact—. Es vidente que alguna cosa impide que su sangre circule libremente.

Y, con destreza y sentido práctico, deshizo el nudo del cordón del pijama y vio cómo los dedos recobraban su palidez normal. Los médicos, bastante turbados, se pusieron en pie.

—Era verdad, pero seguro que alguien ha intentado asesinarle. Su dormitorio está destrozado. Se nota que se ha defendido fieramente.

—Si buscan ustedes al culpable, mejor será que vuelvan la vista hacia él —dijo Mrs. Billington-Wall señalando a Walden Yapp, que seguía vacilando en

mitad de la escalera, con todos los indicios de la culpabilidad inscritos en sus facciones—. Y como no le quiten la mascarilla a ese viejo, al final los culpables van a ser ustedes mismos.

Walden Yapp no esperó ni un segundo más. Había dudado porque, si hacía unos momentos había llegado a convencerse de que alguien le había engatusado para que acudiese a aquella casa con el propósito de que se chamuscara y muriera escaldado en aquella espantosa bañera, tuvo que volver a plantearse las cosas cuando vio a Lord Petrefact tendido en el suelo, desangrándose, y claramente *in extremis*. Luego, cuando trataba de deducir por qué motivos habían sujetado de aquel modo a Croxley, apareció aquella mujer señalándole con su dedo acusador. Supo que iba a convertirle en el cabeza de turco que tendría que pagar el crimen que hubiera sido cometido. Y al ver que los médicos se dirigían hacia la escalera mientras, por su parte, Mrs. Billington-Wall libraba a Lord Petrefact de aquellos auxilios que estaban a punto de acabar con su vida, Walden Yapp fue presa del pánico. Dio media vuelta y empezó a correr escaleras arriba y luego por el pasillo. A su espalda, los pasos de los médicos le empujaban a seguir corriendo sin darle tiempo a pensar hacia dónde dirigirse, pero prefería cualquier rincón antes que la suite del rey Alberto. De modo que, tras volver una esquina, y consciente de que sus perseguidores iban pisándole los talones, Yapp probó una puerta. Como no estaba cerrada con llave, se coló por ella, la cerró enseguida y buscó la llave. No había ninguna. O, si la había, estaba al otro lado. Pensó hacer una barricada con los muebles que tuviera a su alcance, pero las cortinas estaban corridas y la habitación en penumbra. Además, parecía hallarse desnuda, y, aparte de un objeto que parecía un caballo de cartón, no vio nada que sirviera para atrancar la puerta. Prefirió, pues, quedarse apoyado contra la pared, en silencio, y confió en que no le hubiesen visto entrar.

Pero los pasos se habían detenido y ahora se oían murmullos en el pasillo. Aquellos espantosos seres de bata blanca estaban celebrando una conferencia. Luego oyó la voz de Croxley.

—Es el antiguo cuarto de los niños. No conseguirá salir de ahí. —Una llave hizo girar el cerrojo, los pasos se alejaron, y Walden Yapp se quedó solo, con la única compañía del caballo y sus atormentados pensamientos. Cuando hubo examinado a fondo la habitación y descubierto que las ventanas tenían rejas, comprendió a qué se refería Croxley cuando dijo que no podría salir de allí. Por otro lado, se sintió incapaz de imaginar qué clase de feroces niños pudieron necesitar unas ventanas enrejadas. Aunque lo cierto era que Fawcett House tenía tantos detalles extraordinarios que no le hubiera sorprendido que le dijeran que antiguamente se usaba el cuarto de los niños como jaula para un gorila recién nacido. Parecía imposible, pero no menos imposible era aquella jodida bañera.

De modo que no pensaba acercarse al caballo, por si se trataba de un bicho accionado a motor. Eligió, pues, como asiento, un rincón del suelo, y trató de olvidarse de sus desdichas estudiando las de aquellas afiladoras del Sheffield de 1863.

Cuando Croxley y los médicos volvieron al vestíbulo, Mrs. Billington-Wall comenzó a dar órdenes a diestro y siniestro.

—Ustedes súbanle arriba, tiéndanle en la cama, lávenlo un poco y pónganle un pijama limpio —les dijo a los médicos—. Y no discutan. No le pasa nada que no se pueda curar con un simple reposo y un poco de desinfectante. Las heridas del cuero cabelludo siempre sangran profusamente. Fui enfermera durante la guerra, no vayan a creer.

Croxley miró a aquella mujer y se preguntó cuáles debían de haber sido sus experiencias bélicas. Mrs. Billington-Wall no era una mujer guapa precisamente, pero en tiempos de guerra los hombres solían estar muy desesperados… Por otro lado, no ardía precisamente en deseos de contemplar la reacción de Lord Petrefact cuando éste recobrara la conciencia y manifestara sus opiniones acerca de los invitados que se dedican a destruir las casas de sus anfitriones, y a poner en peligro hasta la misma vida de éstos, de modo que seguramente le resultaría ventajoso que, de acuerdo con las instrucciones de Mrs. Billington-Wall, el viejo quedará inmovilizado arriba unas cuantas horas. De modo que Croxley desapareció de la escena en cuanto los médicos, apremiados por las reconvenciones de Mrs. Billington-Wall, que afirmó no estar dispuesta a que los turistas que iban a visitar la casa se encontrasen con un par del reino en semejante estado, se llevaron a Lord Petrefact a uno de los dormitorios del primer piso.

De modo que hasta el momento en que Lord Petrefact despertó y se encontró limpio, vestido y metido en la cama de una habitación desde la que se dominaba el césped que se extendía hasta el lago, Croxley estuvo muy entretenido desayunando, leyendo la prensa dominical y pensando qué diablos podía hacer con Yapp. No le remordía la conciencia cuando pensaba que le tenía encerrado en la habitación de los niños, y, por otro lado, aquel cerdo podía resultarle útil. Si Mrs. Billington-Wall podía ser señalada como la persona responsable de que Lord Petrefact se encontrara en una cama del primer piso, y por lo tanto, alejado del sistema de comunicaciones del que estaba provisto el brazo de su silla de ruedas, Yapp podía ser el cabeza de turco más adecuado para todo el resto de la catástrofe. Y aquello había sido sin duda una catástrofe. El

costo del inventario de los daños causados por el Baño Sincrónico y la silla de ruedas ascendía a una cifra que rondaba el cuarto de millón de libras esterlinas, o quizá más. Las piedras de jade, convertidas ahora en diminutos fragmentos, eran de un valor incalculable. Su estado actual era irreparable. Lo mismo ocurría con varias alfombras orientales, también muy valiosas. El baño había sido el causante de su destrucción: el baño, y el vapor que se había filtrado a través del orificio dejado por la araña. De hecho, el dormitorio de Lord Petrefact tenía el mismo aspecto que si hubiera sido arrasado por una riada de agua hirviendo. Sí, el responsable de todo aquello era Yapp, y Croxley dio gracias al Cielo por no haber sido él quien sugirió la posibilidad de que aquel animal se alojase en la suite del rey Alberto.

Estaba felicitándose así mismo por su suerte, cuando uno de los médicos bajó a llevarle un mensaje de Lord Petrefact, que acababa de volver en sí y quería verle. Por el aspecto de las facciones del médico, Croxley dedujo que la salud de Lord Petrefact había mejorado notabilísimamente, al tiempo que se producía un marcado empeoramiento de su humor.

—Vaya con cuidado —dijo el médico—. Me parece que todavía no es el de siempre.

Croxley subió la escalera preguntándose por el significado de este críptico comentario. Y se quedó muy asombrado cuando vio que Lord Petrefact padecía un ataque de furia relativamente benigno. Mrs. BillingtonWall seguía al mando.

—Va a tener que quedarse aquí hasta que se encuentre mejor —le dijo la señora al lado más malévolo de Lord Petrefact, haciendo una demostración de arrojo que parecía confirmar que, en efecto, había sido enfermera de guerra y que seguramente había visto toda clase de cosas en toda clase de frentes—. No voy a permitir que le trasladen hasta que esté convencida de que se ha recobrado usted totalmente del espantoso ataque que ha padecido.

Lord Petrefact le dirigió una mirada furiosa, pero mantuvo silencio. Evidentemente, sabía que se había encontrado un ser que estaba a su misma altura.

—Y no vaya usted a excitarle —añadió dirigiéndose a Croxley—. Le concedo diez minutos como máximo. Después tendrá que irse otra vez abajo.

Croxley hizo un agradecido gesto de asentimiento. Diez minutos en compañía de Lord Petrefact era más de lo que él quería. Y si en aquellas condiciones podían ser un infierno, siempre era mejor diez minutos que cuarenta.

—¿Quién diablos es ésa? —preguntó Lord Petrefact cuando ella se fue.

—Mrs. Billington-Wall —dijo Croxley, decidiendo que la mejor forma de defenderse sería contestar a todas las preguntas con respuestas obtusamente

literales—. Es la viuda del general de brigada Billington-Wall, medalla de servicios distinguidos, medalla…

—No me interesa el árbol genealógico de esa furcia. Quiero saber qué diantres hace aquí.

—Hasta donde puedo saber, está cuidando de usted. Generalmente se encarga de enseñar la casa a los turistas, pero hoy se ha tomado el día libre…

—Cállese de una vez —chilló Lord Petrefact, momentáneamente olvidado del estado de su cabeza. Croxley se calló y permaneció sentado, mirando al anciano con deferente antipatía.

—Bueno, diga algo —gimió Lord Petrefact.

—Si insiste… Primero me dice que me calle y luego se queja de que no diga nada.

Lord Petrefact miró a su secretario con un odio sin fisuras.

—Croxley —dijo por fin—, ha habido momentos a lo largo de nuestras prolongadas relaciones en los que he considerado seriamente la posibilidad de despedirle, pero le aseguro que jamás en la vida lo había considerado tan seriamente como ahora. Bien, dígame, ¿por qué estoy en el primer piso?

—Lo ha decidido ella —dijo Croxley—. Yo he tratado de disuadirla, pero ya ha comprobado usted por sí mismo qué clase de mujer es.

Así era. Lord Petrefact hizo un gesto de asentimiento.

—Y antes de eso, ¿qué ha pasado? Croxley decidió que era mejor evitarse una repetición de la jugada del boca a boca, y limitarse a lo esencial.

—¿Empiezo por el principio?

—Sí.

—Pues todo empezó cuando ese tipo, Yapp, decidió darse un baño…

—¿Un baño? —balbuceó Lord Petrefact—. ¿Un baño?

—Un baño —repitió Croxley—. Al parecer abrió el grifo del agua caliente y esperó a que la bañera estuviese casi llena antes de meterse, y entonces…

Pero Lord Petrefact ya no le escuchaba. Era obvio que se había equivocado al juzgar a Yapp. No era el marica de mierda que se imaginaba. Si aquel animal era capaz de poner en marcha la serie de acontecimientos que había concluido con la completa destrucción de una habitación de la planta baja, incluido todo lo que contenía, aparte de provocar la caída de una pesadísima y carísima araña de cristal, y todo eso por el simple hecho de darse un baño, no cabía duda de que se trataba de una fuerza de la naturaleza con la que no se podía jugar. Más aún, aquel tipo era un cataclismo humano, una zona de desastre andante, un maníaco de actividades inimaginables. Dejarle suelto por los lugares donde rondaban los demás miembros de la familia Petrefact significaba exponerles a una maliciosa energía que daría buena cuenta de todos ellos antes de que supieran que les

estaba pasando algo.

—¿Y dónde está ahora? —preguntó, interrumpiendo el relato de Croxley.

—Le hemos encerrado en la habitación de los niños.

Lord Petrefact experimentó una sacudida tan fuerte que Croxley pudo verla a través de las mantas.

—¿En la habitación de los niños? ¿Y por qué?

—Hemos creído que era el lugar más seguro. Al fin y al cabo, la compañía aseguradora querrá enterarse de cómo…

Pero Lord Petrefact no tenía intención de oír la historia de los embrollos que podía armar Yapp enfrentado a una compañía de seguros.

—Suéltele inmediatamente. Quiero ver a ese joven. Vaya a buscarle ahora mismo.

—Pero ya ha oído lo que ha dicho Mrs. Billington-Wall…, oh, sí, claro, ahora mismo.

Salió y se dirigió a la habitación de los niños, cuando estaba a punto de descorrer el cerrojo le interrumpió Mrs. Billington-Wall.

—¿Se puede saber qué está haciendo? —le preguntó.

Croxley la miró malignamente. ¿No era patente lo que estaba haciendo? Hasta la inteligencia más mezquina podía comprender que estaba descorriendo el cerrojo de una puerta, y estaba a punto de articular en alta voz estos pensamientos cuando un destello de la mirada de aquella mujer le contuvo. Había en aquellos ojos más mezquindad incluso que en su inteligencia.

—Lord Petrefact ha requerido la presencia del profesor Walden Yapp —dijo Croxley, confiando en que quizá la ceremoniosidad serviría para aplacar a la dama. Pero no fue así.

—Entonces, está mucho más enfermo de lo que me había imaginado. Probablemente haya sufrido una fuerte conmoción. En fin, sea como fuere, no habrá ningún tipo de comunicación con ese monstruo hasta que la policía le haya interrogado.

—¿La policía? —chilló Croxley—. No me diga que… ¿Qué policía?

Los ojos de Mrs. Billington-Wall adquirieron las propiedades de un láser furioso.

—La del pueblo, naturalmente. He telefoneado a la comisaría para pedir que se presentaran aquí urgentemente. —Y, dicho esto, condujo a Croxley en la dirección por la que había llegado hasta allí. Sólo al encontrarse ante la puerta de la habitación de Lord Petrefact decidió Croxley plantarle cara aquella mujer.

—Oiga —le dijo—. Aquí hay una confusión. No me extraña que el profesor Yapp le resulte antipático. Tampoco a mí me gusta. Pero a Lord Petrefact le cae muy bien, y admito que no comprendo sus motivos, pero cuando él se entere de

que ha llamado usted a la poli se va a poner hecho una fiera. Si aprecia en algo su propia vida, baje, llame otra vez a la comisaría, y dígales que no vengan…

—Me parece que conozco mis intereses bastante mejor que usted —dijo Mrs. Billington-Wall—. Y no pienso hacerme cómplice de una reyerta.

—¿Reyerta? ¿Qué reyerta? Santo Dios, ¿les ha dicho que ha habido aquí una reyerta?

—¿Y cómo calificaría usted los escandalosos acontecimientos que han ocurrido esta madrugada?

Croxley buscó una palabra apropiada, pero aparte de la expresión «desgracia fortuita», que aquella furiosa mujer encontraría sin duda demasiado frívola, no se le ocurrió nada más.

—Supongo que podría decir que…

—Una reyerta —le interrumpió ella—. Y parece olvidar usted que yo soy personalmente la responsable de esta casa en ausencia de Lord Petrefact, y como encargada…

—Pero él no está ausente. Lord Petrefact está aquí —dijo Croxley.

Mrs. Billington-Wall lanzó una mirada despectiva a la puerta de la habitación de Lord Petrefact.

—Tengo que admitirlo —dijo—. De todos modos, opino que no se encuentra en condiciones de analizar lúcidamente la situación. Legalmente hablando, está ausente. Y yo no lo estoy, y creo que…

—Ya, pero ¿qué me dice del escándalo? —dijo Croxley, que ahora luchaba con una desesperación de feroces acentos, debido a que sabía muy bien lo que haría Lord Petrefact en cuanto se enterase de que alguien había pedido a la policía que echase una ojeada a su vida privada. Aparte de los efectos que podría causar una llamada al ministerio de Hacienda solicitando que enviara una docena de inspectores a revisar sus libros mayores secretos, no había nada tan capaz de provocar en él una apoplejía mortal como la sola idea de que la policía pudiera encontrarse en su casa.

—¿Qué escándalo? —preguntó Mrs. Billington-Wall—. El único escándalo que ha habido aquí ha sido la destrucción de…

Pero Croxley la había cogido del brazo y se la llevó pasillo abajo, alejándola de la puerta.

—Cerdos —susurró en tono de conspirador.

—¿Cerdos?

—Exacto.

—¿Qué quiere decir con eso de «exacto»?

—Lo que he dicho —prosiguió Croxley, esforzándose frenéticamente por engañar a aquella mujer, meterla en un rompecabezas de confusiones del que

sólo pudiera salir dispuesta a impedir que la policía cruzara el umbral de la casa.

—Pero antes ha dicho «cerdos» y ahora ha dicho «exacto». No tengo ni idea de qué está hablando.

—A buen entendedor… —dijo Croxley, esbozando con los labios una sonrisa que él trató de que fuese impúdica.

Mrs. Billington-Wall no le hizo caso.

—Óigame usted… Eh, ¿no estará tratando de insinuar que…?

—No diga ni una palabra más. Ha acertado —dijo Croxley.

—¿Así que ese anciano siente una atracción perversa por los cerdos?

Croxley alzó la mirada al cielo y le rogó a Dios que aquello no llegara jamás a oídos del viejo… En cualquier caso, sería mejor que la aparición de la policía. De modo que decidió insistir.

—Lechoncillos, concretamente —dijo, tratando de pronunciar cada letra con la más profunda repugnancia. Y logró su propósito. Mrs. Billington-Wall adoptó una actitud envarada.

—No me lo creo —dijo secamente.

—No le pido que se lo crea —dijo Croxley, por una vez con sinceridad—. Lo único que digo es que como la policía empiece a husmear por esta casa, el apellido Billington-Wall saldrá el domingo que viene en la primera página del *News of the World*, con unos caracteres enormes que dirán algo así como «La viuda del general cazada en plena orgía de bestialismo». Y si no me cree, vaya a preguntárselo al chef. Ayer noche Lord Petrefact ordenó que le arrancaran las tripas a un cerdo, para que se lo pusieran a la medida.

—¿Medida? —dijo Mrs. Billington-Wall con una extraordinaria expresión de repugnancia.

—Eso —dijo Croxley—. Era demasiado grande.

—¿Grande?

—Óigame, supongo que no querrá que le explique todos los detalles fisiológicos del asunto, ¿verdad? Yo pensaba que una mujer con tanta experiencia como usted…

—Olvídese de mi experiencia —dijo Mrs. Billington-Wall—, y le aseguro que jamás la he tenido de nada que se parezca al bestialismo.

—No lo dudo. Sin embargo…

—Y si cree que voy a ser cómplice del sanguinario trato que se le ha dado a ese cerdo al que usted se refiere, y para los fines que…

—Eh, un momento. Un momento —empezó a decir Croxley. Pero Mrs. Billington-Wall no era tan fácil de detener.

—Le aseguro que no voy a consentirlo. Como secretaria de la delegación de Fawcett de la Sociedad Protectora de Animales, me siento profundamente

afectada por esta clase de dramas.

—No me cabe la menor duda de que es así —dijo Croxley, tan embebido en su *sugestio porcine* que estaba dispuesto a actuar con la mayor descortesía en caso necesario—. Y le garantizo que se va a sentir afectada muchísimo más profundamente incluso cuando la bofia le meta mano. Ya me dirá cómo va a explicarles a los detectives por qué hay en el congelador un pedazo que representará aproximadamente una buena tercera parte de un cerdo descuartizado. Ya me dirá el caso que van a hacerle. Muy bien. No me crea. Vaya a preguntárselo a ese jodido chef de los cojones, y compruébelo por usted misma.

Y, abandonando a la desconcertada mujer, Croxley se fue a la habitación de Lord Petrefact.

Mrs. Billington-Wall bajó la escalera tambaleándose de impresión, y poco después trató de conseguir que el chef le explicara exactamente qué había ocurrido la víspera. Y esto no fue especialmente fácil, ya que el chef era italiano, confundía unas consonantes por otras, y, además, se sintió ofendido en su orgullo profesional cuando ella insinuó que se había atrevido a transformar un cerdo grande en un lechoncillo por el procedimiento de despachar al pobre animal.

—¿Y cómo iba yo a saber para qué quiso que se lo preparasen así? Yo no me ocupo de esas cosas. Si me dicen que corte el cerdo, yo corto el cerdo. ¿Así que al tipo le gustan los cerdos pequeños? Pues, por mí, allá él.

Mrs. Billington-Wall no sentía la misma indiferencia.

—Me parece absolutamente repugnante. Jamás en la vida había oído contar nada tan monstruoso.

El chef se encogió de hombros con expresión filosófica.

—No es que sea repugnante. Sólo un poco raro. Lo admito. Pero siempre he oído decir que los lores ingleses son bastantes…, ¿qué palabras usan ustedes?

—Repugnantes —dijo empecinadamente Mrs. Billingtan-Wall.

—Excéntricos —dijo el chef, tras haber encontrado la palabra que estaba buscando.

—A usted podrá parecerle excentricismo, pero para mí es simplemente repulsivo.

Se volvió, dispuesta a abandonar la cocina, cuando se le ocurrió otra idea.

—¿Y qué hizo con…, esto…, con la cosa, luego? —preguntó, convencida ahora de que el consejo de Croxley era muy sensato.

—¿Luego? —dijo el chef—. Pues buenos somos nosotros como para desperdiciarlo, por mucho que al lord ése no le gustara. Nos lo comimos, naturalmente.

Durante un terrible instante Mrs. Billington-Wall se quedó mirando

fijamente al chef con una expresión de repugnancia e incredulidad tan marcada que el hombre creyó que le estaban pidiendo más detalles.

—Está muy bueno. Crujiente…

Pero ella ya se había ido. Su sentido de lo tolerable tenía sus límites, y lo que acababa de oír… Cuando salía corriendo de la cocina, tratando de contener sus deseos de vomitar, decidió que en modo alguno podía consentir que la policía investigara la horrible cadena de acontecimientos que se habían producido en Fawcett House.

7

Por una vez, sus opiniones y las de Lord Petrefact coincidieron. La reacción del magnate cuando Croxley le anunció que la policía estaba ya en camino fue tan violenta que se levantó de la cama y se puso en pie antes de recordar que no tenía su silla de ruedas.

—Conseguiré que la ley destroce a esa furcia —gritó—. Por Dios que voy a…

Croxley le ayudó a levantarse del suelo y a meterse en la cama, para a continuación recordarle a su jefe que lo malo de la policía era que se trataba precisamente de la representante de la ley. Pero Lord Petrefact no estaba de humor para disquisiciones tan sutiles.

—Ya lo sé, so memo. No me refiero a esa clase de ley. Me refiero a mi ley.

—Ya. Y la suya es la que enseña los dientes, y los usa —dijo Croxley—. Siempre me ha interesado la dicotomía entre la ley…

—¿Dicotomía dice? —aulló Lord Petrefact—. Como vuelva a mencionar esa palabra una sola vez, después de haber hecho que me sirvieran ayer noche aquel cerdo dicotomizado, le juro que… —Se le agotó la provisión de amenazas y se quedó respirando pesadamente—. Y tráigame otra condenada silla de ruedas.

Croxley consideró la orden. Desde luego, le apetecía mucho más cumplirla que seguir hablando de cerdos.

—Ahí topamos con un problema —dijo por fin.

Lord Petrefact se tomó su propio pulso y se esforzó por permanecer en calma.

—Claro que hay un problema —dijo—. Y por eso mismo necesito otra silla de ruedas.

—Hoy es domingo.

Lord Petrefact le lanzó una mirada demente.

—¿Domingo? ¿Y qué diantres tiene que ver que sea domingo?

—En primer lugar, porque las tiendas están cerradas. Y en segundo, porque aunque no lo estuvieran dudo mucho que la oficina local de correos tenga sillas de ruedas a motor. Quiero decir que esto no es Londres…

—¿Londres? —gritó Lord Petrefact, haciendo caso omiso de las advertencias de su pulso—. Claro que no es Londres. Hasta el tonto del pueblo lo sabe. Esto es el maldito culo del mundo. Pero eso no quiere decir que no pueda usted telefonear a Harrods o algún sitio así para decirles que me manden una silla en helicóptero.

—Al decir algún sitio así, ¿se refiere a las islas Galápagos? —dijo Croxley, decidiendo jugársela.

Lord Petrefact le dirigió una mirada demente, pero no dijo nada. Era obvio que Croxley pretendía matarle a disgustos.

—No importa dónde la consiga. Pero consígamela.

—Haré cuanto esté en mi mano, pero no creo que la silla pueda llegar antes que la policía, y, por otro lado, tenemos que pensar en Yapp. Me refiero a que si le encuentran encerrado en la habitación de los niños, vaya usted a saber lo que pensará la policía o qué va a decir él.

Lord Petrefact lo sabía perfectamente, y no encontraba palabras para expresar sus sentimientos al respecto.

—¿Insinúa que todavía está…?

Croxley hizo un gesto de asentimiento.

—Pero si le dije que le dejara salir. Le dije que quería hablar con ese cerdo.

—Me costó bastante convencer a Mrs. Billington-Wall de que soltarle era lo más aconsejable. Ella parecía opinar…

—Pero si esa despreciable arpía no tiene ni derecho a pensar. En mi opinión, no debería tener ni derecho a voto. Y cuando yo digo que quiero que suelten a ese… Vaya ahora mismo y saque a ese bastardo de allí, Croxley, vaya y tráigamelo. Y si esa mujer se interpone en su camino, le doy mi autorización para utilizar la fuerza, hasta sus últimas consecuencias. Dele una patada a esa vaca en donde más duele.

—Absolutamente de acuerdo —dijo Croxley, y salió.

Pero Mrs. Billington-Wall estaba tan ocupada tratando de defender su propia reputación frente al interrogatorio de la policía, que no tenía tiempo para pensar en Yapp. El sargento y los dos agentes que habían ido rápidamente en coche hasta Fawcett House habían entrado en el vestíbulo antes de que ella pudiera detenerles.

—¿Y qué le trae por aquí, sargento? —preguntó Mrs. Billington-Wall poniendo cara de sorpresa.

—Usted nos llamó.

—¿Qué yo les llamé?

—Sí —dijo el sargento—. Recuerde que telefoneó a la comisaría y dijo que había habido una reyerta…

Mrs. Billington-Wall se llevó una mano que pretendía ser sorprendida a las perlas cultivadas de su collar.

—Debe de haber algún error, le aseguro que yo…

Se quedó a mitad de la frase. El sargento miraba los restos de la silla de ruedas y las manchas de sangre que salpicaban el piso de mármol.

—Es más, a juzgar por lo que estoy viendo, su descripción de los hechos ha sido muy acertada —prosiguió el sargento. Sacó su bloc de notas—. Una silla de inválido que ha sufrido graves daños, una gran mancha de sangre, una mesa de pino…

—Roble —dijo involuntariamente Mrs. Billington-Wall.

—De acuerdo, una mesa de roble a la que le falta una pata… ¿Y qué es ese catipén?

—¿Catipén?

—Bueno, llámele hedor, olor, como quiera.

—No tengo ni la menor idea —dijo Mrs. Billington-Wall con absoluta sinceridad.

—Pues yo pienso averiguarlo —dijo el sargento, y tras haberle ordenado a uno de los agentes que montara guardia junto a la silla de ruedas, la mancha de sangre y la mesa de roble, dejó que sus pies le condujeran hacia donde le guiaba su olfato.

—Le advierto que milord se va a tomar a ofensa esta intromisión en su casa —dijo Mrs. Billington-Wall, tratando de recobrar el control de la situación, pero el sargento no pensaba dejarse amilanar.

—No sé cómo se lo va a tomar —dijo—, pero lo que es a mí, nada de lo que veo ni de lo que estoy oliendo me gusta en absoluto… —Y sacó un pañuelo del bolsillo para taparse la nariz—. Vamos a echar una ojeada por este pasillo.

Mrs. Billington-Wall le cerró el paso.

—No tiene ningún derecho a entrar sin permiso en una casa particular —dijo con firmeza.

—Sin embargo, dado que hemos venido porque usted nos lo pidió, creo que sí tenemos ese permiso —dijo el sargento.

—Pero le digo y le repito que yo no les llamé. Me gustaría saber a qué se refiere.

—Y yo voy a ver a qué me refiero cuando hablo del hedor éste. —Y empujándola a un lado avanzó por el fétido pasillo. Cuando vio la puerta forrada de bayeta, partida en pedazos y hecha un asco, ya no le cupo la menor duda de que Mrs. Billington-Wall no exageraba al decir que había habido una reyerta en Fawcett House. En todo caso, se había quedado corta.

—Una puerta partida en pedazos —anotó mientras alzaba las piernas para pasar por encima de los restos—, una alfombra manchada…

—Una alfombra persa —dijo Mrs. Billington-Wall—. Además, es de tipo *shirvan*, uno de los más apreciados.

—¿Es? Era —dijo el sargento—. No me gustaría ser el tipo que va a tener que limpiar todo esto.

—Ni a mí me gustaría estar en su piel cuando Lord Petrefact sepa que ha invadido usted su casa.

Cuando llegaron al destrozado dormitorio el sargento ya había anotado unas cuantas pruebas más en su bloc. Mrs. Billington-Wall, por su parte, ya daba su reputación por perdida.

—Joder, parece que un huracán haya barrido este cuarto —dijo el sargento pasando revista a toda aquella destrucción—. Y dicen que no hay nada peor que soltar a un toro en una tienda de porcelana. Y eso, ¿qué es?

Mrs. Billington-Wall miró el retrete con expresión de asco.

—No me atrevo a decirlo.

—Pues atrévase pronto. Voy a exigirle una declaración en la que quiero que haga constar qué ha pasado aquí. Y no sirve da nada que me ponga esas caras. Usted nos telefoneó y dijo que había habido una reyerta y que viniéramos inmediatamente. Pues bien, ya estamos aquí, y hay sangre en el suelo, y todo esto está como si un millar de gamberros recién salidos de un partido de fútbol hubiera pasado por este lugar. A ver, quiero que me diga por qué está todo como está. Diga algo. ¿Alguien le ha hecho chantaje?

Mrs. Billington-Wall sólo pensaba en los cerdos, y seguía muda. Se salvó gracias a la desmelenada y desastrada aparición de uno de los médicos, que cruzó por delante de la puerta con un orinal en la mano.

—La leche —dijo el sargento—. ¿Se puede saber qué ha sido eso? —Pero, antes de que Mrs. Billington-Wall pudiera contestar, ya había salido a comprobarlo personalmente—. Eh, alto —gritó.

El médico vaciló un momento, pero le bastó echar una ojeada hacia el vestíbulo para saber que estaba perdido. Otro policía vigilaba aquella salida.

—¿Qué quiere? —preguntó en tono beligerante.

—Quiero saber quién es usted y qué anda haciendo con eso —dijo el sargento echándole al orinal una mirada cargada de recelo.

—Pues resulta que soy uno de los médicos que atiende a Lord Petrefact —dijo—, y que esto es su orinal.

—¿Ah, sí? —dijo el sargento, a quien no la hacían gracias las ironías—. Y supongo que ahora va a decirme que Lord Petrefact necesita el orinal ahora mismo.

—En efecto.

—Yo pensaba que, a estas horas de la mañana, ya era un poco tarde para orinales. Ahí hay un retrete portátil y… —Se interrumpió. El médico dirigía la vista por encima de su hombro y, cuando el sargento se volvió, encontró a Mrs. Billington-Wall tratando de comunicarse con el médico hablando con los labios. Pero el sargento no pensaba permitir que nadie pudiese impedir la declaración de los principales testigos de lo que, a todas luces, era un grave delito.

—Muy bien. Agente, métalo ahí dentro —dijo—. Ya le interrogaré más tarde. Primero voy a arrancarle la verdad a esa mujer. Y llame entretanto a la brigada criminal. Nos enfrentamos a un asunto muy complicado.

Mientras el agente impedía al médico que cumpliera con sus deberes profesionales, no sin que éste hiciera oír sus protestas cuando, a empujones, le metían en el despacho de Croxley, el sargento volvió a dedicar toda su atención a Mrs. Billington-Wall.

—Pero si no sé que ha pasado —dijo ella, aunque con mucha menos firmeza que antes—. He llegado esta mañana y me he encontrado la casa… Bueno, ya ha visto cómo estaba, pero…

—Entonces, ¿por qué le ha dicho a ese médico del orinal que no dijera nada de los cerdos?

Mrs. Billington-Wall tragó saliva y dijo que no había dicho nada de eso.

—Mire —dijo el sargento—, en cuanto veo que un testigo se pone a hablar de cerdos con otro testigo, y que encima lo hace en susurros y a espaldas mías, empiezo a sentir la sospecha de que alguien trata de obstaculizar la acción de la justicia. Así que, vamos a ver, ¿qué pasa con los cerdos?

—Me parece que lo mejor sería que hablase usted con el chef —dijo Mrs. Billington-Wall—. Y, por favor, apunte en ese dichoso bloc que yo no he estado en esta casa en ningún momento de la noche. Lo juro.

El sargento dejó de mirarla para contemplar de nuevo el desastre en que se había convertido aquella habitación.

—¿Está insinuando que todo esto tiene alguna relación con los cerdos? —preguntó. Pero luego empezó a sospechar algo peor incluso—: ¿No será, más bien, que es a nosotros, los policías, a quienes llama usted cerdos?

—No, en absoluto. Siempre he sentido el mayor respeto…

—Muy bien. En tal caso, demuestre ahora ese respeto que dice sentir y

cuénteme exactamente qué diablos ha ocurrido aquí.

—Sargento, le aseguro con toda honestidad que no tengo ni idea.

—¿Y dice, no obstante, que el chef sí está enterado?

Mrs. Billington-Wall hizo un amargado gesto de asentimiento, aunque interiormente deseaba que no fuese así. Se encaminaron a la cocina. Pero cuando, veinte larguísimos minutos más tarde, llegaron allí, el sargento no logró obtener ninguna información valiosa. El chef declaró que no tenía la menor idea de qué demonios podía haber sido la causa del caos reinante en el dormitorio ni de las manchas de sangre del vestíbulo, negó con histéricos acentos que le hubieran contratado para proporcionar placeres perversos a Lord Petrefact, y dijo que no sabía que el magnate disfrutara jodiendo con cerdos. Mrs. Billington-Wall pidió permiso para retirarse.

—No pienso permanecer aquí mientras este repugnante hombrecillo habla de esas cosas —dijo—. Después de lo ocurrido esta mañana, necesito descansar.

—¿Cree acaso que me gusta que me hagan esa clase de preguntas? —gritó el chef—. No soy un chef corriente…

—Eso mismo opino yo —dijo Mrs. Billington-Wall, y se fue.

—Olvídese de ella —dijo el sargento—. Vamos a ver, ha dicho usted que Mr. Croxley…, ¿quién diablos es ese Croxley? Ah, el secretario particular de Lord Petrefact. Bien, ¿así que ese Croxley le dijo a usted que cortara por la mitad al cerdo porque Lord Petrefact se lo quería tirar? ¿Es eso lo que estaba insinuando?

—Y cómo iba yo a saber yo para qué lo quería. Primero vino y me dijo que encargara un cerdo a la tocinería. Luego dijo que era demasiado grande, que no parecía que lo hubiesen arrancado de las tetas de su madre.

—¿De las tetas de…? Caramba —dijo el sargento, que empezaba a creer en la hipótesis de bestialismo lanzada por Mrs. Billington-Wall.

—Oiga, lo único que yo le digo es que me he pasado toda la vida trabajando de chef, y que jamás había visto un jodido cerdo tan grande como ese. No había modo de meterlo en el horno. Ni aunque hubiera sido dos hornos. O tres. En fin, no sé. Y encima lo de la tortuga…

—¿Tortuga?

—Sí, primero quería una tortuga. Mr. Croxley telefoneó al acuario…

—¿Acuario?

—Eso dijo. A mí me da igual. Si Mr. Croxley me dice que…

—Ese tal Croxley tendrá que contestar unas cuantas preguntas —dijo el sargento.

Tomó unas notas mientras el chef iba por el caparazón de tortuga y se lo mostraba. El sargento no se sentía capaz de creer lo que estaba viendo. La sola

idea de que alguna persona pudiese encontrar cierto tipo de placeres carnales con una tortuga enorme le parecía más increíble incluso que la de que alguien pudiese sentir deseos de tirarse a un cerdo.

—¿Y dice usted que todo esto ocurrió entre las dos de la tarde de ayer y las nueve de la noche? —dijo, tratando de regresar a un mundo más corriente.

—¿Dos de la tarde? —gritó el chef—. ¿Cuánto tiempo cree usted que necesité para cortar a ese cerdo en tres pedazos y luego volver a coser los extremos entre sí?

El sargento prefirió no darle más vueltas al asunto. Y se fue en busca del médico.

8

Si, por un lado, el sargento, en su intento de comprender al menos qué clase de delitos estaba investigando, fue introduciéndose cada vez más en un marasmo de confusiones, por otro, Lord Petrefact también estaba teniendo sus dificultades.

Walden Yapp, tras salir de la habitación de los niños, sólo tenía una idea en la cabeza: largarse de aquel espantoso edificio. Y, en cuanto saliera, lo primero que haría sería demandar al maldito Lord Petrefact por privación ilegal de libertad, graves daños físicos, e intento de asesinato. La otra mitad de su cerebro buscaba desesperadamente un motivo que explicase aquella horrible conspiración, pero no conseguía hallarlo. Además, no sentía los menores deseos de seguir a Croxley, tal como éste le pidió, y no quería volver a ver a Lord Petrefact en su vida.

—Pero si lo único que quiere es disculparse —dijo Croxley.

—Pues como sus disculpas tengan la más mínima relación con su bañera, prefiero que no me las dé.

—Le aseguro que lo del baño ha sido un simple accidente.

—Pues lo de encerrarme en esta habitación no creo que lo haya sido —dijo Yapp—. Fue usted quien lo hizo. Lo oí perfectamente. Y pienso ir a la policía a presentar una denuncia.

Croxley sonrió tristemente.

—En ese caso, basta con que se quede por aquí. La policía está abajo, interrogando a todo el mundo, y seguro que también querrá hablar con usted.

—¿Conmigo? —dijo Yapp—. ¿Y por qué?

—Pregúnteselo a Lord Petrefact. Él podrá contestarle mejor que yo. Lo único que yo sé es que aquí se ha cometido un delito gravísimo.

Y, dicho esto, abrió la puerta de la habitación de Lord Petrefact. Yapp, sumisamente ahora, se dejó conducir. Al verle, Lord Petrefact alzó su vendada cabeza y le dirigió una sonrisa tan espantosa como siempre.

—Ah, querido Yapp —dijo—, siéntese. Creo que tendríamos que charlar un

ratito.

Vacilante, Yapp se sentó al lado de la puerta.

—Bien, Croxley, puede irse —dijo Lord Petrefact—. Baje y asegúrese de que nadie nos interrumpe.

—No será fácil —dijo Croxley—. La policía anda rondando por todas partes y…

No hizo falta que continuase. Lord Petrefact encajó la noticia tan mal como todo el mundo.

—Largo —gritó—. Y como algún policía meta la nariz por esa puerta, le juro que le arrancaré la cabellera, Croxley.

Éste se fue, y Lord Petrefact volvió sus terribles encantos hacia Yapp.

—Lamento que se haya producido esta desdichada circunstancia. Haré todo lo que esté en mi mano por evitar que se vea usted complicado en las investigaciones de la policía —murmuró.

Yapp le miró con escepticismo, y empezó a decir que se sentía muy ofendido, cuando Lord Petrefact le interrumpió:

—Naturalmente que sí. En su lugar yo también sentiría lo mismo. No hay nada tan horrible como pensar que nuestro nombre puede ser arrastrado por el fango en los grandes titulares de la prensa. Procesos judiciales, investigaciones de las compañías de seguros, todo eso… Haremos todo lo posible por impedir que eso ocurra.

Yapp dijo que se alegraba de oírlo. Aunque en realidad no estaba muy seguro de qué estaba diciendo Lord Petrefact, el magnate parecía, al menos, tenerle menos antipatía que Croxley.

—Por otro lado, me han tenido encerrado en una habitación —empezó a decir, pero el viejo le interrumpió.

—Eso es culpa de ese idiota de Croxley. Le he reñido con la mayor severidad, y no tiene usted más que decir que lo desea, y despediré a ese mentecato.

Lord Petrefact contempló encantado a Yapp, que mordía cándidamente el anzuelo.

—Desde luego que no —dijo el profesor—. Jamás toleraré que nadie pierda su empleo por mi culpa.

—¿Le parece, entonces, que le suspenda de empleo y sueldo un par de meses?

Yapp estaba escandalizado, y trató de encontrar palabras con las que expresar la repugnancia que sentía ante este acto de explotación capitalista, pero el viejo se le anticipó.

—Bien, vamos al asunto de la historia de la familia. Supongo que ya ha

leído el contrato y que acepta las condiciones, ¿no?

—¿Aceptarlas? —dijo Yapp, que, después de las extraordinarias experiencias vividas a lo largo de aquella madrugada y de toda la mañana, ya no se acordaba casi del objeto de su visita, y creía más bien que todo aquello no era más que una trampa.

—No me dirá que le parece poco dinero, ¿no? Desde luego, estoy dispuesto a pagar aparte todos los gastos de la investigación.

—La verdad es que no sé —dijo Yapp—. ¿Quiere en serio que investigue las bases socioeconómicas de su familia? —Lord Petrefact hizo un gesto de asentimiento. Lo que más deseaba era justamente que aquella fuerza destructiva se pusiera a trabajar en el estudio del pasado y el presente de su familia. Cuando el muy cerdo terminara, la mitad de sus parientes habrían muerto de infarto.

—¿No habrá condiciones?

—Ninguna.

—¿Me garantiza la publicación de mi trabajo?

—Desde luego.

—En ese caso…

—Hecho —dijo Lord Petrefact—. Firmaré el contrato ahora mismo.

Momentos después, y con Croxley en el papel de testigo, los contratos quedaron firmados.

—Bien, supongo que querrá ponerse manos a la obra —dijo Lord Petrefact recostándose en sus almohadas—. De todos modos, antes de que se vaya… Oiga, Croxley, ya no le necesito. Váyase.

—Sí que me necesita. Acaba de llegar una patrulla de la brigada criminal.

—Dígales a esos cerdos que se larguen. Aquí no se ha cometido delito alguno, y no pienso permitir que unos policías…

—Mrs. Billington-Wall no les ha dado esa versión. Les ha dicho que usted estuvo haciendo cosas con cerdos, y el chef ha acabado convenciendo al sargento de que ese caparazón de tortuga no sirvió solamente de receptáculo para esa sopa de lata…

—Santo Dios —dijo Lord Petrefact—. ¿Qué quiere decir con eso de que he estado «haciendo cosas con cerdos»?

—Eso no es más que parte del problema —dijo Croxley, que prefirió no entrar en detalles sobre ese asunto—. Esa mujer también ha dicho que el profesor Yapp trató de asesinarle a usted. Y el médico ha declarado que oyó varias detonaciones de madrugada.

Lord Petrefact se incorporó.

—Croxley —dijo en un tono tan amenazador que hasta Yapp se estremeció —, como no baje a hablar con la policía y convenza a esos agentes de que esto es

una propiedad privada, y que no pienso permitir sus entrometimientos, y que el profesor Yapp estaba simplemente dándose un baño, le aseguro que…

No hizo falta que terminara. Croxley ya se había ido.

Lord Petrefact se volvió a su invitado.

—Puede empezar usted en Buscott. Ya sabe que allí está la primera planta industrial de la familia. Es una fundición que data de 1684, y que, hasta donde yo sé, todavía funciona. Un sitio espantoso. Yo mismo aprendí allí a llevar los negocios. En fin, le servirá para que se haga una idea de cuál fue el modo en que mi familia obtuvo sus primeros beneficios. Mi hermana pequeña, Emmelia, es la que está actualmente a cargo de todo. Creo que fabrica vestidos tradicionales o folklóricos, o algo así. La encontrará usted en New House, en el mismo Buscott. No tiene pérdida. En el museo del pueblo encontrará los documentos más antiguos. No creo que tropiece con ninguna dificultad. Si las hubiere, telefonéeme.

—Una carta de presentación bastará para resolverlas —dijo Yapp.

Lord Petrefact estaba convencido de lo contrario, pero buscó una solución de compromiso.

—Le diré a Croxley que le prepare un cheque en cuanto se libre de esos condenados policías. Ahora, si no le importa, los acontecimientos de las últimas horas me han dejado sin fuerzas.

Y, tras haberle recordado una última vez a Yapp que debía comenzar sus investigaciones en Buscott, Lord Petrefact le despidió y se dejó caer agotado en la cama, animado solamente por la idea de que aquel tipo haría trizas a Emmelia y a todos los demás Petrefact de la zona de Buscott.

Pero cuando Walden Yapp se alejaba por el pasillo, no tenía ni idea de que éste fuera el objetivo oculto del encargo de Lord Petrefact. Seguía deslumbrado por el brusco giro que había experimentado su vida cuando le propusieron que delatara las desgracias sociales que habían permitido a los Petrefact amasar su fortuna y construir esta espantosa y malévola mansión. No era, pues, capaz de pensar en problemas remotos. Ni tampoco, si vamos a eso, en los más inmediatos. Su cerebro, dedicado casi exclusivamente a temas como la demostración estadística de los padecimientos de la clase obrera que podrían arrancar del análisis de los documentos y archivos de los Petrefact, no podía pensar en nada más, de modo que sólo cuando llegó a la escalinata llegó a ver que en el vestíbulo de la casa había concentrado un extraordinario número de agentes de policía. Por fin se detuvo y les miró con recelo. A Yapp no le

gustaban los policías. Según su filosofía social, los policías eran en realidad los guardaespaldas de los propietarios de los medios de producción, y en sus conferencias más elocuentes solía llamarles «la guardia pretoriana de la empresa privada».

En este momento, no obstante, daba la sensación de que estuvieran haciendo precisamente lo contrario. Croxley estaba discutiendo con un inspector, cuya atención estaba concentrada en la mancha de sangre que había en el suelo.

—Le digo y le repito que todo fue un simple accidente —dijo—, y que no tiene ningún sentido la presencia de la policía en esta casa.

—Eso no coincide con la declaración de Mrs. Billington-Wall.

—Ya sé lo que ella ha declarado. ¿Quiere que le diga lo que opino? Esa mujer está chalada. Lord Petrefact me ha dado instrucciones…

—Antes de formar mi propia opinión, quisiera ver a ese Lord Petrefact —dijo secamente el inspector.

—Lo comprendo —dijo Croxley—. Por otro lado, él no siente deseos de verle, y sus médicos han dado órdenes de que no se le moleste. Su estado no lo permite.

—En ese caso, tendrían que llevarle a un hospital —dijo el inspector—. Una de dos. Si está tan mal que no puede recibirme, debería irse de aquí. Mandaré llamar a una ambulancia…

—Como haga eso, lo lamentará —dijo Croxley a voz en grito. El secretario estaba alarmadísimo—. ¿Cree usted que Lord Petrefact acepta el tratamiento de los hospitales corrientes? O la London Clinic, o nada.

—En tal caso, subiré a hablar con él un momento.

El inspector se dirigió a la escalinata, y comenzó a subir los peldaños. Yapp pensó que era el momento adecuado para esfumarse. Cruzó el vestíbulo camino de la salida, y hubiera logrado su propósito si no hubiera sido porque Mrs. Billington-Wall reapareció en el vestíbulo justo en ese preciso instante.

—¡Ahí está! —gritó—. ¡Ahí está la persona a la que estaba buscando, inspector!

Yapp se detuvo y dirigió una mirada a aquella horrible mujer, pero varios agentes le habían cercado, y en seguida se lo llevaron a empujones hacia lo que antiguamente fuera la sala principal de la mansión. El inspector también se encaminó hacia allí.

—Protesto —dijo Yapp—. Esto es un ultraje.

Era lo que solía decir cuando le detenían en alguna manifestación política. Pero sus protestas no disuadieron al inspector.

—¿Nombre? —dijo éste, sentándose a una mesa.

Yapp estudió la pregunta y decidió no contestarla.

—Exijo ver a mi representante legal —dijo.

El inspector anotó que el testigo se negaba a cooperar.

—¿Domicilio?

Yapp permaneció en silencio.

—Conozco mis derechos —dijo luego, cuando el inspector terminó de escribir que el sospechoso se negaba a decir su nombre y domicilio y que había adoptado una actitud agresiva desde el primer momento.

—No lo dudo. No es la primera vez, ¿eh? Seguro que tiene antecedentes.

—¿Antecedentes?

—Y alguna que otra temporada de vacaciones pagadas…

—¿Insinúa usted que he estado en la cárcel?

—Óigame —dijo el inspector—. No insinúo nada, excepto que no ha contestado a mis preguntas y que ha actuado de forma sospechosa. Bien…

Mientras comenzaba por fin el interrogatorio, Croxley, muy satisfecho, subió al primer piso. Mrs. Billington-Wall era, sin duda, una fuente de confusiones, pero haber podido contemplar a tres policías que se llevaban a Yapp a empellones le sirvió de consuelo. A Croxley le escocía aún la afrenta que había supuesto el hecho de que se hubiera firmado un documento en su presencia, pero sin que él tuviese ni idea del contenido. Quizá se trataba del testamento de Lord Petrefact, pero en ese caso la firma de Yapp hubiera sido innecesaria. No, seguro que era algún tipo de contrato, y, como secretario confidencial de Lord Petrefact, él tenía todo el derecho de saber qué clase de contrato. De modo que cuando entró en el cuarto del viejo estaba contento, pero sólo a medias.

—Aquí se va a armar la gorda —dijo.

—¿Armar? ¿Qué gorda? —dijo Lord Petrefact, despertando alarmado de su sopor.

—Ahí abajo, en el gran salón —dijo Croxley—. Esa mujer, la viuda de Billington, ha delatado a Yapp.

—¿Delatado?

—Yo mismo he visto cómo se lo llevaban. Ahora deben de estar interrogándole.

—Pero ¿no le había dicho que echara de aquí a esos cabrones? —gritó Lord Petrefact.

—No se excite, no sirve de nada. Les he dicho que se fueran, pero no me han hecho caso. Por la forma de hablar del inspector, tengo la impresión de que está convencido de que usted ha fallecido. No se irá sin verle.

—Conque sí, eh. Pues lo hará —gritó el viejo, y se acercó al borde de la cama—. Llame al equipo médico y tráigame esa maldita silla de ruedas… —Se interrumpió para pensar un momento en el destino sufrido por el tío abuelo Erskine en la escalinata de aquella misma casa, y también en las palpablemente letales propiedades de su silla de ruedas—. Pensándolo mejor, olvide lo que le he dicho. Sé que hay una silla de manos en el ala de los invitados. Me conformaré con ella.

—Como usted diga —dijo Croxley, no muy convencido. Pero era evidente que Lord Petrefact ya estaba decidido. Las imprecaciones del viejo persiguieron a Croxley a lo largo del pasillo.

Al cabo de veinte minutos, la silla de manos, cargada sobre los hombros de Croxley, dos camareros, el chef y los varones pertenecientes al equipo médico, descendió en volandas la escalera, mientras que, en su interior, Lord Petrefact rezaba, y soltaba también, de vez en cuando, alguna maldición.

—Como a alguien se le escape este maldito armatoste, le juro que se arrepentirá —gritó cuando estaba a mitad de la escalinata. Pero llegaron a la planta baja sin accidentes, y entraron en masa en el gran salón, ante el pasmo del inspector, que por fin había conseguido que Yapp admitiera que era el catedrático de Historiografía Demótica de la Universidad de Kloone. Al inspector le costó lo suyo creerle, pero ahora, ante la aparición de la silla de manos, el policía perdió definitivamente los nervios.

—¿Se puede saber, en nombre del Cielo, qué diablos es eso? —preguntó.

Lord Petrefact hizo caso omiso de la pregunta. Cuando tenía que tratar con funcionarios públicos, carecía de escrúpulos.

—¿Qué se cree usted que está haciendo en mi casa? No hace falta que me conteste. Tengo intención de presentar una protesta ante el ministro del Interior, y le aseguro que tendrá usted que darle explicaciones. Entretanto, le doy cinco minutos para que se largue de aquí con toda su pandilla. Si sigue aquí transcurrido ese lapso de tiempo, le acusaré ante los tribunales de haber violado mis propiedades privadas y de un montón de cosas más. Croxley, ponga una conferencia con el fiscal general del Estado y pásemela a mi despacho, El profesor Yapp me acompañará.

Y, sin añadir nada más, ordenó que le llevaran en la silla de manos al despacho. Yapp, aturdido, le siguió. Había oído hablar de las influencias del *Establishment*, y hasta había hablado varias veces sobre esta cuestión ante sus alumnos y auditorios, pero jamás había sido testigo de una muestra tan flagrante de esa vergonzosa práctica.

—No te jode —dijo el inspector cuando la procesión ya se había ido—. ¿Quién diablos nos ha metido en este condenado embrollo?

—Ha sido Mrs. Billington-Wall —dijo Croxley, que se había rezagado para no tener que cargar con la silla de ruedas, y para disfrutar del susto que por fuerza tenían que haberse llevado los miembros de la brigada criminal—. Si quiere librarse de un buen jaleo, le aconsejo que se la lleve usted a la comisaría y la someta a un interrogatorio a fondo.

Y tras haber obsequiado al inspector con esta sugerencia, que le serviría para causarle a aquella detestable mujer un buen problema, se fue en pos de Yapp hacia el despacho. Diez minutos más tarde se habían ido todos los policías. Mrs. Billington-Wall, muy en contra de su voluntad, les tuvo que acompañar.

—Esto es una maniobra de encubrimiento de algo muy gordo —gritó cuando la metían en uno de los coches de la policía—. Les aseguro que ese tipo que lleva la bolsa de Intourist es el que está detrás de todo.

Aunque no lo dijo, el inspector se sintió de acuerdo con ella. No le había gustado Yapp, desde el primer momento, pero tampoco le había gustado lo que le había oído decir al fiscal general por teléfono, y estaba seguro de que no iba a disfrutar precisamente de su inevitable entrevista con el jefe superior de policía. Como todo el peso de la autoridad había caído sobre los hombros de Mrs. BillingtonWall, la obligaría a hacer una declaración en toda regla, a partir de la cual él podría inventarse alguna excusa que justificase su actuación.

Fawcett House recobró en seguida su terrible vida corriente. El cartel que anunciaba que se admitían las visitas a dos libras por cabeza fue retirado. Yapp aceptó una copa de cognac. Croxley aceptó la dimisión irrevocable del chef, y despidió al resto del personal contratado para aquel aciago fin de semana. Los médicos prepararon una nueva cama en el despacho de la planta baja, y Lord Petrefact, tras haber sido instalado en ella, ordenó que tuvieran dispuesto el coche fúnebre reciclado, para que le llevara a Londres en cuanto hubiera descansado.

Por fin, Walden Yapp se fue en su coche de alquiler, con un cheque por valor de veinte mil libras en el bolsillo, e imbuido de nuevas animosidades clasistas como estímulo adicional para sus investigaciones. Ansiaba estar junto a Doris para contarle sus últimas experiencias.

9

El pueblecito de Buscott (7.048 habitantes) se encuentra al abrigo del Valle de Bushampton, en el corazón de Inglaterra. Eso hubiesen tratado de asegurar al ingenuo turista las guías de viajes, en caso de que se hubieran tomado la molestia de mencionarlo en sus páginas. En realidad, se hallaba apretujado junto al sucio río del que se deriva la primera sílaba de su nombre, y al que los Petrefact habían arrancado buena parte de su fortuna inicial. El viejo molino está a la orilla del Bus, y los restos de su rueda van oxidándose gradualmente en medio de un montón de botellas de plástico y latas de cerveza. Fue ahí donde los Petrefact habían molido el grano durante siglos, y también, si Yapp no se equivocaba en sus juicios, donde habían molido las vidas de los vecinos del pueblo. Pero era río abajo, en el Nuevo Molino, construido en 1784, tal como le había dicho Lord Petrefact, donde se hallaba el monumental epicentro que todavía proporciona a la población su única industria y su única fuente de empleos, con sueldos, naturalmente, de hambre. En el interior de las horripilantes paredes grises de esta fábrica, generaciones sucesivas de Petrefact habían vivido un breve aprendizaje, para después, escarmentados por la experiencia, pasar a ocupaciones más importantes y más beneficiosas para sus bolsillos.

Pero sólo los Petrefact llegaban a abandonar el lugar. Porque el resto de Buscott, o Bus Stop, como con escaso cariño lo llamaba la gente de la comarca, debido a que hacía muchos años que los autobuses habían dejado hasta de pasar por allí, apenas habían cambiado en los últimos decenios. Sigue siendo lo mismo que había sido, una pequeña población apretujada en torno a su fábrica, aislada debido a su lejanía del resto de Gran Bretaña, al cierre de su canal por la acumulación de sedimentos, a la supresión de la vía férrea que en tiempos había pasado por allí, y, esto era lo más curioso, a la misma industriosidad de sus habitantes. Por mucho que se pueda decir al respecto hablando del resto de Gran Bretaña, en Buscott los trabajadores trabajan; la última huelga, muy breve,

ocurrió en 1840, y nadie la menciona jamás. Por si estas rarezas fueran pocas, el clima y la geografía aúnan sus fuerzas para dejar a Buscott más encerrado incluso. La imagen de televisión que llega al pueblo es muy neblinosa, y el tiempo es tan variable que en invierno las carreteras quedan frecuentemente cerradas por la nieve, mientras que en verano sólo las transitan los montañeros más atrevidos.

Fue de la guisa de uno de estos últimos como Yapp se presentó en Buscott. Con unos pantalones cortos que le llegaban hasta debajo de las rodillas y que eran un préstamo de un tío socialista, cruzó los páramos cargado con una mochila. De vez en cuando se detenía para apreciar el paisaje. Brezos, tuberas, y alguna que otra arboleda sirvieron para confirmar sus sospechas. Era justamente lo que se había esperado. Incluso las escasas casitas aisladas que llegó a ver de camino a Buscott le llenaron de satisfacción, pues le recordaron, por el hecho de que estaban deshabitadas, el despoblamiento rural ocurrido en el siglo XVIII. No se le ocurrió pensar que jamás hubieran sido más que refugios y cabañas de pastores. Su sentido de la historia demótica prevaleció. Esto era la tierra de los Petrefact, y estaba convencido de que los pequeños terratenientes habían sido arrancados de estos brezales para proporcionar forraje para el molino y espacio para las aves silvestres.

Cuando llegó al valle de Bushampton, Walden Yapp era un hombre feliz. El recuerdo de su estancia en Fawcett House se había borrado, su cheque ya estaba depositado en el banco, y le habían llegado varias cartas manuscritas de Lord Petrefact en las que le daba los nombres de sus parientes que mayor información poseía. Pero a Yapp no le interesaban tanto los recuerdos personales de los plutócratas como las condiciones objetivas socioeconómicas de la clase obrera, y cada nueva zancada le hacía sentirse más convencido de que Buscott le proporcionaría, en microcosmos, los datos que confirmarían las investigaciones que ya había realizado en la biblioteca de la universidad.

Durante las últimas semanas había proporcionado a Doris los datos que había ido obteniendo. Los censos de población mostraban que la cifra de habitantes del pueblo habían permanecido casi constante a partir de 1801. Averiguó también que el Nuevo Molino había fabricado hasta época reciente productos de algodón de una calidad tan excelente, y de un precio tan bajo, que había podido resistir la competencia extranjera durante mucho más tiempo que las fábricas de todo el resto de Gran Bretaña. Supo también que más de la mitad de los vecinos del pueblo eran empleados de los Petrefact, y que el noventa por ciento de las familias no eran propietarias de sus casas, sino que se las tenían alquiladas a los condenadamente ubicuos miembros de la familia Petrefact. Hasta las tiendas de Buscott eran propiedad de la familia, y a Yapp le pareció

bastante probable que se encontrara, una vez allí, con que aún prevalecía el sistema del pago de los salarios en especie. Nada podía sorprenderle, le dijo a su computadora, y Doris se mostró de acuerdo con él.

Pero, al igual que en otras muchas ocasiones, las teorías de Yapp no fueron confirmadas por la realidad. Cuando ascendía la última ladera y pudo por fin dominar el valle a vista de pájaro, se llevó una decepción, pues no encontró los clásicos síntomas de la miseria, la típica separación entre la zona de los desdichados y las casas residenciales de los millonarios. Desde lejos, Buscott parecía un lugar notablemente alegre y pulcro. Ciertamente, las casitas de obreros que esperaba se encontraban allí, pero no eran como se las había imaginado: estaban pintadas de colores brillantes, tenía jardines rebosantes de flores, y la mansión señorial que se elevaba en la colina poseía una amable elegancia que hacía pensar en un grado de buen gusto por parte de los Petrefact mucho mayor del esperado por Yapp. Era una magnífica casa estilo Regencia, con bonitos balcones de hierro forjado y un magnífico baldaquín en la fachada. Una avenida engravillada ascendía por uno de los lados del cuidado césped, al otro lado del cual había unos floridos arbustos. Por fin, un gran invernadero se encontraba adosado a la casa. Ni siquiera Yapp hubiese podido afirmar que aquella casa dominaba Buscott de la forma sombría y opresora que él esperaba. Luego volvió la vista hacia el Nuevo Molino, de nuevo para llevarse una decepción. La fábrica se elevaba, ciertamente, sobre el río, pero su situación le daba un aire alegre y próspero. Mientras la miraba, una furgoneta de luminosos colores cruzó la verja y entró en el amplio patio enguijarrado. El conductor salió, abrió las puertas traseras, y en seguida la furgoneta comenzó a ser cargada con una celeridad y una eficacia que Yapp no había visto nunca en las numerosas fábricas que había estudiado. Y lo que todavía era peor, los obreros parecían estar riendo, y no cabía la menor duda de que los obreros sonrientes caían fuera de la órbita de su experiencia.

En conjunto, sus primeras impresiones de Buscott se apartaban tanto de sus esperanzas que descargó la mochila, se sentó en un banco y buscó los emparedados. Mientras masticaba desganadamente, revisó las estadísticas que poseía sobre Buscott: sueldos bajos, alto nivel de paro, falta de servicios médicos adecuados, absoluta ausencia de sindicalismo, número de casas sin baño, tasa de mortalidad infantil, etc. Ninguno de estos sombríos datos armonizaba con sus primeras impresiones directas, ni servía para explicar las risas que le habían llegado desde la fábrica.

Y así, pensando que había sido muy prudente por su parte la decisión de ir a hacer una inspección personal del pueblo antes de enviar a un equipo de sociólogos e historiadores de la economía de la universidad, se puso en pie y

comenzó a descender bosque abajo hacia el río.

En su despacho de la fábrica, Frederick Petrefact terminó de buscar errores en las pruebas del último catálogo, hizo algunos comentarios acerca de ciertos fallos de las fotografías de color, y decidió que ya era hora de irse a comer. La comida de los jueves traía consigo la presencia de tía Emmelia, una conversación aburrida, gatos por todas partes, y, en el plato, cordero frío. Frederick no había llegado nunca a resolver cuál de las cuatro cosas le fastidiaban más. El cordero frío tenía al menos la ventaja de estar muerto, aunque, por la inercia de algunos de los gatos sobre los que se había sentado en diversas ocasiones, cualquiera hubiera dicho que también el zoo particular de tía Emmelia pertenecía al reino de los muertos. Pero en realidad, pensó, lo peor de todo era la presencia de tía Emmelia combinada con su espantosa conversación. Y la situación se empeoraba si tenía en cuenta que gracias a ella él ocupaba su posición actual, circunstancia que le impedía tratarla con la descortesía que su tía merecía. Tampoco es que le gustara vivir en Buscott ni dirigir la fábrica, pero esperaba reunir allí la fortuna que su padre le había negado. Y tía Emmelia tenía al menos una cosa en común con él: detestaba al padre de Frederick.

—Ronald es un calavera y un sinvergüenza —le dijo ella la primera vez que Frederick fue a verla para explicarle su problema—. No hubiese debido manchar el nombre de la familia aceptando el título nobiliario que le ofrecía ese malévolo hombrecillo, y dudo mucho que hayamos hecho méritos suficientes para merecerlo. No me sorprendería que cualquier día nos dijeran que ha huido a Brasil. Seguro que sería capaz de seguir el ejemplo de aquel que decidió pegarse un tiro.

Sorprendía esta actitud en una mujer aparentemente tan hogareña, pero muy pronto Frederick averiguó que tía Emmelia tenía al menos un principio al que se aferraba con todas sus fuerzas. Había elevado la oscuridad social a la categoría de cuestión de honor, y siempre citaba a aquel Petrefact del siglo XVII que solía decir que si el mismísimo Dios se limitó a contestarle a Moisés con aquello de «yo soy el que soy», a ellos, los Petrefact, les correspondía una actitud de absoluta modestia. Los Petrefact eran los Petrefact, y el apellido bastaba, sin necesidad de título alguno. A los ojos de tía Emmelia, su hermano había ensuciado vilmente el apellido familiar poniéndole delante ese «Lord» tan pedante. Y si Frederick consiguió granjearse su afecto y ocupar un sitio a su lado en la administración de la fábrica, no era por el modo en que su padre le había tratado, sino como venganza por su aceptación del título.

—Aquí podrás hacer lo que quieras —le dijo—. Los negocios sirven para ganar dinero, y, si eres un auténtico Petrefact, estoy segura de que triunfarás en el empeño. Sólo voy a ponerte una condición. Que no debes mantener ninguna comunicación con tu padre. Jamás en la vida quiero volver a relacionarme con él.

Frederick aceptó sin dudarlo. La última entrevista que había sostenido con su padre fue tan desagradable que no sentía deseos de repetirla. Por otro lado, el carácter de tía Emmelia era excesivamente sutil para su gusto. Nunca sabía qué estaba pensando aquella mujer, excepto en lo que se refería a su padre, y sospechaba que tras su fachada amablemente despistada se escondía una persona tan poco simpática como el resto de la familia.

Sus obras de beneficencia eran tan patentemente arrogantes o tan absolutamente contradictorias —una vez le dio un billete de una libra a un granjero muy rico que celebró la compra de unas hectáreas de tierra emborrachándose hasta el punto de caer en la alcantarilla de una calle, y que culminó este insulto diciendo que confiaba en obtener pronto el empleo de barrendero municipal— que Frederick nunca sabía a qué atenerse. Y hasta donde él podía decir, el resto del pueblo sufría la misma incertidumbre. Tía Emmelia se negaba a ir a la iglesia, y cuando diversos vicarios de la parroquia trataron de convencerla para que cambiase de actitud, ella respondió señalando los maravillosos logros obtenidos por los cristianos en Irlanda, Méjico y la Inglaterra de la Reforma.

—Yo me ocupo de mis asuntos, y espero de los demás que hagan lo mismo —dijo—, y escapa por completo a mi comprensión por qué motivos podría Dios encontrar valioso que un grupo de gente se reúna en un edificio para cantar himnos ridículos. Porque si fuera así, yo diría que está mal de la cabeza.

Por otro lado, se sospechaba que a veces se escapaba de su casa por la noche y metía dinero en los buzones de los pensionistas, y, por otro lado, New House era un hogar que recogía a todos los gatos recién nacidos que la gente deshechaba. Por fin, nadie estaba muy seguro de por qué no había querido casarse nunca. Tenía sesenta años y era todavía una mujer guapa. En general la gente decía que no se había casado para no tener que renunciar a su apellido. En general, tía Emmelia era un trabalenguas humano para todo el mundo.

Pero Frederick no podía resistirse a la llamada del deber, y, como de costumbre, tomó el coche y fue a New House. Por una vez, tía Emmelia no estaba arrodillada junto a sus matas de hierbas aromáticas, y tampoco se encontraba en el invernadero.

—Está enfurruñada desde que ha recibido esa carta —le dijo Annie—. Lleva metida en la biblioteca desde hace no sé cuánto tiempo.

Frederick cruzó el vestíbulo y entró en la biblioteca. Pero su paso era vacilante. Había varios motivos personales por los cuales él mismo podía ser la causa del enfado de su tía, pero trató de olvidarlos.

Tía Emmelia estaba sentada a su escritorio, mirando por la ventana.

—He recibido una carta absolutamente ridícula de tu tío Pirkin —dijo, y se la pasó a Frederick—. Naturalmente, toda la culpa es de tu padre, pero que a Pirkin no le haya escandalizado lo que dice, me hace pensar que está aquejado de senilidad.

Frederick leyó la carta de cabo a rabo.

—Delirios de grandeza, como siempre —comentó sin alterarse—. Pero no me explico por qué ha podido papá elegir a un hombre como Yapp para escribir la historia de la familia.

—Lo ha elegido porque sabe que me pondré furiosa.

—Pero tío Pirkin parece opinar que…

—Pirkin ni opina ni piensa —dijo Emmelia—. Es un coleccionista y un bobo. Primero le dio por los nidos de pájaros, y en cuanto la artritis le impidió trepar a esa clase de árboles, se pasó a los genealógicos.

—Iba a decir que da la sensación de que Pirkin tiene intención de proponerle a ese Yapp que le permita colaborar con él.

—Y eso es justamente lo que me irrita. Pirkin no es capaz de hilar ni dos palabras seguidas. ¿Cómo va a escribir un libro?

—Como mínimo, podría impedir que Yapp se metiera en honduras. Un mes colaborando con Pirkin es suficiente para minar la resistencia del mejor historiador. Por cierto, ¿de qué me suena el nombre de Walden Yapp?

—Ni idea.

—Me suena que es una especie de Oapu.

—Hombre, ahora sí que has resuelto el acertijo. Un oapu. ¿Te refieres quizás a cierta especie ya extinguida de pato australiano? —dijo tía Emmelia con cierta sorna.

—Ya sabes que eso son las siglas de Organización Autónoma Paraestatal Unipersonal.

—Preferiría no saberlo. De modo que tenemos que suponer que, encima, a tu padre le impulsan motivaciones políticas, ¿no?

—Casi seguro —dijo Frederick—. Si no me equivoco, el profesor Yapp ha sido contratado varias veces para darles a los huelguistas todo lo que pedían, pero de forma que pareciese que no era así.

—Todo esto me parece muy desagradable —dijo tía Emmelia—. Y si ese sujeto cree que voy a ayudarle en algo, pronto se llevará una decepción. Haré cuanto esté en mi mano por lograr que su proyecto se hunda lo antes posible.

Y así, se encaminó hacia el cordero frío y los más recientes chismorreos familiares. Una hora más tarde Frederick regresó aliviado a la fábrica. Por el camino se cruzó con un hombre alto vestido con unos anticuadísimos pantalones cortos, pero apenas se fijó en él. De vez en cuando llegaba a Buscott algún que otro autostopista, y Frederick no tenía ni idea de que el virus mortal inventado por su padre acababa de presentarse en aquella población.

Tampoco Yapp tenía la menor conciencia de su papel. Sus primeras impresiones de Buscott fueron confirmadas por las siguientes. En lugar de ser la sórdida población industrial de sus prejuicios, Buscott parecía muy próspera. El ayuntamiento, con una inscripción que proclamaba que fue construido en 1653, estaba siendo restaurado; el edificio de la Asociación Científica y Filosófica conservaba parte al menos de sus propósitos originales pues albergaba no sólo un bingo sino también las aulas de los Cursos de Enseñanza para Adultos. Pero todavía le aguardaban cosas peores. En la calle mayor del pueblo competían varios supermercados, la antigua plaza de armas había sido transformada —con notable gusto— en un centro comercial, el mercado de ganado estaba rebosante de granjeros que comentaban las ventas del día, había una librería de segunda mano en la que había no sólo montones de libros sino también muchas antigüedades de gran belleza, y cuando echó una ojeada a través de la verja de hierro forjado que cerraba el acceso a la Petrefact Cotton Spining Manufactory pudo comprobar que, aunque el algodón ya no fuese un negocio productivo, aquella gente había sabido encontrar otra actividad con que sustituir a la que le dio origen. En conjunto, Buscott era un pueblo aislado, pero en modo alguno era un rincón muerto.

Aparte de las decepciones que iba llevándose paso a paso, Yapp tuvo que hacer frente a unos cuantos problemas de tipo práctico. El primero de todos era el del alojamiento. Se negó, por principio, a pedir habitación en ninguno de los dos hoteles. Sólo los ricos y los viajantes se alojan en hoteles, y Yapp no quería tratos con los unos ni con los otros.

—¿Conocen alguna pensión? Con que me den cama y desayuno me basta —les dijo Yapp a las mujeres que despachaban en el mostrador de la Panadería y Bollería de Buscott, y a las camareras del saloncito de té del mismo establecimiento, en donde había pedido un café. Tras el mostrador se produjo una conversación en susurros. Yapp trató de captar algunas frases.

—Mrs. Mooker solía aceptarlos, pero me parece que lo ha dejado correr.

—Y Kathie…

La tal Kathie les pareció muy poco adecuada a todas ellas.

—Esa no sabe ni cocinar. Si Joe la dejó plantada, aparte de sus demás motivos, fue por las cosas que le hacía comer.

Las mujeres volvieron la cabeza hacia Yapp, le miraron un momento, e hicieron un gesto negativo.

—Lo único que se me ocurre —dijo por fin la que parecía dominar el grupo— es mandarle a casa de los Coppett, en Rabbitry Road. A veces aceptan huéspedes para completar lo que les da la seguridad social. Siendo como es el pobre Willy Coppett, no es de extrañar. Claro que no hay que olvidar que su mujer…

—En realidad —intervino Yapp—, no me preocupa mucho la comida.

—El problema no estaría tanto en la comida como en que Mrs. Coppett…

Pero Yapp no llegaría a enterarse de los defectos de esta señora. Había entrado una cliente y la conversación pasó a tratar el tema del accidente sufrido por su esposo. Yapp pagó su café y salió a buscar Rabbitry Road. Al final consiguió encontrarla, gracias a un mapa del Estado Mayor que adquirió en un quiosco, puesto que no le habían ayudado en absoluto las dos personas a las que les preguntó anteriormente el camino: una de ellas le mandó en una dirección y la otra en la opuesta, dando por sentado que, como aquellas señas no eran de Buscott, sin duda debían estar en alguna parte. Por otro lado, Yapp llevaba andados ya dieciocho kilómetros desde que se apeó del tren en la estación de Briskerton, y empezaba a arrepentirse de haber tomado aquella absurda decisión. Aunque Buscott fuese un pueblo pequeño, su densidad de población era bajísima, y Rabbitry Road parecía estar tan a las afueras que casi formaba parte del campo.

Yapp preguntó por algún autobús, le informaron que allí no había transporte público, y terminó en un local que parecía un cementerio de automóviles pero que tenía un rótulo que anunciaba: Alquiler de Automóviles.

—Sólo voy a necesitar el coche durante unos días —le dijo a un hombre gordo y calvo que salió de debajo de una furgoneta antiquísima y dijo que era «Mr. Parmiter, para lo que usted guste».

—Los alquilo únicamente por meses —dijo—. Pero le saldrá más a cuenta comprarme esta magnífica furgoneta. Es una ganga: ciento veinte libras.

—No quiero una furgoneta —dijo Yapp.

—Se la dejo por ochenta, sin permiso de circulación. No puedo bajar más.

—Es que lo que yo quiero es alquilar un coche, oiga.

Mr. Parmiter suspiró y le llevó hacia un gran Vauxhall.

—Cinco libras diarias. Mínimo treinta días —dijo.

—Pero eso son ciento cincuenta libras…

—Yo mismo no habría sido capaz de expresarlo mejor —dijo Mr. Parmiter asintiendo con la cabeza—. Esa furgoneta está muy bien de precio a ciento veinte, con permiso de circulación incluido. Puede venir a cogerla el lunes. Por ochenta, podría llevársela ahora mismo.

Yapp se sintió desdichado. Le dolían los pies de la forma más horrible.

—Le alquilaré el coche —dijo, y se consoló pensando que sus gastos corrían a cuenta de Lord Petrefact. Sacó su talonario de cheques.

Mr. Parmiter lo miró con escepticismo.

—¿No tendrá por casualidad esa suma en metálico? —preguntó—. Quiero decir que no me importa esperar a que abran los bancos mañana por la mañana. Además, si paga en metálico le aplicaré un descuento.

—No tengo esa suma en metálico —dijo Yapp indignado—, ni apruebo la evasión de impuestos.

—Un descuento no es una evasión de impuestos —dijo Mr. Parmiter con indignación—. Lo que pasa es que no me fío de los cheques. Hay gente que los usa sin tener fondos.

—No es mi caso, se lo aseguro.

De todos modos, Mr. Parmiter le pidió a Yapp que escribiera su nombre y dirección en el dorso, y luego quiso que le enseñara el permiso de conducir.

—En ningún lugar del mundo me habían tratado así —protestó Yapp.

—Pues haber comprado la furgoneta, oiga. Es lo lógico. Ya me dirá: entra un tipo y rechaza una furgoneta a precio de ganga, y luego decide alquilar un coche que le sale más caro…

Sin embargo, al final Yapp se fue de allí al volante del Vauxhall, y comenzó a ascender la cuesta de Rabbitry Road.

Fue allí donde por fin encontró el tipo de pobreza que le habían hecho imaginar sus estadísticas. Una hilera de casas escuálidas a cuya espalda había una especie de cantera abandonada; y una calle «de los conejos» que seguramente debía su nombre a la enorme cantidad de agujeros que había en su calzada. El Vauxhall se detuvo y Yapp se apeó. Sí, éste era justamente el tipo de medio ambiente social que esperaba encontrar. Animado por la idea de que ahora sí que se veía capaz de descargar los embates de su furia justiciera contra Buscott y los Petrefact, se internó por un jardín del que nadie parecía cuidarse, y llamó con los nudillos a la puerta.

—Busco a Mr. Coppett —le dijo a la vieja que la abrió.

—¿Ya ha vuelto a atrasarse en el pago del alquiler?

—No —dijo Yapp—. Me han dicho que acepta huéspedes.

—Y cómo voy yo a saber si los acepta o no. Qué me importa a mí lo que haga, ¿no le parece?

—Lo único que pretendo averiguar es dónde vive.

—Si es usted de la Seguridad Social…

—No soy de la Seguridad Social.

—Entonces, el número 9 —dijo la vieja, y cerró la puerta. Yapp regresó a la calle y buscó el número 9. Lo encontró al final mismo de la hilera de casas, y se sintió aliviado al descubrir pruebas de pulcritud en el jardín. Así como las demás casas parecían fundirse con el sombrío paisaje, la del número 9 tenía una individualidad singularísima. El pequeño césped estaba atestado de adornos, en su mayor parte enanitos esculpidos en piedras toscas, y también alguna que otra rana o conejillo del mismo material. Aunque Yapp tenía ciertas reservas estéticas ante esta clase de objetos —y hasta objeciones políticas, pues pensaba que eran formas de escapismo de las condiciones sociales concretas y objetivas exigidas por la verdadera conciencia proletaria—, allí, en Rabbitry Road, le parecieron casi un consuelo. La casita estaba pintada con gusto y tenía un aspecto alegre. Cuando Yapp estaba a punto de llamar a la puerta, la voz de una mujer gritó desde la parte de atrás:

—Venga, Willy, ven acá y coge a Blondie antes de que Héctor la emprenda a mordiscos con ella.

Yapp rodeó la casa y encontró a una mujer voluminosa escondida detrás de la sábana que estaba colgando a secar. Al fondo, un perro cuyo aspecto delataba unos padres de razas genéticamente incompatibles, perseguía a un conejo por un huertecillo formado casi exclusivamente por coles.

Yapp soltó una discreta tosecilla.

—¿Mrs. Coppett? —preguntó. Una cara ovalada y rosa se asomó desde el otro lado de la sábana.

—En cierto modo, soy yo —dijo, y se puso a mirar los pantalones cortos de Yapp.

—Tengo entendido que acepta usted huéspedes.

Mrs. Coppett volvió a fijarse en su cara tras arrancar con dificultades los ojos del atavío del profesor.

—Pensaba que era usted Willy —dijo—. Ese Héctor acabará zampándose a Blondie como yo no lo impida.

Y dejando a Yapp plantado se fue a participar en la *mêlée* del huerto. Finalmente salió con la cola de Héctor bien agarrada con ambas manos. Héctor seguía dando tirones, pero Mrs. Coppett no le soltó, y consiguió llevarlo a rastras a la cocina. Unos cuantos minutos más tarde volvió a salir con el perro atado a una cuerda, que anudó a un grifo.

—¿Decía usted? —preguntó.

Yapp esbozó una sonrisa de preocupación social. Era evidente que se

encontraba ante un caso doloroso de pobreza, al que se sumaba la dificultad de un coeficiente intelectual de, a lo sumo, cuarenta.

—¿Ofrece usted «cama-y-desayuno»? —preguntó.

Mrs. Coppett le echó una ojeada e inclinó la cabeza a un lado.

—En cierto modo —dijo, utilizando un tono de voz que Yapp solía calificar en sus clases de «Síndrome de pobreza».

—Me gustaría quedarme en su casa —dijo, tratando de explicarse con la mayor sencillez—, suponiendo, claro, que disponga de una habitación.

Mrs. Coppett asintió repetidas veces con violentos movimientos de la cabeza, y le condujo hacia la casa. Yapp la siguió sin saber muy bien a qué atenerse. Estaba seguro de que había medidas sociales capaces de aliviar la pobreza y hacer que todos los seres humanos pudieran ser finalmente iguales en lo material, pero las desigualdades intelectuales seguían sin haber encontrado una solución en su política ideal.

Por otro lado, la cocina rivalizaba con los enanitos del jardín en lo que a principios estéticos se refiere. Yapp se encontró a sí mismo contemplando con desengaño aquellas paredes cubiertas de fotos de luchadores de catch, levantadores de pesas y tipos musculosísimos, todos ellos con evidentes deformaciones corporales debidas a un exceso de desarrollo, y con ropa a todas luces insuficientes para cubrir sus cuerpos.

—Qué guapos, ¿no? —dijo Mrs. Coppett, confundiendo sin duda el asombro de Yapp con auténtica admiración—. Me gustan los hombres fuertes.

—Ya —dijo Yapp, que sin embargo halló alivio al observar la pulcritud del resto de la cocina.

—Y tenemos tele —siguió ella, conduciéndole al vestíbulo y abriendo una puerta con notable orgullo. Yapp se asomó y sufrió otra conmoción. La habitación estaba tan limpia y arreglada como la cocina, pero también aquí las paredes estaban cubiertas de imágenes. En esta ocasión se trataba de postales y calendarios de colores en los que aparecían invariablemente animales peludos de tamaño pequeño y ojos grandísimos, muy expresivos, que le miraban con nauseabundo sentimentalismo.

—Son de Willy. Adora los gatitos.

A Yapp le pareció una observación gratuita. Los gatos dominaban la habitación. Calculando a bulto, excedían claramente en número a la cifra total de perritos, ardillas, conejitos y unos bichos que parecían mofetas arrepentidas pero que seguramente eran otra cosa.

—Le ayudan a olvidarse del trabajo —prosiguió Mrs. Coppett cuando comenzaba a subir la escalera.

—¿Y a qué clase de trabajo se dedica Mr. Coppett? —preguntó Yapp,

pensando entretanto que ojalá no se encontrara la habitación que iban a destinarle empapelada de cajetillas de cigarrillos.

—Bueno, de día anda con las tripas, y de noche ayuda a secar —dijo Mrs. Coppett, dejando a Yapp con una idea muy vaga de las actividades diurnas de Mr. Coppett y con la impresión de que por la noche ayudaba a su mujer a lavar los platos.

Pero su dormitorio estaba al menos libre de toda clase de imágenes. En el tocador había unas cuantas revistas del corazón, pero, aparte de sus espantosas portadas y de una bandada de patos de cerámica en un estante, la habitación era de su gusto.

—Me gusta leer —dijo Mrs. Coppett ordenando las revistas.

—Es muy bonita —dijo Yapp—. ¿Cuánto cobran ustedes?

Un destello de inteligencia asomó a los ojos de la mujer.

—Depende —dijo.

—¿Le parece bien cinco libras por noche?

—Tendré que preguntárselo a Willy —dijo ella con una sonrisa tonta—. Por cinco libras querrá algunos extras, claro.

—¿Extras?

—La cena y los bocadillos y todo lo demás. Aunque, claro, si regresa temprano por la tarde, no hará falta que le consulte nada a Willy, claro.

—Imagino que no —dijo Yapp, incapaz de comprender la lógica de su comentario—. De todos modos, lo de los bocadillos me iría muy bien. Pasaré todo el día fuera.

Sacó la cartera y extrajo siete billetes de cinco libras.

—Oooh —dijo Mrs. Coppett, mirando el dinero con ojos desorbitados—. Ya veo que sí querrá extras. Estoy segura.

—Me gusta siempre pagar por adelantado —dijo Yapp, y le entregó los billetes—. Esto cubre una semana.

Y, con otra sonrisilla, Mrs. Coppett bajó.

Una vez solo, Yapp desanudó sus botas, antes de recordar que se había dejado la mochila en el coche. Volvió a atárselas, bajó, pasó ante los musculosos ídolos y los diminutos enanos de Mrs. Coppett, cogió la mochila y fue a preguntarle si no le importaría que se diese un baño. Mrs. Coppett vaciló, e inmediatamente después Yapp tuvo que sufrir las convulsiones de la turbación social. Seguramente los Coppett eran tan pobres que no tenían baño. Había vuelto a equivocarse, como siempre.

—Es que me gusta que Willy se duche antes de tomar el té —dijo ella. Yapp se mostró comprensivo.

—Así que si no gasta toda el agua caliente… —dijo Mrs. Coppett. Yapp subió a su habitación y, tras examinar sus pies y encontrarlos en un estado menos grave del que se había temido, cruzó el rellano, e iba a entrar en el baño cuando notó que la puerta del dormitorio de los Coppett estaba abierta.

Se detuvo un momento y echó una ojeada al cuarto, donde encontró una prueba más de las tragedias domésticas de aquella necesitada familia. Al lado de la cama de matrimonio había una cuna vacía. Como Mrs. Coppett no parecía encontrarse embarazada, y como, teniendo en cuenta sus características, no daba la sensación de que pudiera jamás llegar a estarlo, Yapp dedujo que la cuna era el símbolo de un sueño no realizado o —peor inclusode algún aborto. Hasta era posible que fuera cierta fantasía de maternidad, porque, sobre la almohada, había un pijama diminuto, muy bien doblado. Yapp soltó un suspiro y entró en el baño. También allí se quedó pasmado. La bañera estaba allí, pero no había ni rastro de ducha, como no fuera un tubo de manguera conectado a los grifos y colgado del techo. Pensando que la condición humana era, en algunos sentidos, irremediablemente desdichada, Yapp se dio un baño de pies.

Había terminado, y estaba secándoselos cuidadosamente, cuando le llegaron unas voces procedentes de la planta baja. Era evidente que Mr. Coppett acababa de regresar de su trabajo, fuera cual fuese. Yapp abrió la puerta, y se dirigía a su habitación cuando quedó revelado de golpe todo un montón de cosas hasta entonces incomprensibles: el oficio del marido, el significado de la cuna y del diminuto pijama, y, sobre todo, el empeño de la mujer por que su marido se diera una ducha antes de ponerse a tomar el té. Mrs. William Coppett era un enano (tan horrorizado estaba, que Yapp olvidó utilizar mentalmente la expresión más misericorde), y, encima, iba ensangrentado de pies a cabeza. De hecho, si no hubiera sido porque el hombrecillo comenzó a subir la escalera, Yapp hubiera podido confundirle con uno de los gnomos pintados con brillante rojo que había visto en el jardín. Desde su pequeña gorra hasta sus botitas de goma, originalmente blancas, de la talla treinta y dos, Mr. Coppett iba manchado de sangre fresca, y llevaba en la mano un cuchillo de aspecto temible.

—Buenas —dijo al ver a Yapp, que se había quedado traspuesto—. Trabajo en el matadero. Horrible.

Antes de que Yapp pudiera decirle que estaba completamente de acuerdo con el calificativo, Mr. Coppett había desaparecido en el baño.

10

Una hora más tarde Walden Yapp seguía sumido en un estado de vicaria desdicha. Durante los largos años que había dedicado a investigar los nidos de pobreza, el aislamiento de los viejos, la discriminación racial y sexual, y las miserias infligidas por la sociedad opulenta, jamás se había encontrado con un caso de alienación comparable al de Mr. Coppett. Que una persona profundamente sensible y amante de los animales, que un ser de Crecimiento Restringido como él, casado con una mujer estéril y frustrada de Inteligencia Extremadamente Limitada (IEL), se viese obligado a ganarse la vida como desollador, era un ejemplo monstruoso del estrepitoso fracaso de la sociedad a la hora de atender a las necesidades de los que carecen de todo privilegio. Estaba pensando en cuál sería la mejor forma de clasificar el caso de Mr. Coppett de acuerdo con el léxico Sociológico, y había decidido que lo más apropiado sería referirse a «catástrofe genética individual», cuando cierto olor le dejó paralizado. Estaba sentado al borde de su cama, y olisqueó el aire.

De la cocina subía el inconfundible olor de la tripa cocinada con cebollas. Yapp apretó los dientes y se estremeció. Aunque Mrs. Coppett podía ser prácticamente subnormal, por fuerza tenía que haber algún límite para su insensibilidad. Pero el hedor que le llegaba hizo que Yapp pusiera en duda esta idea. Los enanitos del jardín y los supermachos de la cocina insinuaban que aquella mujer estaba poseída por un sadismo, quizá inconsciente, pero incontrolado. Sin duda, en el fondo de su débil cerebro, culpaba a su marido de sus propias desgracias. La crueldad doméstica se aliaba a la miseria social. Yapp se levantó y bajó para dirigirse a su coche. Alojándose en casa de los Coppett les ayudaba en el plano económico, pero no tenía intención de quedarse allí para ver cómo la mujer humillaba a aquel ser de Crecimiento Restringido durante la cena. Yapp bajó a la ciudad en busca de alguna cafetería.

Pero, como solía ocurrir, su diagnóstico erraba. En la cocina del número 9 no había mal alguno. Ya podía el profesor referirse a los enanos con sus

eufemismos: a Willy le encantaba que le llamasen enano. Esto bastaba para darle una posición en Buscott, donde todo el mundo le trataba siempre con amabilidad, y donde siempre podía hacer algún que otro trabajo extra en sus horas libres. Es cierto que algunos elementos de esta sociedad creían que era una vergüenza que Willy tuviese que meterse por las alcantarillas armado de alguna herramienta cada vez que se atascaban, o que, en una ocasción, le hubiesen bajado, atado a una cuerda, al fondo del pozo que está detrás del ayuntamiento para que recobrase el sombrero del alcalde, que le había volado mientras pronunciaba un discurso una tarde muy ventosa, pero Willy ignoraba la preocupación de esos pocos. Sabía disfrutar de la vida, y con frecuencia montaba en la grupa del caballo de Mr. Symonds, uno de los participantes en las cacerías de Bushampton, mirando hacia la cola de la montura, con lo cual se ahorraba la visión de la matanza de los animales y obtenía en cambio una magnífica panorámica del paisaje campestre.

Es más, en una de esas cacerías le convencieron para que se metiera en la madriguera de un tejón, donde se había refugiado provisionalmente un zorro, diciéndole que el terrier debía de haberse atascado o se había hecho daño. El hecho de que el zorro se hubiese largado ya hacia otro escondrijo, y de que el terrier estuviese comprometido en un combate de vida o muerte con un grupo de tejones furiosos que primero se enfadaron ante la intrusión del zorro y luego por la del terrier y finalmente por la de Willy, no fue tomado en cuenta por los cazadores. Willy tuvo menos fortuna; tras haber recibido un mordisco en la nariz —se lo dio el terrier, que confundió su intento de rescate con un ataque por la retaguardia— tuvo suerte de no perder una mano ante un tejón especialmente rabioso. Al final tuvieron que cavar la madriguera para sacar a Willy y al terrier. Luego fueron conducidos, medio desangrados, a un veterinario, al que le parecían muy mal las cacerías de zorros. Tan enfadado estaba el veterinario que a punto estuvo de dejar a un lado a Willy —cuya naturaleza humana era irreconocible— para atender primero al terrier, pero Willy alzó su mano para llevarse un embarrado y ensangrentado pañuelo a la nariz. El susto que se llevó el veterinario al ver que se trataba de un enano fue tal que tuvieron que llevárselo a los tres al Buscott Cottage Hospital. Una vez allí el veterinario declaró que se oponía firmemente a los deportes que suponían derramamiento de sangre, y que su oficio no consistía en asesinar enanos, pero su actitud no gustó en absoluto. Por otro lado, cuando le preguntaron a Mr. Symonds cuál era el motivo de las heridas de Willy, contestó que todo empezó cuando Willy se ofreció a echarles una mano.

—¿Echarles una mano? —dijo el médico de urgencias—. Podrá considerarse afortunado si no se queda sin ella. ¿Y qué diablos le hizo esa

monstruosidad en la nariz?

Todo ha sido por culpa de su pañuelo —dijo el veterinario—. Si no se le hubiera ocurrido sacar ese diminuto pañuelo…

El médico se volvió como una fiera hacia él:

—¿Insinúa usted que un simple pañuelo ha podido causar ese desastre en su nariz? ¿Está loco? Y no vuelva a quejarse de que casi le mata. La verdad, viendo cómo ha quedado el pobre, no lo ha conseguido usted por muy poco.

Pero el estoicismo de Willy y su cariño por los animales resolvió la situación. Se negó hasta a echarles la culpa a los tejones.

—Me metí por el agujero. No veía nada —dijo, con voz nasal. Gracias a esta negativa suya a echarle las culpas a nadie fue premiado con cerveza a litros en los bares de Buscott, y logró también que su popularidad creciese más aún. Los únicos que protestaron fueron los delegados del ministerio de Sanidad.

—Tendría que estar en un asilo —le dijeron a Mrs. Coppett cuando ella fue a visitarle al hospital.

—Allí es donde estaría si no estuviese aquí —dijo Mrs. Coppett con lógica intachable—. Y la verdad es que lo tienen puesto ustedes muy bien.

Y, como Willy quiso irse en seguida a su casa, no les quedó a los funcionarios más remedio que acceder, y enviar de vez en cuando a algún inspector para que comprobase sus condiciones de vida. Los informes de la inspección decían siempre lo mismo: que Mrs. Coppett era una excelente madre suplente, y que satisfacía perfectamente todas las necesidades de Willy. Lo que no estaba claro era si Willy podía, a su vez, satisfacer todas las necesidades de su mujer, asunto que, en opinión del inspector, quedaba abierto a toda clase de especulaciones.

—La verdad es que yo diría que el pobrecillo debe de pasar sus apuros si lo intenta —dijo un delegado de Sanidad—. Aunque, claro. Nunca se sabe. Siempre se habla de los talentos ocultos de ciertas personas. Recuerdo que cuando estuve en el ejército había un tipo gigantesco que tenía…

—Las cosas claras —interrumpió su jefe, antes de que el hombre terminara sus explicaciones—: no estamos aquí para meter las narices en la vida sexual de la gente. Lo que los Coppett hagan o dejen de hacer en la intimidad de su dormitorio no tiene nada que ver con nosotros.

—Afortunadamente —dijo el delegado—. Y hablando de narices…

—Creo que la asistenta social encargada de los problemas matrimoniales tendría que hablar con ellos —dijo otro funcionario—. La edad mental de Mrs. Coppett apenas alcanza los ocho años.

—Yo diría que cuatro, los días buenos.

—Por otro lado, no carece de encantos…

—Miren ustedes —dijo el jefe de Sanidad—, por mi experiencia de las asistentas sociales, en general causan más daños que otra cosa. Ya me ha venido a ver una mujer subnormal exigiéndome un aborto postnatal, y no tengo ganas de que esa clase de situaciones se repita.

A pesar de estas objeciones, finalmente enviaron a la consejera matrimonial al número 9 de Rabbitry Road. Era una mujer que, fiel a la mejor tradición burocrática, no había recibido ni la más mínima documentación previa sobre el caso, y ni siquiera sabía que Mr. Coppett era enano. Y cuando al cabo de media hora descubrió que Mrs. Coppett seguía siendo virgen, hizo todo lo posible por inculcarle el sentimiento de privación sexual que según la consejera tenía que tener.

—Ya no estamos en la Edad Media. La esposa moderna puede reclamar su derecho a tener orgasmos de forma regular, y si su marido se los niega, tiene derecho a obtener inmediatamente el divorcio basándose en que su matrimonio no se ha consumado.

—Pero si yo quiero mucho a mi pequeño Willy —dijo Mrs. Coppett, que no tenía ni idea de qué era lo que pretendía aquella mujer—. Le tapo bien tapadito cada noche en su cama, y él se pone en seguida a soltar unos ronquiditos dulcísimos. No sé qué sería de mí sin él.

—¿No ha dicho usted que nunca había tenido relaciones sexuales con él? ¿Cómo es que ahora dice que tiene un hijo pequeño que se llama Willy? —dijo la asistenta social, sumergiéndose cada vez más en un pozo de incomprensión.

—Willy es mi marido.

—¿Y le acuesta en una cuna?

Mrs. Coppett hizo un gesto de asentimiento.

—¿Así que no duerme con usted?

Mrs. Coppett dijo que no con la cabeza.

—No sabe lo contento que está en su cuna —añadió.

Con todo el fervor airado de una feminista rampante, la asistenta social adelantó su silla.

—Quizá lo esté. Pero, si quiere que le dé mi opinión, su marido es, sin la menor duda, un perverso incapaz de satisfacerla sexualmente.

—¿En serio? —dijo Mrs. Coppett—. Jamás lo hubiera dicho.

—Ya lo veo. Y le garantizo que jamás tendrá tampoco relaciones sexuales como no interrumpa esta unión tan morbosa con su actual marido. El cual, por cierto, necesita las atenciones de un psiquiatra.

—¿Un qué?

—Un médico especializado en problemas mentales.

—Ya ha ido a muchos médicos, pero no pueden ayudarle. Es que es

imposible, claro, siendo como es…

—Cierto, cierto. Se diría que es un caso totalmente incurable. ¿Y no preferiría dejarle de una vez?

En esta cuestión Mrs. Coppett se mostró inflexible:

—Jamás. El vicario dijo que teníamos que estar juntos toda la vida, y si lo dice el vicario seguro que lleva razón, ¿no?

—Quizá cuando lo dijo no estaba enterado del problema de su marido —dijo la consejera matrimonial, dejando a un lado su ateísmo a fin de no perjudicar la relación que trataba de establecer con Mrs. Coppett.

—Pues yo diría que sí lo estaba —dijo ésta—. Fue él quien le pidió a Willy que cantara en el coro infantil.

La consejera matrimonial entrecerró los ojos:

—¿Y su marido aceptó esta sugerencia?

—Desde luego que sí. Le encantan los disfraces.

—Ya lo veo… —dijo la consejera matrimonial, pensando mientras para sí que cuando pasara por una comisaría entraría un momento para hacer una denuncia—. Bien, amiga, si no quiere usted dejarle, lo mejor que puedo sugerirle es que trate de encontrar una vida sexual adecuada y sana en una relación extramatrimonial. Le aseguro que nadie se atreverá a acusarla de nada.

Tras haberle dado este consejo, se levantó y se fue. Cuando aquella tarde Willy llegó a su casa, Mrs. Coppett ya no se acordaba de lo de «matrimonial». Su mente sólo había retenido lo de «extra». Lo único que sabía es que aquella señora le había dicho que le convenía un «extra».

—¿Un extra qué? —dijo Willy, atacando sus huevos con jamón.

—Ya sabes, Willy —dijo ella riendo—. Lo que hacemos en la cama los viernes.

—Ah, eso —dijo Willy, que, aunque no lo manifestaba, siempre temía que uno de aquellos viernes pudiese morir aplastado o asfixiado.

—¿Te parece bien?

—Si lo dicen los consejeros matrimoniales, aunque me pareciera mal creo que no podría impedirlo —dijo filosóficamente Willy—. Pero no quiero que se enteren los vecinos.

—Jamás se me ocurriría contárselo —dijo Mrs. Coppett. Y a partir de aquel día se dedicó a tratar de conseguir extras tan asidua como fallidamente. Entretanto, la policía empezó a vigilar de cerca al vicario y al coro infantil. De hecho, Mrs. Coppett no quería ningún extra, pero le parecía que si aquella señora le había dicho que se los procurase, tenía el deber de hacerle caso.

Y ahora había llegado a su casa un auténtico caballero, y nada más entrar había dicho que también él quería extras. Indudablemente, era un caballero. Mrs.

Coppett sabía distinguirlos a primera vista. Los caballeros siempre llevan pantaloncitos cortos, son un poco especiales, y hablan tan raro como esas personas tan inteligentes que intervienen en el programa «Alguna pregunta» de la televisión, y a las que ella jamás lograba entender. Mr. Yapp era igualito que esas personas, y hablaba con palabras complicadísimas. De modo que cuando Willy bajó al Horse and Barge, donde le daban cerveza gratis a cambio de que se colocara detrás —o, mejor dicho, debajo— del mostrador y les ayudara a secar las jarras, Mrs. Coppett se dispuso a obtener un extra. Sacó su mejor camisón del armario y se maquilló, prestando una especial atención verdosa a sus párpados, y luego estuvo estudiando varios anuncios de un *Cosmopolitan* de hacía tres años que se había comprado de séptima mano por dos peniques, y copió de una de las fotos el perfil que debía dar a sus labios con el carmín. Terminadas estas operaciones, se preguntó si debía ponerse además unos ligueros. Las chicas que salían en las revistas que compraba llevaban siempre ligueros, aunque ella no entendía por qué lo hacían. Por otro lado, era evidente que los ligueros eran un elemento esencial de los extras, y que Mr. Yapp podía mostrarse ofendido si ella aparecía sin ellos. Lo malo era que no tenía. Mrs. Coppett dio vueltas a su pequeña cabeza tratando de encontrar alguna cosa con que sustituirlos, hasta que finalmente se acordó de un viejo corsé que se compró una vez y no había llegado a usar. Podía cortar el corsé… Bajó, cogió unas tijeras, y se puso manos a la obra. Cuando terminó y se puso el resto de la prenda, de modo que quedara a la altura aproximada, fue a mirarse al espejo. La imagen que vio la dejó satisfecha. Ahora sólo le hacía falta un poco de perfume, y ya estaría lista.

La tarde había sido una tortura para Yapp. Buscó una cafetería, y encontró varias. Todas estaban cerradas. Entró en un pub y pidió, como siempre, media pinta de cerveza. Luego preguntó si servían algún tipo de comida y averiguó que no era así. Pero que quizá tendrían algo en otro pub, el Roisterers' Arms. Terminó la cerveza y, muy esperanzado, se dirigió a ese otro establecimiento, pero también se llevó una decepción. Encima, el dueño le trató de forma muy maleducada. Yapp pidió otra media pinta, en parte para aplacar al tipo, y también porque sabía que eran justamente estas personas amargadas las que mejores informaciones podían proporcionarle. Pero por muchos esfuerzos que hizo por conseguir que aquel hombre le hablara de la vida del pueblo, sólo llegó a enterarse de que procedía de Wapping y que lamentaba no haberse quedado allí. Buscott le parecía «un agujero muerto y vivo», y aunque Yapp no podía estar de acuerdo con aquella frase tan carente de lógica, sí logró entender a qué se refería.

Pasó por otros dos pubs, y tampoco encontró solución a su problema. Era evidente que la vida nocturna de Buscott era muy limitada, y aunque la gente bebía enormes cantidades de cerveza, todo el mundo parecía haber cenado antes en su casa. Además, cada vez que él entraba en un bar, todas las conversaciones quedaban interrumpidas, y todos se mostraron desconcertadamente mudos cuando se trataba de hablar de la fábrica, de los Petrefact, o de cualquiera de los demás temas que él planteaba, en un evidente esfuerzo por tomar conciencia directa de la explotación que todos ellos padecían. Yapp supuso que estaban todos amilanados por el miedo a perder sus empleos. Tendría que ganarse su confianza explicándoles claramente que no estaba de parte de los patronos, y contarles de entrada que su padre había sido un trabajador, que su madre había combatido en la guerra civil española, y que él había ido a Buscott para obtener datos con los que preparar el rodaje de un documental de televisión sobre los bajos salarios, los largos horarios y la carencia de representación sindical en la fábrica. Cuando por fin se explicó, sus palabras fueron recibidas con una falta de entusiasmo que a Yapp le pareció desconcertante. Hubo incluso alguno de sus oyentes que llegó a adoptar una expresión de verdadera alarma.

—¿Y cómo ha dicho usted que se llamaba? —dijo uno de los tipos más habladores, aunque también más peleones, en el último de los pubs que visitó.

—Yapp. Walden Yapp. Me alojo en Rabbitry Road, en casa de los Coppett —contestó Yapp.

—Pues será mejor que no se meta en donde no le llaman —dijo el tipo. Y vació su jarra de cerveza con un ademán bastante amenazador. Yapp aceptó la insinuación, terminó su media pinta, e iba a pedir otra, más una pinta para su amigo, cuando el hombre, tras hacer un gesto de despedida dirigido solamente al dueño del pub, se fue. Yapp esbozó una sonrisa y se fue también. Quizá no le quedaría más remedio que mandar su equipo de investigación sociológica a Buscott, para atacar el problema desde el punto de vista estadístico. De todos modos, todavía estaba hambriento, y supuso que encontraría alguna cafetería abierta en Briskerton, en cuya estación de ferrocarril había dejado la maleta. Así que subió al Vauxhall y salió por la carretera de Briskerton.

No obstante, a pesar de la decepción que sentía al haber comprobado que Buscott no era como él lo había imaginado por medio de sus elucubraciones mentales y de los datos de su computadora, y aunque también se le hacía cuesta arriba pensar que tendría que derribar aquellas murallas de desconfianza casi rústica antes de llegar a comprender en su esencia el papel de los Petrefact en el pueblo, lo que más le preocupaba era la situación de desdicha y miseria hereditarias que afectaban a Mr. y Mrs. Coppett. Parecía casi como si, de la forma más aterradora, a esos dos seres les estuviera negada hasta la posibilidad

de llegar a ese mundo feliz por el que luchaba Yapp con todas su fuerzas. Una profunda sensación de haber topado con una situación patética embargó a Yapp, y la cerveza ingerida aquella tarde no hizo sino contribuir a que la intensidad de aquella emoción aumentaría. Tendría que tratar de encontrarle a Mr. Coppett algún empleo en el que pudiera sentirse más realizado que trabajando en el matadero. Incluso cabía la posibilidad de convencer a Mrs. Coppett de que su marido era un hombre muy sensible, y de que servirle tripa con cebollas para cenar tenía por fuerza que turbar al pobre hombre.

Pensando bienintencionadamente en todas estas cosas, Yapp llegó a Briskerton, donde recogió su maleta en la estación. Sólo faltaba encontrar un sitio donde comer un poco. Pero en este aspecto Briskerton estaba tan atrasado como Buscott, y Yapp terminó bebiendo más cerveza de la que quería mientras esperaba que le sirviesen unos emparedados en otro pub.

11

En New House, Emmelia estaba sentada, escribiendo cartas a la luz del crepúsculo. Por las puertaventanas abiertas veía las flores de Frau Karl Drushki, plantadas por una tía muerta hacía ya mucho tiempo para conmemorar, con no poca ambigüedad, el fallecimiento de su esposo. Como los aficionados al cultivo de las rosas llamaban a la Frau «Fría maravilla blanca inodora», y como su tío era un apasionado de las mujeres que usaban perfume, Emmelia se había preguntado muchas veces si no sería que su tía había decidido plantar esa flor porque su esposo, además de apreciar a las señoras perfumadas, tenía amantes de raza negra. A Emmelia le hubiera gustado estar informada de si era, efectivamente, así, pues en ese caso la elección de aquella rosa hubiese tenido un regusto picante muy de su grado, y una sutil discreción comparable a la suya propia. Pero ahora no tenía tiempo para estas consideraciones. Estaba muy ocupada escribiendo cartas de advertencia a sus sobrinos y sobrinas, a sus primos y a sus tres hermanas, y a todos y cada uno de los parientes que tenía espaciados por todo el mundo, acerca del malévolo plan de Ronald.

«Nuestro honor y también, estoy segura, nuestra fuerza, se basan en la oscuridad —escribió numerosas veces—. Ese ha sido nuestro capital más importante, y no voy a consentir que ahora lo profanen».

Con la arrogancia típica de los Petrefact, dio por buena la imagen: para ella, cabía la posibilidad de profanar un capital, y, por otro lado, si la riqueza servía para garantizar la reputación de la familia, esa misma reputación también era un medio para mantener y aumentar la riqueza. Ponga usted a un Petrefact en cualquier lugar del mundo, aunque sea sin un céntimo, y a base de mucho trabajo, astucia comercial y egoísmo acabará convirtiéndose en un millonario. El hecho de que ese presunto Petrefact pudiese pedir préstamos al banco familiar o, en caso necesario, utilizar el prestigio de su apellido para obtener un capital de otras fuentes, no importaba. Lo que Emmelia veía claramente es que sin el apellido se acababa el crédito, y se había propuesto lograr que el nombre de los

Petrefact siguiera siendo desconocido excepto para ciertos círculos. No en vano hubo otras familias que habían dispuesto de las mismas oportunidades que la suya, pero que por culpa de su excesiva ostentación habían acabado desapareciendo, hundidas en la pobreza y en la oscuridad más absoluta. Los Petrefact no seguirían su ejemplo. El profesor Yapp se encontraría con puertas cerradas cada vez que tratase de obtener alguna información.

Y tras haber terminado su última carta, dirigida a su sobrina Fiona, que vivía en Corfú con una escultora moderna, y formando lo que ellas llamaban una familia monosexual, se recostó en el asiento y meditó sobre cuál sería el mejor modo de ejercer su influjo sobre aquellos parientes más viejos y más lejanos que apenas reconocían su autoridad. Por ejemplo, tía Persephone, que ya había cumplido los noventa años hacía tiempo, y estaba confinada en una residencia próxima a Bedford, en parte por su ancianidad, pero sobre todo porque tras cuarenta años de viudedad les había salido con que pretendía casarse con un cobrador de autobús, un jamaicano que ya estaba casado, y que se había distinguido a los ojos de la anciana arriesgando su propia vida cuando ella trataba de subir a su autobús en el curso de su visita semanal al zoo. Bastaría hablar con la directora de la residencia para que el profesor Yapp se encontrase con que se le negaba el acceso. El juez Petrefact, por su parte, no constituía ningún problema. Echaría al historiador con cajas destempladas. Lo mismo haría el general de brigada Petrefact, que dedicaba los años de su retiro a un intento de criar roedores de la familia de los jerbos cruzándolos con gatos siameses. A lo largo del desarrollo de su proyecto, eran ya muchas las hembras de ese roedor que habían fallecido antes de quedar embarazadas. Por otro lado, el intento de inseminar artificialmente a las gatas con el producto de las masturbaciones de los jerbos tampoco estaba saliéndole bien. A Emmelia le parecía que estas aficiones familiares, aun siendo desagradabilísimas, eran al menos inofensivas, y además, aunque el militar retirado fuese un monomaníaco, no había riesgo de que le diera ningún tipo de informaciones a Yapp. Quedaba atender el caso de los Petrefact irlandeses, pero se trataba de una rama secundaria de la familia que ni siquiera tenía relaciones económicas con el tronco principal, de modo que Emmelia dejó de preocuparse por ellos.

No, el peligro estaba en los descendientes directos de Samuel Petrefact, el constructor del primer Molino, que por este procedimiento lanzó a la familia de una riqueza de simples terratenientes a la inmensa fortuna de unos industriales que acabaron creando el Grupo de Empresas Petrefact. Sí, ahí radicaba el peligro, pues ahí estaba también ese fallo de carácter de su hermano, tan manifiesto en muchas de sus decisiones. Era como si el cambio de actividad hubiese provocado una mutación en la familia. Todo aquello resultaba

desconcertante y preocupante. Porque si su hermano llevaba sobre sí aquella mancha, difícilmente había podido librarse ella de esa misma degeneración. Y así era.

Con una sonrisa que delataba un grado de conocimiento de sí misma que hubiese sorprendido a quienes frecuentaban su trato, Emmelia cerró las puertasventanas, apagó la luz y subió a su dormitorio.

Debajo de la barra del Horse and Barge, Willy Coppett estaba disfrutando de una magnífica velada. Allí podía dedicarse a lavar y secar jarras y vasos sin que nadie lo viera, podía tomarse una cerveza cada vez que le apetecía, y podía escuchar las discusiones de los demás sin necesidad de intervenir. Hacía un momento que había oído decir a Mr. Parmiter, en tono jactancioso, que le había alquilado su viejo Vauxhall a un catedrático, obteniendo un gran beneficio.

—Ha dicho que sólo lo necesitaba para una semana, pero me ha pagado un mes entero sin discutir el precio. Hay algunos catedráticos que entienden de negocios tanto como yo de latín.

—La verdad, lo encuentro muy raro —dijo Mr. Groce, el dueño del pub. Desde debajo del mostrador, Willy también opinó que aquello era rarísimo. Había visto el viejo Vauxhall de Mr. Parmiter aparcado delante de su casa de Rabbitry Road cuando regresaba del matadero, pero no se había enterado de que el realquilado fuese un catedrático. Desde luego, su aspecto no era de catedrático, sobre todo debido a aquellos extraños pantalones cortos y sus botas de montañero. Pero lo más sorprendente de todo era que, siendo un catedrático, hubiera elegido su casa. Muy raro, sin duda. Rarísimo.

—Y encima iba con pantalones cortos —añadió Mr. Parmiter—, como esos que nos daban en el desierto, que llegaban hasta debajo de la rodilla y te escocían la piel. Y cuando nos tirábamos al suelo para evitar que algún alemán nos volase la cabeza, la arena se nos metía hasta las partes.

Debajo de la barra, Willy consideró horrorizado la posibilidad de que el catedrático que se había alojado en su casa fuese un médico que tuviera intención de estudiarle. Era la única explicación que se le ocurría, y la idea no le gustaba en absoluto. Ya le habían estudiado más médicos de la cuenta, y siempre temía en el fondo de su alma que cualquier día encontrasen el modo de trasplantarle la mitad inferior del cadáver de algún tipo muy alto, a fin de darle una estatura normal. Lo cual podía estar muy bien para los enanos a los que les gustara esa posibilidad, pero él opinaba de otra forma. Willy se estremeció de sólo pensarlo, y abrió otra botella.

Pero sus miedos eran irrisorios en comparación con la consternación que reinaba en el Club Liberal y Sindicalista de Obreros de Buscott. Una de las características de esta pequeña población era el haber conseguido mantener unidos todos los colores del espectro político en una sola institución. Esto tenía, por un lado, la ventaja de ser muy económico, mientras que por otro mantenían la unidad y evitaba las escaramuzas políticas que solían producirse en otras poblaciones igualmente pequeñas. De hecho Buscott carecía de vida política y tampoco contaba con un diputado propio, y como la circunscripción votaba siempre al candidato conservador, los vecinos de Buscott creyeron que para estar a buenas con los partidos bastaba y sobraba con un club que los incluyera a todos. Desde un punto de vista más práctico, el club servía para impedir que los pocos alcohólicos de Buscott andaran rondando por las calles, a base de permitirles que bebieran juntos y en un solo sitio desde la mañana hasta la medianoche.

Fue allí donde Frederick Petrefact, de acuerdo con la tradición familiar que exigía ser útil en todos los terrenos a todos los hombres hasta que llegase el momento de mostrarse absolutamente desagradable y explotador para con todo el mundo, se dedicaba a jugar al billar y, de paso, a vigilar la llegada de los maridos cuyas esposas trabajaban a destajo en el sofá de su despacho de la fábrica. Y fue allí donde Mr. Mackett, tras haber advertido a Walden Yapp que no se metiera en donde no le llamaban, se presentó con la alarmante noticia de que había llegado un catedrático que tenía intención de rodar un documental sobre los efectos de los sueldos de hambre, las jornadas laborales excesivas, y la ausencia de sindicalismo en la fábrica.

—Ese cabrón ha ido a alojarse a Rabbitry Road, en casa de Willy —le dijo a Frederick—. Dice que se llama Yapp.

—Joder —dijo Frederick, que hasta ese momento no se había tomado apenas en serio la advertencia de su tía—. ¿Qué clase de documental?

—Para la tele. O algo así.

—Alguien se ha ido de la lengua —dijo otro de los presentes—. Seguro. Es la única explicación que se me ocurre. Tenemos un sistema tan hermético como el culo de un ganso, así no sé quién puede haber hablado más de la cuenta.

Para Frederick, sólo había una persona que podía haber cometido esa atrocidad. Fuera como fuese, su padre había averiguado dónde estaba él y a qué se dedicaba, y todo eso de que Yapp iba a escribir la historia de la familia no era más que un intento de entorpecer sus relaciones con tía Emmelia y de echar a perder sus posibilidades de hacerse rico. ¡Y menuda reacción había tenido tía Emmelia! Estaba a punto de estallar. Y si su padre lo sabía, también lo sabía el tal Yapp, en cuyo caso tía Emmelia también iba a enterarse tarde o temprano.

Mientras los demás discutían, Frederick estuvo calculando cuál podía ser la solución del problema que se le venía encima.

—Lo primero que tenemos que hacer es asegurarnos de que no llegue a cruzar el umbral de la fábrica —dijo Mr. Ponder—. No podrá hacer ningún documental sin nuestra ayuda, y ninguno de nosotros le va a ayudar.

—Seguro que alguien le está ayudando, de otro modo no hubiera llegado hasta aquí —dijo Mr. Mackett.

—¿No será Willy Coppett?

—Jamás de los jamases.

—Entonces, ¿por qué se aloja en su casa?

—A mí que me registren. El tipo dijo que estaba haciendo un estudio económico y no sé qué más del crecimiento de las pequeñas poblaciones.

—Pues ha hecho bien empezando con Willy. Más necesitado de crecimiento que él no podría encontrarlo —dijo Mr. Ponder.

—Me parece que iré a hablar con Mr. Coppett —dijo Frederick—. Es posible que sepa alguna cosa. Entretanto, sugiero que tratemos de hacer que ese profesor Yapp tropiece cuantas más veces mejor.

—Yo hubiera dicho que ya tropieza bastante él solo. A quién se le ocurre irse a vivir a casa de los Coppett… —dijo Mr. Mackett—. Me ha dicho Mrs. Bryant, que vive un par de casas más abajo, que Mrs. Coppett no deja que Willy use el retrete, por si acaso en el momento de tirar de la cadena se cae y desaparece por el agujero. La verdad, Rosie Coppett es más tonta que una piedra.

Frederick les dejó para que siguieran estudiando el modo de lograr que Walden Yapp no fijara su atención en la fábrica, y se fue al Horse and Barge, donde pidió un coñac.

—¿Está Willy por ahí? —preguntó.

La cabeza de Willy emergió entre las palancas de la cerveza de barril.

—He oído decir que tienen un realquilado.

Willy hizo un gesto de asentimiento. Temía a Mr. Frederick. Mr. Frederick era un Petrefact, y todo el mundo conocía a la familia. Eran hacendados.

Pero Mr. Parmiter acudió en su ayuda.

—Hay que ver lo rápido que corren las noticias. Estaba diciéndole a Willy que no me gusta el aspecto de ese Yapp, y entra usted y pregunta por él.

—Sólo quería confirmar el rumor que me ha llegado.

—Pantalones cortos —dijo Willy, dispuesto a intervenir en la conversación.

—Sírvale una copa —dijo Frederick, a modo de agradecimiento.

Mr. Groce sirvió un coñac y se lo pasó a Willy. Willy dijo que no con la cerveza pero aceptó la copa.

—Lleva pantalones cortos.

—Ese catedrático —dijo Mr. Parmiter, para explicar los crípticos comentarios de Willy— ha aparecido disfrazado de autostopista. Botas y pantalones cortos de color kaki. Ha venido a mi taller diciendo que quería alquilar un coche.

Frederick tomó un sorbo de coñac y escuchó el relato.

—¿Cree que es cierto eso de que es un profesor? —preguntó Mr. Parmiter cuando terminó.

—Me temo que sí. Ese profesor Yapp es bastante famoso. Ha formado parte de comisiones gubernamentales para el arbitraje en disputas laborales.

—Por eso ponía tan mala cara y empezaba a hablar de impuestos y zarandajas cuando le he ofrecido un descuento.

—Nos paga cinco libras al día —dijo Willy—. Ya se lo ha dado todo a Rosie.

Frederick pagó otra ronda.

—¿Y ha dicho qué ha venido a hacer por aquí?

Willy negó con la cabeza.

—Bien —prosiguió Frederick—. Voy a decirte lo que quiero que hagas. Quiero que escuches atentamente todo lo que dice, y que después vengas a contármelo. ¿Crees que serás capaz? —Frederick sacó un billete de diez libras y lo dejó sobre la barra—. Y te daré más de éstos si consigues informarme de los sitios adonde va y de lo que hace.

Willy hizo unos vigorosos gestos de asentimiento. El profesor Yapp se estaba convirtiendo para él en una inesperada fuente de ingresos.

—Ven a mi despacho en cuanto te enteres de algo —le dijo Frederick cuando se levantó para irse. Willy volvió a asentir con la cabeza, y desapareció bajo el mostrador.

—Es curioso —dijo Mr. Parmiter cuando Frederick ya se había ido—. Para que el amo Petrefact se muestre tan interesado, tiene que ser alguna cosa muy especial. Aunque eso de decirle a Willy que espíe al muy condenado me parece mucho pedir.

—No me extrañaría que acabara resultando que es del departamento de aduanas y control de importaciones —dijo el dueño del pub—. A lo mejor ha venido a ver qué es lo que produce la fábrica.

—Pues podría ser que acertaras. Y si fuera así, Mr. Yapp va a sufrir una desagradable sorpresa.

Y eso es lo que aguardaba precisamente a Yapp. Cuando llegó a Rabbitry

Road y aparcó delante de la casa que tenía el número 9, estaba imbuido del mismo sentimiento de benevolencia personal e indignación social que tanto gustaba a sus alumnos y tanto molestaba a sus colegas del claustro de Kloone. Pero en este momento su benevolencia se dirigía hacia los Coppett, y su indignación estaba centrada en la miseria de aquel barrio, así como en aquel tremendo fallo de la Seguridad Social, que había sido incapaz de proporcionarle a Willy una pensión por incapacidad laboral permanente. Para Walden Yapp, el crecimiento restringido era una forma grave de incapacidad laboral, y jamás se le hubiera ocurrido pensar que no sólo la autoestimación de Willy Coppett se sentiría muy ofendida si alguien le ofreciese una pensión por el hecho de ser enano, sino que en realidad disfrutaba por ser el único enano del pueblo. No, para el paradójico pensamiento de Yapp, el derecho al trabajo traía consigo el derecho a una pensión que permitiera no trabajar. Hacía mucho tiempo que había dejado atrás el argumento según el cual la clase obrera dejaría de ser clase obrera en cuanto no tuviese necesidad de trabajar. Para superar este obstáculo dialéctico le bastaba con decir que la clase ociosa de los millonarios, con unas pocas excepciones, estaba formada por gente que trabajaba muchísimo, tal como le había confirmado con sus datos estadísticos su querida Doris, la computadora.

Cuando bajó del coche y se dirigió a la casa a través de los grotescos adornos del jardín, que en la oscuridad perdían toda su individualidad de enanitos de piedra y le hicieron pensar durante un sorprendido momento que todos los parientes de Willy habían ido a visitarle, se preguntó si había alguna forma de utilizar su propia influencia para arrancar a los Coppett de aquel barrio horrible y darle un trabajo en la universidad. Decidió que se lo plantearía antes de irse. Rodeó la casa y entró por la puerta de la cocina. Todavía flotaba el hedor a tripas con cebolla por allí, pero ahora se le había sumado otro olor. Yapp se detuvo y olisqueó el aire; y justo en aquel instante surgió una aparición en el pasillo. Yapp dejó de olisquear y escrutó la imagen. No le cabía la menor duda de que se trataba de una aparición, ya que se le había aparecido, pero la lógica de su pensamiento se negó a llevarle más allá de esta constatación. El maquillaje de Mrs. Coppett era tan espectral, sobre todo los párpados verdes, y había sido aplicado con tanta torpeza, que a la media luz que reinaba allí parecía un cuadro pintado por Chagall en un día especialmente inspirado. Pero ¿a quién atribuir el estallido de olores? No hacía ninguna falta olisquear. La nariz de Yapp era incapaz de analizar uno por uno los numerosos estímulos que estaba recibiendo, con la sola excepción de los de la tripa con cebolla, que ahora ocupaban un puesto muy poco importante de la lista. Durante las horas que se había pasado esperándole, Rosie Coppett había cambiado de perfume muchas veces. Primero probó con Noches de París, y luego se aplicó varios frascos que su mamá le

había dejado en herencia, y luego los de los perfumes que Willy le compró a lo largo de los años de matrimonio, y la combinación de unos y otros le había parecido muy divertida, pero al final cambió de idea y trató de sofocar todos los demás olores con ese tan característico del que se llamaba Noches de París. Y eso fue todo. Estaba tan aburrida que, para matar el tiempo, se fue a limpiar el retrete, después de lo cual le echó un aerosol con aroma intenso a pino, luego localizó unas cuantas moscas en la cocina y cortó de raíz su breve vida saturándolas prolongadamente de otro aerosol que encontró, que en realidad servía para dar lustre a los zapatos pero que ella se había comprado como arma para impedir que Héctor ladrase más de la cuenta.

Todo esto no le importaba a Yapp. Estaba traspuesto por lo que tenía ante sus ojos, a saber: Mrs. Coppett, en un estado de casi desnudez, pintarrajeada, y en una actitud y con unos olores tan nauseabundos, que el profesor dedujo que, además de ponerse el perfume, había estado bebiéndoselo.

—Estoy lista —dijo ella, adoptando una pose contorsionada junto a la barandilla de la escalera, y haciendo resaltar espantosamente sus ligueros putativos, que lograron fijar la atención del asustado Yapp.

—¿Lista? —dijo él, con la voz afónica, no sólo por la tensión sino también por los efectos del betún en aerosol.

Mrs. Coppett sonrió. Mejor dicho, su lápiz de labios, que ella se había aplicado creyendo, erróneamente, que dibujaba una boquita amorosa, pareció torcerse hacia un lado, insinuando una media luna puesta boca arriba y notablemente torcida hacia la derecha. Pero la atención de Yapp seguía hipnotizada por el resto de la faja de la madre de Mrs. Coppett. Desde donde él lo miraba no había modo de decir qué era aquel engendro, aunque por otro lado tenía un aspecto claramente punitivo. Haciendo un esfuerzo, a lo máximo que Yapp podía llegar era a pensar que Mrs. Coppett había conseguido, aunque sólo a medias, librarse de una camisa de fuerza a medida para personas de crecimiento restringido, o que había sido pillada *in fraganti* cuando trataba de meterse en un tipo extremadamente primitivo de sujetador puesto del revés. ¿Y qué diablos podían ser esas lengüetas con una especie de botones al final? Pero sus especulaciones en torno a la arqueología de la ropa interior fueron súbitamente interrumpidas.

—No se preocupe. Willy está en el pub —susurró ella en una voz tan baja como si, en lugar de estar en el pub, Willy estuviera justo detrás de ella. Yapp no tuvo tiempo de considerar estos matices de la situación. Sólo pensó que ojalá se hubiese quedado también él en cualquier pub.

—Ah —dijo Yapp, tratando de ganar tiempo y de combatir la cada vez más intensa sensación de que su imaginación, o Mrs. Coppett, habían sufrido un

ataque de imprevisibles consecuencias.

—Me dijo usted que quería extras —prosiguió ella—. Y me dio cinco libras…

—¿Extras? —dijo Yapp. Mrs Coppett abandonó su pose y se le acercó. Yapp se defendió detrás de la mesa de la cocina. La solitaria bombilla sin pantalla proyectaba una nueva y reveladora luz sobre la situación. Y, una vez enmarcada en el quicio de la puerta, Mrs. Coppett dejó de ser fantasma para convertirse en cosa. Cuando Yapp la miró por vez primera, asomaba tras la sábana en el jardín, aquella mujer le había parecido un ser sencillo, honesto y hasta maternal. El artificio de los cosméticos, aplicado con tan escasísima gracia, había provocado un cambio increíble. Casi desnuda, el camisón transparente dejaba ver lo que ahora Yapp comprendió que era un corsé mutilado. Y Mrs. Coppett había perdido todo rastro de honestidad y maternidad. Hasta su sencillez había desaparecido. Yapp se enfrentaba de hecho a una ninfómana, y aunque sus conocimientos acerca de esa especie no eran muy profundos, le bastaron para saber que el asunto iba a ser muy complicado. Los maníacos, por definición, son unos locos, y a Yapp no le hizo falta utilizar toda su capacidad de pensamiento abstracto para comprender que Mrs. Coppett estaba como una auténtica cabra. La sombra de ojos de color verde y el carmín bastaban para hacerlo evidente. ¿Y el maldito enano? Ella decía que estaba en el pub, pero podía ser muy bien que se encontrara escondido arriba, con su dichoso cuchillo de carnicero en la mano. Ante el espantoso aspecto que ofrecía Mrs. Coppett, Yapp notó que se desvanecían tanto su conciencia social como su preocupación por los que carecen de privilegios y hasta de lo más necesario. Por muchas desventajas socioeconómicas y mentales y físicas que ellos sufrieran, nada de todo aquello podía compararse con lo que él estaba a punto de sufrir en sus propias carnes.

Pero justo en el momento en que estaba renunciando a sus más sacrosantos principios, todo el esfuerzo de Mrs. Coppett se vino abajo.

—No le gusto —gimió la pobre, y se dejó caer en una silla tapizada de plástico, mirándole entristecida y empezó a llorar—. Usted me había pedido extras, y ahora que se los ofrezco resulta que no los quiere.

Este salto de lo fantasmagórico a lo patético dejó helado a Yapp. Y las lágrimas que resbalaban por la cara de Mrs. Coppett, arrastrando consigo parte del maquillaje y formando un horrendo pastel, bastaron para arrancarle de su breve viaje a la realidad. Volvía a ser el Yapp de siempre, un ser humano bueno, amable y solidario, para el cual todo había que hacerlo por los demás. Se identificó con el llanto, y en un instante Mrs. Coppett pasó de ser una ninfómana a convertirse en una mujer que soportaba dolidamente su explotación sexual. En pocas palabras, era una prostituta.

—Lo siento —dijo Yapp—. Lo siento muchísimo. No había entendido lo que estaba diciéndome. No tenía ni idea…

Los sollozos de Mrs. Coppett cobraron más intensidad. Si después de todos los esfuerzos que había hecho no podía conseguir sus extras (y de hecho apenas los deseaba, por mucho que hubiera dicho la consejera matrimonial), como mínimo podía disfrutar una buena llorera. Y así, dio rienda suelta a sus sentimientos, aunque fuera a expensas de los de Yapp.

Y Yapp supo reaccionar.

—Querida Mrs. Coppett, no crea que no me gusta usted —dijo, olvidándose de que Mrs. Coppett ya no estaba pendiente de él—. Al contrario, me gusta mucho.

—¿Sí? —preguntó ella, arrancada de su paroxismo de autocompasión por aquellas palabras.

Walden Yapp cometió la imprudencia de sentarse.

—No se avergüence. Cuando una persona ha sido tan explotada como usted, es muy natural que haya acabado apareciendo esta orientación sexológica.

—¿Sí?

—Por supuesto. La sociedad coloca al individuo en una situación anómala y analógica, le convierte en un artículo u objeto comercial cuya autoidentificación está en función de su valor monetario.

—Caramba.

—Y cuando un matrimonio es tan proporcionalmente descompensado como el suyo, el factor objeto acaba convirtiéndose en la motivación psicológica predominante. Se ve usted obligada a afirmar su valor objetivo en el terreno de la sexualidad.

—¿De verdad? —dijo Mrs. Coppett, para quien las palabras de Yapp, citas directas de su seminario sobre «La objetivación de las Relaciones Interpersonales en una Sociedad Consumista», eran tan incomprensibles como para la gran mayoría de sus alumnos.

Yapp asintió con la cabeza, y para ocultar la turbación que sintió al ver que aquella mujer era incapaz de comprender incluso aquellos conceptos tan elementales, le cogió la mano y le dio unos golpecitos de consuelo.

—Yo la respeto, Mrs Coppett. Quiero que sepa que siento un profundo respeto por usted como ser humano.

Pero Mrs. Coppett no tuvo nada que decir. Lo que las palabras de Yapp no habían logrado transmitirle, le había llegado hasta el fondo de su corazón gracias a su simple ademán. Era un auténtico caballero, y la respetaba. Y con su respeto surgió un sentimiento de vergüenza.

—¿Qué debe usted pensar de mí? —dijo, retirando la mano. Y cruzando los

brazos sobre su generoso pecho, se fue corriendo arriba.

Yapp soltó un suspiro y contempló la patética galería de hombres musculosos que cubría las paredes. Muchas mujeres incultas y solitarias buscaban consuelo en todas aquellas monstruosidades. De modo que Yapp subió a su habitación, consciente de haber ampliado sus conocimientos de los efectos que produce la manipulación comercial de las pasiones humanas.

Afuera, en la oscuridad, Willy permanecía inmóvil e invisible entre los enanos del jardín. Lo que acababa de presenciar, y de interpretar de forma tremendamente errónea, no hizo más que redoblar su determinación de averiguar cuanto pudiera acerca del profesor Yapp, y no sólo para contárselo a Mr. Frederick.

Ahora también le impulsaba un resentimiento personal.

12

Walden Yapp pasó una noche inquieta. En parte, debido a los ruidos que le llegaban de la habitación contigua. Parecía que los Coppett estaban discutiendo y que Willy estaba de malísimo humor. De hecho, si Yapp no hubiese sido ahora un buen conocedor del desproporcionadamente bien dotado físico de Mrs. Coppett, habría podido creer que su diminuto marido estaba zurrándola en serio. Y si eso ya era preocupante, había otras cosas que también le turbaban. Tenían que ver con la vida sexual.

Llegados a este punto hay que decir que la fama de singularidad que acompañaba a Walden Yapp era justificada. Jamás había sucumbido al cebo de sus alumnos. Otros profesores, y hasta algunos catedráticos casados, sí lo habían hecho, aparentemente en nombre del Progresismo, del Radicalismo político, y de la Liberación Sexual, pues era frecuente que aliviasen la monotonía de las clases y la vida familiar acostándose con las universitarias. Pero Yapp no había caído nunca en esa trampa. De hecho, gracias al abandono en que le había tenido su madre, y a la ética religiosa de su tía, Yapp miraba esos asuntos con desprecio puritano. Lo cual estaba muy bien, pero no le servía como remedio de su propia sexualidad, y debía admitir honestamente que no era especialmente pura.

Por un lado, esa sexualidad se expresaba a base de ciertos sentimientos delicados y cierta devoción distante, inspirados los unos y la otra por algunas mujeres que ya estaban casadas y que ni se fijaban en él. Por otro, tenía unas manifestaciones más siniestras: una auténtica erupción de fantasías e irreprimibles ensoñaciones diurnas en las que se veía haciendo cosas, y dejándose hacer otras, tan notablemente sensuales que luego sentía terribles culpas y hasta sospechaba que quizá fuese un perverso. En pocas palabras, Walden Yapp tenía treinta años, pero en los asuntos sexuales era como si todavía estuviese en la pubertad.

Como antídoto contra estas fantasías incontrolables trabajaba más que nunca y, cuando la tensión era insoportable, cedía a lo que él llamaba el vicio

onanista, de acuerdo con la terminología que le habían enseñado. Por suerte, como miembro del seminario que trataba de la Discriminación sexual en la Industria Algodonera, 1780-1850, había leído algunas cosas de R. D. Laing, y fue para él muy tranquilizador comprobar allí que, según este eminente psicólogo, la masturbación podía ser para algunos individuos al acto más honesto del que eran capaces. Aunque lo cierto es que no quedó convencido del todo. El individualismo entraba en conflicto con sus opiniones colectivas, y a pesar de ciertos malabarismos semánticos de Doris, quien afirmó que en la masturbación se podían combinar las dos tendencias, Yapp estaba seguro de que para la plenitud humana eran necesarias las relaciones interpersonales, preferiblemente llevadas a cabo en plan comunitario. Sus instintos eran, sin embargo, de otra opinión, y seguían empeñados en emerger hasta su conciencia con sus solitarias y desconcertantes erupciones.

Y así, tendido en la cama, libre de la presencia real de las abundantes carnes de Mrs. Coppett, que tanto le habían asustado, su imaginación transformó a Rosie en la apasionada criatura de sus fantasías. De hecho, Mrs. Coppett se parecía muchísimo a su amante imaginaria, sobre todo por su falta de inteligencia. Yapp estaba perplejo ante esta particularidad de sus sueños. Si bien adoraba desde lejos a ciertas mujeres inteligentes y de gran moralidad, su lujuria despertaba más bien ante la imagen de mujeres maduras y desprovista de intelecto. Mrs. Coppett encajaba perfectamente en este modelo. Yapp imaginó que estaba acostado con ella, que le besaba sus enormes pechos, que los labios de ella se apretaban contra los suyos y que la lengua de Mrs. Coppett…

Yapp se sentó en la cama y encendió la luz. No podía ser. Debía poner freno a estos sueños irracionales. Buscó a tientas la carpeta que contenía la correspondencia familiar que Lord Petrefact le había enviado, e intentó con ella exorcizar aquellas imágenes, pero Mrs. Rosie Coppett, como si fuese un maravilloso súcubo, no desapareció. Al final Yapp lo dejó correr, apagó la luz y trató de actuar con toda la honestidad posible. Pero de nuevo se encontró con un problema. La cama crujía tan rítmicamente que le impedía concentrarse en lo que estaba haciendo sin sentirse turbado, y también acabó dejándolo estar. Hasta que por fin cayó en un sueño agitado, y a la mañana siguiente despertó con la sensación de que le ocurría algo extraño.

Se fue al baño, muy concentrado en sus pensamientos, e hizo un esfuerzo por repasar su plan de actividades para la jornada. Visitaría el Museo local y preguntaría por el Conservador de los Archivos de la familia Petrefact, y en cuanto obtuviera estos documentos trataría de hallar allí algunos datos acerca de las condiciones de trabajo y los sueldos en la primera industria familiar, la que creó Samuel Petrefact. A partir de esa sólida base estadística iría avanzando

hasta llegar a los actuales miembros de la familia. Aunque Lord Petrefact quería que su labor fuera más bien de tipo biográfico, un relato de las actividades de las diversas generaciones de Petrefact, Yapp no pensaba alejarse de sus principios de siempre. Actuaría a su modo, pasando de lo general a lo particular. Ya había decidido que el libro se titularía: *El legado Petrefact. Un análisis de los orígenes del capitalismo multinacional*. Y si al viejo no le gustaba, allá él. El contrato daba a Yapp libertad de acción, y no en vano era catedrático de Historiografía Demótica.

De modo que cuando bajó a desayunar ya se sentía más en forma. Pero cuando llegó a la cocina su racionalismo sufrió un nuevo ataque. Willy se había ido ya a trabajar, y Mrs. Coppett, abandonando la parafernalia erótica de la noche anterior, se mostraba ahora con cara limpia y actitud hogareña, así como peligrosamente preocupada y tímida.

—No sé qué debe de pensar usted de mí —le dijo a Yapp poniéndole un plato de gachas de avena en la mesa—, sobre todo siendo catedrático y todo eso.

—Ese aspecto carece de importancia —dijo Yapp con modestia.

—Qué va. Willy me lo contó ayer noche. Estaba enfadadísimo.

—Lo siento. ¿Le dijo por qué estaba tan enfadado?

Mrs. Coppett echó un par de huevos en la sartén.

—Porque usted era un catedrático. Hablaron de eso en el pub.

Yapp soltó una maldición muda, mientras tragaba una cucharada de gachas. En cuanto la noticia corriera por todo Buscott, los Petrefact comenzarían a preguntarse por qué no había ido a verles. Por otro lado, tarde o temprano tenían que enterarse, y había sido una ingenuidad por su parte creer que podría llevar a cabo sus investigaciones sin que los miembros de la familia lo supieran.

Mientras seguía comiendo y pensando, su atención era reclamada constantemente por Mrs. Coppett, que iba cocinando y charlando, aunque sólo fuera para dar vueltas y más vueltas en torno a la circunstancia de que Yapp fuese un catedrático, título que seguramente ella no entendía pero que le confería a él una tremenda importancia a sus ojos. Fue al pensar esto cuando las ideas igualitarias de Yapp hicieron un esfuerzo por manifestarse.

—No debería usted considerarme como una persona especial —le dijo, contradiciendo plenamente lo que pensaba en realidad. Ahora que Mrs. Coppett iba vestida decentemente, se había convertido de nuevo en una atractiva mujer proletaria cuyos atributos físicos quedaban especialmente realzados por la absoluta ausencia de atributos mentales—. No soy más que un huésped de su casa. Me gustaría que me tutease.

—Oooh —dijo Mrs. Coppett, y reemplazó el vacío plato de gachas por otro de huevos fritos y tocino—. Sería incapaz…

Yapp se concentró en los huevos y mantuvo silencio. Un resto de perfume de anoche todavía flotaba en el ambiente, y esta vez captó el mensaje y se sintió estimulado. Además, Mrs. Coppett tenía unas piernas magníficas. Comió apresuradamente el resto del desayuno y estaba a punto de irse cuando ella le entregó una fiambrera.

—Bocadillos. No vaya a ser que se quede con hambre.

Yapp murmuró una frase de agradecimiento y volvió a sentirse abrumado por aquellos sentimientos de profunda simpatía que le inspiraba la simplona amabilidad de la mujer. Esta actitud, unida al resto de sus atractivos, sobre todo de sus piernas, tuvo unos efectos devastadores. Tratando de controlar sus deseos de tomarla entre sus brazos y besarla, Yapp dio media vuelta y se fue corriendo por entre los gnomos del jardín. Luego comenzó a bajar andando hacia Buscott, con la mente concentrada por un lado en el ataque histórico que iba a lanzar contra los Petrefact, y por otro en el ataque erótico que le hubiese gustado lanzar contra Mrs. Coppett.

Willy trataba entretanto de explicarse en el matadero ante su jefe. Le había pedido que le dejase el día libre, aparentemente sin motivo alguno, y cuando le faltaron las palabras no se le ocurrió otra cosa que ponerse a afilar el cuchillo con la correa del cinturón.

—Pero alguna excusa tendrás que dar —le dijo el capataz a la media cara que asomaba al otro lado de la superficie de su escritorio—. ¿Te encuentras mal? ¿Estás enfermo…?

—No —dijo Willy.

—Entonces, ¿está enferma tu mujer…?

—Tampoco.

—O quizá algún pariente…

—No —dijo Willy—. No tengo parientes. —Oculto por la mesa, Willy se limitó a pasar la hoja del cuchillo por el cinturón con más energía incluso, y como el capataz no veía qué estaba haciendo, dedujo que estaba dedicándose a otra cosa bastante diferente.

—Mira, Willy —le dijo, inclinándose hacia él—. Estoy dispuesto a permitirte que tomes un día libre, pero a condición de que me des alguna razón convincente para hacerlo. Lo que no puede ser es que vengas a verme, me digas que quieres el día libre, te pongas a hacer *eso* que estás haciendo ahí debajo, y te juro que preferiría que parases de una vez, y encima pretendas que acepte así, por las buenas.

Willy meditó un momento en torno a la petición que le habían formulado, pero no logró sacar ninguna conclusión. En la jerarquía de las personas que le merecían respeto, Mr. Frederick ocupaba un lugar mucho más elevado que el capataz del matadero, y aunque Mr. Petrefact no había llegado a decirle que mantuviera el asunto en secreto, le parecía que no estaba bien confesar que él le había pedido que espiara a Yapp.

—No puedo —dijo por fin, y, sin pensarlo, probó el filo del cuchillo en la yema del pulgar. Al capataz le pareció que aquel ademán era una razón suficiente.

—De acuerdo. Pondré que necesitabas el día libre por motivos familiares.

—Eso es —dijo Willy. Y dejó al capataz más desconcertado que antes. Subió a buen trote por Rabbitry Road, y llegó justo a tiempo para encontrar a Yapp, que bajaba caminando a grandes zancadas en dirección contraria. Willy se fundió con el cochecito de niños que empujaba una mujer, y sólo emergió cuando Yapp ya había pasado de largo. A partir de entonces siguió los pasos del catedrático, aunque le costó un gran derroche de energías no quedarse rezagado, y sintió un gran alivio cuando Yapp entró en el Museo y pudo permitirse un descanso para respirar. A través de las puertas de cristal vio que Yapp se dirigía al Conservador, y luego entró para oír la conversación.

—¿Los Archivos Petrefact? —dijo el Conservador—. Sí, están aquí, en efecto, pero no puedo permitirle que los vea.

—Ya le he explicado cuáles son mis credenciales —dijo Yapp, y traigo una carta de Lord Petrefact…

Willy anotó de memoria este dato, así como el hecho de que el Conservador no se mostraba muy impresionado por lo de la carta.

—De todos modos, sigo diciéndole que no. Miss Emmelia me ha dado instrucciones muy claras al respecto. No debo permitir que nadie vea los documentos de la familia a no ser que ella lo haya autorizado. Tendrá que conseguir su permiso.

—Ya. En ese caso, lo obtendré —dijo Yapp, y tras echar una ojeada al Museo y felicitar al Conservador por las muestras de antiguos aperos de labranza, salió a la calle. Willy le siguió. Esta vez bajaron a la fábrica, donde ante la sorpresa de Willy y la prematura aprobación de Yapp, se encontraron con un piquete armado de pancartas que exigían sueldos más elevados por jornadas más breves, y que contenían frases amenazadoras contra los esquiroles. Por lo que Willy sabía, los sueldos que se cobraban en la fábrica eran elevados, y la jornada laboral bastante corta, de modo que, a pesar de sus esfuerzos, no consiguió entender qué estaba pasando allí. Yapp, en cambio, creyó que sí lo entendía, pero no le gustó que insinuaran que él era un esquirol.

—Me llamo Yapp. Doctor Yapp. Es posible que hayan oído hablar de mí —le dijo al jefe del piquete, un tipo grandote con una pancarta más pequeña que la de los demás, sujeta a un palo muy grueso que blandía de forma amenazadora—. Jamás en la vida se me ocurriría entorpecer la marcha de una huelga.

—Entonces, no cruce este piquete.

—Pero ¡si ni siquiera lo he intentado! —dijo Yapp—. He venido justamente para estudiar las condiciones de trabajo de los obreros de la fábrica.

—¿Y quién le ha encargado ese estudio?

Aquí Yapp vaciló. La verdad, el hecho de que estuviera trabajando para Lord Petrefact, no sería bien recibida, pero no era una persona acostumbrada a mentir descaradamente, sobre todo ante un obrero.

—Pertenezco al claustro de la Universidad de Kloone —dijo, tratando de engañar al proletario—. Soy el catedrático de Historia Demótica, y me interesa especialmente…

—Cuéntaselo a los patronos, tío. A nosotros no.

—¿No qué?

—No nos interesa en lo más mínimo lo que pueda hacer usted. Y ahora, largo.

Y para confirmar que hablaba en serio, alzó su pancarta como si estuviera a punto de rompérsela a Yapp en la cabeza. Yapp se largó, y Willy se puso a seguirle otra vez, muy contento pensando que, por muchos extras que hubiese podido conseguir el profesor la noche pasada, esta mañana estaba saliéndole todo mal. Y a él también, en parte, porque Yapp caminaba a una velocidad increíble. Recorrieron, el profesor andando a grandes zancadas y Willy corriendo con todas sus fuerzas, un par de kilómetros a lo largo de la orilla del río, luego subieron toda una calle de casa de obreros y bajaron por otra igual, sin jardines en donde el enano pudiera esconderse, de modo que tenía que permanecer oculto en una esquina y, cuando Yapp volvía la siguiente, lanzarse como una bala calle abajo para no perder su pista, y encima tuvo que plantarles cara a unos niños abusones que trataron de cortarle el paso, y poco a poco Willy empezó a pensar que las diez libras estaban saliéndole muy caras. Para complicarle las cosas todavía más, Yapp se detuvo varias veces a hablar con algunos transeúntes, y Willy tuvo que hacerse contar lo hablado para poder enterarse.

—Me ha preguntado si sabía algo de esos condenados Petrefact —le gritó un tipo cuando Willy logró convencerle de que no estaba tratando con un mequetrefe fisgón sino con un detective enano—. Y le he dicho que esos maricones me la soplan.

—¿Algo más?

—Que qué tal van las cosas en la fábrica, que cuánto me pagan y cosas de

esas.

—¿Y qué le ha dicho?

—¿Qué iba a decirle? Jamás he pisado la fábrica. Me he pasado la vida entera trabajando en el ferrocarril de Barnsley. No he venido aquí más que a ver a mi hija.

Willy salió corriendo, volvió la esquina, y sintió cierto alivio parcial al comprobar que no había perdido a su presa. Yapp se había sentado en un banco frente al río, y estaba charlando —o, mejor dicho, haciendo preguntas a voz en grito— con un viejo retirado que usaba audífono. Willy se escondió detrás de un buzón de correos y escuchó.

—¿Ha vivido siempre aquí? —aulló Yapp. El viejo encendió su pipa con mano temblorosa e hizo un gesto de asentimiento.

—¿Y trabajaba usted en la fábrica?

El hombre siguió haciendo gestos de asentimiento.

—¿Podría explicarme cómo eran las cosas allí? Seguro que se trabajaban muchísimas horas por un sueldo miserable, ¿verdad?

El hombre siguió repitiendo el mismo gesto. Pero era obvio que esta vez Yapp estaba convencido de haber encontrado al informador que andaba buscando. Ahora abrió la fiambrera y sacó un bocadillo.

—Verá usted, estoy haciendo un estudio sobre la explotación de la clase obrera por parte de los patronos de las fábricas durante la Depresión, y tengo entendido que los Petrefact son unos empresarios verdaderamente detestables. Me gustaría que me facilitase toda la información posible.

Willy escuchó muy interesado desde su escondite. Por fin tenía algo de que informar, y como había reconocido al viejo, que era Mr. Teedle —un anciano que no sólo era sordo como una tapia sino que había además adquirido la costumbre de asentir a todo con la cabeza, debido a su larga vida matrimonial con una mujer de carácter dominante y tremendo vozarrón—, Willy comprendió que el profesor estaba ahora muy bien acompañado, ya que se trataba de un hombre inofensivo que no le diría absolutamente nada. Así que Willy abandonó su escondite y se fue a la posada de enfrente, donde podía tomarse una empanada de cerdo y varias jarras de cerveza mientras vigilaba de lejos su presa. Pero lo primero que hizo fue telefonear a Mr. Frederick. Con la libertad que le proporcionaba el hecho de ser el único enano del pueblo, arrastró una caja de cerveza hasta el teléfono, se encaramó sobre ella, marcó el número de la fábrica y preguntó por Mr. Frederick.

—¿Así que lo único que hace es preguntarle a la gente qué es lo que está pasando aquí? —preguntó Frederick cuando Willy hubo terminado su informe. Willy hizo un gesto de asentimiento, y Frederick tuvo que repetir la pregunta a

fin de conseguir que el enano abandonase su muda deferencia.

—Sí —musitó por fin.

—¿Y no pregunta nada sobre otras cosas?

—No.

—¿Sólo sobre lo que hacemos aquí?

—Sí —dijo Willy, que prefería mantener la nueva posición que ocupaba en relación con Mr. Frederick, y se abstuvo de referirse a lo de los sueldos bajos y las largas jornadas laborales. Esta vez fue Frederick quien se quedó en silencio. No sabía qué hacer. Tenía varias posibilidades, y ninguna de ellas le resultaba agradable.

—Bien, habrá que quemar las naves.

—¿Cómo? —preguntó Willy.

—¿Cómo que cómo?

—¿Qué naves?

—¿De qué diablos estás hablando?

Willy volvió a caer en su anterior silencio temeroso, y antes de que hubiese podido proseguir el diálogo se le acabaron las monedas y se cortó la línea. Soltando un suspiro de alivio, Willy bajó de la caja y volvió a la barra. Yapp seguía interrogando a Mr. Teedle y Willy se tomó su cerveza y se comió su empanada.

En su oficina, Frederick se sirvió un whisky solo y maldijo a su padre por enésima vez. El viejo diablo debía de saber lo que se hacía, debía de saber que no sólo estaba poniendo en peligro al resto de la familia sino que también arriesgaba su propia situación social con aquel empeño suyo de que Yapp husmease por Buscott. Era absurdo. Menos mal que la idea de la huelga había sido acertada, y que el piquete había hecho retroceder a aquel tipo. Y consolándose con la idea de que era una suerte que tía Emmelia viviera enclaustrada en su cama y no abandonara nunca la oscuridad de su jardín, salió a comer.

13

Pero esta vez se había equivocado. Emmelia Petrefact solía llevar hasta los extremos más absurdos la tradición familiar de no relacionarse con nadie, pero sus gatos no la imitaban. Porque vivían una agitada y promiscua vida social nocturna, casi siempre en los jardines de los vecinos, y por culpa del sonoro coqueteo nupcial de su siamés favorito, Blueboy, al pie de la ventana del dormitorio del mayor Forlong, y de la notable puntería con la que el mayor le lanzó una maceta con flores, aquella mañana tía Emmelia fue a llevar al casi castrado Blueboy al veterinario, y vio el piquete junto a la verja de la fábrica. Primero dudó un momento, pero sólo un momento. Quizá tendría que cambiar de nombre a Blueboy, y ponerle Bluegirl, pero lo que no podía consentir era que nadie empañara con una huelga el nombre de los Petrefact. Ordenó al chófer que detuviese el coche y que se encargara él de llevar el gato al veterinario, y se apeó de aquel Daimler del año treinta y siete para dirigirse directamente hacia el gentío.

—¿Se puede saber qué pasa aquí? —preguntó, y antes de que los miembros del piquete pudieran explicárselo, ya les había dejado atrás y se colaba en el recinto de la fábrica.

—¿Dónde está Mr. Petrefact? —le preguntó a la mujer del mostrador de Información, pero tan imperiosamente que dejó sin habla a la empleada. Tía Emmelia siguió su camino sin detenerse. El despacho de Frederick estaba vacío. Emmelia entró en el primer taller y se llevó una sorpresa al encontrárselo lleno de mujeres, que estaban trabajando en sus máquinas de coser. Pero lo que más sorpresa le produjo no fue que allí no hubiera la menor señal de huelga, sino el tipo de prendas que estaban confeccionando.

—¿Necesita alguna cosa? —le dijo la encargada del taller. Emmelia miró boquiabierta las prendas de corsetería brillante con estratégicos orificios para la entrepierna, que una de las cosedoras estaba forrando con gamuza, y no encontró palabras con que expresar su horror.

—Es uno de los artículos que más se venden —dijo la encargada—. En Alemania nos lo quitan de las manos.

Emmelia sólo captó subliminalmente sus palabras. Su repugnancia se centraba ahora en otra mujer, que estaba poniendo pelos en lo que tenía todo el aspecto de ser un escroto calvo.

—¿Y eso…? —preguntó Emmelia sin querer.

—Es para ponerlo aquí —dijo la encargada señalando la entrepierna de un maniquí de abultadísimas partes—. Se lleva atado con unas tiras que se abrochan detrás.

—¿Para qué?

—Para que la vagina artificial se sostenga a la altura necesaria, claro.

—Claro —dijo Emmelia, tan embebida en un trance de puritana curiosidad que, aunque quiso dar un tono escandalizado a su comentario, fracasó rotundamente—. ¿Y hay mucha gente que compre eso?

—Tendría que preguntárselo usted al departamento de ventas, pero yo diría que sí. Este año hemos aumentado la producción en un treinta por ciento.

Emmelia se apartó a duras penas de aquel repulsivo objeto y siguió avanzando junto a las filas de mujeres que iban cosiendo las vaginas artificiales, los leotardos de plástico y otros artículos tales como los sujetadores hinchables. Lo que estaba viendo le parecía intolerablemente escandaloso, pero iba acompañado de unas conversaciones intranscendentes que parecían quitar importancia a las prendas que las mujeres estaban cosiendo.

—Y entonces le dije: «si crees que puedes irte todas las noches al pub y beberte allí el dinero de las vacaciones, cualquier día te encontrarás con que, como no te hagas tú la cena, no habrá nadie que te la haga. Si tú juegas a eso, yo también puedo. ¿Te enteras?».

—¿Y él qué te dijo? —preguntó una mujer que estaba bordando la palabra EL en una prenda que hasta ese momento Emmelia había imaginado que sólo necesitaba ELLA, a saber: una compresa sanitaria.

—¿Qué iba a decir, el pobre? No podía venirme con que…

Tampoco Emmelia supo qué decir. Siguió caminado junto a mujeres que, mientras cosían, hablaban de la comida de los niños, del último episodio de «Arriba y abajo», del lugar al que pensaban ir de vacaciones, y de los problemas matrimoniales de las demás. Luego llegó junto a un grupo de auténticas artistas que se dedicaban a pintar realistas venas en unos objetos que más bien parecían unos saleros grandes e inacabados, y empezó a tener la sensación de que estaba volviéndose loca. Se desplomó en una silla y se quedó mirando al vacío con ojos dementes.

Al otro extremo del taller la encargada estaba discutiendo acaloradamente

con la mujer del departamento de información.

—¿Y cómo querías que yo lo supiese? La dejas pasar, y, naturalmente, he creído que era una cliente…

—Pues es Miss Petrefact, te lo aseguro. La vi el año pasado en el Concurso de flores. Estaba en el jurado de las begonias.

—No entiendo por qué no le has impedido el paso.

—Y cómo iba a hacerlo. Ha preguntado por Mr. Petrefact, y se ha ido a su despacho directamente. A Mr. Petrefact le va a dar un ataque cuando se entere.

—Me parece que no será el único que tenga un ataque —dijo la encargada, y corrió en pos de Miss Emmelia, que se había puesto en pie y se encaminaba hacia lo que antiguamente se utilizaba como taller para la reparación de los telares.

—No puede entrar ahí —dijo la encargada, en un tono exageradamente imperativo que sirvió para que volviese a despertar en Emmelia la conciencia de su importancia.

—Desde luego que puedo —dijo con renovada autoridad—. Además, eso es justamente lo que voy a hacer.

—Pero… —A la encargada le faltó la voz. Emmelia la dejó atrás, abrió la puerta e inmediatamente perdió el pequeño resto de esperanza que aún albergaba, en el sentido de que la fábrica conservase todavía parte de su propósito inicial. Primero vaciló, y luego su atención se centró en una correa transmisora, que era el lugar de donde parecía proceder la ráfaga de aire caliente y de olor nauseabundo que la había detenido hacía un instante. La correa transportaba una hilera interminable de aquellos repugnantes saleros que había visto en la otra sala. Mientras desfilaban ante sus ojos volvió a tener el mismo sentimiento de irrealidad que antes, pero a lo bestia. Porque ahora emergían de ellos una especie de varitas mágicas, considerablemente gruesas, unas protuberancias alargadas que sólo hubiese podido definir vagamente, y que prefería no definir ni siquiera así. En pocas palabras, lo que hasta hacía no mucho tiempo había sido el taller de reparación de telares se había convertido en una cosa que sólo era un sueño, una auténtica pesadilla en forma de fábrica de penes de plástico perpetuamente erectos. Emmelia cerró la puerta e intentó mantener la compostura.

—¿Se encuentra bien? —le preguntó la encargada con ansiedad. El orgullo de Emmelia reaccionó.

—Por supuesto —dijo secamente. Luego, impulsada en parte por una incomprensible curiosidad, pero sobre todo por su firme sentido del deber, volvió a abrir la puerta y entró de nuevo. La encargada la siguió, muy en contra de su voluntad. Emmelia miró con severidad los penes artificiales.

—¿Y cómo llaman a eso? —preguntó, y la respuesta le sirvió para ampliar su vocabulario con el término «consoladores».

—¿Y hay muchos hombres que tengan que comprarlos?

Pero la respuesta que obtuvo sirvió para borrar definitivamente su esperanza de que la fábrica de los Petrefact estuviese dedicada a remediar los problemas de los mutilados sexuales.

—Los compran las mujeres —dijo la encargada en voz muy baja.

—Ya imagino que en último término los usan las mujeres, pero de entrada supongo que son los hombres quienes…

—Las lesbianas —explicó la encargada, en voz más baja incluso.

Emmelia hizo un puchero con los labios y luego, enderezando su cuerpo, se puso a andar. Cuando llegó al final de la nave vio una máquina que envolvía un nuevo artículo.

—Son azotes para masoquistas —le explicó la encargada cuando Emmelia se interesó, de forma casi mayestática, por saber qué era aquello.

—Asombroso.

Y de esta forma siguieron avanzando, y cuando llegaron junto a un joven que estaba martillando unos cinturones de castidad para varones, Emmelia fue lo bastante mayestática como para detenerse a su lado, tal como lo hubiera hecho la reina si estuviese visitando una industria de interés nacional, y preguntarle si le gustaba su trabajo y si se sentía realizado haciéndolo. El joven miró boquiabierto. Emmelia sonrió y siguió su camino. De las molduras para la fabricación de consoladores y los cinturones de castidad hechos a mano pasaron a las capuchas, cadenas y demás accesorios para la flagelación, y de ahí al departamento de cautiverio, donde Emmelia se interesó especialmente por las mordazas hinchables.

—Comprendo. Deben de usarse junto con los azotes claro —dijo, y sin esperar ninguna explicación más precisa examinó diversos modelos de látigos.

Ni siquiera los estimuladores clitoridianos llegaron a afectar su compostura.

—Debe de ser extremadamente gratificante saber que se trabaja para producir tantísimo placer para tantísimas personas —le dijo a la chica que trabajaba en la sección de control de calidad.

La encargada iba empalideciendo por momentos, pero Emmelia se limitó a proseguir su visita, dirigiendo sonrisas amables a todas partes y aparentando una serenidad inmutable. Por dentro, sin embargo, estaba furiosa, y sentía una gran necesidad de una taza de té.

—Esperaré en el despacho —le dijo a la encargada cuando terminó la visita —. Tenga la amabilidad de traerme una tetera bien cargada.

Y, dejando a la encargada presa del pánico, Emmelia se fue al despacho de

Frederick y se sentó ante el escritorio.

En el Club Liberal y Sindicalista de los Obreros de Buscott, Frederick terminó su placentero almuerzo con una partida de billar, y estaba a punto de volver a la fábrica cuando le llamaron por teléfono. Diez segundos después estaba tan blanco como un muerto, y todo deseo de ir a la fábrica le había abandonado.

—¿Que mi tía qué? —gritó.

—Que está sentada en su oficina —dijo su secretaria—. Se ha recorrido toda la fábrica y dice que esperará a que usted regrese.

—Dios mío. ¿No podría librarme de ella…? Bueno, supongo que no, que es imposible.

Colgó y volvió al bar.

—Sírveme una copa de algo que sea muy fuerte y que no huela —le dijo al barman—. Y mejor si tienes algún ingrediente que sirva para alejar a las tías.

—El vodka no huele apenas, pero no he probado nunca qué efecto tiene sobre las tías.

—¿Sabes qué les daban a los condenados a la horca?

El barman le recomendó un cognac. Frederick se tomó una dosis triple, intentó frenéticamente encontrar alguna explicación que pudiera satisfacer a tía Emmelia y, viendo que no lo conseguía, lo dejó correr.

—Allá voy —murmuró, y regresó a la fábrica. El piquete seguía rondando junto a la verja, pero Frederick les dijo que se largaran. La estratagema había servido para que Yapp no entrara, pero había provocado la visita de tía Emmelia, aunque no comprendía por qué diablos había tenido que elegir precisamente este día para bajar al pueblo. En cualquier caso, éste era un problema secundario. La cuestión era que había bajado. Soltando una maldición que abarcaba a Yapp, a su padre, a su tía Emmelia y a la hipocresía social que le había permitido ganar una fortuna y que ahora estaba a punto de arrebatársela, Frederick entró en la fábrica y fingió llevarse una sorpresa al encontrar a tía Emmelia sentada en su despacho.

—Encantado de verte —dijo, tratando de mostrarse seductor.

Tía Emmelia no hizo ningún caso.

—Cierra la puerta y siéntate —dijo—. Y, ante todo, haz desaparecer de tu rostro esa sonrisa estúpida. Con la de cosas desagradables que he visto durante la última hora ya tengo más que suficiente. Y sabes que no soporto el pelotilleo.

—Claro —dijo Frederick—. Por otro lado, antes de que empieces a lanzar ataques contra la pornografía, los perversos y la falta de instintos morales,

permíteme que te diga que…

—Cállate —dijo tía Emmelia—. Tengo cosas más importantes en que pensar que en tus monstruosos principios. Además, si existe un mercado que pide artilugios tan singularmente desprovistos de buen gusto como esos Agitadores Termales con variaciones Enémicas que he visto anunciados en el último catálogo, supongo que no es del todo absurdo tratar de satisfacerlo.

—¿En serio?

Emmelia se sirvió otra taza de té.

—Por supuesto. Nunca he entendido muy bien en qué consisten las fuerzas del mercado, pero tu abuelo las tenía en gran estima, y no encuentro motivos para dudar de su buen criterio. No, lo que más me preocupa es la presencia de esos hombres con pancartas desfilando ante la puerta de la fábrica, para que les vea todo el que pase. Quiero saber qué hacen ahí.

—Impedir que entre el profesor Yapp.

—¿El profesor Yapp?

—Ha venido a Buscott para enterarse de lo que pasa en la fábrica.

—¿Ah, sí? —dijo Emmelia, pero ahora su voz adoptó una entonación de ansiedad.

—Y por si eso fuera poco, se aloja en casa de Willy Coppett, en Rabbitry Road, y ha estado dando vueltas por todo el pueblo preguntando a qué nos dedicamos y cosas así.

Con mano temblorosa, tía Emmelia dejó en la mesa su taza de té.

—En ese caso, nos enfrentamos a una crisis. ¡Rabbitry Road! ¡Los Coppett! ¿Por qué diablos puede haber decidido alojarse ahí en lugar de hacerlo en The Buscott Arms o algún otro hotel decente?

—Sólo Dios lo sabe. Supongo que su deseo de permanecer en el anonimato mientras husmea por aquí.

Emmelia reflexionó sobre esta posibilidad y acabó pensando que era la explicación más plausible.

—Esto parece confirmar que ha empezado a escribir la historia de la familia. Y me parece que ni siquiera tu padre, por quien siento la más mínima consideración posible, hubiera estado dispuesto a ensuciar el nombre de los Petrefact revelando que ahora tenemos una fábrica de productos para fetichistas. En mi juventud, a los tipos como Yapp les tachábamos de husmeadores de las vidas ajenas. Ya sé que ahora la gente prefiere decir que se dedica al periodismo de investigación, pero eso es un eufemismo. Sea como fuere, tenemos que librarnos de él.

—¿Librarnos de él?

—Eso he dicho, y lo digo en serio.

Frederick se quedó mirándola de hito en hito y se preguntó cuál era el alcance de sus palabras. Había diversas formas de «librarse» de la gente, y por el tono que su tía había empleado cabía deducir que estaba pensando en el método más drástico.

—Sí, pero…

—Nada de peros —dijo Emmelia, con más firmeza que nunca—. Si este hombre hubiese venido aquí por algún motivo honroso, se habría presentado en New House para anunciar sus intenciones. En cambio, por lo que me dices se ha alojado en casa de una deficiente mental y de un enano, y en un barrio absolutamente insalubre. Me parece de lo más siniestro.

Lo mismo pensaba Frederick, pero a él le parecía mucho más siniestro incluso lo de «librarse» de Yapp por el procedimiento que tía Emmelia parecía haber insinuado. Sin embargo, antes de que pudiera presentar ninguna objeción, Emmelia prosiguió:

—Y como has sido tú solo, por tu cuenta y riesgo, el que ha decidido meternos en unas actividades tan comprometedoras, el que, por ejemplo, acaba de colocar a Nicolás en una situación tan comprometida que podría hacerle perder las elecciones para diputado en North Chatterswall, aparte de crearle dificultades a su tío el juez y a tus demás parientes, creo que tienes el deber de sacarnos a todos del aprieto en el que nos has metido convirtiendo una respetable fábrica de pijamas en una empresa dedicada a la producción de artículos obscenos. Cuando ese tipo haya desaparecido, ven a comunicármelo.

Y antes de que Frederick pudiera preguntar de qué modo podía hacer «desaparecer» a Yapp, tía Emmelia se puso en pie y abandonó austeramente el despacho. Desde la entrada de la fábrica se la pudo oír cuando le gritaba a la secretaria de Frederick que no necesitaba ningún taxi.

—Caminaré. El aire fresco me sentará muy bien —dijo.

Frederick vio cómo cruzaba el patio y salía de la fábrica, y durante un momento se preguntó por qué razón los ingleses habían llegado a pensar que el asesinato era más respetable que la masturbación. Por otro lado, ¿quién había sido el demente que tuvo la insensata ocurrencia de decir que las mujeres eran el sexo débil?

Este era una asunto que no preocupaba a Yapp. Su paseo alrededor de Buscott y a través de sus calles había sido fastidiado por su creciente sensación de que, fuera como fuese, se había convertido en un personaje muy conocido por todos. En otras poblaciones hubiera podido pensar que el hecho de que le

reconocieran era adulador y hasta merecido, pero en Buscott todo aquello tenía un aire más bien ominoso. Bastaba con que entrase en una tienda o que le preguntase a algún transeúnte por unas señas para que se notase inmediatamente la reticencia con que era recibido. En la biblioteca, donde trató de conseguir algunos libros sobre la historia municipal, la bibliotecaria se quedó helada en cuanto le vio, y no le ayudó en absoluto a lograr su propósito. Incluso las mujeres del establecimiento que, el primer día, le indicaron que buscara alojamiento en casa de los Coppett, dejaron de hablar en cuanto entró él para pedir un café. Y todavía le pareció más hiriente oír que se ponían a hablar otra vez en cuanto él abandonaba el local. Todo aquello era misteriosísimo y bastante turbador. Durante un rato se preguntó si no se habría puesto casualmente alguna prenda que estaba considerada como de mal gusto, o que los lugareños tomaban supersticiosamente como señal de malos augurios. Pero en su forma de vestir no había nada marcadamente distinto del vestuario del resto de la gente. No obstante, si se hubiese dado media vuelta para mirar a su espalda, había encontrado el motivo de su aislamiento: el agitado Willy, cuyas contorsiones faciales y cuyo índice, señalando permanentemente a Yapp con toda clase de aspavientos, bastaban para avisar hasta al más tonto de que no era conveniente relacionarse con Yapp.

Pero Walden Yapp estaba demasiado metido en sus conjeturas teóricas para notar que le seguía una sombra diminuta. Uno de los presupuestos básicos de su fe ideológica era que cada población podía ser dividida en categorías espaciales de diferenciación de clase socioeconómicas. Una vez se pasó varios meses programando los datos de Macclesfield en Doris, su computadora, junto con las respuestas de la encuesta llevada a cabo en esa ciudad por sus alumnos más voluntariosos. El resultado, no muy sorprendente, era que en los barrios más ricos vivían, por lo general, votantes conservadores, mientras que en los barrios pobres dominaban los votantes del laboralismo.

Pero estos prejuicios simplistas chocaban en Buscott con la realidad que iba encontrándose a cada paso. Tras comprobar que no había nadie dispuesto a hablar de la fábrica ni de los Petrefact —hecho que Yapp se explicó a sí mismo diciéndose que su mutismo se debía al temor que sentían todos de perder sus empleos o sus casas—, trató de interrogar a la gente acerca de sus opiniones políticas. Y resultó que todos le decían que no se metiera en donde nadie le había llamado, e incluso había quienes le cerraban la puerta en las narices sin saludarle siquiera. Todo aquello estaba siendo muy descorazonador, sobre todo cuando vio que no era fácil encontrar ejemplos de graves penurias ni de actitudes de protesta. Un viejo se le quejó de que había tenido que dejar la jardinería por culpa de su artritis, pero luego Yapp descubrió con decepción que el hombre no

hablaba de cuidar los jardines de los demás, sino el suyo propio.

—No insinuará usted que pierdo el tiempo cuidando el jardín del primer cabrón que me lo pida, ¿no? No soy ningún estúpido.

En fin, que Buscott no era solamente un pueblo próspero, sino que, encima, era muy alegre. Yapp no había conocido jamás un caso parecido.

Cuando terminaba la jornada y su decepción alcanzaba las cotas más elevadas, empezó a sentirse torturado por dos ideas. Quizá Lord Petrefact le había enviado allí con deliberados propósitos de demostrarle que el sistema capitalista podía ser beneficioso para todos. Por otro lado, también le asediaba la idea de aprovecharse de las carantoñas y las especiales dotes sexuales de Mrs. Coppett. Las dos cosas le parecían alarmantes, pues tanto convertirse en la víctima de los engaños de aquel cerdo capitalista, como verse atraído por el generoso cuerpo de una subnormal —casada, para más señas, con un ser de crecimiento restringido—, eran posibilidades horrorosas. Y lo peor de todo era que ya no le cabía ni la menor duda respecto a cuáles eran los sentimientos que Mrs. Coppett le inspiraban. En cierto sentido, aquella mujer representaba todo lo que su singular educación le había enseñado a despreciar y compadecer. Y eso era lo malo. No podía despreciar a Rosie Coppett por su falta de desarrollo racional e intelectual, pues era evidente que la pobre era una minusválida mental. Por otro lado, su amable sencillez duplicaba y hasta triplicaba la compasión que inspiraba a Yapp, y este hecho, sumado a sus atractivas piernas, sus abundantes pechos, y (cuando no estuvieran ocultas por aquel corsé mutilado) sus presumiblemente formidables nalgas, la transformaban en la mujer de sus más espantosas fantasías y sus más nobles sueños. Tratando de apartar de sí la idea especialmente noble de trasladar a los Coppett a la Universidad de Kloone y darle allí al pobre Willy un trabajo digno, regresó de nuevo a la fábrica. Al fin y al cabo, había una huelga, y para que hubiese una huelga los obreros tenían que tener motivos de queja. Sí, lo mejor sería centrar allí sus investigaciones.

Pero cuando llegó ante la verja el piquete había desaparecido, y los obreros empezaban a regresar a sus casas. Yapp detuvo a una mujer de mediana edad.

—¿Huelga? ¿Qué huelga? Aquí no hay ninguna maldita huelga, ni es probable que la haya nunca. El salario es demasiado elevado para que quepa ese riesgo —dijo, y se fue apresuradamente, dejando a Yapp más desilusionado y desconcertado que nunca. Dio media vuelta y emprendió el camino hacia Rabbitry Road. Rosie debía de estar preparando la cena, y él se sentía espiritual y corporalmente hambriento.

Las necesidades de Willy eran muy diferentes. Estaba agotado. En su vida había caminado tantísimo en un solo día. Trabajando en el matadero casi no tenía necesidad de andar. Las reses muertas llegaban hasta su puesto de trabajo. Total, que decidió que no estaba dispuesto a subir primero la cuesta para cenar en casa, y tener luego que bajar otra vez para tomarse unas cervezas en el bar. Cenaría en el mismo bar y luego regresaría temprano a casa para ver cuáles eran las intenciones de aquel zanquilargo catedrático. Entró en el bar por la puerta trasera y se dedicó a meterse en la barriga todo el cocido que le cabía, antes de que llegase la hora de la apertura al público.

14

Cuando cayó el crepúsculo sobre Buscott, ni el más agudo observador hubiera podido detectar en aquel pueblecito ningún detalle que permitiera adivinar la serie de fuertes emociones que bullían bajo su superficie. En New House, Emmelia estaba decapitando sus rosales con más furia que de ordinario. En la cocina del número 9 de Rabbitry Road, Walden Yapp consumía más bollos calientes de lo que su estómago necesitaba, y miraba a Mrs. Coppett con una expresión de encaprichamiento tan intenso que no era fácil decir si era un adicto a los bollos con mantequilla o si se había enamorado alocadamente de aquella mujer. Por su parte, los simples pensamientos de Rosie giraban en torno a una sola cuestión: no sabía si estaría bien por su parte pedirle al profesor que la llevara a dar un paseo en su Vauxhall. Sólo había ido tres veces en coche, una de ellas cuando a Willy le mordió el tejón y la llevaron corriendo al hospital, y las otras dos cuando la subió hasta su casa la asistenta social. Además, como se había pasado parte del día leyendo una de sus revistas, en la que había encontrado varios relatos en los que los coches desempeñaban un importante papel, la idea de darse una vuelta la obsesionaba.

Pero el lugar en donde podían encontrarse indicios más notables de ebullición era junto a, y debajo de, la barra del Horse and Barge, donde Frederick interrogaba a Willy sobre las costumbres del profesor Yapp, proceso que el patrono de la fábrica trataba de facilitar llenándole la jarra a Willy en cuanto éste la vaciaba. Willy, por su parte, sólo se había enterado de una cosa: que Yapp caminaba condenadamente aprisa, al menos para un enano, de modo que no tuvo más remedio que ir amplificando sus informes a base de inventar cosas y exagerar las pocas que le habían llamado la atención. Y a cada nueva botella de cerveza los inventos iban haciéndose más disparatados.

—Y le dio un jodido beso en la mismísima cocina de mi jodida casa —dijo Willy después de su quinta cerveza—. Un jodido beso a mi Rosie.

—Venga, venga, —dijo Mr. Parmiter, viendo la expresión de escepticismo

que asomó al rostro de Frederick—. ¿Cómo va a haber nadie que quiera besar a tu Rosie? A ver, dímelo.

—Yo quiero besarla —dijo Willy—. Soy su marido legítimo.

—Entonces, ¿por qué no la besas?

Willy le dirigió una mirada lívida.

—Porque es cochinamente grande, y yo no.

—Podrías decirle que se sentara, o subirte tú a una silla, ¿no?

—No serviría de nada —dijo Willy en tono lúgubre—. Es imposible metérsela y besarla al mismo tiempo.

—¿Insinúas que el profesor Yapp estaba haciéndole el amor a tu mujer? —preguntó esperanzadamente Frederick.

Willy captó el tono y trató de satisfacerlo con su respuesta. Su vaso estaba vacío.

—Desde luego que sí. Les pillé con las manos en la masa. Rosie sólo llevaba puesto el salto de cama transparente que le regalé por Navidad, hace dos años, y se había maquillado toda la cara, y llevaba sombra de ojos de color verde.

—¿Y se puede saber para qué se había puesto nada menos que sombra de ojos de color verde? —preguntó Mr. Parmiter.

—Para traicionarme —dijo Willy—. Llevamos diez años casados y…

—Otra botella —dijo Frederick, que quería volver al tema de Yapp. Una vez lleno el vaso de Willy, insistió—: A ver, Willy, ¿dónde dices que estaba ocurriendo eso?

—En la cocina.

—¿En la cocina?

—En la puñetera cocina.

—Supongo que quieres decir desde la cocina —dijo Frederick—. Que les viste desde la cocina.

—Qué va. Yo estaba en el jardín. Ellos estaban en la cocina. No me vieron. Pero le di una buena paliza a Rosie en cuanto entramos en el dormitorio.

Frederick y Mr. Parmiter miraron atónitos a Willy.

—En serio. Si no me creen, pregúnteselo a Rosie. Ya verán como lo admite.

—En la vida habría imaginado… —dijo Mr. Parmiter. Frederick mantuvo silencio. En su mente malévola comenzaban a perfilarse algunos planes. En los cuales tenían un importante papel los enanos cornudos y enfurecidos.

—¿Y qué le hiciste a ese don Juan que tienes de realquilado? ¿Le diste también su merecido? —preguntó Frederick.

—No. No podía hacerlo. Ha pagado una semana por adelantado. Además, usted mismo me pidió que le vigilara.

—Yo diría que le has vigilado muy bien —dijo Mr. Parmiter—. De todos modos, me parece que yo hubiera sido incapaz de ver con los brazos cruzados a mi mujer y a un cerdo jodiendo en la cocina de mi propia casa. Te juro que, en tu lugar, le hubiera ajustado las cuentas a ese tipo.

—Quizá —dijo Willy, al que lo que acababa de inventarse había terminado por deprimir—. Usted tiene el tamaño necesario.

—Pues si dices que eres capaz de zurrarle la badana a tu mujer, me parece que también podrías hacer lo mismo con ese profesorcillo.

—Con las mujeres es diferente. Rosie ha visto mi instrumento, y prefiere cualquier cosa a que le meta un buen palmo entre piernas, ¿comprende?

Mr. Parmiter tomó un largo trago de cerveza y reflexionó sobre lo que acababa de escuchar. Sin duda, pensaba en los deseos sexuales de Mrs. Coppett, y en las intrigantes proporciones de los enanos.

—¿Un buen palmo? —preguntó por fin—. Tú sabrás, claro, pero yo hubiera dicho que…

—Yo mismo lo he medido —dijo Willy con orgullo—. Con una regla. Y antes lo tenía más largo incluso, pero últimamente parece que se haya encogido. Si quiere se lo enseño. Hace un rato lo he usado para cenar. Está en la cocina.

Antes de que Mr. Parmiter se recobrase de la idea de aquella increíble ubicuidad del instrumento de Willy para decir que no tenía ganas de verlo, Willy corrió hacia la cocina y regresó provisto de un enorme cuchillo de aspecto atemorizador. Mr. Parmiter lo contempló con alivio, y Frederick hizo lo mismo, con notable interés.

—Ah, ya —dijo Mr. Parmiter—. Ahora veo a qué te referías. Con ese instrumento podrías hacerle bastante daño a cualquiera.

Frederick hizo un gesto de asentimiento y añadió:

—De hecho, tal como están ahora las leyes, si un hombre mata al amante de su mujer, generalmente sale del juicio con una sentencia suspendida.

—Antes también —dijo Mr. Parmiter—. Todos acababan con la cabeza suspendida de una cuerda, y el resto del cuerpo colgando debajo. Ahora, en cambio, ni siquiera te ponen una multa.

Frederick pagó otra ronda, y durante la siguiente hora, con la ayuda inconsciente de Mr. Parmiter, distrajo a Willy contándole historias de crímenes pasionales. A la hora del cierre, Willy ya estaba afilando su cuchillo en la correa del cinturón y había enloquecido de celos. Frederick, por su parte, se sentía muy animado. Con un poco de suerte, la orden de tía Emmelia quedaría cumplida al pie de la letra esa misma noche. Pronto se librarían de Yapp. Tras haberle dicho otra vez a Willy que vigilase estrechamente al profesor, salió a la calle convencido de que había sabido resolver el problema. Un coche pasó por delante

de él, y su felicidad fue completa. Mr. Parmiter, que iba a su lado, se quedó mirándolo boquiabierto.

—Joder, ¿ha visto lo mismo que yo? —dijo—. Y yo que pensaba que Willy estaba exagerando.

—Qué mundo éste —suspiró Frederick—. En fin, sobre gustos no hay nada escrito.

Al volante del viejo Vauxhall, Walden Yapp hubiese estado de acuerdo con él. Desde luego, no había modo de explicar sus preferencias por Rosie Coppett. El placer infantil que aquella mujer sentía por el simple hecho de dar un paseo en coche le desconcertaba. Por otro lado, su proximidad, y la deficiente suspensión del vehículo, hacían inevitables los contactos entres sus cuerpos. Desgarrado por el tirón de su deseo de aceptar los extras que ella le había ofrecido tan apasionadamente la noche anterior, y por la intensidad con que su conciencia le recordaba que jamás le permitiría seducir a la esposa de un ser de crecimiento restringido, Yapp estuvo conduciendo su coche de alquiler a lo largo de unos quince kilómetros de las carreteras campestres y a través de Buscott, sin pensar ni un momento qué opinión podía merecerles a los vecinos del pueblo aquel paseo automovilístico. A su lado, Rosie reía como una tonta y se balanceaba de un lado para otro, y una vez, al tomar él una curva a demasiada velocidad, se le agarró excitadamente del brazo, con tanta fuerza que a punto estuvo de hacer que el coche cayera por un terraplén. Cuando finalmente Yapp frenó delante de la casa de Rabbitry Road, y recibió un beso de gratitud, a punto estuvo de perder el control.

—No haga eso —murmuró con voz afónica.

—¿Qué? —dijo ella.

—Besarme así.

—Ande, ande. No hay nada tan bonito como los besos.

—Ya lo sé. Pero ¿qué pensará la gente?

—A mí no me importa lo que piensen los demás —dijo Rosie, y le dio otro beso tan vigoroso que también a Yapp dejó de importarle lo que pensara la gente.

—Entre, y le daré un beso de verdad —dijo Rosie, y en cuanto salió del coche anunció en alta voz, ante los diversos vecinos que les observaban, que aquel caballero la había llevado a dar un paseo en coche y que se merecía un beso. Y dicho esto se fue hacia la casa brincando por entre los enanitos del jardín; Walden Yapp se quedó luchando contra su conciencia y contra la tremenda incomodidad de sus prietos calzoncillos. En aquel estado no debía en

modo alguno entrar en la casa. La pobre mujer podía extraer de aquel bulto ciertas conclusiones, y por otro lado no podía olvidarse de Willy. Era posible que estuviese en casa, y las conclusiones que *él* extrajera podían ser más peligrosas incluso que las de su esposa. Yapp dio el contacto otra vez, e iba a ponerse en marcha cuando ella se asomó por una esquina de la casa.

—Espéreme —gritó Mrs. Coppett.

—No puedo —gritó a su vez Yapp—. Tengo que hacer una cosa, y necesito estar solo.

El coche se puso en marcha, y tanto Rosie Coppett como varios vecinos quedaron bastante desconcertados. Tampoco Yapp estaba muy seguro de lo que hacía. En una vida dedicada a la redistribución de la riqueza, al establecimiento de relaciones racionales entre los seres humanos, y a la obtención del saber absoluto, jamás había experimentado una eyaculación involuntaria en pleno crepúsculo. Era un asunto preocupante, y para explicarlo sólo se le ocurría echarle la culpa al pésimo estado de la calzada y a la avejentada suspensión del coche. Pero, pensándolo bien, ni siquiera podía echarle la culpa a eso. Porque, en el momento en que se había producido, el coche estaba detenido. No, aquello era el producto de su reacción psicológica al beso de Rosie, y por vez primera Yapp tuvo que admitir que la teoría del magnetismo animal no era tan despreciable como siempre había creído. Y tuvo que admitir también que lo más conveniente era frenar en cuanto pudiera, para quitarse sus calzoncillos y tirarlos.

Yapp aparcó en la cuneta y se apeó del coche. Estaba a punto de comenzar a desabrocharse el cinturón cuando vio los faros de un coche. Yapp se escondió detrás del Vauxhall hasta que el otro vehículo pasó de largo, y tuvo que volver a esconderse al cabo de poco ante la presencia de un nuevo coche.

—Vaya —dijo Yapp, y comprendió que, si iban a enfocarle a cada momento, lo mejor sería irse de allí y probar en otro lado. Pero ¿dónde? Cerca de donde estaba había un seto con una verja, y pensó que quizá al otro lado le dejarían tranquilo. Yapp se encaramó a la verja, descubrió, una vez en lo alto, que estaba protegida con varias tiras de alambre de espinos, se llevó varios arañazos, y tras dejarse caer al otro lado descubrió que también allí le perseguían los focos como a un artista de cabaret, pues de nuevo un coche emergió de la curva cercana y le alcanzó con sus faros. Se puso en pie y parpadeó. Había un campo y, al otro lado, algo que parecía una arboleda. Allí no podría verle ningún coche. Yapp cruzó el campo, muy pegajoso, trepó hasta lo alto de un muro de piedra y empezó a quitarse los calzoncillos. Luego trató de limpiar toda huella de su pecado de los pantalones. Estaba tan oscuro que esta tarea no resultaba fácil. Y, para empeorar todavía más las cosas, empezó a llover. Yapp se acurrucó al pie de un abeto y maldijo su suerte.

Cuando Willy se fue del Horse and Barge estaba bastante ebrio. Subió tambaleándose la cuesta de Tythe Lane, tuvo un altercado con un perro que le salió al paso junto a la puerta de casa de Mrs. Gogan, y luego apuñaló varios cubos de basura como medio de descargar la furia que sentía contra todos los perros y todos los Yapp del mundo. Luego se encaminó hacia la carretera, donde tuvo dificultades para saber si era un solo coche, o dos, lo que venía hacia él. Por los faros, hubiera dicho que eran dos y que avanzaban el uno junto al otro. Cuando le dejaron atrás, Willy todavía no estaba seguro de cuántos había. Lo único claro era que, como al llegar a su casa se encontrase a Rosie ofreciéndole extras al profesor Yapp, iba a enseñarle a ese cerdo de qué color eran sus propias tripas. En fin, que el enano que subía hacia Rabbitry Road estaba furiosísimo. Fue entonces cuando se puso a llover. Willy no hizo caso de la lluvia. Estaba acostumbrado a empaparse casi siempre. Pero los pies volvían a dolerle. Esta era otra cuenta que tenía que ajustarle a Yapp. No pensaba pasarse todo el día siguiente trotando de un lado a otro del pueblo en pos de aquel zanquilargo. Para darles un descanso a sus pies, se subió a un viejo mojón, pero se cayó, y en el percance perdió el cuchillo.

—Mierda —dijo Willy, y empezó a buscarlo a tientas por el suelo. Pero había desaparecido. Willy se puso a gatas y reptó hasta la calzada. Acababa da tocar la hoja, y de darse un buen pinchazo, cuando tomó vagamente conciencia de un ruido. Algo estaba bajando por la carretera en dirección hacia donde él se encontraba, algo que parecía muy oscuro y muy grande. Con un esfuerzo desesperado, intentó ponerse en pie y retirarse hacia la cuneta. Pero no lo hizo a tiempo. Momentos después Willy Coppett se había convertido en un enano destrozado, y Mr. Jipson había frenado su tractor.

Se apeó y retrocedió para arrancar de su vehículo al condenado bicho que se había cruzado en su camino. Suponía que sería una oveja, pero le bastó echar una ojeada para comprobar que se había equivocado. Las ovejas no suelen llevar zapatos, ni siquiera de talla de niño. Mr. Jipson encendió un cerilla, y antes de que el viento y la lluvia la apagasen, ya se había convertido en un ser aterrorizado. Acababa de matar al único y más querido enano de Buscott. No cabía la menor duda respecto a la identificación, ni tampoco, pensó Mr. Jipson, respecto a la muerte de Willy. Era imposible atropellar a una persona tan pequeña con un tractor tan grande, y que todavía quedase un resto de vida en la víctima. Pero quiso asegurarse, cogió la muñeca de Willy y le tomó el pulso.

—Joder —dijo Mr. Jipson, y meditó sobre las consecuencias legales del accidente, así como acerca del daño que sufriría su reputación en el pueblo. Buscott no se oponía a la caza del zorro, pero matar enanos era otra cosa. Además, no llevaba encendidos los faros del tractor, que además carecía de

placas de matrícula, y, por si todo eso fuera poco, había bebido más de la cuenta. Sumando estos factores a la popularidad de Willy, en menos de treinta segundos tomó la decisión de no decirle nada a nadie respecto al accidente. Lo mejor sería arrojar el cadáver a una zanja y volver corriendo a casa. Pero el cadáver sería encontrado, la policía investigaría… Con la zanja no bastaba. Además, cien metros más arriba había pasado junto a un coche, y, aunque no había visto a nadie, lo más probable era que sus ocupantes rodaran cerca de allí, y que ahora estuvieran preguntándose por qué se había detenido. Por otro lado… Mr. Jipson comenzó a utilizar toda su astucia. Subió carretera arriba hasta el coche aparcado y miró en su interior. No había nadie. No había tampoco nadie al otro lado de la verja. Reflexionó un momento y luego trató de abrirla empujando. Cedió. ¿Y si soltaba el freno de mano y empujaba el coche cuesta abajo? No, no era lo más adecuado. Primero tendría que apartar el tractor, y correría el riesgo de que los ocupantes del coche le pillaran a mitad de la operación, pues podían regresar en cualquier momento. Por otra parte, también podía llevarse el cadáver de Willy lo más lejos del lugar del accidente. Mr. Jipson abrió el portamaletas y lo dejó abierto.

Después bajó corriendo hasta el tractor, cogió un saco de plástico que llevaba en el asiento, se puso unos guantes, y con toda la destreza y experiencia criminal de quien había visto cientos de capítulos de «Hawai Cinco-0» y «Kojak», recogió el cadáver con sumo cuidado y se lo llevó hacia el coche. Tres minutos más tarde Willy Coppett estaba metido dentro del portamaletas, el saco de plástico colgaba de un gancho del tractor, donde la lluvia lo lavaría rápidamente de sangre, y Mr. Jipson seguía su camino convencido, al menos temporalmente, de que había sabido librarse magníficamente bien de un accidente bastante horrible. A su espalda, la vida de Willy Coppett iba desvaneciéndose poco a poco, indoloramente, a medida que acababa de desangrarse. Ni siquiera había perdido su cuchillo, aunque ahora ya no lo sujetaba en la mano. Empujado por la rueda delantera del tractor, se la había clavado en el estómago.

Había transcurrido media hora tras estos acontecimientos cuando Walden Yapp decidió que ya había amainado la lluvia lo suficiente como para regresar al coche sin quedar empapado. Sin soltar los braslip que llevaba bien sujetos con una mano, se encaramó a lo alto del muro de piedra, atravesó el embarrado campo, volvió a clavarse el alambre de espinos en la mano, y por fin, con inesperada resolución, se sentó al volante del Vauxhall. Había decidido abandonar la casa de Rabbitry Road a la mañana siguiente. Quedarse allí, ante una presencia tan estimulante como la de Rosie, equivalía a provocar el desastre, y aunque teóricamente Yapp despreciaba conceptos tales como el honor y la

conciencia —excepto en su acepción de conciencia social—, su honradez innata le decía que jamás debería interponerse entre un enano y su esposa.

Rosie Coppett había acertado, y no por primera vez. Walden Yapp era un auténtico caballero.

15

El mismo diluvio que había sido testigo de la muerte de Willy Coppett y de la incomodidad mental y física de Walden Yapp, había conducido a Emmelia al interior del cobertizo. Desde su infancia, cuando iba a visitar a tía María, Emmelia solía utilizar aquel mismo lugar como refugio en sus momentos de desdicha. Era una construcción vieja, con una parra que se encaramaba por su pared y que en verano producía una cantidad de follaje desproporcionadamente grande para los escasos racimos que daba. En invierno, Emmelia lo utilizaba para guardar macetas. Y allí, oculta por las hojas de la parra, y también, aunque en menor grado, por las algas que crecían en los puntos donde se superponían los cristales, rodeada de viejas macetas de tierra cocida y de esquejes de geranios, y con un par de gatos que se habían refugiado de la lluvia, permanecía sentada en la oscuridad escuchando el golpeteo del las gotas y sintiéndose casi segura. Este era su sancta sanctorum, frágil y viejo pero oculto tras la tapia del huerto, que a su vez era un refugio en el interior de los muros que circundaban New House. En ningún otro lugar podía Emmelia saborear su propia oscuridad social tan religiosamente, o librarse tan completamente de la invasión de noticias que le llegaban por medio de *The Times* o la radio. Emmelia desdeñaba la televisión, que en aquella casa sólo veía Annie, en el antiguo cuarto de las botas, mientras le sacaba brillo a la plata. No, Emmelia no quería malgastar el tiempo ocupada en enterarse de lo que pasaba en el mundo exterior, pues, hasta donde ella podía decir, los cambios que reflejaban los blancos rastros dejados en el cielo por los aviones a reacción, y que parecían constituir el centro de ciertos debates públicos en torno a la necesidad del progreso, tan sentida por quienes escribían en la prensa o hablaban por la radio, no eran más que cosas efímeras que la propia naturaleza se encargaría algún día de borrar del mapa con un simple encogimiento de hombros, y con tan escaso sentimiento de culpabilidad como cuando sepultaba los bosques o transformaba la región del Sahara en un desierto. Ni siquiera la idea de la obliteración nuclear le parecía amenazadora, o en todo

caso mucho menos amenazadora de lo que, a los ojos de los hombres del siglo XIV, llegó a ser la Peste Negra. La naturaleza era un ciclo de vida y muerte, y Emmelia se sentía satisfecha poniéndose simplemente a la entera disposición de la naturaleza, con un alegre fatalismo para el que no había alternativa. En su orden de cosas, los Petrefact eran una antigua especie de planta parlante, en permanente peligro de extinción, a no ser que pudieran hundir sus raíces en la rica marga de los valores del pasado.

A pesar del aplomo que había mostrado esa misma tarde en la fábrica, Emmelia había regresado a casa profundamente turbada. Aunque ella era la primera en admitir que entre los antiguos valores de su familia estaba su capacidad de hacinar sin la menor comodidad a los negros que eran transportados en barco para su venta como esclavos, o de hacer trabajar en las peores condiciones a los obreros de la fábrica de Buscott, así como la evidente predisposición de sucesivas generaciones de Petrefact para hacer cualquier cosa que exigieran las diversas épocas, por muy desagradable que fuese desde el punto de vista de cada época, su descubrimiento de que Frederick se había hundido hasta lo más ruin, convirtiéndose en algo así como un alcahuete mundial, fue más de lo que podía soportar. También le pareció doloroso que hubiera tenido que enterarse de todo esto por sí sola, pues nadie le había comunicado nada. Aunque permanecía alejada de la vida social de Buscott, Emmelia podía, gracias a los servicios de Annie, enorgullecerse de estar muy enterada de las cosas que les ocurrían a sus vecinos. Pero cuando a su regreso a casa interrogó a su asistenta, Annie negó estar enterada de los cambios sufridos por la fábrica. Emmelia se vio obligada a creerla. Annie llevaba treinta y dos años con ella, y jamás le había ocultado nada. Todo esto obligó a Emmelia a admitir que Frederick tenía mucha más autoridad y discreción de lo que cabía imaginar viendo los repulsivos productos que fabricaba. Tendría que interrogarle para averiguar por medio de qué métodos había conseguido tanto silencio.

Pero todavía le pareció más importante averiguar si su propio hermano estaba o no enterado de lo que estaba haciendo su hijo. Si lo sabía, y había enviado al profesor Yapp con intención de que éste propagara la noticia al mundo entero, sólo podía deducir que Ronald estaba rematadamente loco. Lo cual era muy posible. Una vena de demencia recorría la historia familiar. Cuando emergía, a veces lo hacía en forma de leves excentricidades, como la obsesión del general de brigada por los cruces genéticos más imposibles, y otras en forma de absoluta locura, como en el caso de aquel primo segundo que, tras haber leído a una edad demasiado tierna una versión no censurada de *Winnie the Pooh*, acabó convencido de que él era Roo y de que todas las mujeres grandotas eran Kanga, de modo que en varios banquetes de gala llenó de oprobio a la familia

porque se empeñaba en sentarse en el regazo de cualquier invitada de gran tamaño. Al final no hubo más remedio que facturarle para Australia. Una vez allí, fiel a sus orígenes, el joven ganó una fortuna con la cría de ovejas.

Sentada en la oscuridad del cobertizo, entre las macetas y las plantas que constituían su propia monotonía, Emmelia tomó una decisión. Daba igual que Ronald estuviera loco o que conservara cierto grado de cordura: al enviar al profesor Yapp a Buscott había puesto en gravísimo peligro la reputación de la familia, y no quedaba más remedio que pararle los pies. No era suficiente que Frederick se librase de Yapp. De hecho, en este momento lamentó haberle dado esta orden. Frederick era impetuoso y tan poco digno de confianza como su padre. Podía cometer alguna imprudencia, y, por otro lado, expulsar a Yapp de Buscott no haría más que confirmar las sospechas de Ronald, si es que no eran más que eso. Conociendo a Ronald como ella lo conocía, no le cupo la menor duda de que la próxima vez su hermano enviaría al pueblo a una docena de horribles periodistas o, peor aún, a todo un equipo de televisión.

Cuando amainó la lluvia, Emmelia abandonó el cobertizo y volvió a la casa. Una vez allí se sentó ante su escritorio y redactó una carta cautelosa, y luego una segunda carta más brusca, las metió en sendos sobres, y se encaminó al viejo cuarto de las botas.

—He dejado un par de cartas en la bandeja del vestíbulo —le dijo a Annie —. Quiero que te encargues de que el cartero se las lleve y las entregue mañana por la mañana.

—Sí, mamá —dijo Annie. Emmelia estuvo a punto de repetirle por enésima vez a lo largo de aquellos treinta y dos años que no la llamase «mamá». Era uno de los problemas familiares que formaban parte de la vida cotidiana de la casa, y Emmelia era tan incapaz de acostumbrase a aquel apelativo como de lamentarlo del todo.

Emmelia subió al dormitorio pensando en otro empleado de la familia. Porque siempre le quedaba el recurso de pedirle ayuda a Croxley. Sí, Croxley, su querido Croxley. Y, pensando en él, Emmelia se quedó dormida.

Walden Yapp apenas durmió. Mientras que durante la noche anterior no pudo conciliar el sueño debido a los ruidos que hacía Willy, que parecía estar dedicándose a maltratar a su esposa, esta vez lo que no le dejaba dormir era la ausencia del enano, para la que no había explicación alguna, unida a la creciente agitación de Rosie.

—No es normal que no venga a cenar —le había dicho Rosie cuando Yapp regresó, lleno de arañazos y con las manos manchadas de sangre—. Oh, ¿y qué le ha pasado a usted? ¿Se puede saber qué ha estado haciendo?

—Nada, nada —dijo Yapp, que sólo quería subir a su cuarto y guardar los

manchados calzoncillos en la maleta antes de que se le quedaran congelados en el bolsillo.

—Yo no diría que eso no es nada. Menudos cortes se ha hecho. Pero si está manchadísimo de sangre.

—No es más que un arañazo. He resbalado y me he caído.

—Qué va, qué va. Fíjese, si hasta tiene toda la pechera de la camisa enrojecida —dijo Rosie.

Yapp bajó la vista y comprendió por primera vez que había estado sangrando más profusamente de lo que se había imaginado. También había sangre en su americana. Cuando Mr. Jipson examinó el cuerpo que había atropellado, tratando de averiguar qué era, acabó manchándose muchísimo, y luego había dejado la sangre en la puerta del coche de Yapp cuando metió la cabeza para ver si había alguien dentro.

—Como no me dé toda esa ropa ahora mismo, no habrá manera de limpiarla del todo —dijo Rosie—. La leche es lo mejor que quita esa clase de manchas.

Pero Yapp se negó a quitarse la camisa.

—No tiene importancia —murmuró—. Puedo regalarla a alguna institución benéfica y ellos se la darán a los pobres. Además, es una camisa muy vieja.

A pesar de sus protestas, Rosie insistió y le obligó a quitársela. Más tarde, cuando Mr. Clebb, que vivía cuatro casas más arriba, sacó a mear a su perro, pudo ver a un sospechoso Yapp sentado en la cocina, desnudo de cintura para arriba. Junto a él, Mrs. Coppett estaba lavándose las manos en una jofaina, y como la jofaina estaba apoyada en las rodillas de Yapp, y Mr. Clebb no llegó a ver qué era exactamente lo que Mrs. Coppett estaba restregando, el vecino hizo ciertas deducciones respecto a lo que allí ocurría.

Rosie, por su parte, trabajó a fondo con la camisa, utilizando, sin demasiado éxito, un cuarto de litro de leche. Luego lavó bien la camisa y la puso a secar en el alambre. Yapp se fue a la cama con las manos vendadas y pensando que, si finalmente pillaba el tétanos, no sería por culpa de Rosie. Por otro lado, aquellas rebeldes manchas de sangre le tenían perplejo. Hubiese podido jurar que no se había secado las manos en la pechera de la camisa, pero antes de que hubiese podido reflexionar más a fondo sobre este asunto, se vio interrumpido por los sollozos que llegaban desde la habitación contigua. Supuso que Willy había regresado y estaba abusando otra vez de Rosie, pero cuando notó que los sollozos no se interrumpían, su buen carácter le obligó a entrar en acción. Saltó de la cama, estornudó tres veces, se estremeció, se puso el pantalón encima del pijama y salió al rellano.

—¿Se encuentra bien? —preguntó, consciente de que no era la pregunta

más adecuada en aquellas circunstancias. Rosie Coppett dejó de sollozar y abrió la puerta del dormitorio.

—Lloro por Willy —dijo—. Nunca había tardado tantísimo en volver a casa. Me amenazó con hacerlo, y ahora lo ha hecho.

—¿Qué ha hecho?

—Largarse con otra mujer.

—¿Otra mujer? —Aunque Yapp no conocía muy bien a Willy Coppett, esta explicación le parecía muy poco plausible.

—La culpa es mía —prosiguió la desdichada viuda—. No le cuidaba suficientemente bien.

—Estoy seguro de que eso no es cierto —dijo Yapp, pero Rosie no pensaba dejarse consolar tan fácilmente, y ahora, con un cambio de actitud que dejó perplejo a Yapp, se le abrazó. Él intentó librarse del fuerte apretón, pero no era fácil. En esta ocasión, la imagen de Rosie abrazada al profesor Yapp fue vista por Mrs. Mane, que vivía en la casa de al lado y había salido a ver si conseguía enterarse de qué estaba pasando en el hogar de los Coppett. Cuando Yapp logró por fin soltarse, Mrs. Mane ya no albergaba la menor duda respecto a lo que se estaba cociendo en casa de sus vecinos.

—Me parece repugnante —le dijo a su marido, volviendo a meterse en la cama—. Y pensar que ella y ese hombre están aprovechándose de un pobre enano… Rosie debería avergonzarse de sí misma. En cuanto a él, no sé cómo se atreve a llamarse caballero.

En el número 9, sin embargo, Yapp se comportó como un caballero. Hizo cuanto estuvo en su mano por tranquilizar a Rosie, dijo que seguramente el retraso se debía a la tormenta —«Probablemente esté refugiado en el pub y haya decidido quedarse a dormir allí»—, la convenció de que no era probable que Willy hubiese corrido la suerte que ella se imaginaba (a saber, que le hubieran metido otra vez en la madriguera de un tejón o se encontrara en algún hospital) ya que en tal caso, le dijo, habría recibido ya noticias de ese presunto hospital, mientras que, por otro lado, estaba convencido de que meter a seres de crecimiento restringido en madrigueras de tejones era ilegal.

—No, en Buscott no lo es. No sería la primera vez que lo hacen —dijo ella, y luego, tras haber dejado a Yapp horrorizado con su relato de la cacería y sus consecuencias, ella misma decidió que su teoría no era correcta—. No, eso no puede ser —añadió—. No es la época.

—Sea o no la época, me parece pura barbarie —dijo Yapp, para quien el deporte de la caza era tan vil como la medicina privada, y que, de haber podido, hubiese abolido ambas prerrogativas exclusivas de los ricos y privilegiados.

—En verano no van a cazar. Qué bobada —dijo Rosie—. Pero a veces le

hacen ratear.

—¿Ratear?

—Sí, le meten en un cerco con cien ratas para ver cuántas es capaz de matar en un minuto. Luego le sacan a él y meten a un terrier, y cruzan apuestas.

—¡Santo Dios!

—No crea, que la última vez, con lo de las apuestas, Willy ganó cien libras.

—Espantoso —dijo Yapp con un estremecimiento.

—Y no fue porque ganase él. Bitsy, el perro de Mr. Hord, mató muchas más ratas. Pero le dieron el dinero por la de mordiscos que se llevó.

Tras haber escarpado de la lista de espantosas posibilidades que fue enumerando Rosie, Yapp se metió en cama pero fue incapaz de dormir. Permaneció tendido en la oscuridad, presa de una profundísima depresión y víctima de repentinas sacudidas de pánico en las que se imaginaba metido en un sótano con un centenar de ratas frenéticas. A pesar de la influencia de los Petrefact y de las estadísticas computerizadas del propio Yapp, Buscott era en apariencia una población típica del siglo XX, y hasta un lugar relativamente próspero, pero por debajo de esa superficie seguían practicándose deportes bárbaros, prohibidos por la ley y completamente opuestos a sus ideas progresistas. Yapp trató de encontrar una explicación racional para estos anacronismos, pero le ocurrió lo mismo que cuando reflexionaba sobre cosas como Idi Amin, Camboya, Chile, Sudáfrica y el Ulster; acabó llegando a la conclusión de que había gente a la que le gustaba matar por matar y que no sentía el menor respeto por los procesos históricos.

Y si su mente estaba hiperactiva, lo mismo le ocurría a su cuerpo. Le escocían las manos, le dolía la cabeza y sentía dolores en las piernas y la espalda. Además tenía un frío espantoso y un tremendo catarro que comenzó con el goteo de la nariz y pasó luego a unos estornudos violentísimos acompañados de toses. Yapp daba vueltas y más vueltas en la cama, y sólo se durmió al amanecer. A las diez le despertó Rosie.

—Menudo catarro que ha pillado usted —le dijo—. No tenía que haberse mojado tanto ayer noche. ¿Dónde se metió? —Palpó la americana, que Yapp había dejado en una silla—. Está empapada. No me extraña que se haya puesto enfermo. Mire, quédese en la cama y ahora le subiré un té bien calentito.

Yapp murmuró unas palabras de agradecimiento y volvió a dormirse. A las once, cuando el cartero entregó la carta que le había escrito Emmelia, tenía tanta fiebre que ni siquiera sintió interés por lo que pudiera decirle.

—Es de Miss Petrefact —dijo Rosie, consciente de lo importante que era tener esa carta en sus manos. En otro momento, este detalle hubiese fastidiado a Yapp, pero ahora no le importó.

—Ya la leeré luego. Quiero dormir.

Yapp se pasó el día durmiendo, mientras Rosie vivía preocupada, sobre todo por Willy y su desaparición, pero también por el profesor y por lo que Miss Petrefact podía haberle escrito en la carta. Pensó bajar al pub y enterarse de si Willy había dormido allí, consideró también la posibilidad de ir al matadero, y hubiese ido si el profesor no se hubiese encontrado enfermo. ¿No había que llamar a un médico? No podía pedirles a las vecinas que le avisaran. Nunca había tenido buenas relaciones con Mrs. Mane, y no quería rebajarse ahora a pedirle ese favor. Para tranquilizarse, limpió la casa, preparó unos pastelitos para acompañar el té de Willy, y leyó el horóscopo del periódico en el que su marido había traído envuelta la tripa tres días atrás. Tuvo que revolver el cubo de basura para encontrarlo, y luego, cuando por fin concluyó que ella era Piscis, vio que allí no decía nada de maridos desaparecidos, aunque hacían unas predicciones muy acertadas acerca de los beneficios económicos, los enamoramientos, y la necesidad de ser cuidadoso con la salud. Tras llorar a gusto un buen rato y mostrarle su afecto a Blondie, el conejo, que no supo recibirlo con agradecimiento, se asomó a la habitación de Yapp con la esperanza de encontrarlo despierto y pedirle consejo, pero el profesor siguió durmiendo sin enterarse de la realidad que estaba cerniéndose sobre él.

Los demás personajes del drama lo vivían de forma distinta, con la excepción de Willy, que no lo vivía de ninguna manera. Tendido en el portamaletas del Vauxhall, su cuerpo se había quedado rígido en una postura espantosa, a modo de parodia vestida de un feto, y ya no estaba en condiciones de recordar la realidad que le había atropellado. Mr. Jipson, para asegurarse de que nadie pudiera relacionar su tractor con lo ocurrido, ya lo había lavado varias veces con una manguera, y ahora estaba muy ocupado manchándolo otra vez de barro. En New House sí había cierta realidad en marcha. Frederick, llamado a consejo por la carta de su tía, estaba asombrado porque ahora resultaba que su pariente había cambiado de opinión.

—¡Pero si me dijiste que me librara de ese tipo! —replicó cuando ella le contó que le había escrito una carta a Yapp—. ¡Cómo es posible que ahora le hayas invitado a venir aquí!

—Exacto. Pienso entretenerle y, como mínimo, averiguar qué es lo que sabe.

—Algo debe de saber, pero que me aspen si entiendo cómo ha podido enterarse. Por algo nuestro nombre es ahora Sociedad Anónima de Productos de Fantasía. —Emmelia le miró con escepticismo—. Quiero decir que éste ha sido el secreto de nuestro éxito. El principal obstáculo de la venta individual ha sido siempre el hecho de que atendemos a las necesidades de personas sexualmente

inseguras.

—¿Ah, sí? Por lo que pude ver, yo diría más bien lo contrario. Para ponerse ese cinturón con enema incorporado hay que tener los nervios de acero.

—Cuando digo sexualmente inseguros me refiero a que son personas introvertidas. Suelen ser tan tímidos que ni siquiera se atreven a entrar en *Sex Shops* o a consentir que les envíen los productos que necesitan por correo.

Emmelia comprendió la situación así descrita, pero mantuvo silencio.

—Lo que quieren es comprar nuestros productos sin necesidad de revelar su identidad, y así es como lo hacemos. Les garantizamos el anonimato más absoluto.

—Sin embargo, tu propio anonimato no está garantizado.

—Hasta donde sabemos, lo está —dijo Frederick—. Ponemos anuncios en los medios habituales, y nuestro servicio de venta por correo tiene la central instalada en Londres. Todas las comunicaciones entre esa oficina y el departamento de ventas se realiza de forma codificada y por medio de computadoras, de modo que ni siquiera las chicas de la oficina de Londres saben que están hablando con Buscott.

Emmelia se recostó en el respaldo, cerró los ojos, y escuchó aparentemente sin interés. Como mínimo, Frederick seguía la tradición de los Petrefact y se esforzaba por permanecer en la oscuridad, cosa que no podía decirse de su padre. Estaba soñando ya en la extraña imagen de Lord Petrefact con uno de aquellos cinturones de castidad con temperatura regulable, cuando de golpe se despertó y oyó a Frederick, que estaba explicándole los métodos de entrega que empleaba su empresa.

—… y en las poblaciones que tienen una estación ferroviaria importante, con departamento de consigna de equipajes, depositamos allí el pedido, y remitimos el recibo por correo al domicilio del cliente desde el buzón más próximo, para que no haya manera de que puedan seguir nuestra pista. Es absolutamente sencillo.

—¿Sí? —dijo Emmelia, bostezando—. A mí me suena bastante complicado, pero no soy técnica en la materia. Si conoces al cliente, como tú le llamas, y también conoces sus señas…

—Ya te he explicado ese aspecto de la cuestión. Nosotros desconocemos el nombre del cliente. Él telefonea a la oficina de Londres y hace su pedido y entonces se le otorga un número secreto. Luego él nos da un nombre falso y nosotros le proporcionamos un número de apartado de correos al que él va a recoger su correspondencia. Naturalmente, no todo el mundo nos pide un servicio tan personal. Este método es mucho más caro que el corriente, pero, de todos modos, sea cual sea el método elegido por nuestros clientes, jamás

remitimos los pedidos desde Buscott. Toda la correspondencia y todos los envíos llevan matasellos de Londres.

—¿Incluso las ventas al extranjero? —preguntó Emmelia.

—De eso se encargan empresas subsidiarias —dijo Frederick en tono complaciente—, y la relación con ellas también se hace por medio de una computadora que usa un lenguaje en clave.

—Entonces, es posible que algún miembro del personal de la fábrica se haya ido de la lengua.

Frederick dijo que no con la cabeza.

—Todos nuestros empleados han tenido que ser objeto de investigaciones a fondo antes de ser contratados. Además, todos ellos tienen que firmar la Ley de Secretos Oficiales.

—Pero no puede ser. Es ilegal.

—Te equivocas —dijo Frederick sonriendo—. El Departamento de Fomento de Deserciones en el Bloque oriental, perteneciente al Servicio Secreto de Su Majestad, es un buen cliente nuestro. Tenemos pedidos regulares de consoladores y otros artículos. —Hizo una pausa y se quedó un momento abstraído—. Quizá ésta sea la explicación.

—Para mí esto no es ni una explicación ni nada —dijo Emmelia—. Te aseguro que no hay nada en el mundo que pueda inducirme tan poco a la deserción como uno de esos monstruosos artilugios. Preferiría pasarme toda la vida trabajando en una mina de sal que…

—No me refería a eso. Me refiero a Yapp. Ese tipo es un bolchevique nato, y de lo más retorcido que te puedas imaginar. Es posible que todo este embrollo haya sido inspirado por el KGB. Los rusos son capaces de cualquier cosa con tal de crearnos problemas.

—En ese caso, deben de ser anatómicamente extrañísimos —dijo Emmelia —. En fin, el caso es que he invitado a ese tipo a que venga a tomar el té conmigo, y voy a mantener la invitación. Si es tu padre quien nos lo ha enviado, te juro que se acordará toda su vida.

16

Lord Petrefact había empezado a lamentarlo. La tarea que empezó aquella ostra, que le había inmovilizado casi del todo y logrado convertirle en un ser irritable, había sido completada por Yapp con su catastrófica utilización del Baño Sincronizado, más la posterior carrera alocada de su propia silla de ruedas. Ahora se sentía doblemente dependiente de Croxley, pues no sólo necesitaba su infalible intuición y su conocimiento detalladísimo de todas las complejidades del Grupo de Empresas Petrefact, sino también su capacidad de empujar la silla de ruedas. Tras haber comprobado lo peligroso que era tener una silla automática, no tenía intención de confiar su precioso cuerpo a ningún otro modelo del mismo tipo.

Todo esto ya era malo de por sí, pero encima tenía que soportar el fastidio de haber comprendido que no había ninguna necesidad de pagar tantísimo dinero a Yapp. En el momento del trato, Lord Petrefact creyó que su oferta era una precaución necesaria. Cabía la posibilidad de que los Sindicatos le pidieran a Yapp que interviniera como presidente de la comisión de arbitraje que estaba a punto de ser creada para mediar en un conflicto de poca monta: el resultante de su decisión de dejar en el paro a ocho mil obreros de la fábrica de Hull sin pagarles ni cinco por el despido, pero esa posibilidad desapareció gracias a un incendio que arrasó por completo la fábrica. Cualquier otra persona le hubiera estado agradecida al chamuscado bufón que provocó involuntariamente el incendio mientras se fumaba un pitillo en la sala de depósitos de carburante. Pero Lord Petrefact era diferente, pues se sintió estafado. Desde que había llegado a la ancianidad, sentía un perverso placer cada vez que había huelgas, cierres patronales, utilización del trabajo de esquiroles, abusos de capataces y líderes sindicales, así como cada vez que su obstinación provocaba comentarios de asombro e incomprensión incluso en la prensa de derechas. Todas estas dificultades contribuían a que cobrara fuerza de nuevo la conciencia de su poder. Por otro lado, como los beneficios del Grupo de Empresas Petrefact procedían

sobre todo de la utilización eficaz de la mano de obra baratísima que había encontrado en África y Asia, Lord Petrefact consideraba que los millones de libras esterlinas que perdían por culpa de las huelgas que él mismo había provocado estaban bien gastados. Ponían furiosos a sus parientes, y servían, en su opinión, para reforzar la moral de otros empresarios.

Pero si estaba dispuesto a despilfarrar el dinero en lo tocante a las huelgas, le enfurecía pensar que no estaba sacando el suficiente provecho de lo que le había pagado a Yapp. Después de haber visto y sufrido todo lo que aquel lunático era capaz de hacer en un solo fin de semana, había llegado a esperar que pronto le llegaría noticias de Buscott diciendo que el pueblo había quedado inundado o devastado por alguna catástrofe. De hecho, cuando supo que el Norte de Inglaterra había sido levemente afectado por un pequeño terremoto, llegó a concebir grandes esperanzas. Confiaba en que los resultados del viaje de Yapp serían parecidos a los de la introducción en Troya del caballo de madera. Pero los días comenzaron a transcurrir y, como no había recibido ninguna nota de protesta firmada por Emmelia, comenzó a pensar que Yapp había renegado de sus obligaciones. Y todavía se sintió más irritado por el hecho de no poder confiar el asunto a Croxley. La condenada entrega a la familia de aquel escrupuloso secretario le convertía ahora en un individuo indigno de su confianza. Hasta hubo momentos en los que solamente su convencimiento, basado en su conocimiento de sí mismo, de que todos los auténticos Petrefact ocultaban en su interior enormes dosis de capacidad de engaño, así como un odio tremendo contra todos sus parientes, le permitió sentirse seguro de que Croxley no era miembro de la familia. Fuera como fuere, no tenía intención de pedirle su consejo a aquel bastardo en este asunto. Y la sonrisa de Lord Petrefact iba siendo cada día que pasaba más torcida, a medida que fracasaban sus esfuerzos por encontrar estímulos capaces de hacer que Yapp comenzara a actuar. Primero le remitió la correspondencia familiar relativa a la relación bígama del tío abuelo Ruskin con varias cabras sucesivas, ocurrida cuando todavía estaba casado con Maude y en una época en la que el bestialismo no era bien visto por la sociedad. Por si esto no era suficiente para provocarle a Emmelia un ataque de histeria galopante, añadió también las cartas que se referían a la neutralísima operación comercial de Percival Petrefact durante la Primera Guerra Mundial, consistente en vender armas tanto a los alemanes como a los aliados. En conjunto, Yapp tenía en su poder suficiente materia prima como para hacer que los Petrefact salieran de su oscuridad, no una sino hasta varias veces. Y como aquel cerdo no empezara pronto a producir repercusiones, Lord Petrefact no tendría más remedio que recurrir a sus abogados a fin de recuperar no ya todo lo demás, sino al menos las veinte mil libras que Yapp había cobrado. Lord Petrefact no podía

olvidar su deber de seguir manteniendo la reputación que tenía en la City, donde estaba considerado como el financiero más testarudo de la historia. Para que el paso del tiempo no le resultara tan lento y pesado, se dedicó a gruñirle a Croxley con más frecuencia de lo acostumbrado, llevó a cabo varias purgas de ejecutivos sin esperar a tener la más mínima justificación, y, en general, trató de hacerles la vida lo más infernal posible a todos cuantos le rodeaban. Pero, lamentablemente, Yapp no se le acercó, y cuando, tras haber apartado de sí a Croxley enviándole a hacer un recado innecesario, se puso en contacto por teléfono con la Facultad de Historia de Kloone, la única información que pudo obtener fue que el catedrático estaba ausente y que no había dejado dicho adónde se iba.

—Bueno, ¿y cuándo esperan ustedes que esté de regreso? —preguntó. La secretaria dijo que no lo sabía. Los movimientos del profesor Yapp eran siempre erráticos.

—Pues serán muchísimo más condenadamente erráticos como no se ponga en contacto conmigo mañana o, a lo más tardar, pasado mañana —gritó Lord Petrefact, colgando violentamente el teléfono y dejando perpleja a la secretaria respecto a cuál pudiera ser su identidad. Se trataba de una chica de hogar proletario y severa formación, y no se sintió con fuerzas para creer que un aristócrata pudiera ser tan maleducado.

Desde su oficina, Croxley controló la llamada. Una de las escasas ventajas que tenía el odio que ahora sentía Lord Petrefact por las sillas de ruedas con sistema de autopropulsión era que, si bien el viejo diablo podía seguir lanzando insultos con la misma violencia de siempre, ya no estaba capacitado para ir por su cuenta de un lado para otro de la casa, y Croxley podía ocuparse de sus propios asuntos sin temor a que le interrumpiera nada más que el zumbido del interfono, del que, si le daba la gana, podía hacer caso omiso. Y los asuntos de Croxley habían empezado a variar. El fastidio que sentía Lord Petrefact cada vez que pensaba en la maldita fidelidad que para con su familia tenía su secretario particular, sólo estaba parcialmente justificado.

El nuevo régimen de insultos no mitigados al que Croxley estaba siendo sometido había acabado quebrando la tolerancia del secretario. Por otro lado, éste había llegado a una edad en la que oírse llamar a todas horas hijo de puta sifilítica y soplapollas ya no le parecía apropiado ni, por inversión, vagamente adulador. Por si su resentimiento al respecto fuera poco, las recientes purgas de unos ejecutivos que eran perfectamente competentes le habían hecho considerar su propio futuro, y llegar a la conclusión de que su perspectiva de alcanzar tarde o temprano un cómodo retiro estaba siendo puesta en entredicho. A fin de luchar contra esta amenaza resolvió olvidarse de su antigua decisión de no jugar en los mercados financieros, y ahora, tras haber utilizado sus ahorros, obtenido una

nueva hipoteca sobre su casa de Pimlico, y controlado las llamadas más privadas de Lord Petrefac, las cosas le habían ido muy bien. Tan bien, de hecho, que con un poco más de tiempo y de actividades en la bolsa, confiaba en alcanzar a corto plazo una situación que le permitiera decirle por fin al viejo cerdo qué opinión le merecía realmente. Pero si sus propios intereses empezaban a ser boyantes, siguió siendo fiel a esa gran parte de la familia que odiaba al aristócrata. Sentía especial veneración por Miss Emmelia, y una de las muchas cosas que lamentaba era que sus bajos orígenes sociales le impidieran venerarla de forma más íntima.

En pocas palabras, los pensamientos de Croxley erraban a menudo en dirección a Buscott, y se alarmó cuando, al oír esta última llamada, se enteró de que Lord Petrefact había enviado a Walden Yapp allí. Era otro nuevo dato, que sólo contribuía a hacer más enigmática incluso la visita de Yapp a Fawcett. El viejo diablo estaba sin duda tramando cierto plan extraordinariamente maligno contra su familia, pero Croxley no tenía ni idea de cuál pudiera ser. ¿Yapp en Buscott? Raro. Rarísimo. Y la fábrica de Buscott estaba obteniendo, por otro lado, unos magníficos beneficios desde que se dedicaba a los tejidos exóticos. Cosa que también le parecía rara. Rarísima. Jamás se le había ocurrido pensar que Miss Emmelia pudiera ser una mujer de negocios, pero, tratándose de los Petrefact, siempre surgía la sorpresa. Estaba precisamente pensando que cuando se retirara podía instalarse en Buscott —el viejo cerdo no le molestaría allí, y estaría cerca de Miss Emmelia— cuando sonó el interfono y Lord Petrefact pidió su almuerzo.

—Y asegúrese de que me echan un coñac doble en esa taza de consomé sintético —aulló el viejo—. Ayer no fui capaz ni de oler esa porquería.

—De acuerdo —dijo Croxley, y desconectó el interfono antes de que Lord Petrefact pudiera añadir algún insulto. Bajó a la cocina y pensó que, más que coñac, le gustaría meter un poco de estricnina en la comida de su negrero.

Entretanto, en el número 9 de Rabbitry Road, Yapp estaba sentado en la cama y acabó de leer, desganadamente, las cartas que le había enviado Lord Petrefact. Se había recobrado de su gripe veraniega, pero el contenido de las cartas le dejó seco. Aunque sus convicciones políticas no le predisponían especialmente en contra de las relaciones íntimas entre las cabras y el tío abuelo Ruskin, tuvo que admitir que aquellas revelaciones arrojaban nueva luz sobre la familia. Pero fue aquel imparcial comercio de armas llevado a cabo durante la Primera Guerra Mundial por Percival Petrefact lo que más llamó su atención. He

aquí unos datos que delatarían ante el mundo entero la verdadera faz del capitalismo multinacional de los Petrefact. Lo que se sentía incapaz de comprender era por qué diablos había puesto en sus manos aquella correspondencia tan extraordinaria. Se consoló pensando que al menos una cosa estaba clara: que tenía que meter mano en los archivos Petrefact del Museo de Buscott. Como encontrarse allí aunque sólo fuera una milésima parte de las acusaciones gravísimas que había en aquellas cartas, la historia de los Petrefact sería coser y cantar. Tenía que ir a ver a Miss Emmelia y conseguir que le autorizase a ver los archivos. Eso era lo esencial.

Se levantó de la cama y, con paso tembloroso, se fue hacia el baño más resuelto que nunca. Pero cuando terminó de afeitarse su resolución había quedado muy diluida por culpa de los ruidos que le llegaban desde la cocina. Rosie Coppett estaba entregándose a otra llorera por la ausencia de su Willy. Yapp suspiró. Si era cierto que Willy se había largado con otra mujer, tal como afirmaba Rosie con mayor insistencia cada día, era evidente que su sentido de la moral era tan restringido como su estatura. Es más, con su actitud había colocado a Yapp en una situación nada envidiable. No podía, en aquellas circunstancias, dejar sola a aquella mujer abandonada y subnormal en su momento de mayor necesidad; al mismo tiempo, quedarse en la casa equivalía a fomentar el escándalo y las habladurías. Mientras se miraba en el espejo de afeitarse, para lo cual tenía que ponerse de rodillas en el suelo porque Willy había sujetado firmemente el espejo en la pared a una altura adecuada para sus propias necesidades, Yapp decidió que no tenía ningún derecho a poner en entredicho la reputación de Mr. Coppett. Es más, los mismos especialísimos instintos que le impulsaban hacia ella hacían que su permanencia allí fuera imposible. Le dejaría a Rosie un cheque por valor de doscientas libras, y se escabulliría cautelosamente. Esa era, sin la menor duda, la mejor solución. De este modo evitaría que se le destrozase el corazón viendo llorar a la pobre mujer en una despedida oficial.

Tras haberse afeitado, y cortado por culpa de la altura del espejo, volvió a su habitación, se vistió, hizo la maleta y rellenó un cheque por trescientas libras. Luego dejó una nota en la que decía que se pondría en contacto con ella tan pronto como fuera prudente hacerlo. Finalmente, con un atrevimiento que más tarde pagaría muy caro, firmó:

«Tuyo, con infinito afecto, Walden Yapp».

Veinte minutos después vio que Rosie se iba de la casa con la cesta de la compra en el brazo. Cuando ella desapareció camino de Buscott, Yapp abandonó la casa cargado con la mochila y la maleta, dejó ambos bultos en el asiento trasero del Vauxhall, y se fue en dirección contraria. El sol brillaba desde un

cielo sin nubes, pero Yapp no estaba para fijarse en la belleza natural del momento. Sólo pensaba que el mundo era un lugar muy triste, y que su propia naturaleza era francamente extraña, tal como demostraba el hecho de que sintiera tanta atracción por el enorme cuerpo y la diminuta mente de una persona como Rosie Coppett.

También notó un extraño olor en el coche, un olor clarísimamente nauseabundo que le recordaba al de un retrete atascado, pero Yapp no hizo caso, imaginó que se trataba de cosas de la agricultura, seguramente que algún campesino de la zona había regado sus campos con orines de cerdo, y se puso a pensar en cómo podía abordar a Miss Emmelia para lograr sus propósitos. A juzgar por lo que había deducido después de rondar aquellos días por Buscott y de hablar con Rosie, tenía la impresión de que se trataba de una mujer un poco excéntrica, muy poco amiga de ver a la gente y salir de casa, pero en general bien vista por sus vecinos. En cualquier caso, era imposible que fuese tan absolutamente desagradable como su hermano, y, aunque él hubiera preferido continuar sus investigaciones sin abandonar la base proletaria, era evidente que sin la autorización de Miss Emmelia no había modo de avanzar un solo paso. Acababa de llegar a esta conclusión, y al final de la colina que conducía hacia New House, cuando recordó que Rosie le había dicho algo acerca de una carta de Miss Emmelia. Durante su enfermedad se olvidó de ella. Ahora ya era demasiado tarde para regresar a recogerla. Tenía que seguir adelante.

Cruzó la verja, avanzó por la avenida de gravilla, y frenó el coche delante de la puerta principal. Durante unos momentos se quedó sentado al volante, admitiendo a regañadientes ante sí mismo que Samuel Petrefact, fundador de la fábrica y de la inmensa fortuna de la familia, fue un hombre de gustos modestos y claramente refinados en cuestión de arquitectura doméstica. Yapp se sintió ofendido. Uno de los fundamentos de su filosofía era que los capitalistas emprendedores que obligaban a sus obreros a llevar vidas miserables tenían el deber de proclamar en las casas que hacían construir ese horrendo pecado al que debían su riqueza. Pero no era éste el caso de Samuel Petrefact. Yapp se apeó y estaba a punto de llamar al timbre cuando tomó conciencia de que había alguna cosa que se estaba moviendo por entre los arbustos que había al final del césped, y, al poco rato, vio que, en efecto, una persona emergía por encima de los arbustos con una horca en la mano. Llevaba puesto un gorro de tela que le tapaba hasta más abajo de las orejas, y tanto sus manos como la vieja bata con la que protegía su vestido estaban manchadísimas de barro. Yapp se encaminó hacia allí por el césped, pero la figura desapareció inmediatamente entre los matorrales.

—¿Podría usted decirme si Miss Petrefact está en casa? —gritó Yapp, dirigiéndose al pedazo de pana que se veía bajo el ramaje de una gran mata de

Viburbum fragrans.

La pana retrocedió hacia la espesura.

—Estrictamente hablando, no —dijo una voz malhumorada—. ¿Y usted quién es?

Yapp dudó. No le gustaba que la gente le tratara con tanta arrogancia, ni siquiera cuando quien así lo hacía era un jardinero, pero recordó que era frecuente que los criados de los ricos acabasen adoptando los aires y la falta de encanto de sus amos.

—Me llamo Yapp. Profesor Yapp. Quisiera hablar con Miss Petrefact.

Una serie de gruñidos procedentes de las profundidades de un arbusto de origen australiano parecieron insinuar que no le quedaría más remedio que esperar a que la señora llegase a la casa. Yapp dio media vuelta y echó una ojeada al jardín. Imaginó que era un jardín magnífico, aunque, personalmente, prefería los huertos de los pobres previsores, con sus coles y sus puerros, a toda aquella artificiosidad de plantas extranjeras, céspedes lisos y riachuelos que salían de grifos.

—Debe de ser bastante duro —dijo— ser el jardinero que cuida de todo esto.

—Lo es.

La voz procedió esta vez de detrás de una peonía, y le sonó muchísimo más brusca que antes. Yapp dedujo que esta entonación era consecuencia del resentimiento natural de quienes se ven obligados a ganarse la vida con trabajos serviles.

—¿Lleva mucho tiempo trabajando aquí?

—Prácticamente toda mi vida.

Yapp contempló la perspectiva de una vida entera dedicada a andar a gatas por entre aquellos arbustos y matas, y pensó que era francamente desagradable.

—¿Le dan buena paga? —preguntó, con un tono que insinuaba que ya sabía que la respuesta sería negativa. Una voz apagada que procedía de una osmarea dijo que no era un sueldo del que se pudiera vivir.

El tema era de los que apasionaban a Yapp.

—Seguro que, además, esa mujer no le paga suplemento para los desplazamientos, la ropa de trabajo ni tampoco el descanso para el té.

—Jamás había oído hablar de nada de eso.

—Un auténtico escándalo —dijo Yapp, feliz de haber encontrado por fin en Buscott una persona que tenía un sentimiento proletario de agravio—. ¿Sabe lo que le iría bien? Hacerse miembro de algún sindicato de Obreros de la Horticultura y la Jardinería que luche por sus derechos. A ver, ¿cuántas horas semanales tiene que trabajar para mantener ese jardín tal como exige esa mujer?

Después de toda una serie de gruñidos beligerantes, Yapp oyó una palabra definitiva:

—Noventa.

—¿Noventa? —Era espantoso, pensó Yapp—. Intolerable.

—A veces hasta cien —dijo la voz, mientras se desplazaba hacia un serbal.

—Pero… Es un régimen de explotación inhumano —dijo Yapp, tratando de expresar lo mejor posible la furia que le embargaba—. Esa vieja furcia no tiene ningún derecho a tratarle así. No hay nadie en la industria que trabaje tantísimas horas. Además, seguro que no le paga las horas extras. A que no…

Una sonrisa despectiva procedente de detrás de un nuevo arbusto contestó a su pregunta. Yapp siguió a la figura de mata en mata, lanzando sin parar diatribas contra la explotación de la clase obrera.

—Y no me extrañaría que esta situación se repitiese ahí abajo, en esa fábrica. Todo está podrido. Le aseguro que voy a encargarme de que este pueblo y lo que los Petrefact están haciendo aquí salga en las primeras páginas de los periódicos. Creo que es un ejemplo perfecto de los vicios del capitalismo, de todo lo que es capaz de hacer la clase capitalista para joder al proletariado. Bien, ya puede decirle a esa vieja furcia repugnante que no la necesito para nada, muchas gracias, y que pronto va a enterarse de cuáles son los efectos que sobre todo esto puede tener una campaña publicitaria bien orquestada.

Y tras haber conseguido excitarse hasta sentir una justificada indignación ante el triste destino de los obreros de Buscott, a partir del testimonio de esta entrevista, Yapp volvió al coche, se puso al volante y se fue de allí. Ahora ya sabía lo que tenía que hacer; regresar a Kloone y poner en marcha el equipo de investigadores que había organizado en su facultad. Ya no se limitaría a realizar estudios preliminares basados en las entrevistas personales con los vecinos de Buscott. Aquella pobre gente estaba tan intimidada que nadie se atrevía a hablar. La única forma de que dieran información era proporcionarles el anonimato que el viejo jardinero había obtenido gracias a la protección de los matorrales y arbustos. Había que hacerles llegar la idea de que ahora el mundo exterior estaba dispuesto a protegerles. Y el mundo exterior llegaría muy pronto, en forma de magnetófonos y cámaras de televisión.

A su espalda, la vieja furcia repugnante emergió tras un naranjo y se quedó mirándole algo confusa. Aquel tipo era un idiota de cuidado, pero podía ser peligroso, y se alegró de haber podido observarle de aquella forma, porque así se había mostrado tal como era, sin la protección que le hubiera proporcionado los modales si hubiesen charlado mientras tomaban el té. Y estaba además satisfechísima de haber podido permanecer en la oscuridad, como sus antepasados. Se secó las manos con la bata y se encaminó a la casa, imbuida de

una nueva determinación. Había que impedir que las investigaciones del profesor Yapp avanzaran un solo paso más. Ya había llegado demasiado lejos.

17

De hecho, Yapp había recorrido unos sesenta kilómetros, a una velocidad mucho más elevada de lo que era corriente en él, cuando a su sentimiento de absoluto escándalo por el triste destino de los trabajadores de Buscott se unió un pestazo increíblemente más insoportable. Tuvo que detenerse en un cruce para dejar pasar otros coches, y durante un momento dudó entre seguir adelante o regresar a Buscott para decirle a Mr. Parmiter que el coche que le había alquilado tenía algún problema de funcionamiento cuyas consecuencias olfativas le parecían inhumanas. Sin embargo, después de haber llegado tan lejos, y teniendo en cuenta lo desagradable que era el tipo que le alquiló el Vauxhall, decidió seguir adelante. A lo mejor aquel olor nauseabundo acabaría esfumándose. Y, en efecto, perdía fuerza mientras conducía a gran velocidad, con todas las ventanillas bajadas y con el deshumidificador conectado, pero cada vez que desaceleraba parecía recobrar su tremenda intensidad. Era un hedor especialmente vomitivo. Yapp se sentía incapaz de decir a qué olía exactamente, pero ahora ya estaba seguro de que, contra lo que había pensado en un principio, no tenía nada que ver con los abonos naturales. Jamás había experimentado un olor semejante, y como se veía obligado a notarlo cuando apenas comenzaba a restablecerse de la gripe, su estómago estaba reaccionando de forma violentísima. Desesperado, aparcó en el arcén, bajó del coche, e inspiró aire fresco varias veces.

Sintiéndose ligeramente mejor, metió la cabeza por la ventanilla del coche y olió. Aquel espantoso hedor no había desaparecido, y ahora que podía compararlo con el olor del aire impoluto, sus efectos eran peores que nunca. Fuera cual fuese su origen, seguro que tenía que ver con el coche. Por primera vez, a Yapp se le ocurrió que, además, quizá estuviera que ver con la muerte. ¿Y si había atropellado a un conejo y el cadáver se había quedado enganchado en la correa del ventilador? Abrió el capó y echó una ojeada al motor, pero no había ni rastro de conejos muertos, y el olor que notó allí era muchísimo más soportable que el que flotaba entre los asientos. Yapp dio la vuelta y olió junto a la puerta

del asiento trasero. No cabía la menor duda: el pestazo se notaba allí mucho más intensamente, pero cuando miró debajo del asiento, y en el suelo, no encontró nada que pudiera producirlo. Quedaba sólo el portamaletas. Después de haber inspirado aire puro varias veces más, se dedicó a abrirlo. Un instante después retrocedió tambaleándose, tropezó con algo, y se quedó tendido boca arriba cuan largo era, contemplando el cielo. Ya no era un cielo completamente despejado, el tiempo había empeorado, pero, como mínimo, su aspecto era infinitamente mejor que el de lo que había visto en el portamaletas. Cualquier cosa hubiera sido mejor que aquello. El cielo parecía al menos natural y real, mientras que el enano en estado de putrefacción que acababa de ver no parecía ni una cosa ni la otra.

Durante varios minutos Yapp permaneció tendido en el suelo, tratando de alejar aquella imagen de su mente. Pero no lo consiguió, y al final, convencido de que se había vuelto loco y empezaba a tener alucinaciones, se puso en pie y se acercó a mirar de nuevo. Esta vez no cabía la menor duda tanto de la realidad de lo que contenía el portamaletas como la identidad de aquel cuerpo destrozado. Aunque estuviera hecho un estropicio y hubiese adoptado una posición fetal *post-mortem*, aquel era Willy Coppett, y nadie hubiese podido confundirle con ninguna otra persona, ni siquiera Yapp, que hubiera estado dispuesto a aceptar los primeros síntomas de locura con tal que aquel muerto fuera cualquier otra persona. La locura, con ayuda de la medicina moderna, podía ser curada. Un enano muerto, en cambio, era un mal irreparable. Yapp cerró el portamaletas apresuradamente y se quedó mirando con ojos desorbitados la hierba de la cuneta, haciendo un esfuerzo desesperado por pensar. No era fácil. La presencia de un cadáver, gravemente destrozado además, en el portamaletas del coche que había estado utilizando él durante los últimos días, le impedía toda coherencia. ¿Cómo había ido Willy Coppett a parar a aquel lugar? A Yapp le bastaban las dos ojeadas que había echado para saber que no se había metido allí dentro por voluntad propia. No cabía la menor duda de que alguien le había metido, y ese mismo alguien era quien le había asesinado. No era normal que los enanos, por muy despreciados que se sintieran por los demás mortales, se destrozaran la cabeza con algún instrumento y que luego se metieran dentro del portamaletas de un coche para dejarse morir allí. De eso estaba seguro Yapp, de la misma manera que estaba seguro de que la muerte de Willy había sido provocada por medio del impacto de algún instrumento contundente. Recordó que a veces había pensado que la palabra «contundente» era muy imprecisa, pero las dos ojeadas que le había echado al cadáver de Willy eran suficientes para que ahora le pareciese un término muy exacto. Fuera como fuese, no había tiempo que perder en especulaciones. Tenía que actuar.

Fue al llegar aquí cuando tropezó con otro obstáculo. Al igual que la palabra «contundente», la palabra «actuar» adquiría ahora un sentido muy diferente de lo que hasta entonces había significado para él. No se trataba, en esta ocasión, de manifestar opiniones, de dar conferencias o clases, ni de escribir eruditas monografías. Significaba entrar de nuevo en aquel ruidoso coche, conducirlo hasta la comisaría más próxima, y explicarle a un agente que él, Walden Yapp, se encontraba en posesión, aunque fuera no intencionada, de un enano muerto, en avanzado estado de putrefacción, y víctima indudablemente de un asesinato. Yapp imaginó las consecuencias que tendría tal declaración, y pensó que eran excepcionalmente desagradables. Para empezar, la policía pondría en duda todo su relato. Luego pondría en duda que estuviera cuerdo. Y finalmente, a juzgar por la experiencia que había adquirido de su forma de actuar en el pasado, no pondría en duda que el culpable era él. Pensándolo bien, era increíble que ninguna persona dotada de sentido del olfato hubiera podido conducir aquel apestoso coche durante casi sesenta kilómetros sin enterarse de que en su interior había un cadáver en avanzado estado de putrefacción. Sería imposible hacerle entender a un policía de pueblo que su dolorosa conciencia de la corrupción sociolaboral de Buscott le había impedido notar esa otra corrupción mucho más próxima, o que había conducido casi todo el rato a tal velocidad que los aromas mortuorios no le habían llegado. Tampoco le serviría de nada decir que había creído que se trataba de un conejo muerto. Yapp no tenía ni idea de a qué podían oler los cadáveres de conejos, pero estaba seguro de que la intensidad del pestazo que producen era muy inferior a la causada por el cadáver de una persona de crecimiento restringido. Por si todo esto fuera poco, Yapp no podía olvidar que en muchas ocasiones había alentado con sus discursos a huelguistas militantes y piquetes beligerantes, que había organizado reuniones en defensa de delincuentes acusados sin pruebas suficientes o de minorías perseguidas, ni que en esas ocasiones siempre había denunciado megafónicamente a la policía diciendo que era una fuerza semi-para-militar cuya función consistía en proteger la propiedad privada a expensas del pueblo, y que una vez llegó a decir, con una frase de la que se hizo eco toda la prensa, que la policía era «la avanzadilla del fascismo». En su actual situación, tan comprometida, Yapp lamentó haber dicho todas esas cosas. Difícilmente podían contribuir a que la policía viera con buenos ojos su versión de los hechos. Empezó a recordar los casos de malos tratos en comisaría de los que había tenido noticia frecuentemente, y, por si eso fuera poco para atemorizarle, también se le ocurrió que quienquiera que hubiese asesinado a Willy Coppett, había elegido su portamaletas como tumba circunstancial de forma claramente maliciosa. Le habían tendido una trampa, sin ninguna duda. La paranoia se sumó al pánico.

Seguro, le habían tendido una trampa, y no era muy difícil averiguar el porqué. Le habían tendido una trampa para impedir que delatase las deplorables condiciones laborales que sin duda alguna padecían los obreros de la fábrica de Buscott. Era un clásico acto de terrorismo político llevado a cabo por el capitalismo.

Tras haber deducido que las cosas estaban así, Yapp extrajo una sola conclusión: debía librarse del cadáver lo más rápidamente posible, y de forma que nadie pudiera relacionarle con él. Es más, tenía que devolverlo a su lugar de origen. Pero ¿cómo? No podía, desde luego, regresar con el muerto cargado en el coche. Pero recordó que el río de Buscott pasaba no lejos de donde se encontraba ahora. Yapp consultó apresuradamente su mapa y comprobó que el río estaba a unos cuantos kilómetros al este de allí. Si seguía la carretera que había seguido hasta entonces, llegaría a una carretera secundaria que cruzaba el río: allí encontraría un puente.

Yapp se puso de nuevo al volante del Vauxhall, le dio gracias a Dios de que no hubiese pasado ningún coche desde que aparcó, rezó fervorosamente pidiendo que las recientes lluvias hubiesen convertido el río Bus en un torrente de aguas profundas y veloces, y partió. Al cabo de veinte minutos había llegado al puente. Cuando lo estaba cruzando se alegró al ver que el río tenía un cauce bastante ancho y, probablemente, bastante profundo. Además, la carretera secundaria era tan secundaria como decía el mapa. No se había cruzado con ningún coche y no se veían casas en los alrededores. En ambos márgenes del río se alzaban unas laderas boscosas que conducían a unas mesetas desertizadas, tal como él mismo diagnosticó al verlas de lejos cuando hacía el recorrido de ida hacia Buscott. Dio gracias por el hecho de que nadie rondara por allí, pero, para asegurarse de que así era, avanzó con el coche hasta lo alto de la cuesta que se elevaba al otro lado del puente, y escrutó el sombrío paisaje de brezales. No se veía ni una sola casa de campo. Dio media vuelta con el coche y bajó hasta el puente. Aparcó en un pequeño claro en el que las colillas y cajetillas vacías de tabaco, las latas de cerveza aplastadas y otros restos de civilización, indicaban que era un lugar elegido por la gente para sus meriendas campestres.

Yapp se apeó del coche y trató de oír algo que delatase presencias humanas, pero aparte del ruido de las aguas y de algún que otro canto de pájaro reinaba el silencio. No había nadie por allí. Bien. Los siguientes cinco minutos no le fueron tan bien. El difunto Willy Coppett no solamente olía a infiernos sino que además mostró una gran resistencia a abandonar el portamaletas. Sus diminutos zapatos se engancharon en una esquina, y su cuerpo se había quedado adherido al suelo en varios lugares, de modo que Yapp no tuvo más remedio que agarrarlo con todas sus fuerzas y hasta pegarse a él, pese a la contraindicación de su estómago.

Por dos veces tuvo que abandonar sus esfuerzos para vomitar en los helechos, y cuando finalmente logró sacar el cadáver se quedó horrorizado, pues pudo comprobar que Willy no había muerto solamente a consecuencia de las heridas que le había producido un objeto contundente, sino también de las causadas por otro instrumento afiladísimo. De esto último se enteró Yapp cuando la punta de un cuchillo que emergía por la espalda de Willy se clavó tan dolorosamente en el estómago del profesor que, en lugar de llevar el cadáver hasta el puente para una vez allí arrojarlo al río, lo soltó a mitad de camino, y luego se quedó mirando horrorizado cómo el cuerpo iba rodando lentamente por la margen hasta caer en el agua.

Ni siquiera entonces se le pasó el pánico a Yapp. Carecía de experiencia en materia de desembarazarse de cadáveres, y cometió el error de creer que el cuerpo de Willy se hundiría de inmediato. No fue así. El difunto Willy Coppett bajó flotando lentamente río abajo, se enganchó por la chaqueta en una rama que lo retuvo durante unos segundos, giró sobre sí mismo en los remolinos de la corriente, chocó contra un tronco, y finalmente desapareció en un recodo.

Yapp no se quedó esperando. Aliviado por no ser ya el conductor de un coche fúnebre evidentemente ilegal, volvió a ponerse al volante del viejo Vauxhall y regresó por donde había venido, pensando que dentro de dos horas volvería a encontrarse en sus pacíficas habitaciones de Kloone, dándose un baño. Pero como solía ocurrir con sus teorías, la realidad demostró que se equivocaba. Una hora más tarde, a unos tres kilómetros de Wastely, el Vauxhall se quedó parado y su motor agonizó. Yapp probó dos veces a ponerlo en marcha con ayuda del starter, pero sin éxito, y luego se dijo que el indicador del depósito de carburante estaba bajo cero.

—Mierda —dijo Yapp con una violencia muy poco corriente en él, y se apeó.

En el número 9 de Rabbitry Road, Rosie Coppett había regresado de la compra en el mismo estado de incertidumbre mental en el que acostumbraba encontrarse siempre, a no ser que tuviera a su lado alguna persona capaz de interpretar por ella sus propias ideas. Desde la misteriosa partida de Willy, Yapp había servido para cumplir esta función, de modo que había seguido haciendo sus cosas como siempre, diciéndose a sí misma que el profesor ya se encargaría de pensar qué era lo que había que hacer para encontrar a Willy. Pero la carta que encontró en la mesita del vestíbulo, el cheque por trescientas libras y, sobre todo, el hecho de que la habitación que había ocupado el profesor estuviera

vacía, acabaron convenciéndola de que también él la había abandonado. Rosie se llevó el cheque y la carta a la cocina y se quedó mirándolos con auténtico desconcierto. Aquella enorme suma de dinero que él parecía haberle dado era, para ella, completamente incomprensible. Al fin y al cabo, el profesor había rechazado los extras que ella le ofreció, y Rosie sabía que no había hecho por él nada que no hubiera hecho también por cualquier otro realquilado, y, sin embargo, allí estaban aquellas trescientas libras. ¿Para qué? ¿Y por qué le decía el profesor en la carta que se pondría en contacto con ella tan pronto como fuera prudente hacerlo, y por qué firmaba la carta con aquella despedida tan afectuosa, rubricada con su nombre de pila? Lentamente, pero con determinación, Rosie analizó las piezas del rompecabezas. El profesor había ido a alojarse a su casa, y le había pagado mucho más de lo que ella le había pedido; no había aceptado los extras que ella le ofreció, pero dijo que ella le gustaba y la abrazó para consolarla, y aquel fue un rasgo sincero, de eso estaba segura; Willy había desaparecido sin previo aviso al cabo de un par de días, y ahora era el profesor el que, tras haber estado muy enfermo, también se largaba, y dejándole todo aquel dinero. Había dejado igualmente la carta de Miss Petrefact, sin abrir, y la camisa que ella le lavó varias veces, tratando vanamente de limpiar la mancha de sangre, colgaba todavía del alambre, donde Rosie esperaba que el sol acabaría borrando la mancha. Y ahora estaba sola, sin más compañía que la de Blondie y Héctor, y ninguno de los dos podía decirle qué era lo que tenía que hacer.

Se preparó un té bien cargado, tal como su mamá le dijo que tenía que hacer siempre que le ocurriese alguna cosa desagradable. Luego se comió varias rebanadas de pan con mermelada, sin dejar de preguntarse a quién podía acudir en su dilema. Los vecinos no le servían de nada en este caso. Willy se pondría como una furia si ella iba a decirles que su marido se había ido. La señora que había ido a darle consejos matrimoniales tampoco era una buena solución. Fue ella la que le dijo que dejara a Willy, y ahora que Willy se había ido aquella señora le diría que se lo tenía merecido, y no era verdad. Siempre había sido una buena esposa para él y nadie podía decir que no era así, y no le parecía bien andar diciéndoles a las esposas que dejaran a sus maridos. Lo cual la condujo a acordarse del vicario, pero éste era un presuntuoso que nunca se detenía a charlar con ella cuando salía de la iglesia, como hacía con las señoras más ricas. Además, él era el que les había obligado a decir en voz alta que nunca se separarían, y ahora que Willy había incumplido su palabra, el vicario se enfadaría mucho y no dejaría que Willy siguiera cantando como siempre en el coro. No sabía a quién acudir.

Al final se acordó de la carta de Miss Petrefact dirigida al profesor, y que éste no llegó a abrir. Pensó que no estaría bien que Miss Petrefact llegara a

pensar que ella no se la había entregado. Lo mejor sería que la devolviese. Y así, arrastrada sin saberlo por la costumbre que imponía una actitud de deferencia para con los miembros de la familia Petrefact, Rosie metió todos los papeles y el sobre en su bolso, salió de la casa, pasó junto a la ahora triste colección de enanitos de jardín que había reunido Willy, y se encaminó pesadamente hacia New House.

Media hora más tarde estaba sentada en la cocina, contándole a Annie todos sus problemas mientras ella iba limpiando unas judías.

—¿Así que te dejó un cheque por trescientas libras? ¿Y por qué crees que lo hizo? —dijo Annie, que se había sentido muy interesada por el hecho de que la camisa del profesor tuviera una rebelde mancha de sangre justo el día en que Willy había desaparecido. Rosie rebuscó en el bolso y sacó finalmente el cheque.

—No lo sé. Ni siquiera sé qué hay que hacer para meter este dinero en mi libreta de ahorros. Siempre se encarga Willy de estas cosas.

Annie estudió el cheque y la carta que lo acompañaba.

—«Con infinito afecto, Walden Yapp» —leyó en voz alta, y luego miró a Rosie con recelo—. No parece que sea la carta de un realquilado. Yo diría que suena a otra cosa. No me dirás que intentó alguna cosa contigo, ¿no?

Rosie se sonrojó y luego soltó una risilla.

—En realidad no. No hizo nada de eso que insinúas. Pero siempre se mostró muy amable, no creas. Dijo que me apreciaba, y que me respetaba como mujer.

Annie le dirigió una mirada más desconfiada incluso que antes. Jamás había oído a ningún hombre, y mucho menos a todo un profesor de universidad, diciéndole a ella que la apreciaba. En cuanto a lo de respetar a Rosie Coppett como mujer, cuando la pobre era una niña casi subnormal, seguro que el hombre que había dicho esas palabras ocultaba intenciones bastante turbias.

—Creo que habría que enseñarle todo esto a Miss Emmelia —dijo Annie, y sin dar tiempo a que Rosie protestara diciendo que no quería causarle problemas a Willy, el ama de llaves de Miss Emmelia ya se había llevado el cheque y la carta. Rosie se quedó sentada, limpiando el resto de judías, en actitud abstraída. Estaba muy nerviosa pero, al mismo tiempo, se alegraba de haber ido a New House porque así ya no tendría que seguir pensando qué era lo que debía hacer. Miss Petrefact decidiría.

A unos treinta kilómetros de allí, el cadáver de Willy se deslizó por encima de una pequeña represa, dio vueltas en la espuma durante algunos minutos, avanzó golpeándose contra las rocas, y siguió su camino río abajo. Estaba regresando a Buscott, por vía fluvial, pero no fue así como volvió a entrar en su pueblo. Unos chicos que estaban jugando al pie del puente de Beavery divisaron

el cadáver y se pusieron a correr por la orilla gritando de excitación, siguiéndolo en su avance. Cuando la corriente arrojó a Willy contra el tronco de un árbol caído, ellos ya estaban allí para cogerlo de los pies y arrastrarlo fuera del agua. Durante unos minutos contemplaron aquella imagen en atemorizado silencio. Luego subieron hasta la carretera y detuvieron al primer coche que vieron. Media hora más tarde varios policías se habían presentado en aquel lugar, y la brigada de investigación criminal había sido advertida de que el cadáver de un enano, presumiblemente asesinado, e identificado de forma extraoficial como Willy Coppett, había sido descubierto en el río Bus.

18

—¿Insinúas que el profesor Yapp se ha ido de tu casa esta mañana sin decirte nada, y que has encontrado esta carta y el cheque en el vestíbulo cuando has regresado de la compra?

Rosie, en pie en el salón de New House, tartamudeó:

—S-sí s-señora.

A Emmelia le ponía nerviosa la estupidez de aquella mujer, que venía a sumarse a todo lo que había ocurrido durante la jornada. Se había pasado, contra su costumbre, varias horas al teléfono, llamando a los más importantes miembros de su familia para informarles de que era necesario convocar una reunión del consejo familiar, y le habían contestado con tantas excusas de diversos tipos que no estaba de humor para nada.

—¿Y te ha dicho adónde pensaba ir?

Rosie negó con la cabeza.

—¿Te dijo algo de la fábrica antes de irse?

—Oh, sí, señora, siempre estaba hablando de la fábrica.

—¿Y qué decía?

Me preguntaba por los salarios y por lo que se fabrica allí y cosas por el estilo.

Emmelia estudió esta desagradable confirmación de lo que ya sabía, y quedó más convencida que nunca de la necesidad de celebrar una consulta familiar.

—¿Y tú se lo dijiste?

—No, señora.

—¿Por qué?

—Porque no lo sé, señora. Nunca me lo ha contado nadie.

Emmelia dio las gracias al cielo e ignoró la expresión necia de Rosie Coppett. Era evidentemente subnormal, y en este sentido era una gran suerte que Yapp hubiera elegido como patrona a una persona tan mal informada.

Suponiendo que la hubiera elegido para eso, que era mucho suponer puesto que tanto el cheque como la despedida de su carta hacían pensar que su elección se debía a motivos bastantes más lujuriosos y por lo tanto, desde el punto de vista de Emmelia, realmente perversos. ¿Y a qué diablos se refería aquel tipejo cuando decía en la carta que se volvería a poner en contacto con aquella criatura tan retardada mentalmente en cuanto le pareciese prudente hacerlo? Se lo preguntó a Rosie, pero todo lo que ella le supo contestar fue que, en su opinión, el profesor era un perfecto caballero. Emmelia, que había conocido personalmente a Yapp, puso tal afirmación en duda, pero prefirió no manifestar su opinión.

—Bueno, la verdad es que todo esto me parece muy extraño —dijo por fin—. De todos modos, como te ha dado ese dinero, creo que puedes quedártelo.

—Bueno —dijo Rosie—, pero ¿qué me dice de Willy?

—¿De Willy?

—Sigue sin volver a casa.

—¿Se había ido alguna otra vez?

—Oh, no, señora, qué va. Ni una sola vez en todos los años que llevamos casados. Siempre ha venido a cenar a casa, y si no se lo tengo todo preparado se me enfada horrores, y…

—Ya veo —dijo Emmelia, que tenía asuntos más importantes en qué pensar que las costumbres familiares de un enano y su obesa esposa—. Si las cosas son como dices, lo mejor será que vayas a la policía y denuncies su desaparición. No comprendo por qué no has ido ya a hacerlo.

Rosie se retorció los dedos.

—No quería, señora. Willy se pone siempre furioso cuando hago lo que sea sin avisarle.

—Pues no creo que ahora vaya a protestar si no está por aquí —dijo Emmelia—. Anda, vete de una vez. Y pasa directamente por la comisaría.

—Sí, señora —dijo Rosie, y regresó obedientemente a la cocina con Annie.

Sentada ante su escritorio, Emmelia trató de olvidar aquella entrevista tan desagradable. Tenía que preparar la reunión del consejo familiar, y aún no había decidido en qué lugar celebrarla. El juez, el general de brigada, y los primos holandeses de Emmelia, los Van del Fleet Petrefact, habían dicho que preferían que fuese en Londres, pero Osbert, que era el dueño de la mayor parte de las propiedades familiares de Buscott, y también de las tierras de los alrededores del pueblo, tenía no sólo las mismas preferencias que Emmelia por el anonimato sino, además, un temor casi fóbico a que le acusaran de ser un terrateniente absentista en cuanto se alejara aunque sólo fuera un paso de la comarca. Pero desde el punto de vista de Emmelia había una razón más importante y significativa para que la reunión se celebrase en Buscott. Así se ahorraría la

vergüenza de tener que explicar detalladamente qué tipo de objetos estaban siendo fabricados en estos momentos en la fábrica. De este modo, sus parientes verían por sí mismos que era imperativo lograr que aquel renegado de Ronald detuviera las investigaciones de Yapp antes de que el nombre de los Petrefact quedara indisolublemente vinculado, a los ojos de la opinión pública, con consoladores, ligueros, cinturones de castidad para hombres y cosas parecidas. Al juez le bastaría echar una ojeada al interior de la fábrica para cometer un asesinato sin pensárselo dos veces. Por su parte, la obsesión genética del general de brigada desaparecería en cuestión de segundos. No, la reunión tenía que celebrarse en la casa familiar, en Buscott. Insistiría todo cuanto fuera necesario. Es más, les diría de la forma más apremiante que la reunión debía celebrarse el siguiente fin de semana. Así nadie pondría objeciones. Ni siquiera el juez juzgaba a nadie los sábados y los domingos.

En la tranquilizadora asepsia de sus habitaciones de la Universidad de Kloone, Walden Yapp se desnudó y se dio un baño con un fuerte detergente. El regreso desde Buscott había sido espantoso. Tuvo que andar tres kilómetros para conseguir una lata de gasolina, tuvo que soportar más de un comentario poco elogioso sobre los malos olores, primero de su propia ropa y luego del viejo Vauxhall cuando logró que un viejo le llevara en su coche hasta allí. Yapp trató de justificar esos aromas diciendo que había ido a visitar hacía poco un vertedero, pero el tipo de la gasolinera dijo que aquello le recordaba más bien los hedores que había soportado durante la guerra. Tras unos minutos de silencio, el viejo empezó a rememorar, con notable olfato, el olor de los cadáveres de Montecasino, en cuya batalla participó. Pero como mínimo le proporcionó a Yapp gasolina suficiente como para llegar a la gasolinera, llenar allí el depósito y finalmente regresar a Kloone sin volver a detenerse.

Mientras tomaba su baño antiséptico, Yapp estudió los siguientes pasos que tenía que dar. Tendría que hacer algo con su ropa antes de que la mujer de la limpieza se presentara a la mañana siguiente, y también tenía por fuerza que limpiar a fondo el portamaletas del Vauxhall. Pero debía estudiar otras cosas más abstractas, y, después de haberse secado y vestido con ropa limpia, metió las prendas contaminadas por Willy en una bolsa de plástico, la cerró, y de repente se acordó de dos cosas: la comida, y Doris. Se preparó un plato vegetariano, se sentó ante la terminal de la computadora, y marcó el código.

En la pantalla que tenía ante sí aparecieron los consoladores datos, en ese idioma particular que con tanto cuidado inventó para sus comunicaciones con

Doris. Volvía a encontrarse en su singular mundo, y podía también confiar en su cerebro capaz de ejercicios mentales comparables a los de su propia mente. Había varias cosas que quería decirle a Doris. De hecho, ahora que no se veía obligado a emprender acciones inmediatas, se le ocurrió que quizá su computadora podría echarle una mano. Mientras iba comiendo, contempló la pantalla y tomó de repente una decisión. Si hacía una confesión completa de sus actividades en Buscott, le explicaba a Doris las horas y lugares donde habían ocurrido las cosas, pondría por un lado en claro todo aquel maremágnum, y por otro le proporcionaría a Doris unos datos a partir de los cuales ella obtendría unas conclusiones que, tal como correspondía a su posición de observadora de la máxima imparcialidad, estarían libres de toda clase de prejuicios.

Mientras al otro lado de las blancas paredes se iba haciendo de noche, Yapp le confió a la computadora hasta sus más íntimos pensamientos y sentimientos respecto al difunto Willy Coppett y a su viuda Rosie, le dijo todo lo que ellos habían hecho y lo que hizo él mismo, incluyendo hasta detalles tan triviales como los comentarios que hicieron las señoras que estaban tomado el té cuando él les dijo que buscaba algún sitio donde alojarse, y las frases de Mr. Parmiter sobre la evasión de impuestos y las ventajas de comprar el Bedford. Las horas transcurrieron, llegó la medianoche y luego quedó atrás. Y Yapp siguió sentado en comunión mental con su *alter ego* microprocesado, y a cada nueva pulsación del teclado, y a cada aparición en la pantalla del dígito correspondiente, fue distanciándose de los peligros y el caos de la realidad. Los conflictos fueron desgranándose hasta ser convertidos en unidades simples de impulsos eléctricos negativos o positivos, para luego volver a integrarse en una complejidad numérica que tenía muy poco en cuenta la verdadera naturaleza del mundo, pues así es como le había enseñado Yapp a trabajar con sus sistemas de programación. Solamente hubo diferencias en torno a una cuestión. Cuando, a las cinco de la mañana, Yapp dejó de suministrar datos, completamente exhausto, y le pidió a la máquina que le diera su interpretación, y le preguntó, sin saber por qué: «¿Quién mató a Willy Coppett?», Doris le contestó sin dudarlo: «Alguien». Yapp se quedó mirando aturdido la respuesta.

—Eso ya lo sé —tecleó—. Pero ¿quién tenía motivos para hacerlo?

—Rosie —dijo la pantalla. Yapp sacudió negativamente la cabeza y tecleó con furia:

—¿Quién tenía los medios para hacerlo?

De nuevo apareció en la pantalla el nombre de Rosie. Los dedos de Yapp bailaron febrilmente sobre el teclado.

—¿Y por qué iba ella a hacer una cosa así? —preguntó.

—Enamorada de ti —contestó la pantalla. Las palabras parecían temblar

ante sus ojos.

—Lo que pasa es que estás celosa —dijo Yapp, pero la última frase de la pantalla permaneció inalterable.

Yapp desconectó la computadora para borrarla, se puso en pie y, con paso vacilante, se dejó caer vestido en la cama.

En una sala de la comisaría de Buscott, Rosie Coppett permanecía sentada en una silla llorando. Había seguido las instrucciones de Miss Petrefact, y denunciando la desaparición de Willy ante el agente que estaba de guardia al otro lado del mostrador. Pero éste le comunicó que ya había sido encontrado. Durante un instante se sintió feliz, pero sólo durante un instante.

—Muerto —dijo el agente con la brutal estupidez de un joven que creía que porque todo el mundo decía que Rosie Coppett era medio imbécil tampoco tenía ninguna clase de sentimientos. Lo cierto era justamente lo contrario. Rosie era una mujer de sentimientos sobreabundantes, y no sabía expresarlos como no fuera llorando. Pero la sonrisa que se había asomado a sus labios tardó unos momentos en desintegrarse. Para entonces, el agente ya había ido a buscar al sargento.

—Tranquila, tranquila —dijo el sargento apoyándole la mano en el hombro —. Lo lamento muchísimo.

Fue la última palabra amable que le dijeron a Rosie aquel día, y ella ni la oyó. A partir de aquel momento sólo se empeñaron en pedirle que pensara. Llegó el inspector procedente de Briskerton, apartó al sargento y comenzó a interrogarla. Rosie fue conducida a una sala desprovista de adornos, y le hicieron preguntas que ella no supo cómo contestar. Sólo se le ocurría seguir llorando y diciendo que no sabía. ¿Tenía Willy algún enemigo? Rosie dijo que no. Pero alguien le ha asesinado, Mrs. Coppett, de modo que lo que usted dice no puede ser cierto, ¿no le parece? Rosie no sabía que a Willy le hubieran matado. Asesinado, Mrs. Coppett, asesinado. La palabra apenas causó impresión a Rosie. Willy estaba muerto. Nunca podría prepararle otra vez el té, ni haría que se pusiera furioso por permitir que Blondie andara por entre las coles. Jamás volvería a salir los domingos por la tarde para dar un paseíto. Ya no le podría comprar postales de conejos. Jamás volvería a verle. Jamás, jamás, jamás.

Esta certeza se iba y venía para volver a irse y regresar, cada vez con mayor intensidad. Y las preguntas que le estaban haciendo no tenían la menor relación con ese hecho. Las fue contestando casi sin tener conciencia de lo que decía. No recordaba cuándo le había visto por última vez. ¿Fue el lunes, el martes, el

miércoles, Mrs. Coppett? Pero el momento era tan poco importante como la forma en que Willy hubiese podido morir, y la simple mente de Rosie sólo pensaba en la perspectiva que le aguardaba: un tiempo indefinido sin Willy.

Al otro lado de la mesa, el inspector Garnet la observaba detenidamente, tratando de decidir si estaba hablando con una mujer estúpida pero inocente, con una mujer estúpida y culpable, o con una mujer cuya estupidez no le impedía poseer una asombrosa astucia que, tras la fachada de necio dolor, sabía casi instintivamente cuál era la mejor forma de ocultar su culpabilidad. Su larga carrera de detective y su breve curso acelerado de criminología habían ejercido un poderoso influjo en el inspector Garnet, quien opinaba que todos los delincuentes y criminales, especialmente los autores de asesinatos familiares, eran gente estúpida, de emociones inestables y al menos parcialmente listas. Tenían que ser gente estúpida para creer que podían violar la ley y librarse de las consecuencias; y también tenían que ser inestables emocionalmente porque de lo contrario no serían capaces de cometer actos de tan escandalosa violencia; y tenía que ser parcialmente listos porque la tasa de homicidios por resolver seguía creciendo a pesar de la brillante labor de la policía.

Tras comprobar cuáles eran las terribles heridas que había padecido Willy, el inspector llegó a la conclusión de que aquel había sido un crimen pasional. No había nada en Buscott que pudiera interesar a los gángsters o a los sindicatos del crimen. Por otro lado, el informe preliminar del forense había descartado la posibilidad de que Willy hubiese podido ser objeto de abusos sexuales. No, todas las pruebas apuntaban a un asesinato familiar corriente, aunque espantoso. Y Mrs. Coppett era una mujer muy fuerte, mientras que su fallecido esposo era un tipo pequeñito. El inspector no dio muchas vueltas cuando trató de encontrar un posible motivo. El hecho de que el difunto fuese enano le parecía un buen motivo, y su fama de tipo furioso, otro motivo no menos bueno. En último lugar, había que tener en cuenta el hecho de que Rosie Coppett no hubiese ido a informar de la desaparición de su esposo hasta el momento en que su cadáver ya había sido encontrado. Esto le hizo pensar al inspector que aquella mujer estaba utilizando toda su astucia. Su negativa a contestar directamente las preguntas que él le hizo confirmaba esa suposición. Al inspector le preocupaba en especial que la viuda fuese incapaz de decir cuándo abandonó Willy su casa por última vez. Suponiendo, claro, que no hubiese muerto en la casa.

De modo que mientras el inspector seguía con su infructuoso interrogatorio de la viuda a pesar de que ya era una hora muy avanzada de la noche, otros detectives fueron al número 9 de Rabbitry Road, donde tomaron buena nota de la predilección que Mrs. Coppett sentía por los profesionales de la lucha libre y en general por hombres de características físicas que evidentemente no tenía el

pobre Willy. También cogieron la camisa de Yapp, que seguía tendida, y estudiaron la mancha, tomaron notas sobre la cuna donde dormía Willy, se fijaron en que la cama de Yapp estaba deshecha, y, con la locuaz ayuda de los vecinos, extrajeron de todo esto unas conclusiones absolutamente infundadas.

Armados con estas nuevas pruebas, regresaron a la comisaría y celebraron una conferencia con el inspector Garnet.

—¿Que un catedrático se ha estado alojando en esa casa? —preguntó asombrado—. ¿Y por qué diablos se alojó allí?

—Eso es lo que no entendemos. Ninguno de los vecinos sabía el motivo de esa elección, pero hay un par de ellos que nos han asegurado sin vacilar que vieron personalmente a Mrs. Coppett y al tipo ése abrazándose y besándose en el rellano, el martes por la noche. Y la vieja de al lado y su marido dicen que los Coppett estaban siempre peleándose. La semana pasada, justo antes de que llegara el profesor, tuvieron una regañina de cuidado.

—Conque sí, ¿eh? ¿Y dónde está ahora el profesor? ¿Cómo se llama?

—Se ha ido esta mañana. Mrs. Mane, la vieja que vive en la casa de al lado, afirma haberle visto partir poco después de que Mrs. Coppett saliera para hacer la compra. Conducía un Vauxhall, matrícula CFE 9306 D. Se llama Yapp.

—Unos datos muy útiles —dijo el inspector, y volvió al lado de Rosie. Mientras, la camisa manchada fue enviada a los expertos del laboratorio para su análisis.

—Bien, quiero que me diga algo acerca de ese hombre que se hace llamar profesor Yapp —le dijo Garnet a Rosie—. ¿Qué clase de relaciones tenía usted con él?

Pero Rosie seguía con sus pensamientos fijos en lo que sería ahora su vida sin Willy, y no entendía muy bien a qué se refería el inspector con eso de «relaciones». El inspector le repitió la pregunta tratando de explicarse con la mayor claridad. Rosie le contestó que el profesor Yapp le había tratado con amabilidad, con muchísima amabilidad. El inspector estuvo muy dispuesto a creerla, pero aunque su comentario fue intencionadamente sarcástico, a ella se le escapó la indirecta y luego se hundió en un nuevo silencio. Fue entonces cuando el inspector hizo un desesperado intento de producirle una conmoción que diera buena cuenta de ese silencio, y, siguiendo una técnica policíaca de amplios precedentes, se la llevó a identificar el cadáver de Willy. Pero ni siquiera aquello le arrancó de su mudo dolor.

—¡Éste no es mi Willy! —dijo Rosie entre lágrimas—. Ni Willy ni nadie.

—La pobrecilla, sufre una tremenda conmoción —dijo el sargento—. Puede que sea rematadamente tonta, pero tiene los mismos sentimientos que todos los mortales.

—Más pena sentirá cuando yo termine con ella —contestó el inspector, pero, como también él tenía sueño, le dieron a Rosie unas mantas y la metieron en una celda con una taza de chocolate.

Junto a la sala de interrogatorios, un detective revisó el contenido de su bolso y encontró el cheque y la carta de Yapp.

—Este era el detalle que faltaba —le dijo el inspector Garnet al sargento—. Caso cerrado. Mañana por la mañana obtendremos del banco las señas de ese profesor, y le interrogaremos. ¿O no le parece bien que también le pongamos a él en un aprieto?

—Haga lo que le dé la gana con ese tipejo. Lo único que yo le digo es que Rosie Coppett es incapaz de asesinar a nadie, ni siquiera a Willy. Es demasiado tonta para eso. Y además, se querían. Lo sabe todo el mundo.

—No es eso lo que dicen los vecinos. Sus informaciones no concuerdan con lo que usted dice.

—¿No es siempre esa la actitud de todos los vecinos? —dijo el sargento, y regresó a su mesa. Deseó con todas sus fuerzas que nadie hubiese llamado a este inspector de Briskerton. No le hubiera importado que la brigada criminal investigara otras cosas en aquel pueblo, pero que vinieran a acusar a Rosie Coppett de homicidio le parecía intolerable.

En su granja situada en el fondo de una hondonada, a un par de kilómetros de Rabbitry Road, Mr. Jipson dormía casi tan pacíficamente como Willy. Había transcurrido una semana desde que metieran el cadáver en el portamaletas del viejo Vauxhall, y durante estos siete días Mr. Jipson había logrado aquietar su conciencia. Examinó la parte delantera del tractor por si la pintura había saltado, y no encontró ningún desperfecto; lo regó de nuevo, y, por si acaso, se fue con él al estanque de los patos que había detrás de la granja, y luego lo utilizó para la limpieza del establo de las vacas, donde terminó absolutamente cubierto de barro y estiércol. Además, su mujer había sido llevada al hospital para que le extirparan la matriz, y no rondaba por allí para observarle, hacerle preguntas difíciles o molestarle. De haberse encontrado en casa quizá hubiera notado ciertos cambios en el humor de su marido. Pero en estos momentos Mr. Jipson había vuelto a ser el de siempre. La muerte de Willy había sido un accidente, y era una cosa que hubiese podido ocurrirle a cualquiera. No era culpa suya que el condenado enano hubiera elegido su tractor para meterse bajo sus ruedas, y Mr. Jipson no veía de qué modo podía nadie culparle de un accidente. Trabajó con esfuerzo durante esa semana, vivió decentemente, y pensó que no tenía sentido revelar su secreto a nadie. Era una cosa que había ocurrido, y punto. De todas formas, seguro que los ocupantes de aquel viejo Vauxhall tenían algo que ocultar. Si no hubiera sido así, ¿acaso habrían escondido tan completamente a

Willy Coppett? Este último fue, para Mr. Jipson, el argumento más convincente de todos cuanto se le ocurrieron. Ninguna persona que no fuera culpable de alguna otra cosa habría estado llevando por esas carreteras de Dios, con aquel calor que estaba haciendo, un coche cuyo portamaletas contuviera el cadáver de un enano atropellado. Lo normal habría sido que informaran inmediatamente a la policía. Por otro lado, ¿qué estaba haciendo esa gente a esas horas de la noche cuando ocurrió el accidente? Quienes fueran no se encontraban en el coche, ni tampoco parecía posible que estuvieran por las cercanías. De otro modo le hubieran visto a él cuando cogía el cadáver y lo metía en su coche. Mr. Jipson estuvo pensando en los terrenos cercanos al punto de la carretera donde pasó todo aquello, y se acordó de la arboleda. Esas tierras formaban parte de los terrenos propiedad de Mr. Osbert Petrefact. Ahora recordó que éste había estado teniendo problemas por culpa de los cazadores furtivos que se colaban en su coto. Sí, era eso. Y la caza furtiva era un delito, lo cual era mucho más grave, por ejemplo, que un simple accidente de carretera. En consecuencia, aquellos cazadores furtivos se tenían mucho más merecidos que él los problemas con los que se habían encontrado.

A Mr. Jipson no le costó ningún esfuerzo conciliar el sueño.

19

A pesar de la ordalía padecida el día anterior tras su preocupante sesión de trabajo con Doris, Yapp se despertó temprano y, por culpa de sus dificultades, no se volvió a dormir. A la brillante luz matutina de su monástica celda, comprendió lo estúpido que había sido cuando se libró de aquel modo del cadáver de Willy. Hubiese tenido que ir directamente a la policía. Ahora que volvía a encontrarse en el cuerdo mundo de la universidad era fácil verlo así, pero no lo había sido tanto cuando se hallaba en una carretera solitaria, rodeado de las influencias irracionales y predatorias de la Naturaleza. Ya era tarde para actuar con prudencia, y no le quedaba más remedio que seguir el camino que con tanta precipitación había emprendido.

A las ocho se fue de su casa, cargando con la bolsa de basura que contenía la ropa apestosa. Tras abrir la bolsa, como le llegó aquel intenso olor, decidió que no era prudente llevar la americana y los pantalones a la tintorería. También decidió que jamás en la vida volvería a ponerse aquellas prendas. A las ocho y media se fue en coche al vertedero municipal y, después de esperar a que no hubiera ningún camión de basura por los alrededores, echó la bolsa por la pendiente de porquería municipal, pensando que, con un poco de suerte, pronto quedaría sepultada la bolsa bajo más desperdicios.

A continuación tenía que limpiar el portamaletas del Vauxhall. Willy se había desangrado aparatosamente por todas partes. Yapp regresó en coche a la ciudad, y volvió a lamentar, como le había ocurrido muchas veces, que sus principios le impidieran tener toda clase de propiedades privadas, y, en este caso, coche propio. Tampoco tenía un garaje donde restregar secretamente el portamaletas. No le quedaba otro remedio que usar un establecimiento de lavado de coches que tuviera autoservicio. Se detuvo ante una droguería para comprar desinfectante y detergente, y luego, para asegurarse de que nadie sospechara, compró un poco de agua oxigenada. Luego se fue a un túnel de lavado, abrió el portamaletas y destapó los dos frascos de limpieza, vertió todo su contenido en

el portamaletas y, con la vastísima experiencia de quien jamás ha metido su coche en un túnel automático de lavado, se metió en la máquina con el portamaletas abierto, para asegurarse de que quedaba libre de toda huella. Durante los siguientes minutos, los automovilistas que entraban en la ciudad pudieron disfrutar del espectáculo producido por la acción de un túnel automático y modernísimo de lavado de coches sobre un viejo Vauxhall cuyo portamaletas había sido dejado deliberadamente abierto al entrar bajo los potentes cepillos y chorros de agua y jabón. Yapp, atrapado en el interior del vehículo por el torbellino de los cepillos y la potencia de los chorros de líquido, sólo pudo deducir, a juzgar por el ruido que le llegaba, qué era lo que estaba ocurriendo. Los cepillos cerraron el portamaletas primero para luego, mientras limpiaban el guardabarros trasero, dejar que se abriese otra vez, pero en el viaje de regreso se encontraron de camino aquel portamaletas abierto. Una máquina menos concienzuda hubiese podido detener su marcha, pero ésta no lo hizo. Mientras el interior del portamaletas se llenaba de una mezcla de detergentes diversos, que fueron dejando tras el coche unos grandes charcos de color gris, los tremendos cepillos arremetieron con enorme eficacia contra la cara inferior de la tapa del portamaletas. Después, dispuestos a pasar al techo, la arrancaron limpiamente de sus bisagras, que debían de estar muy oxidadas, y se la llevaron por delante mientras realizaban la siguiente fase de su barrido, para finalmente lanzarla por encima del parabrisas y del capó hasta que cayó en el suelo. Yapp permaneció mirando con los ojos muy abiertos. El parabrisas se había roto, y los cepillos comenzaban su camino de regreso hacia él. Ahora ya imaginaba que había cometido una grave equivocación. La imaginaba, y pudo también sentirla. El agua, generosamente saturada con cierto producto de limpieza, le dejó literalmente empapado, y el paso de la tapa del portamaletas por encima del techo le ensordeció. Desde su punto de vista, aquella máquina infernal sólo podía hacer una cosa más para acabar de empeorar las cosas: pasarle el monstruoso cepillo por la cara, arrastrando consigo fragmentos del roto cristal del parabrisas. Ante tan espantosa perspectiva, Yapp hizo caso omiso de las instrucciones claramente impresas junto al tragaperras de la entrada en el túnel de lavado, abrió la puerta para salir, y esto es lo que hubiera hecho de no haber sido porque uno de los artilugios de la máquina la cerró de golpe. Yapp miró de nuevo los cepillos, que seguían aproximándosele, y se acurrucó boca abajo en el asiento. Durante dos increíbles minutos permaneció allí, empapado, salpicado de cristales rotos y fragmentos del limpiaparabrisas, mientras la máquina continuaba realizando su labor destructora. Cuando terminó su ciclo, el Vauxhall ya no olía, ni vagamente, a Willy. Los detergentes y desinfectantes dominaban ahora el ambiente. Por otro lado, era un coche francamente especial. No

solamente había perdido la tapa del portamaletas, sino que ya no tenía la puerta que tan imprudentemente abrió Yapp, y su interior estaba tan empapado como el propio profesor.

Se sentó con sumo cuidado, para no hacerse más heridas con los cristales, y se quedó mirando con desesperación aquel caos. Por si aún hacía falta algo que le acabara de convencer de que las máquinas deberían estar prohibidas, pues les quitaban sus empleos a los obreros honrados, el túnel automático de lavado reafirmó para siempre esta convicción de Yapp. Ningún empleado de garaje, por torpe que fuese, habría sido capaz de dejar un coche en este estado después de lavarlo. Era como si hubiese dejado el Vauxhall bajo los efectos de un martillo neumático. De todos modos, ahora no tenía tiempo para esta clase de reflexiones. No le quedaba otro remedio que regresar con el coche a la universidad, esperar a que se secara, y hacerlo reparar.

Yapp se apeó, recogió la tapa del portamaletas, la metió en el interior de éste, y empezó a hacer esfuerzos por arrancar la puerta del mecanismo del túnel de lavado, en donde había quedado firmemente prendida, cuando un grito le interrumpió. A él no le sonó a grito, pues en sus oídos resonaba todavía el estruendo del metal chocando contra el metal, pero la expresión del hombre que se lo lanzó sugería que se trataba de un grito.

—Jodido estúpido, ¿no sabe leer? ¿No ha visto las instrucciones? —aulló el tipo—. Mire cómo me ha dejado el túnel.

Yapp miró, y tuvo que reconocer que la máquina no había salido muy bien parada del encuentro. El agujero del parabrisas había serrado las cerdas del cepillo, y la barra a la que iban sujetas estaba profundamente combada.

—Lo siento —murmuró.

El hombre le miró con cara de demente:

—¡Mucho más lo va a sentir cuando haya acabado con usted! —gritó—. Voy a meterle un auténtico lío con la policía y con la compañía de seguros y…

Pero la palabra *policía* produjo en Yapp efectos galvanizadores. Los tipos uniformados que quería evitar, y que le habían inducido a meter el coche en el túnel, podían aparecer ahora y empezar a formularle preguntas que no podía contestar sin hundirse todavía más en el embrollo.

—Le pagaré los daños —dijo desesperadamente—. No hace ninguna falta que llame a la policía. Podemos resolver este desgraciado incidente de forma discreta, ¿no le parece?

—No te jode —dijo el hombre, mirando a Yapp y al coche con odio profundo. Y se le ocurrió que un loco que andaba por el mundo conduciendo un coche con dieciséis años de antigüedad, y que lo utilizaba para destruir túneles de lavado, no era la persona más indicada para hablar de discreción—. Usted se

va a quedar aquí hasta que llegue la poli.

Y para asegurarse de que Yapp no huía de allí, por improbable que fuese, en su destrozado coche, cogió las llaves de contacto y se fue con ellas a la oficina. Yapp le siguió lúgubremente, sin darse cuenta de que dejaba tras de sí un rastro de detergente y fragmentos de cristal.

—Mire usted —dijo metiéndose la mano en el bolsillo y sacando un remojado talonario de cheques—, le aseguro que…

—Yo también se lo aseguro: ahora mismo llamo a la policía —dijo el hombre, y le arrebató el talonario para acabar de asegurarse de que no se iba.

Marcó el número y al poco rato se puso a hablar con alguien de comisaría. Yapp escuchó descorazonado. Primero pensó que quizá a la policía no le interesaría el caso; luego se le ocurrió que, aunque llegara la policía, no cabía la menor duda de que aquel túnel de lavado que con tanta eficacia se había llevado por delante la tapa del portamaletas y la puerta, tenía por fuerza que haber arrastrado con la misma eficacia toda huella de Willy Coppett. Pero estos pensamientos esperanzados fueron interrumpidos por una pregunta del dueño del túnel.

—¿Qué matrícula tiene su coche?

—De hecho, no es mío, sabe —dijo Yapp, vacilando—. Lo he alquilado. No sé la matrícula.

—Dice que es de alquiler —dijo el hombre al teléfono—. Sí, un Vauxhall viejo… Espere.

Dejó el teléfono y salió de la oficina. Cuando regresó, sus ojos tenían un brillo más peligroso que antes.

—Exactamente la que usted dice —dijo a la policía—. CFE 9306 D. ¿Por qué le buscan? ¿Y cómo dice que se llama?

Y miró recelosamente a Yapp.

—¿Cómo se llama?

—Soy el profesor Walden Yapp, de la Univ…

—Dice que se llama Yapp —le dijo el hombre a la policía—. Exacto…

Colgó de repente y rodeó la mesa de la oficina sin perder de vista a aquel tipo que estaba siendo buscado por la policía. Luego cogió una palanca de las de quitar neumáticos.

—Magnífico día —dijo, como sin darle importancia pero evidentemente nervioso. Pero Yapp no se encontraba en condiciones de percibir estos detalles. Estaba viviendo un día indudablemente diabólico y la falta de sueño empezaba a afectarle. De todas maneras, se preguntó cuáles debían de ser los efectos de haber sido lavado al tiempo que se limpiaba el viejo Vauxhall, y por el mismo y brutal procedimiento, sobre todo teniendo en cuenta que su constitución ya se

encontraba debilitada tras la gripe y tras el tremendo hallazgo del cadáver del enano en el portamaletas. Empezó a temerse una pulmonía doble, y cosas peores.

—Óigame —le dijo Yapp—. No puedo esperar aquí con la ropa tan mojada. Me iré a mi casa, me mudaré, y volveré para tratar con usted todo este asunto dentro de un rato.

—No se le ocurra… —empezó a decir el dueño del túnel, pero recordó que la policía le había advertido explícitamente de que se enfrentaba a un hombre desesperado y muy violento, y que en ninguna clase de circunstancias debía hacer nada que pudiera enfurecerle—. Como quiera, pero la policía no tardará ni un minuto.

—Dígale a la policía que estaré de regreso dentro de una hora —dijo Yapp, y se fue camino de la universidad. Mientras, el dueño del túnel telefoneó de nuevo a la comisaría.

—Ese cabrón se ha escapado. Ha salido a la carrera. He intentado detenerle, pero no ha servido de nada. Me ha golpeado la cabeza con un objeto contundente.

Para hacer más plausible su relato, y para asegurarse de que su foto saldría en el *Kloone Evening Guardian*, con la publicidad gratuita que aquello supondría para su negocio, se rasgó la camisa, rompió una silla y se dio en la cabeza con la palanca que había cogido como arma defensiva; el golpe resultó más fuerte de lo que había pretendido. Cuando el primer coche de policía entró en su establecimiento, los gemidos que emitía eran auténticos.

—Se fue corriendo después de atacarme —le dijo al agente que le encontró —. No puede haber ido muy lejos. Un tipo alto, con toda la ropa mojada. Completamente empapada.

Llegaron más coches de policía, se oyeron voces metálicas por las radios, y sirenas aullando en la distancia. La cacería de Walden Yapp había empezado. Cinco minutos más tarde ya había concluido, y Yapp fue detenido en una parada de autobús mientras discutía con un cobrador, a quien trataba de convencer de que los empleados de la compañía de transportes públicos no tenían ningún derecho a negarles el acceso a los presuntos pasajeros, y mucho menos a llamarles «lavanderías ambulantes». Los agentes le retorcieron los brazos en la espalda, le pusieron unas esposas, le dijeron que les acompañara sin resistirse, y le arrojaron al asiento trasero de un coche que inmediatamente partió a una velocidad innecesariamente suicida.

La pesadilla había comenzado.

Y prosiguió con absoluta eficacia y completa ignorancia de la verdad. Horas más tarde, el Vauxhall había sido despedazado un poco más por los técnicos forenses, que centraron su atención en el portamaletas al notar que en el piso había grandes dosis de desinfectante. Sin embargo, ni toda esa cantidad de productos de limpieza y antisépticos bastó para que los técnicos no pudieran demostrar de forma irrebatible que en aquel portamaletas había sido depositado un cadáver. Las habitaciones de Yapp proporcionaron más pruebas. Unos zapatos embarrados, y unos calcetines, fueron llevados al laboratorio para proceder al análisis de la tierra que se les había pegado. Cuando encontraron los calzoncillos de Yapp, manchados de semen, los expertos decidieron requisar el resto de artículos y pertenencias del apartamento de Yapp, y llevárselo todo para su detenido estudio bajo el microscopio.

Entretanto, Yapp permanecía en la comisaría de Kloone, exigiendo que se respetasen sus derechos, sobre todo el de telefonear a su abogado.

—Todo a su hora —le dijo el detective, y tomó nota de que Yapp no había preguntado por qué había sido detenido. Luego, cuando le dieron permiso para telefonear, dos sargentos y un agente escuchaban desde otra habitación a fin de corroborar la prueba, por si el juez decidía no aceptar como tal prueba la grabación. Era típico de Yapp que su abogado fuese un tal Mr. Rubicond, al que había consultado varias veces por asuntos relacionados con la actitud de la policía en su enfrentamiento contra diversos tipos de manifestaciones de estudiantes. Como en cada uno de esos casos los estudiantes se negaron a llevar a cabo la manifestación, y la policía no tuvo ocasión de extralimitarse en el cumplimiento de su deber, Mr. Rubicond había acabado adquiriendo una visión muy escéptica de Yapp y de sus llamadas requiriendo sus servicios.

—¿Qué le han qué? —preguntó Mr. Rubicond.

—Detenido —dijo Yapp.

—Imagino que no le acusan de nada, ¿no?

—Sí, de homicidio —dijo Yapp, hablando en voz baja y con un tono siniestro del que tomaron buena nota los policías desde la habitación contigua.

—¿Homicidio? ¿Ha dicho «homicidio»? —El tono de Mr. Rubicond era comprensiblemente incrédulo—. ¿Y a quién se supone que ha asesinado usted?

—A una persona de crecimiento restringido que se llamaba Mr. Willy Coppett, cuya residencia estaba en el número 9 de Rabbitry Road, en Buscott…

—¿Una persona de crecimiento qué? —preguntó Mr. Rubicond.

—Crecimiento restringido. Dicho con el lenguaje discriminatorio más usual, un enano.

—¿Un enano?

—Eso he dicho —gruñó Yapp, para quien la sordera de su asesor legal

empezaba a resultar muy fastidiosa.

—Ya me parecía que era eso lo que había dicho. Sólo pretendía confirmarlo. Entonces, ¿es cierto?

—Lo es.

—En tal caso, me resultará imposible actuar en calidad de defensor —dijo Mr. Rubicond—, a no ser, claro, que esté usted dispuesto a declararse culpable. Pero no se preocupe, podemos alegar atenuantes…

—No he dicho que fuera cierto que asesiné a Mr. Coppett. He dicho que es cierto que he dicho que ese señor era un enano.

—Muy bien. Ahora, no diga nada más hasta que yo llegue. Supongo que se encuentra usted en la comisaría central, ¿no?

—Exacto —dijo Yapp, y colgó. Cuando Mr. Rubicond se presentó finalmente allí, Yapp había desaparecido, pues se encontraba de nuevo en un coche de policía que estaba conduciéndole a Buscott. La transcripción de lo que había dicho por teléfono, añadida a los datos de los expertos forenses, había llegado ya a manos del inspector Garnet, cuya opinión acerca de la astucia de Rosie recibió un duro golpe cuando se descubrió que la mancha de sangre de la camisa que estaba tendida en casa de los Coppett era del mismo tipo que la del hombre asesinado.

El sargento seguía empeñado en decir cada dos por tres que la mujer a la que el inspector pretendía acusar era subnormal.

—Y que lo diga. Subnormal profunda —comentó ahora el inspector—. Cualquier asesina que deje una prueba como ésta colgando del alambre de su propia casa tiene que ser completamente subnormal, a no ser, claro, que sólo trate de inculpar a ese bastardo de Yapp. En cuyo caso, quizá esta mañana esté más dispuesta a colaborar en los interrogatorios.

Reajustados sus prejuicios, el inspector volvió a enfrentarse a Rosie. Mejor dicho, a programarla.

—Veamos —dijo—, hemos detenido a su maravilloso profesor Yapp, y estamos seguros de que tuvo escondido el cadáver de su esposo en el portamaletas de su coche. De hecho, Willy no había muerto todavía cuando el profesor lo metió allí dentro. Estuvo desangrándose en ese portamaletas, y los cadáveres no suelen desangrarse. Bien, ¿podría decirme ahora por qué le lavó usted su camisa?

—Porque estaba manchada de sangre —dijo Rosie.

—De la sangre de Willy, Mrs. Coppett, de la sangre de Willy. Hemos podido demostrarlo.

Rosie le miró fijamente. Su cerebro no era capaz de encajar esta afirmación, pero sus sentimientos la dirigieron, y pasó de su anterior estado de tristeza al de

ira.

—No lo sabía. De haberlo sabido no la hubiera lavado.

—¿Qué hubiera hecho de haberlo sabido?

—Le hubiera matado —dijo Rosie— con el cuchillo de trinchar.

Interiormente el inspector sonrió, pero su rostro no cambió de expresión. Estaba oyendo lo que quería oír.

—Pero no lo hizo, ¿verdad? No lo hizo porque no lo sabía, y no lo sabía porque él no le dijo nada. ¿Qué ocurrió la noche en la que el profesor regresó a su casa con la camisa manchada de sangre?

Rosie hizo un esfuerzo por recordarlo. Era dificilísimo. Intentó volver a visualizar la escena, pero la cocina había sido su hogar desde hacía un montón de años, el centro de su vida, el lugar en donde cocinaba y leía sus revistas y daba de comer a Willy todas las noches, y allí estaba, en un rincón, el cesto de Héctor, y en las paredes de esa cocina tenía sujetas con chinchetas sus fotos de luchadores, porque su mamá le había dicho que su papá fue un luchador, aunque ya no se acordaba de su nombre y a lo mejor uno de los hombres de las fotos de la cocina era su papá. Y ahora todo aquello había sido malogrado por un hombre que fingió que sentía un gran afecto por ella, un hombre al que ella había estado cuidando cuando se puso enfermo, y resultaba ahora que ése era el hombre que había asesinado a su Willy, y el profesor tenía unos cortes en las manos. Rosie lo recordaba de forma muy confusa.

—Así que tenía cortes en las manos, ¿eh? Y eso fue la misma noche que llegó a casa con la camisa manchada de sangre…

Rosie reaccionó ante el interés demostrado por el inspector. Menos mal que ahora había alguien que estaba ayudándole a entender las cosas.

—Sí. Y tenía la americana mojada. Le dije que iba a pillar un resfriado, y así fue. Se pasó cuatro días en cama. Le subí la comida a la cama porque tenía fiebre.

El inspector Garnet reprimió un primer impulso de preguntarle a Rosie qué otros servicios le hacía a Yapp en la cama. Lo importante era conseguir que aquella mujer siguiera hablando. Tarde o temprano lograría que le revelase toda la verdad. Y en cuanto a Rosie fue añadiendo nuevos datos, el inspector aprovechó la circunstancia para atacarla con nuevas pruebas. Por ejemplo, el hecho de que los vecinos la hubieran visto en brazos de Yapp, y también el testimonio de Mr. Clebb, quien dijo que había visto a Rosie masajeando el pene de aquel cerdo cuando él pasaba por delante de casa de los Coppett, paseando a su perro. Y Rosie siguió hablando, y a cada palabra que pronunciaba, y a cada nuevo codazo del inspector, que seguía empujándola en la dirección que a él le interesaba, la imaginación de la pobre mujer, sobrestimulada desde hacía tiempo

por sus lecturas de revistas y fotonovelas, fue dando una capa de brillante lustre a los acontecimientos. El inspector se mostró especialmente interesado cuando Rosie le contó la escena de la llegada de Yapp a su casa, pidiendo que le alojase y diciendo que quería extras. Cuando, poco a poco, el inspector cameló a Rosie hasta lograr que ella le explicara en qué consistían esos extras, y cuando consiguió dejar claramente impreso en la mente de Rosie que Yapp había llegado a decir explícitamente que lo que quería era acostarse con ella, el inspector se sintió por fin satisfecho. Había logrado encontrar el móvil del crimen, y llegó a convencerse de que Rosie sería una excelente testigo para la acusación, capaz de provocar una conmoción a cualquier jurado.

—Firme esto —dijo finalmente, entregándole el texto de su declaración—, y en seguida podrá irse a su casa.

Rosie firmó y volvió a su celda. Ahora ya sabía por qué habían asesinado a Willy. El profesor estaba enamorado de ella. Se preguntó cómo no se le había ocurrido antes. En fin, ahora podía darle vueltas a este asunto, y esto le ayudó a no pensar tanto en Willy.

20

—Bien —dijo el inspector Garnet animadamente mientras se sentaba enfrente de Yapp—, hay dos formas de hacer las cosas. Seguir el camino breve y tranquilo, o el largo y molesto. Decida cuál de los dos prefiere.

Yapp le miró con desdén. Para él, la policía era la guardia pretoriana de la propiedad privada, de los privilegios de unos pocos y de los ricos en general, y esta opinión no había mejorado en los más mínimo desde su detención. Se lo habían llevado de Kloone sin darle tiempo a entrevistarse con su abogado, había pasado tres incomodísimas horas metido en el asiento del coche de policía con toda la ropa empapada, y ahora se enfrentaba a un inspector que llevaba un bigotito que a Yapp le parecía especialmente horrible. Porque para él era un bigote que significaba que ese inspector era un ser humano sin la menor conciencia, ni social ni de ningún otro tipo.

—Venga, diga cuál de los dos prefiere —repitió el inspector.

Yapp hizo un esfuerzo por ajustar sus ideas a la difícil situación en la que se encontraba. Mientras viajaba en coche, estremeciéndose a cada momento, decidió que su única esperanza radicaba en mostrarse palpablemente dispuesto a colaborar en la investigación y en ser sincero. Por poco perspicaces que fueran los policías, por fuerza comprenderían que él no tenía ningún motivo que pudiera inducirle a asesinar a Willy Coppett, así como que era un hombre con amistades influyentes en el Parlamento, ya que no en el poder judicial, y que era manifiestamente absurdo suponer que tenía tendencias homicidas. La verdad, toda la verdad y nada más que la verdad bastaría para demostrar su inocencia.

—Si con esa pregunta se refiere usted a si estoy o no dispuesto a contestar sus preguntas y a hacer una declaración completa, la respuesta es que lo estoy.

El bigote se agitó de forma casi amistosa.

—Espléndido —dijeron los labios que se escondían bajo ese bigote—, eso nos ahorrará mucho tiempo y muchos problemas. Tengo entendido que ya le han advertido de sus derechos y que sabe que no tiene por qué decir nada. De todos

modos, sargento, léale al detenido todo ese rollo de sus derechos.

El sargento se los leyó en voz alta, mientras el inspector observaba a Yapp con interés. Era, sin duda, un loco, pero sería una novedad, y hasta una gran diversión, interrogar por una vez a todo un catedrático chiflado, a un hombre con cierta reputación. Además, como había visto varios capítulos de la serie de Yapp sobre los horrores de la vida del siglo XIX, el inspector tenía muchas ganas de empezar el interrogatorio. Sería un buen desafío y, además, aumentaría sus posibilidades de ascenso en el escalafón.

—Bien, vamos primero a tratar de la parte más horripilante de la cuestión —dijo—. ¿En qué momento decidió usted asesinar al difunto?

Yapp se enderezó en el asiento.

—En ningún momento —dijo—. En primer lugar, yo no le asesiné. Y, en segundo, que usted haya partido de esa suposición demuestra que actúa con una tendenciosidad que…

—El detenido niega haber asesinado al difunto —le dijo el inspector a la taquígrafa—. Acusa a la policía de ser tendenciosa. —Se inclinó sobre la mesa y acercó su bigote a la cara de Yapp hasta situarlo a una distancia incómodamente corta—: ¿Cuándo introdujo el cadáver del hombre asesinado en el portamaletas de su coche?

—Nunca —dijo Yapp—. Lo encontré metido allí dentro.

—Así que ya se lo encontró allí dentro, ¿eh?

—Sí. En un avanzado estado de putrefacción.

—Extraordinario. Completamente extraordinario. Dice usted que encontró el cuerpo putrefacto de un enano asesinado en el portamaletas de su coche, pero parece que no se tomó la molestia de llevárselo a la policía. ¿Es eso lo que está diciendo?

—Sí —dijo Yapp—. Ya sé que es extraño, pero eso fue lo que ocurrió.

—¿Qué ocurrió?

—Que me entró un terrible pánico.

—Lógico. Un tipo inteligente y sensible como usted tenía por fuerza que sentir pánico. Es la reacción que era de esperar. ¿Y qué hizo usted después de sentir ese ataque de pánico?

Yapp miró el bigote con cierta vacilación. No sabía si su gesto expresaba comprensión o simple sarcasmo.

—Fui con el coche hasta el río y arrojé allí el cadáver.

—¿Y por qué lo hizo?

—Evidentemente porque no quería que nadie pudiese relacionarme con esa muerte. Era obvio que Willy Coppett había sido asesinado, y que alguien había tratado de echarme la culpa a mí, y que por eso había dejado su cadáver en el

portamaletas de mi coche. No quería que me acusaran de ese homicidio.

—Esto es lo que tiene usted en común con el asesino —dijo el inspector—. Me refiero, claro, al tipo que metió al cadáver en el portamaletas.

—Es cierto —admitió Yapp.

El inspector abrió un cajón del escritorio y sacó la camisa con la mancha de sangre.

—Me gustaría que le echase usted una ojeada a esta camisa, y que me explicara qué sabe de ella. Mírela detenidamente, no tenemos prisa.

Yapp miró la camisa.

—Es mía —dijo.

—Bien. Dígame ahora si se puso usted esta camisa el día veintiuno de julio de este año…

Yapp desvió la vista del bigote para mirar de nuevo la camisa y hacer, mientras, memoria. El veintiuno de julio fue la noche en que llovió, la misma noche en la que se metió en la arboleda y se quitó los calzoncillos, y pilló el resfriado. Fue la misma noche en que se hizo unos cortes en las manos con la alambrada, y luego regresó a Rabbitry Road y, cuando Rosie vio que llevaba la camisa manchada de sangre, se empeñó en lavársela inmediatamente.

—Sí —dijo.

Esta vez el inspector llegó a sonreír durante unos momentos. Era una prueba. Qué fácil, pensó, sería mi vida si todos los malos fuesen además tan tontos.

—¿Regresó usted a Rabbitry Road con la camisa completamente manchada de sangre?

Yapp volvió a dudar.

—No tenía la camisa completamente manchada de sangre, solamente había manchas en la pechera. Me hice unos cortes en las manos en una alambrada, y supongo que, sin darme cuenta, me las sequé en la camisa.

—Exacto —dijo el inspector—. Y me atrevería a decir que se va a llevar usted una sorpresa cuando sepa que la sangre que había en esa camisa, sangre fresca, por cierto, era sangre de la víctima del crimen, según han podido demostrar los expertos del laboratorio forense.

Yapp enfocó los ojos en aquel malévolo bigote, y no encontró en su gesto el más mínimo consuelo.

—Sí, es una gran sorpresa. No entiendo cómo pudo llegar esa sangre a mi camisa.

—¿No podría ser que el asesino que metió el cuerpo de Mr. Coppett en el portamaletas de su coche no se fijase en que el pobre estúpido aún vivía y estaba desangrándose, y que fue así como le manchó la camisa con su sangre?

Yapp guardó silencio. La trampa iba cerrándose a su alrededor, y todavía no entendía por qué.

—¿Es posible lo que le digo, profesor Yapp? ¿Lo es?

—Si lo que está usted diciendo es que yo metí el cadáver de Willy en el portamaletas…

El inspector levantó la mano:

—No deberíamos hacernos decir el uno al otro lo que no hemos dicho, ¿no le parece? Yo no he dicho que usted metiera el cuerpo del pobre tipo en el portamaletas. Lo único que he hecho ha sido preguntar si, cuando el asesino lo metió allí, hubiese podido mancharse de sangre la pechera de la camisa. Y bien, dígame: ¿hubiese podido mancharse o no?

—Imagino que sí hubiese podido, pero…

—Gracias, eso era lo que quería saber. Bien, volvamos al pánico que sintió usted cuando descubrió el cadáver en el portamaletas, y a su decisión de echarlo al río. ¿Cuándo ocurrió eso?

—Ayer —dijo Yapp, asombrándose de que hiciera un solo día desde que su vida dio aquel espantoso giro.

—¿Y qué fue lo que le llamó la atención acerca del hecho de que llevaba a un enano muerto en su coche?

—El olor —dijo Yapp—. Era un olor terriblemente desagradable. Me detuve para bajar del coche e investigar cuál era su causa.

—Una actitud muy sensata por su parte, sin duda. ¿Le importaría decirme dónde se detuvo para llevar a cabo esa investigación?

De nuevo Yapp vio cómo la trampa iba cerrándose, pero también ahora supo que no podía hacer nada por evitar el desastre. Si decía que había notado el olor en Buscott, y que luego había seguido conduciendo sesenta kilómetros antes de arrojar el cadáver al río… No, tenía que contar la verdad.

—Fue cuando iba por la carretera de Wastely. Si me trae un mapa se lo indicaré.

Le acercaron un mapa y él indicó el lugar.

—¿Y dónde llevó el cadáver desde aquí?

—Al río, por esa parte —dijo Yapp señalando la carretera secundaria y el puente.

—¿Así que condujo usted toda esa distancia antes de preguntarse a qué se debía el olor?

—Anteriormente ya me había empezado a preguntar cuál podía ser la causa, pero en esos momentos estaba preocupado y supuse que sería que algún campesino había estado echando estiércol a sus tierras.

—¿Estiércol a base de enanos muertos?

—Desde luego que no. Imaginé que serían meados de cerdo.

—¿De manera que estuvo usted conduciendo durante sesenta kilómetros y pensando que, a lo largo de toda esa distancia, todos los campesinos de la comarca estaban echando meados de cerdo a sus campos, eh? ¿No le parecen muchos meados?

—Ya le he dicho que en aquellos momentos me sentía preocupado —dijo Yapp.

El inspector asintió con la cabeza.

—No me sorprende en lo más mínimo. Quiero decir que tenía usted auténticos motivos de preocupación, ¿verdad?

—Así era, en efecto. Acababa de entrevistar al jardinero de Miss Petrefact, y me sentí escandalizado cuando le oí decir que trabajaba una semana laboral de noventa horas, a veces de hasta cien, y que cobra una miseria. Me parece un ejemplo claro de explotación de la mano de obra.

—Un verdadero escándalo. Así que luego echó el cadáver al río y se fue en coche a su casa, ¿no es así?

—Exacto —dijo Yapp.

—¿Y qué hizo entonces?

—Me di un baño.

—¿Y luego?

—Comí un poco y me metí en cama —dijo Yapp, tras haber decidido rápidamente que, como no le habían preguntado nada referente a su diálogo con Doris, no hacía ninguna falta que lo mencionase. Todavía estaba enfadado con la computadora por haber dicho que la persona que tenía más motivos lógicos para asesinar a Willy Coppett era Rosie, y Yapp pensó que jamás les contaría a los inspectores cuáles eran las conclusiones a las que había llegado Doris. La pobre Rosie debía de estar sufriendo muchísimo, y sólo le habría faltado tener que soportar que la policía la acusara de asesinato.

—Y esta mañana ha llevado usted el coche al túnel de lavado, y ha hecho todo lo posible por borrar toda huella de la utilización del portamaletas de ese coche como escondrijo de un cadáver, ¿no es así?

—No me quedaba otro remedio. Es un coche de alquiler, y sólo iba a tenerlo durante un mes. ¿Cree que si en realidad hubiese asesinado a Willy había utilizado un coche de alquiler para ocultar su cadáver durante tanto tiempo? Claro que no. Eso carecería de lógica.

El inspector asintió con la cabeza.

—Pero quizá no pretendía guardar ahí el cadáver durante tanto tiempo —dijo—. Bien, regresemos a la noche del crimen. ¿Le importaría explicarme con todo detalle sus movimientos durante la noche?

Yapp le dirigió una mirada profundamente triste. Desde luego que le importaba, pero había decidido decir la verdad y ahora ya no podía arrepentirse.

—¿Da usted por supuesto que la muerte se produjo la noche del veintiuno de julio? —preguntó, para retrasar el momento fatal.

—Exacto —dijo el inspector—. Esa noche fue la última vez que el difunto fue visto con vida. A las once de la noche, Willy Coppett salió del pub donde había estado trabajando, y ya no regresó a su casa. Por otro lado, usted llegó a esa casa, completamente empapado y con la camisa manchada de sangre, poco después de la medianoche. Bien, si quiere ahora explicarme todo lo que hizo esa noche, quizá contribuya a la resolución de este caso.

—Pues bien, a última hora de la tarde del día veintiuno Mrs. Coppett me pidió que le diera un paseo en coche.

—¿Se lo pidió ella, o la invitó usted?

—Ella me lo pidió —dijo Yapp—. Como probablemente ya sepa usted, los Coppett no tienen coche, porque el crecimiento restringido de Mr. Coppett le impedía conducir un modelo corriente, mientras que la falta de formación y cortedad mental de Mrs. Coppett le impedían a ella aprobar el examen de conducir. De todos modos, dudo que tuvieran dinero suficiente como para permitirse ese lujo.

—De modo que se la llevó usted a dar un paseo. ¿Adónde?

—Aquí —dijo Yapp señalando el mapa.

—¿A qué hora dieron ustedes ese paseo?

—Creo que fue de las siete a las nueve, más o menos.

—¿Y qué pasó después de eso? —preguntó el inspector, que ya había estudiado las declaraciones de los vecinos, que dijeron haber visto a Yapp y Mrs. Coppett besándose.

—Me fui a dar otra vuelta en coche —dijo Yapp.

—Así que se fue a dar otra vuelta —dijo el inspector con ominosa monotonía.

—Sí.

El inspector se atusó el bigote.

—¿Y podría decirse, sin faltar a la verdad, que cuando se encontraba usted junto a la casa de los Coppett, besó a Mrs. Coppett?

—En cierto modo —dijo Yapp, con una valentía que estaba un poco fuera de lugar. Pero le resultaba insoportable la idea de que la pobre Rosie fuera sometida a un interrogatorio como el que estaba soportando él.

—¿En cierto modo? ¿Le importaría ser un poco más explícito? ¿La besó o no la besó?

—Es verdad que nos besamos.

—Y luego se fue usted otra vez en el coche. ¿Por qué?

—Ujum… Ejem… —murmuró Yapp.

—Me parece que esta clase de respuesta no va a llevarnos a ningún lado. Voy a repetirle la pregunta. ¿Por qué se fue otra vez en coche?

Yapp miró a su alrededor, pero las blancas paredes no parecieron respaldarle en su proyecto de mentir. Hacerlo ahora significaría poner en entredicho el resto de sus declaraciones.

—De hecho, tenía conciencia de haber realizado un acto que seguramente le parecerá a usted un poco raro.

El inspector pensó que seguro sería así. En realidad, todo aquel asunto era bastante raro, rarísimo. Tan raro como el sistema de enseñanza que permitía que un tipo tan absolutamente loco como Yapp ocupase una cátedra universitaria.

—Verá usted —dijo Yapp tragando saliva de vergüenza—, debido a la proximidad física de Mrs. Coppett, yo había tenido una emisión involuntaria.

—¿Una qué?

—Una emisión involuntaria —dijo Yapp, revolviéndose en su silla.

—En otras palabras, que se había usted corrido. ¿Es eso lo que trata de decir?

—Sí.

—Y eso ocurrió cuando ella se la cascó, ¿no?

—Desde luego que no —dijo Yapp, muy envarado—. Mrs. Coppett no es de esas mujeres. Lo que he dicho es que ocurrió debido a la…

—Sí, a la proximidad no sé qué.

—Física. Quería decir que hubo contacto, proximidad física.

—¿Ah, sí? ¿Y diría usted que las pajas, o, si lo prefiere así, la masturbación, no requieren precisamente contacto, proximidad física?

—Repito que no hubo nada de eso. Lo único que digo es que la estrecha proximidad física del cuerpo de Mrs. Coppett cuando iba en mi coche tuvo en mí ese desafortunado efecto.

El inspector le miró encantado. Había conseguido que aquel necio comenzara a trotar, y no pararía hasta verle galopando.

—¿Intenta en serio convencerme de que le bastó tener a Mrs. Coppett sentada a su lado para que se le reventaran las cañerías?

—Me niego a aceptar esas clases de expresiones. Me parecen toscas, vulgares e impropias de…

—Oiga, jefe —le interrumpió el inspector, inclinándose hacia él sobre el escritorio y acercando muchísimo su cara a la de Yapp—, no está usted en una situación que le permita negarse a aceptar nada que no sea la violencia física, y creo que le costaría mucho demostrar que aquí se le ha torturado, de modo que

no me venga con paparruchas de estudiante progre. Ni esto es ninguna universidad de mierda, ni me está usted dando clase, ¿entendido? Usted es nuestro sospechoso número uno de un asesinato bastante asqueroso, y ya tengo pruebas suficientes como para hacer que le metan en prisión y le juzguen y le condenen y que su apelación sea rechazada. De modo que no se me ponga a decir qué clase de jodido lenguaje tengo que utilizar. Limítese a seguir contando lo que hizo esa noche.

Yapp se estremeció. En estos momentos se estaba entrometiendo en su vida la cara más horrible de la realidad, y no había forma de ignorar la amenaza que expresaba aquel bigote. Yapp siguió relatando los acontecimientos de aquella aciaga noche, y dijo sólo la verdad y nada más que la verdad, y, después de haberle escuchado, el inspector Garnet pudo borrar de su mente todo resto de duda que pudiera quedarle respecto a la culpabilidad de Yapp.

—Así que se sentó en una arboleda con los calzoncillos en la mano, y se quedó allí durante dos horas, mientras llovía a cántaros. ¿Y espera que me lo crea? —dijo el inspector cuando Yapp ya había sido acusado oficialmente del homicidio del difunto Mr. William Coppett y conducido a una celda—. Y encima resulta que ni siquiera es capaz de precisar dónde estaba la arboleda, ni dónde esa condenada verja que dice haber saltado, y que no sabe ni tan sólo en qué carretera de los cojones aparcó el coche. Me encanta su declaración, en serio. Como mínimo, todo esto me basta para librar a esa mujer del aprieto en el que se había metido. Me parece que podría soltarla.

Y mientras Yapp permanecía sentado en la celda y se asombraba ante la magnitud de la infamia de que eran capaces los Petrefact, que estaban sin duda dispuestos a sacrificar la vida de una persona de crecimiento restringido con tal de proteger su preciosa reputación, Rosie fue sacada de la comisaría y oyó decir que ya estaba en libertad.

Esa era una palabra que para ella carecía de todo significado. Ahora que no estaría obligada a cuidar de Willy, la libertad ya no le servía de nada.

21

Emmelia no se había enterado de esto. Aislada, por su reclusión voluntaria, de todas las habladurías que circulaban por Buscott, ahora sólo pensaba en los preparativos y organización de la reunión familiar. Ella y Annie estuvieron atareadísimas entrando y saliendo de los dormitorios, aireando sábanas y dando la vuelta a los colchones, y Emmelia se pasó el rato haciendo un esfuerzo por recordar los caprichos personales de cada uno de los Petrefact. El juez usaba una dentadura postiza de un tamaño especialmente grande, y había que dejarle en la mesilla de noche un vaso de la medida apropiada. El general de brigada siempre quería tener en su mesita una botella de whisky de malta, y una tapadera para su orinal, porque, en una ocasión, uno de los monstruos genéticos que producía se le ahogó dentro. Los Petrefact Van der Flett vieron una vez cómo toda su casa se incendiaba, y se negaban a dormir en habitaciones que no estuvieran en la planta baja, de modo que hubo que alojarles en salas en donde normalmente no había camas. Pero lo peor era que Fiona había telegrafiado inesperadamente desde Corfú diciendo que ella y su esposa unisex iban a tomar el avión para asistir al consejo. Al parecer, Leslie no pudo resistir la tentación de conocer de golpe a todos los Petrefact. Emmelia dudaba de la conveniencia de permitir que todos ellos se alojaran en su casa. El juez, por ejemplo, tenía una opinión tan terrible de la homosexualidad, y solía expresarla con tanta violencia, que una vez sentenció a un desdichado atracador, que tenía la desgracia de llamarse Gay, a una condena exageradamente larga de prisión, y se negó a que su tribunal aceptara la apelación. Estaba claro que lo mejor sería lograr que Fiona y Leslie compareciesen lo menos posible por su casa. Haría que se alojaran en la de Osbert.

Pero mientras estaba supervisando todas estas operaciones y reclutaba a varias respetables obreras de la fábrica para que ayudasen a atender a sus invitados, Emmelia volvió a acordarse del despreciable Ronald. En una última y desesperada carta que le envió, escrita en un tono lo más contenido que pudo, le

invitó a participar en la reunión del consejo de la familia, y hasta llegó al extremo de explicarle que se trataba de discutir el futuro de la fábrica de Buscott, lo cual era cierto, así como de la posibilidad de que la familia decidiese vender todas sus acciones de esa fábrica, lo cual era falso. Lord Petrefact no contestó a esa carta, tal como ella se temía. Si finalmente acudía, sería para ser testigo presencial de la decepción y la furia de sus parientes ante el hecho de que el nombre de los Petrefact pudiera salir a la luz de las candilejas por tratarse de una familia que era propietaria de una fábrica de fetiches. Justo el tipo de situación que Ronald disfrutaría endiabladamente.

Y Emmelia acertaba cuando se temía que al final Ronald acudiese a la reunión, pues Lord Petrefact había decidido ir a Buscott. La carta de Emmelia había intensificado su apetito de presenciar peleas familiares. Nada era tan divertido para él como esas peleas, y la insinuación de Emmelia según la cual sus parientes podían estar dispuestos a vender sus acciones de la fábrica de Buscott no engañó a Lord Petrefact. Ronald sabía que esto sólo podía significar que querían que él fuese allí para apremiarle con todas sus fuerzas para que frenara las actividades de Yapp en Buscott, que sin duda habían adquirido el grado de eficacia que él conocía por experiencia propia. Lord Petrefact disfrutaba de sólo pensar en los ruegos y exigencias que le dirigirían sus parientes. Bastaría con que se sentase a contemplar la furia de todos ellos, pues su propio silencio sería más devastador que las más elocuentes palabras. Y si, por cierta extraordinaria casualidad, resultaba que estaban dispuestos a venderle la fábrica a cambio de que pusiera fin a las investigaciones de Yapp, fingiría que se lo estaba pensando, y se divertiría viéndoles a todos sudando de nerviosismo y angustia, para al final decirles que no. Ebrio de poder, llamó a Croxley.

—Vamos a salir inmediatamente camino de Buscott. Organice el viaje y búsqueme alojamiento en las cercanías.

—¿No querrá ir a New House? —dijo Croxley—. Lo más probable es que Miss Emmelia tenga habitaciones libres.

Lord Petrefact le hizo callar ofreciéndole su perfil menos favorecido.

—He dicho alojamiento. No creo haber mencionado ningún deseo de meterme en una ratonera llena de parientes —dijo con persuasiva malicia.

Croxley se fue. Estaba desconcertado. Primero, Yapp era enviado a Buscott. Ahora, el mismísimo diablo también quería ir allí. ¿Y a qué se refería cuando hablaba de una ratonera llena de parientes? A fin de obtener más informaciones, Croxley telefoneó a todos los hoteles de la zona y pidió dos suites de planta baja, y una garantía de absoluto silencio desde las diez de la noche hasta las nueve de la mañana, más servicio de habitaciones para toda la noche, y el compromiso de que el chef estaría de guardia las veinticuatro horas del día. Armado con siete

negativas indignadas, volvió a la oficina de Lord Petrefact.

—No hay habitaciones en ningún hotel —dijo con fingida decepción—. A no ser que acepte usted instalarse en una pensión.

Lord Petrefact emitió varios ruidos incomprensibles.

—Ya me imaginaba que no querría usted ir a una pensión, pero es lo único que hay.

—Pero si ese pueblo es el culo del mundo. ¿Dónde ha preguntado?

Croxley le dejó sobre el escritorio la lista de hoteles. Lord Petrefact le echó una ojeada.

—¿No somos dueños de ninguno de estos hoteles? —preguntó.

—La familia posee…

—No me refería a ellos. Me refería a mí.

Croxley negó con la cabeza.

—Pues no. Si hubiera dicho en Bornemouth…

—No he dicho en Bornemouth, joder. He dicho Buscott, que está a muchos kilómetros de distancia. Bueno, ¿y dónde demonios podemos meternos?

—¿En la ratonera? —insinuó Croxley, provocando una nueva subida de la presión arterial en Lord Petrefact—. En fin, como último recurso, siempre queda la casa de Mr. Osbert.

Lord Petrefact se tomó el pulso.

—Sí, para que me muera de una pulmonía antes de veinticuatro horas —aulló por fin, cuando bajó a ciento treinta pulsaciones—. Ese patán es tan absolutamente medieval que ni siquiera ha oído hablar de calefacciones centrales, y cuando le hablan de camas calientes sólo piensa en un lecho que tenga un lebrel entre las sábanas. No piense ni por un momento, Croxley, que voy a meterme en la cama con un lebrel.

—En ese caso, sólo puedo sugerirle que vaya a casa de Miss Emmelia. Por muchas desventajas que tenga, ella hará lo posible para que se sienta usted cómodo.

Lord Petrefact no estaba muy seguro de que fuera a ser así, pero no manifestó sus dudas.

—Esperemos que sí —dijo—. En cualquier caso, quizá podamos resolver el asunto en un solo día.

—¿Puedo preguntarle de qué asunto se trata?

Otro paroxismo puso fin a la discusión, y Croxley se apresuró a salir y organizar el viaje.

Y así fue como, aquel sábado, los ilustremente oscuros Petrefact se reunieron en la casa familiar de Buscott para hacerle frente a una crisis que en realidad ya había concluido. Pero ellos no llegarían a enterarse hasta más tarde. Yapp tenía por delante todo el fin de semana para reflexionar sobre el peso que tendría ante un jurado las pruebas circunstanciales que le inculpaban, y el inspector Garnet no tenía ninguna prisa.

—Tómese todo el tiempo que necesite —le dijo a Mr. Rubicond, que por fin había conseguido descubrir en dónde estaba detenido su cliente—. Si le cuenta lo mismo que me ha contado a mí, tendrá usted graves problemas de conciencia como ese tipo decida declararse inocente. Su única posibilidad está en decir que es culpable, pero que está loco.

Dos horas más tarde Mr. Rubicond compartía la opinión del detective. Yapp seguía empeñado en afirmar que le habían tendido una trampa, y que le habían metido el muerto en su coche. Y aseguraba que todo aquello lo habían organizado nada más ni nada menos que los Petrefact.

—No bromee, hombre —le dijo Mr. Rubicond—. Ningún juez que esté en sus cabales creerá que Lord Petrefact le contrató para que escribiese la historia de la familia, y que luego le tendieron la trampa del asesinato del enano para impedirle que llegase a escribir esa historia. Si las cosas fueran como usted dice, y le juro que no estoy dispuesto a creerme una hipótesis tan fantástica, si los Petrefact hubieran estado dispuestos a tomar medidas tan extraordinarias como las que dice usted, ¿podría explicarme por qué demonios tenían que asesinar a Willy Coppett, cuando era mucho más eficaz asesinarle directamente a usted?

—Sólo querían desacreditarme —dijo Yapp—. Los capitalistas son muy enrevesados.

—Mire, quizá lo sean, pero, hablando de la posibilidad de que alguien pueda desacreditarle, le confesaré que usted mismo se las ha arreglado solito muy bien. ¿No le dije que no dijese nada?

—Todo lo que he dicho es verdad. Lo único que ocurrió es lo que le he contado.

—Es posible, pero no sé por qué tuvo usted que contarlo todo. Por ejemplo, ¿a qué viene lo de explicarle a la policía eso de que eyaculó en el coche porque Mrs. Coppett le dio un beso? De todas las indiscreciones increíbles con las que me he topado, ésta… No encuentro palabras. Le ha entregado usted en bandeja al fiscal todo lo que necesitaba para acusarle, incluido el motivo.

—Pero tenía que explicar por qué me metí en esa arboleda. Tenía que darles alguna buena razón.

—Eso de tener que quitarse unos calzoncillos sucios me parece que no es precisamente una buena razón. Más bien es una malísima razón. ¿Por qué no se

los quitó en el coche?

—Ya se lo he dicho. Había mucho tránsito en esa carretera a aquella hora, y, además, tengo las piernas bastante largas y no me los hubiera podido quitar en un espacio tan reducido.

—Así que decidió usted encaramarse a una verja con alambre de espino en su parte superior, se cortó allí las manos, cruzó luego un sembrado, y se pasó las dos siguientes horas sentado bajo un abeto, con los calzoncillos en la mano, esperando a que dejara de llover, ¿no?

—Exacto —dijo Yapp.

—Y como, cuando llegó de regreso a casa de los Coppett, llevaba puesta una camisa que, según el inspector, estaba manchada de la sangre de Mr. Coppett, debemos suponer que durante el rato que usted dice que se pasó en la arboleda alguien metió el cadáver del difunto en el portamaletas de su coche. ¿Cierto?

—Imagino que debió de ser así.

—Pero no se acuerda usted de en qué lugar estaba ese bosque, ¿no?

—Estoy casi seguro de que podría reconocerlo si se me permitiera dar una vuelta en coche por los alrededores del pueblo.

Mr. Rubicond miró dudoso a su cliente y se preguntó si estaba en sus cabales. Había una cosa acerca de la cual no vacilaba: cuando llegara el día de la vista oral trataría de conseguir que su cliente no llegara a ser llamado como testigo. El muy necio parecía decidido a condenarse a sí mismo con todas y cada una de las palabras que pronunciaba.

—Me parece que la policía no le va a conceder tanta libertad en unas circunstancias como éstas —dijo—. No obstante, si quiere, puedo pedírselo al inspector.

Y, ante la gran sorpresa del abogado, el inspector le concedió la autorización que le solicitaba.

—Aunque sólo sea la mitad de tonto de lo que hasta ahora parece ser, seguro que nos conducirá al lugar exacto del crimen, y allí encontraremos el arma homicida —le comentó el inspector al sargento tras haber dado el permiso.

Durante dos horas, Yapp estuvo sentado en un coche patrulla, entre el inspector y Mr. Rubicond, y se dedicaron a dar vueltas por las carreteras secundarias que rodeaban Buscott, deteniéndose cada dos por tres para observar las puertas y verjas.

—Era en una colina —dijo Yapp—. Los faros de los coches me daban en los ojos.

—Eso también ocurre en terreno llano —dijo el inspector—. Cuando paró el coche, ¿iba cuesta abajo o cuesta arriba?

—Abajo. La verja estaba a la izquierda.

—¿Y no podría decirnos cuántos kilómetros recorrió antes de pararse?

—Lo siento, pero no. En aquellos momentos me sentía muy desdichado y tenía la cabeza puesta en otras cosas —dijo Yapp, mirando con desesperación un paisaje que le parecía absolutamente desconocido, en parte debido a que estaban subiendo la cuesta por la que él había bajado. Fuera como fuese, a consecuencia de los días en que tuvo que guardar cama, y sobre todo de los horrores que había sufrido durante las últimas treinta y seis horas, aquella terrible noche parecía encontrarse ahora a muchos años de distancia, y sus recuerdos de la zona se habían borrado. Es más, sus experiencias habían hecho que el paisaje perdiera todas sus connotaciones románticamente trágicas. Ahora parecía simplemente un escenario criminal y predatorio.

—Pues sí que nos ha servido de mucho —dijo el inspector una vez de vuelta en la comisaría, y con Yapp encerrado de nuevo en su celda—. De todas maneras, no podrá decir que nos hemos negado a cooperar con usted.

Mr. Rubicond tuvo que asentir a sus palabras. Parte de las tareas rutinarias de su oficio consistía en acusar a la policía de brutalidad y de haber negado sus derechos a sus clientes, pero en esta ocasión todos los agentes estaban actuando con una desconcertante rectitud en la que el abogado encontró una confirmación para sus sospechas: no cabía duda de que Yapp era, efectivamente, un asesino. Los policías se mostraron incluso dispuestos a permitirle presenciar el *post-mortem*, un privilegio al que con mucho gusto hubiera renunciado.

—Golpeado en la cabeza con el clásico instrumento contundente, y luego rematado con varias puñaladas en el estómago —dijo el médico forense.

—¿Algún dato que permita deducir cuál fue el instrumento?

El médico hizo un gesto negativo con la cabeza. El recorrido realizado río abajo por el cadáver de Willy había borrado todas las pruebas de que había sido atropellado por un tractor. Hasta sus botitas habían sido limpiadas de todo barro por el agua.

—Bien, ya ve, Mr. Rubicond, cómo están las cosas. Si su cliente está dispuesto a hacer una confesión completa, no me extrañaría que pudiera salirse de ésta con una sentencia más leve que si se empeña en negar su participación en los hechos. Pero Mr. Rubicond no pensaba dejarse camelar tan fácilmente. Tenía que considerar sus propios intereses. No era tan frecuente que un catedrático universitario asesinara a un enano; el juicio tendría sin duda mucha publicidad; y Walden Yapp era, además, una personalidad muy conocida, y apreciadísima en los círculos progresistas que no habían tenido aún la oportunidad de conocerle en persona; también debía de ser una persona bastante rica, y un juicio prolongado, seguido de la subsiguiente apelación, podía resultar para su abogado un negocio

muy provechoso.

—Estoy convencido de su inocencia —dijo, bastante animado, y se fue de la comisaría. El inspector Garnet se sentía tan entusiasmado como él, pero por otras razones.

—No quiero —les dijo a los miembros de sus equipo— que me estropeéis la buena marcha de este caso con ningún error. Tratad al profesor Yapp con la máxima consideración. No vayáis a confundirle con un rufián de poca monta. Y no pienso tolerar que nadie le diga a la prensa que hemos maltratado a ese cerdo. Cuidádmelo bien.

En el mostrador del Horse and Barge dominaban unos sentimientos muy diferentes.

—No tendrían que haber suprimido la pena de muerte —dijo Mr. Groce, que se mostraba especialmente agraviado por la desaparición de Willy. Se había quedado sin nadie que le ayudara a lavar y secar las jarras. Mr. Parmiter opinaba lo mismo que él, pero desde otra perspectiva.

—Nunca me pareció bien que Mr. Frederick defendiera el derecho que le asistía a Willy a emplear su jodido cuchillo de carnicero para vengarse del tipo ése que andaba ligándose a su Rosie. No me extrañaría que todo empezara porque Willy se lanzó a por él, y que el otro le ganara por la mano.

—Supongo que tendrás que ir como testigo, porque el coche te lo alquiló a ti.

—También tendrás que ir tú a declarar. Seguro que fuiste la última persona que vio a Willy con vida, con la sola excepción del asesino, claro.

Mr. Groce reflexionó sobre esa posibilidad mientras Mr. Parmiter reflexionaba sobre la posibilidad de que la policía le pidiera sus libros mayores, no muy limpios, como prueba.

—Que me muera si voy a mencionar las amenazas de Willy —dijo por fin Mr. Groce—. Sería darle a ese bastardo una oportunidad de decir que lo hizo en defensa propia.

—Cierto. Por otro lado, Willy dijo que había visto a Rosie besándose con ese tipo. Eso se sabe.

—Cuanto menos digamos, mejor nos irá. No pienso abrir la boca para permitir que ese Yapp se libre de la condena. Si alguna vez ha habido alguien que mereciese balancearse del extremo de una cuerda, ese alguien es él.

—Y tampoco tengo intención de complicar a Mr. Frederick en todo este asunto —dijo Mr. Parmiter. Y al final acordaron no decir nada y dejar que la

justicia siguiera su simple curso.

22

Cuando le llevaban a Buscott, Lord Petrefact se encontraba de buenísimo humor. Antes de irse de Londres había puesto el punto final a un arreglo entre dos de sus empresas subsidiarias, la Petreclog del Calzado, de Leicester, y la Empresa Estatal Brasileña de Productos Cárnicos, por medio del cual confiaba en que sus obreros de Leicester comprendieran lo poco que les convenía seguir exigiendo un aumento salarial del treinta por ciento, mientras que, al mismo tiempo, transferiría la fábrica de zapatos a Brasil, en donde, con el respaldo del gobierno local, pagaría a los obreros brasileños una cuarta parte de lo que ganaban los ingleses.

—Un movimiento espléndido, sencillamente espléndido —le dijo a Croxley, con terminología de maestro de ajedrez, mientras el coche fúnebre reconvertido, seguido por la ambulancia de la UVI, cuyos miembros se entretenían jugando al palé, se deslizaba por la autopista.

—Como usted diga —comentó Croxley, que siempre que viajaba, de forma tan prematura, en un coche fúnebre, se ponía nerviosísimo—, pero lo que sigo sin entender es por qué razón ha querido usted ir a Buscott. Siempre ha dicho que es un lugar que detesta con toda el alma.

—¿Buscott? ¿De qué diablos está hablando, Croxley? Yo me refería al asunto brasileño.

—Sí, un asunto que seguro que va a aumentar la popularidad de que usted goza en Leicester.

—Así aprenderán esos cerdos a no entrometerse en los negocios de los demás —dijo Lord Petrefact, encantado de su maniobra—. De todos modos, no hay que olvidar que con este traslado estaré ayudando a que un país subdesarrollado pueda mantenerse en pie por sí solo.

—Sí, y calzado con zapatos Petreclog.

Pero Lord Petrefact estaba demasiado encantado consigo mismo para ponerse a discutir con su secretario.

—En cuanto a lo de Buscott, todos tenemos una deuda con nuestra familia. La sangre tira mucho, no sé si lo sabe.

Croxley dudó de que ésa fuera la razón del paso que estaba dando su jefe. En el caso de Lord Petrefact, la sangre jamás había tirado de él, y, a juzgar por lo que conocía de su actitud al respecto, este viaje parecía destinado a provocar una pelea de las de aúpa.

Pero cuando por fin llegaron a la casa familiar de Buscott sólo encontraron un montón de coches que casi cerraban el paso de la avenida, y ni un solo pariente por ningún lado.

—Miss Emmelia se los ha llevado a ver la fábrica —le explicó Annie a Croxley, que se había acercado a llamar al timbre.

—¿A ver la fábrica? —dijo Lord Petrefact cuando recibió la noticia—. ¿Para qué diablos?

—Quizá para mostrarles esos tejidos de moda étnica que producen ahí —dijo Croxley.

Lord Petrefact hizo un ruido despectivo. Había ido a Buscott para tratar de las investigaciones que Yapp iba a realizar en torno al pasado de la familia, y no para hacer una visita con cicerone por la maldita fábrica.

—Maldito si pienso moverme de aquí antes de que regresen —dijo tercamente—. Ya he visto esa fábrica más veces de las que yo quisiera.

Por una vez, y sin que sirviera de precedente, su opinión era compartida por los Petrefact que se habían congregado en la fábrica de fetiches. Emmelia les había demostrado de forma concluyente que había que evitar la publicidad a toda costa. Al juez le habían afectado especialmente los artilugios para uso de homosexuales. Era un hombre que desde hacía mucho tiempo consideraba que los maricas eran delincuentes congénitos a los que había que castigar en la misma cuna para luego, en cuanto fuera legalmente posible, sentenciarles a penas de trabajos forzosos para toda su vida. De modo que sólo le faltó ver aquello. Se puso tan furiosísimo que hubo que llevarle al despacho de Frederick y servirle varias copas seguidas de coñac. Aun así, se negó a continuar la visita con los demás.

Emmelia condujo al resto a los consoladores. Aquí, el general de brigada, que no acabó de enterarse de la utilización erótica de los anteriores artículos gracias a que su conocimiento de los atributos sexuales se limitaba a los de los bichos que utilizaba para sus monstruosos cruces, no tuvo más remedio que reconocer lo que tenía ante sus ojos.

—¡Es monstruoso, absolutamente monstruoso! —exclamó, debido sin duda a que su orgullo se había sentido herido al establecer cierta comparación de tamaño—. Ni siquiera los tigres de Bengala tienen una…, bueno, un…, en fin…, una cosa de semejantes proporciones. Con un aparato así podrían hacerse verdaderas salvajadas. Por otro lado, ¿podría alguien decirme a quién le puede interesar que un artilugio así ande colgando por su casa?

—Te sorprendería el número de personas que… —dijo Fiona, que montó a continuación en cólera porque comenzó a ver los cinturones de castidad—. Eso es un escándalo. Esperar que alguien vaya por ahí con ese instrumento de tortura clitoridiana es un verdadero insulto a la feminidad moderna.

—Según parece —le explicó Emmelia—, se los venden a los hombres.

—Ah, en ese caso la cosa cambia —dijo Fiona, provocando en Osbert un paroxismo de alarma—. Hay que contener como sea a los varones.

—¿Contener, dices? —chilló Osbert—. Estás loca. Si un hombre se pusiera eso y saliera de caza, seguro que se quedaría enganchado en la primera valla que pretendiera saltar.

Los Van der Fleet Petrefact, que se habían quedado un poco rezagados, estaban observando los Agitadores Termales con Variaciones Enemáticas, y creían que se trataba de una especie de extintores de incendios de uso individual, pero una inspección más detenida de esos aparatos les convenció de que no servían precisamente para eso. Cuando Emmelia les llevó finalmente al Departamento de Cadenas y Sujeciones diversas, estaban todos absolutamente descorazonados.

La única que mantenía cierta calma era Fiona, gracias a sus ideas de Poder Femenino y Tolerancia Sexual.

—Al fin y al cabo, todo el mundo tiene derecho a encontrar su propia satisfacción sexual a su modo —repitió varias veces, y luego, sin darse cuenta de lo irónicas que eran sus palabras ante todas aquellas mordazas, esposas, camisas de fuerza y demás, dijo que la sociedad no tenía ningún derecho a constreñir a los individuos.

—Deja de decir eso de constreñir continuamente —comentó Osbert con una voz quejumbrosa. Seguía obsesionado pensando en las consecuencias que podía tener el uso de un Cinturón de Castidad para Hombres durante una cacería.

—Y olvídate de los derechos de los individuos que están dispuestos a ponerse uno de esos colgajos tan tremendos —rugió el general de brigada, cogiendo con evidente placer un magnífico látigo—. Voy a buscar a ese Cuddlybey, el condenado gerente, y le voy a arrancar la piel a tiras. Tiene que haberse vuelto loco para cambiar la fábrica hasta este punto…

—Ni lo sueñes —le interrumpió Emmelia—. Además, no creo que

consiguieras tu propósito. Mr. Cuddlybey se retiró hace catorce años y murió el pasado agosto.

—Pues ha tenido suerte. Porque como le pillara…

—Si en lugar de concentrarte tanto en esos malditos cruces tuyos te hubieses interesado un poco más en los asuntos de la familia, te habrías enterado de estos cambios.

—Entonces, ¿de quién depende ahora la fábrica? —preguntó Osbert. Durante un momento, Emmelia dudó. Pero fue sólo un momento.

—De mí —declaró. El grupo la miró horrorizado.

—¿Quieres decir que…? —balbuceó el general de brigada.

—No diré ni una sola palabra más hasta que haya llegado Ronald.

—¿Ronald?

—Por favor, Osbert, hazme el condenado favor de no ir repitiendo las cosas. He dicho Ronald y me refería a Ronald. Bien, vamos a ver si Purbeck se ha recobrado lo suficiente como para hablar con un poco de coherencia.

Todos ellos regresaron al despacho, en donde el juez, tras haber tomado unas cuantas pastillas con la última copa de coñac, estaba disfrutando de la lectura y visión del catálogo. Su problema no era la coherencia.

—¡El Kit Sodomita Hágaselo-Usted-Mismo! —le estaba gritando al cada vez más acobardado Frederick—. ¿Te das cuenta de que has colocado en el mercado un accesorio para un acto delictivo que merece ser sentenciado con la muerte?

—¿Muerte? —dijo Frederick, tembloroso—. ¿No te parece que es una actividad permitida por la ley, en la medida en que la lleven a cabo dos adultos de forma voluntaria?

—¿Voluntaria? ¿Cómo que voluntaria? Ni el más depravado, perverso, sadomasoquista, perverso, perverso…

—Ya lo has dicho tres veces, tío —dijo Frederick, demostrando una gran valentía.

—¿Qué es lo que he repetido?

—Perverso.

—Y lo diría tres veces más, so pícaro. De hecho, tendría que seguir repitiéndolo. Ni el más perverso, *an infinitum* perverso del mundo, ni el más cerdoguarroperverso del universo toleraría que le metieran ese aparato tan diabólico por su esfínter…

—Bravo, bravo —dijo Osbert con verdadero entusiasmo. El juez, muy lívido, se volvió hacia él.

—Y no me hace ninguna falta oír tus comentarios, Osbert. Siempre he sospechado que eras un poco raro, sobre todo desde que me metiste en la cama

aquella comadreja que me miraba con sus ojos rosados, y que llevaba una lata atada a la cola…

—Jamás he hecho nada de eso. En cualquier caso, te habría metido un hurón.

—Fuera lo que fuese…

—Me parece que sería oportuno que nos olvidáramos del pasado y nos enfrentáramos al presente —intervino Emmelia—. La cuestión que debemos plantearnos es: ¿qué hacemos con Ronald?

El juez volvió hacia ella sus ojos rosados:

—¿Ronald? ¿Qué tiene que ver Ronald con estos diabólicos artículos?

—Todos sabemos que envió a ese profesor Yapp a Buscott para que, al menos en apariencia, investigara la historia de la familia.

El juez ingirió una nueva pastilla.

—¿Crees tú que Ronald está enterado de…, de todo esto? —graznó.

—No puedo estar segura. Pero la cuestión es que como Yapp, ese ser tan diabólico, siga llevando a cabo sus investigaciones, podría acabar enterándose.

Un silencio atemorizado se cernió sobre el grupo familiar, interrumpido solamente por el estrépito que estaba armando Mrs. Van der Fleet Petrefact, que se había caído en la vacía chimenea y derribado de paso todos los utensilios del hogar. Su esposo no le hizo el menor caso.

—Siendo así, hay que impedir que lo averigüe —dijo por fin el juez.

—Desde luego. Estoy completamente de acuerdo —dijo el general de brigada, y hubiera seguido repitiendo la frase de no ser porque recibió una mirada asesina de su hermano.

—Eso es muy fácil de decir, y más difícil de hacer —prosiguió Emmelia—. Ese tipo ya ha tratado de entrar en la fábrica, y también ha pedido los papeles y documentos de la familia, para estudiarlos. Naturalmente, no di mi consentimiento.

Esta vez fue Emmelia la que recibió el impacto de la furia del juez:

—¿Qué no diste tu consentimiento para que viera los documentos familiares, cuando eso podría haberle hecho apartar la vista de la fábrica? —preguntó, alzando en una mano el ominoso catálogo—. La verdad, me parece una decisión muy extraña. Extrañísima.

—Piensa en el escándalo que podría producirse —dijo Emmelia—. Una historia en profundidad de la familia revelaría…

—No revelaría nada, en comparación con esto —aulló el juez—. Como este tipo se entere de que somos propietarios de…, bueno, de como queráis llamar a esto, vamos a ser el hazmerreír, y hasta algo peor, de todo el mundo. Seremos contemplados como la hez de la sociedad. Tendré que dimitir, abandonar la

judicatura, y este embrollo tendrá consecuencias incalculables.

De nuevo reinó el silencio en el despacho.

—Sigo pensando que… —comenzó a decir Emmelia, pero una descarga cerrada de palabras la acalló.

—Has permitido que este repugnante jovenzuelo fabricase esas…, esas cosas repugnantes —rugió el juez—. Para mí, tú eres la responsable de la espantosa situación en la que nos encontramos.

El general de brigada y Mr. Van der Flett Petrefact, y hasta Osbert y Fiona, se volvieron hacia Emmelia. Ella permanecía sentada en una silla, casi sin hacerles caso. La familia que ella había estando protegiendo durante tantos años estaba ahora abandonándola.

—De acuerdo —dijo por fin, cuando los insultos comenzaron a cesar—. Acepto la responsabilidad. Decidme, pues, ¿qué tengo que hacer?

—Es obvio, absolutamente obvio. Dale a ese profesor los documentos de los Petrefact. Deja que escriba su historia de la familia.

—¿Y Ronald? Seguro que a esta hora ya habrá llegado.

—¿Adónde?

—A la casa. Recuerda que también le he invitado a él.

El juez pronunció su veredicto:

—La única conclusión que puedo sacar de todo esto es que tienes que haberte vuelto loca.

—Es posible —dijo Emmelia con tristeza—. Pero ¿qué vamos a decirle?

—No le diremos absolutamente nada acerca de esto.

—¿Y sobre la familia? ¿Todo?

—Exacto. Tenemos que distraerle en la medida de lo posible. Y os aconsejo que le tratéis con el mayor respeto. Recordad que tiene en sus manos la posibilidad de destruir todo nuestro futuro.

Y, dicho esto, el juez se puso en pie, avanzó tambalante hacia la puerta, y salió. Los demás le siguieron. Sólo Emmelia permaneció sentada, llorando con nostalgia aquel oscuro pasado que sus parientes estaban dispuestos a destruir a fin de salvar su propio presente. Oyó a Osbert que, ya en el patio, le decía al general de brigada que le volviese a contar la historia de la tía abuela Georgette y el agregado naval japonés.

—Estoy seguro de que fue a través de esa relación como el tío Oswald consiguió el contrato del dique flotante…

Su voz se alejó hasta hacerse inaudible. Seguro que pensaban recordarle a Ronald todos y cada uno de los antiguos escándalos familiares, con tal de asegurarse de que no se enteraba de cuáles eran los artículos que producía ahora la fábrica de Buscott. Durante unos instantes Emmelia tuvo la tentación de

desafiarles a todos y de llevarle a Ronald una copia del catálogo inventado por su propio hijo, para luego desafiarle a que se atreviera a seguir adelante con su proyecto de hacer que escribiesen la historia de la familia. Seguro que, en cuando viera el contenido del catálogo, cambiaría de opinión. Por fin, Emmelia se puso en pie y siguió a sus parientes.

—Prefiero ir a pie —les dijo—. Necesito respirar aire fresco. Y creo que sería mejor que Frederick no subiera a la casa.

Pero Frederick ya había decidido hacer precisamente eso, y a estas horas se encontraba en el bar del Club, pidiendo un whisky triple.

Mientras los demás subían a la casa en el viejo Daimler, Emmelia cruzó la verja de la fábrica y salió a la calle. Hacía mucho tiempo que no paseaba por el pueblo un sábado por la tarde. Sus dominios se reducían desde siempre al jardín, y Buscott no era más que una extensión de ese jardín, pero, al mismo tiempo, el punto de partida de ese ancho mundo que durante tantos años Emmelia había evitado. Sus ocasionales visitas al veterinario las había hecho en coche, mientras que sus paseos nocturnos siempre la llevaban en dirección opuesta al pueblo, hacia los campos. Solía pensar que conocía el pueblo por la sencilla razón de que le llegaban todas las habladurías que circulaban por él, pero esta tarde, consciente de que había sido abandonada por sus parientes, vio Buscott con otros ojos. Los edificios seguían siendo los mismos, agradables, con confortables interiores insinuados a través de sus ventanas; y las tiendas eran tal como ella las recordaba, con la diferencia de que en sus escaparates aparecía una sorprendentemente amplia gama de artículos. De todos modos, hubo algo que le pareció extraño y casi irreconocible en aquellas calles. Hizo una pausa ante la tienda de Cleete, el centro de horticultura, y estudió su oferta de bulbos para el otoño, y se vio reflejada en el cristal. La imagen le produjo un sobresalto. Porque había tenido la sensación de que Ronald estaba mirándola. Pero no era Ronald Petrefact, el lord de la familia, que ahora no podía moverse de su silla de ruedas, sino el antiguo Ronald de hacía veinte años. Emmelia estudió el reflejo sin vanidad y dedujo de él una cosa. Quizá Ronald no fuera una buena persona —y las dudas al respecto eran mínimas—, pero ¿y ella? ¿Acertaba cuando pensaba, como siempre, que ella *sí* lo era? ¿Había estado engañándose?

Se quedó un momento pegada al escaparate mientras sus pensamientos se volvían hacia su interior, hacia el núcleo mismo de lo que sabía de su persona. No era precisamente un ser encantador. La sangre de aquellos despreciables Petrefact, a los que ella había dotado románticamente de virtudes que jamás

llegaron a poseer, fluía también a través de sus venas, tan implacablemente como en las de todos ellos, y como en las de su hermano. Durante sesenta años había estado subyugado su propia naturaleza a fin de mantener bien alta su reputación y conservar la aprobación del mundo en general, un mundo por el que sólo sentía desprecio. Era como si hubiese seguido siendo siempre la niña pequeña que no quería disgustar a sus papás ni a su niñera.

Ahora, con sesenta años, reconocía por fin a la mujer que en realidad era. Como para subrayar el vacío de los años dejados atrás, vio la imagen reflejada de una mujer joven que empujaba un cochecito con un crío, y esa imagen se fundió con la suya propia para después reaparecer al otro lado. Emmelia dio media vuelta, furiosísima, embargada por unos sentimientos que estaba experimentando por vez primera en su vida. La hipocresía le había arrebatado su propia vida. Se sentía estafada. A partir de ahora pensaba utilizar a fondo todas esas dotes de malicia que poseía por derecho desde la cuna.

Cruzó, con pasos más firmes, la calle en dirección a New House Lane, y estaba a punto de comenzar la ascensión hacia su casa cuando por el rabillo del ojo vio el cartel que colgaba delante de la tienda que vendía periódicos. El cartel anunciaba así los titulares del día: CATEDRÁTICO ACUSADO DE HOMICIDIO. TODA LA INFORMACIÓN.

Por tercera vez en aquella misma tarde Emmelia tuvo el conocimiento de que le estaba ocurriendo alguna cosa extraordinaria.

Entró en la tienda, compró la *Bushampton Gazette*, y leyó el reportaje completo en la misma acera. Cuando lo terminó, su nueva actitud estaba confirmada. Comenzó a caminar a grandes zancadas hacia su casa, y se sintió exultante, disfrutando de la libertad que produce la malicia.

23

No era la única persona que se sentía extraña. Para Lord Petrefact, las cosas habían cambiado manifiestamente. Había pasado felizmente una hora, esperando el regreso de sus parientes, y obsequiando a Croxley con repugnantes y odiosos recuerdos de su malcriada infancia y sus vacaciones en aquella casa. Le contó que le había pegado un tiro a uno de los ayudantes de jardinero, con una escopeta de aire comprimido, mientras el pobre blanco estaba agachado sobre unas cebollas, y luego que fue en el estanque de esa misma casa donde, por primera vez en su vida, ahogó a un pequinés, un ejemplar que era el favorito de su tía.

Pero luego llegó la familia. Lord Petrefact les miró a todos con su expresión más repulsiva, y se llevó una sorpresa cuando se encontró con que no le respondían con el mismo desprecio.

—Querido Ronald, cuánto me alegro de encontrarte con tan buen aspecto —le dijo el juez, con una alegría que parecía estar mostrando por vez primera en su vida. Y antes de que Lord Petrefact hubiera podido recobrarse de la conmoción, comenzó a sentirse abrumado por los casi alarmantes buenos tratos de que estaba siendo objeto por parte de todos. Osbert, que en más de una ocasión había declarado que estaría dispuesto a matarle personalmente, le dirigía ahora una mirada resplandeciente.

—Qué magnífica idea has tenido con lo de encargar que escriban la historia de la familia —dijo sonriente—. Me extraña que no se le hubiera ocurrido antes a alguien.

Incluso Randle irradiaba una buena voluntad que en general reservaba para sus tratos con los bichos de su granja de monstruos.

—Eres la imagen misma de la salud, Ronald, te lo aseguro —murmuró Randle. Mientras, Fiona, reprimiendo la repugnancia que le inspiraban los hombres, le dio un beso en la mejilla. Durante un terrible momento Lord Petrefact sólo pudo deducir que se encontraba mucho más enfermo de lo que se

imaginaba, y que aquella asombrosa cordialidad anunciaba su conocimiento de que pronto estaría enterrado. Mientras ellos daban vueltas a su alrededor y Croxley empujaba la silla de ruedas hacia la sala, Lord Petrefact hizo acopio de todo su odio y les gritó:

—No me encuentro bien, en absoluto. De hecho, estoy muy mal de salud, pero os aseguro que no pienso morirme en el momento en que a vosotros os convenga. Me interesa mucho eso de la historia de la familia, y resistiré lo que haga falta.

—También nos interesa muchísimo a nosotros —dijo el juez—. Te lo aseguro.

Un murmullo de confirmación de sus palabras brotó de todas las gargantas del grupo. Lord Petrefact se pasó su seca lengua por los labios. Esa aceptación era lo último que jamás se hubiera podido esperar. Y lo que menos hubiera deseado.

—¿Y no os importa que la escriba el profesor Yapp?

Por un instante, a Lord Petrefact le pareció captar cierta vacilación, pero el juez dio al traste con todas sus esperanzas:

—Tengo entendido que es uno de esos radicales —dijo—. Pero seguro que sólo es un perro ladrador.

Lord Petrefact tenía ahora la misma opinión. Si la presencia de Yapp en Buscott no había producido más resultado que esta extrañísima amabilidad por parte de sus parientes, seguro que era muy poco mordedor.

—¿Y os parece bien a todos que se le autorice pleno acceso a los documentos familiares?

—De otro modo no podría escribir bien el libro, me parece —dijo Randle —. Y no me extrañaría que fuese un libro que se vendiese bastante. Ahora mismo estaba Osbert recordándome la estratagema que utilizó el tío Oswald para conseguir que los japoneses le dieran a él el contrato de aquel dique flotante. Al parecer, convenció a tía Georgette de que se metiera una noche en la habitación de un japonés, cuando volvía del retrete, y…

Lord Petrefact escuchó el relato con cierta ansiedad. Si Randle estaba dispuesto a que se publicaran cosas como ésta, también estaría dispuesto a que saliera a la luz cualquier otra cosa. De nuevo tuvo la sospecha de que estaban arrinconándole.

—¿Y qué me decís de esa propensión que tenía Simeón Petrefact por las cabras? —preguntó, tratando de tantear el estado de ánimo de la familia recordándoles a todos lo más repugnante que pudo recordar en ese momento.

—A mí me contaron que le tentaban mucho más si estaban muertas —dijo Osbert—. Todavía calientes, pero muertas.

Lord Petrefact le miró boquiabierto, y los nudillos con los que se sujetaba a los brazos de la silla de ruedas se le empalidecieron. Algo horrible estaba ocurriendo. Y si no era eso, estaban tomándole el pelo porque confiaban en que la grosera historia de Yapp no llegaría a ser publicada jamás. Pero muy pronto frustraría esa confianza.

—Bien, pues. Ya que todos estáis de acuerdo, lo más adecuado sería, seguramente, preparar un nuevo contrato para el profesor Yapp, un contrato en el que la familia entera apareciese como firmante, y en el que cada uno de vosotros le concediera libre acceso a cualquier documento o información que solicite.

Volvió a observarles, esperando ver algún signo de oposición, pero el juez seguía sonriendo jovialmente, y los demás parecían tan tranquilos como hasta entonces.

—Bien, Purbeck, ¿qué me dices? —preguntó Lord Petrefact bruscamente, a modo de respuesta a esa sonrisa imperturbable. Pero la voz que le contestó era de otro pariente.

—Querido Ronald, dudo mucho que el profesor Yapp vaya a poder continuar sus investigaciones sobre la historia de la familia.

Lord Petrefact volvió lívidamente la cabeza y contempló a Emmelia, que acababa de pisar el umbral. Al igual que los demás, le miraba con una sonrisa en los labios, pero ésta no era una sonrisa bienintencionada como las otras; era más bien triunfal y malévola.

—¿Qué diablos quieres decir? —contestó Lord Petrefact en el tono y la actitud más amenazadores que fue capaz de mostrar dado lo contorsionado de su postura.

Emmelia guardó silencio. Permaneció en el mismo lugar, sonriendo y emanando una compostura que, a su modo, era más amenazadora incluso que la bienvenida del resto de la familia.

—Contesta de una vez, maldita sea —gritó Lord Petrefact. Luego, incapaz de mantener la torsión de su cabeza sobre su hombro izquierdo por más tiempo se volvió hacia el juez. La expresión de Purbeck tampoco aclaraba nada. Miraba a Emmelia tan sorprendido como él mismo. Y también los demás parecían estar muy desconcertados.

Fue el general de brigada quien repitió la pregunta en su nombre:

—Esto… Bueno… ¿Qué quieres decir?

Pero Emmelia no pensaba dejarse seducir tan fácilmente. Cruzó la estancia hasta uno de los timbres, y tiró de él.

—Yo creo que lo mejor sería pedirle a Annie que nos sirviera el té —dijo, y se sentó con la actitud de quien controla plenamente una reunión social de poca importancia—. Es de agradecer que hayas venido, Ronald. Sin ti nos hubiésemos

sentido muy solos. Ah, Annie, sírvenos el té aquí mismo. A no ser… —Hizo una pausa y miró a Lord Petrefact—. A no ser que prefieras alguna cosa un poquitín más fuerte…

—¿Y por qué diablos voy a quererlo? Sabes muy bien, por todos los infiernos, que los médicos no me permiten…

—Entonces, Annie, un té, simplemente —le interrumpió Emmelia, y luego prosiguió, recostada en la butaca—: Es terrible, nunca me acuerdo de tus múltiples dolencias, querido Ronald. Y no es de extrañar. Para ser un octogenario, tiene un aspecto muy juvenil.

—Qué coño de octogenario ni… —comenzó a decir Lord Petrefact, mordiendo el anzuelo—. Al cuerno la edad que yo tenga. Lo que quiero saber es por qué se te ha metido en tu dichosa cabezota que el profesor Yapp no va a escribir finalmente la historia de la familia.

—Pues porque, querido Ronald —dijo Emmelia, tras haber saboreado plenamente los efectos de la incertidumbre que había provocado—, porque parece que el profesor… No sé cómo decirlo. Quizá habría que limitarse a decir que tiene en sus manos más tiempo del que…

—¿Tiempo en sus manos? ¿Qué leches estás farfullando? Claro que tiene mucho tiempo en sus manos. No le hubiese contratado si no hubiera sido así.

—No me refiero *exactamente* al tipo de tiempo al que tú te refieres. Creo que en la jerga popular le llaman a eso «tener para rato».

Lord Petrefact la miró con los ojos desorbitados:

—¿Para rato?

—Para un buen rato. Tengo entendido que esa es la expresión que usan los delincuentes cuando alguien es condenado a una pena de prisión bastante prolongada. Purbeck, ¿no se suele decir así?

El juez hizo un vago gesto de asentimiento.

—¿Quieres decir que ese tipo…? —comenzó a decir Randle, pero Emmelia alzó la mano e impuso silencio.

—El profesor Yapp ha sido detenido —dijo, y se alisó la falda, serenamente consciente de que con aquellas palabras estaba haciendo que la presión arterial de Lord Petrefact subiera a la zona de riesgo inminente.

—¿Detenido? —balbuceó Lord Petrefact—. ¿Detenido? ¡Dios mío, seguro que has narcotizado a ese pobre bruto!

Emmelia dejó de sonreír y se volvió hacia él.

—Le acusan de homicidio —dijo secamente—. En cuanto a tu comentario, no sé si sabes que no suelo frecuentar los hipódromos, y que eso de narcotizar a los caballos me parece…

—Me importa un carajo lo que frecuentes o dejes de frecuentar —aulló

Lord Petrefact—. ¿Y quién diablos ha sido asesinado?

—Un enano. Un pobre enano que no le hacía ningún daño a nadie —dijo Emmelia, sacando un pañuelo y frotándose con él los ojos, ironizando sobre lo mal que le había sentado la noticia.

Pero Lord Petrefact estaba tan confuso que ni se fijó. Había retrocedido mentalmente a aquella terrible noche en Fawcett House, cuando Yapp manifestó aquel humanitario interés por cosas que no hubiesen debido preocuparle, por ejemplo, los enanos. ¿Cómo demonios les llamaba aquel patán? Daba igual. Lo que importaba ahora era que el muy chiflado se había cargado a un enano. Porque Lord Petrefact no dudó ni por un instante de su culpabilidad. Al fin y al cabo, aquel cerdo era capaz de provocar el peor caos en donde quiera que fuese, y era precisamente por esta cualidad por lo que él había decidido enviarle a Buscott. Pero un caos enanicida no era lo que él se esperaba. Ahora habría un juicio, y en ese juicio Yapp declararía… Lord Petrefact se estremeció de sólo pensarlo. Una cosa era amenazar a la familia con dar publicidad a todos sus trapos sucios, y otra muy diferente que le acusaran a él de haber enviado a un peligroso asesino de enanos… Apartó de sí estos pensamientos y miró a Emmelia, pero no encontró consuelo alguno en su mirada. De repente, todo encajaba. Ahora comprendía por qué sus parientes se habían mostrado tan acogedores y tan contentos de poder contribuir a la redacción de la historia de familiar. Lord Petrefact abandonó sus aterradas reflexiones y se volvió a los demás familiares.

—Hubiese tenido que sospecharlo —gritó con voz afónica—. ¡Sois la peor pandilla de cerdos traidores que he conocido en mi vida! Pues bien, no creáis que estoy acabado. Todavía no he…

—Pues hazlo de una vez, sea lo que sea —le interrumpió Emmelia secamente—. Es agotador oírte todo el tiempo diciendo bobadas. Además, tú tienes toda la culpa, tú solo. Fuiste tú quien envió a ese Yapp a Buscott. Y lo hiciste sin consultarme. Ni siquiera se lo preguntaste a Purbeck o a Randle…

Esta vez fue Lord Petrefact quien la interrumpió:

—Croxley, llévame al coche. No pienso permanecer aquí ni un minuto más.

—¿Y tu té, Ronald? —preguntó Emmelia adoptando ahora una actitud muy amable—. No celebramos casi nunca reuniones familiares, y me parece que…

Pero Lord Petrefact ya no estaba allí para escuchar sus palabras. Las ruedas de su silla machacaron sonoramente la gravilla, y la familia permaneció en silencio hasta que se oyó la partida del coche fúnebre reconvertido.

—¿Es cierto lo que has dicho, Emmelia? —preguntó el juez.

—Claro que lo es.

Y les mostró el ejemplar de la *Bushampton Gazette* que hasta entonces

había guardado en su bolso. Cuando todos habían leído la noticia, Annie ya les había servido el té.

—Bueno, tengo que admitir que hemos tenido una gran suerte —suspiró el general de brigada—. Eso bastará para frenar a Ronald. Me apostaría mi reputación a que no tiene ni idea de lo que se está cociendo en la fábrica. Nunca le había visto tan encolerizado, como mínimo desde que se enteró de que tía Mildred no le había incluido en su herencia.

—Estoy bastante de acuerdo contigo —dijo el juez—, pero no sólo tenemos que pensar en Ronald. La cuestión es si ese Yapp sabe o no sabe qué es lo que produce la fábrica. Si ese tipo mencionara semejante asunto durante el juicio…

—Yo diría que tú podrías utilizar tu influencia para asegurarte de que no lo hace —dijo Emmelia.

—Sí…, claro… —murmuró el juez—, haré cuanto esté en mi mano. —Tomó un sorbo de té, pensando—. De todos modos, sería muy útil averiguar si ha mencionado la fábrica en su declaración a la policía. ¿No podríamos enterarnos?

Aquella noche, mientras Yapp permanecía en su celda, tratando de extraer de aquel horror y aquel caos alguna doctrina que pudiera explicar los motivos por los que se encontraba allí, para encontrarse solamente con una tesis de espantosa conspiración, los Petrefact, reunidos en torno a la mesa del comedor de New House, pusieron en marcha un proceso tendente a confirmar en la realidad su imaginaria hipótesis.

—Yo hubiera dicho que para ti sería muy fácil averiguar si ese Yapp ha mencionado en su declaración algo referido a lo de la fábrica —dijo el juez, dirigiéndose a Emmelia.

Pero esta vez Emmelia no mostró la menor preocupación por este asunto que tan vidrioso le parecía a su familia.

—Pregúntaselo tú mismo a Frederick. Seguro que le encontrarás en el club de los obreros. A esta hora suele estar allí. En cuanto a mí, ahora mismo iré a acostarme.

—Seguro que está conmocionada por todo lo ocurrido —dijo el general de brigada en cuanto ella se retiró. En cierto sentido tenía razón. La conmoción que sintió Emmelia al sentirse abandonada por los parientes a los que siempre había tratado de proteger, una pandilla de cobardes según su opinión actual, había provocado en ella un cambio de actitud muy radical. Permaneció en la cama, oyendo los murmullos que le llegaban desde abajo, y por primera vez sintió cierta simpatía por Ronald. De hecho, era una simpatía muy limitada, y basada sobre todo en que estaba empezando a sentir el mismo desprecio que él por el resto de la familia. Pues bien, que hicieran frente ellos mismos al problema. Ella

ya había hecho todo lo que tenía que hacer, y a partir de ahora debían actuar los demás.

Y así lo hicieron en aquel primer momento. A las once de la noche Frederick regresó con una noticia consoladora: la declaración de Yapp, que le había sido transmitida por el sargento Richey —cuya esposa trabajaba en la producción de ropa interior de plástico, una importante sección de la fábrica—, no contenía ninguna referencia a la industria que tenían los Petrefact en Buscott, aparte de una mención de pasada al régimen de explotación obrera que, según el acusado, gobernaba allí las relaciones laborales.

—¿No será eso una indirecta referida a alguna de las cosas que ahora fabricamos? —preguntó Mrs. Van der Fleet Petrefact.

El juez dirigió una mirada crítica a Frederick. Se estaba preguntando si no sería él uno de los principales clientes de sus propios productos.

—¿Qué dices? —le preguntó severamente.

—No lo creo —dijo Frederick—. Sé que su abogado ha ido a verle, y él hubiera mencionado algo si Yapp estuviese enterado.

—Es verdad —dijo el juez—. Y ¿cómo se llama el abogado de ese tipo?

—Me parece que Rubicond, pero no veo qué puede importarnos eso.

—Da igual que tú no lo veas. La profesión legal es como una hermandad, y basta con hacerle llegar a ese tipo una insinuación… —El juez tomó un sorbo de oporto—. Bien, confiemos en que todo salga bien. Dejemos que la justicia siga su curso natural.

Y eso fue lo que hizo la justicia. El lunes, Yapp fue conducido ante la presencia de Osbert Petrefact, que se había puesto su uniforme de juez y dos minutos más tarde se le había negado la libertad provisional bajo fianza. El martes, el juez Petrefact, comentando una sentencia suya contra el cocinero de una escuela, hallado culpable de haber atacado sexualmente a dos menores, afirmó que todos los actos violentos contra los menores y demás personas bajitas, como los enanos, por ejemplo, debían ser tratados con la máxima severidad si no se quería que el imperio de la ley acabara desmoronándose. Al cocinero de la escuela le cayeron diez años de cárcel.

Pero fue en los periódicos de Lord Petrefact donde con mayor saña fue fustigado Yapp, aunque sin mencionar su nombre. Todos esos periódicos

publicaron un editorial en el que se subrayaba que los enanos formaban una especie en peligro de extinción, una minoría cuyos intereses no estaban suficientemente protegidos. En el más respetable de esos periódicos, *The Warden*, se decía que las Personas de Crecimiento Restringido merecían de una sociedad supuestamente compasiva un trato preferente, y se proponía que se les permitiese trabajar jornadas laborales reducidas, y que se le pagase una pensión de invalidez. El jueves, hasta el primer ministro había sido sometido en el Parlamento a una pregunta acerca de los Derechos Humanos de los enanos, y de la normativa vigente en el Mercado Común respecto al trato merecido por las personas según su estatura. Un diputado liberal llegó al extremo de amenazar con proponer una ley que obligara a todos los medios de transporte público a ofrecer para ellos asientos de la medida adecuada y en número suficiente.

En fin, que la suposición de que Willy Coppett había sido asesinado por el profesor Yapp estaba tan arraigada en la opinión pública que hasta se pudo ver por televisión una marcha de protesta de enanos que exigían ser protegidos de la violencia y abusos de las Personas de Crecimiento Exagerado. De hecho, los enanos demostraron que su supuesta inferioridad no era tal, ya que hicieron que tuviera que batirse en retirada el contingente de policías que fue urgentemente enviado a la zona para impedir que los enanos chocaran con una manifestación alternativa de mujeres que hacían una campaña en defensa del Aborto para los Casos de Hijos Enanos. En la subsiguiente *mêlèe*, varias mujeres abortaron en la calle a consecuencia de las palizas recibidas, y un enano adolescente, que fue arrancado a duras penas de debajo de la enorme barriga de una embarazada, fue conducido urgentemente a un hospital porque la policía creyó que se trataba de un sietemesino.

No acabaron aquí las cosas. Mientras se veían estas escenas por televisión, se estaban dando numerosos y siniestros pasos a fin de desacreditar a Walden Yapp y garantizar que su juicio fuera lo más breve posible, su condena garantizada, su sentencia muy larga, y su declaración libre por completo de referencias a la familia Petrefact. Gracias a esa influencia telepática que empapa todo el sistema legal británico, Purbeck Petrefact tenía cierto control remoto sobre el abogado Sir Creighton Hore, el socio de Mr. Rubicond. El prestigioso letrado rechazó la oferta que se le hizo de un puesto de magistrado, pero captó la indirecta. De todas formas, ya había decidido que sería un acto de locura legal permitir que Yapp fuese interrogado como testigo.

—Es evidente que ese tipo está más loco que una cabra. Por otro lado, el caso de *Regina versus Thorpe y otros* nos proporciona el precedente que necesitábamos.

—¿No podríamos declarar, simplemente, enajenación? —preguntó Mr.

Rubicond.

—Podríamos hacerlo, pero, por desgracia, el juez Broadmoor será quien entienda ese caso, y no suele aceptar ninguna prueba que no esté de acuerdo con las reglas de McNaghten.

—¡Pero si esas reglas dejaron de estar vigentes hace muchísimos años!

—Amigo mío, ya lo sé. Pero Lord Broadmoor, vaya usted a saber por qué razones, supongo que personales, no ha aceptado jamás que un acusado se declare culpable con la eximente de enajenación permanente o transitoria. Podemos considerarnos afortunados si logramos que nuestro cliente salga de ésta con una pena inferior a la cadena perpetua.

—Es extrañísimo que le hayan dado el caso a Broadmoor —dijo Rubicond, que era muy ingenuo. Sir Creighton se reservó para sí su opinión.

Las olas de la influencia de los Petrefact llegaron más lejos incluso. Hasta en la Universidad de Kloone, en donde tan famoso y popular había llegado a ser Yapp, hubo muy pocas demostraciones de simpatía para con su desdichada situación, y esas escasas demostraciones fueron prontamente sofocadas por la asombrosamente generosa dotación otorgada por la Fundación Petrefact para la creación de dos nuevas cátedras y la construcción de un nuevo edificio que pronto se convertiría en la Residencia Willy Coppett para Micropersonas. Sólo hubo un par de colegas de Yapp que trataron de visitarle en su celda, pero resultó que el profesor estaba tan abatido que no quiso ver a nadie que perteneciera al mundo que tan bruscamente le había apartado de sí.

Además, comenzaba a sucumbir al relumbrón de una nueva teoría: la del martirio. Era una palabra que contaba con honrosos antecedentes, y que además le protegía de la posibilidad de creer que no era más que la víctima inocente de alguna confusión. Cualquier cosa le parecía mejor que esto. Entre otras cosas, porque aceptar esta suposición significaba dejarse seducir por la hipótesis que predica la naturaleza caótica y fortuita de la existencia, después de haberse pasado toda la vida creyendo ciegamente en esa otra teoría según la cual la historia sigue un curso predeterminado a que afirma que el futuro feliz de la humanidad está garantizado. Admitir lo contrario podía conducirle a una consecuencia desastrosa, en consonancia con lo que Mr. Rubicond le había aconsejado: que se hiciera el loco. Pero admitir que las cosas seguían patrones arbitrarios podía producir, en su caso, una locura más real que fingida. De modo que finalmente Yapp prefirió seguir diciéndose a sí mismo que alguien le había tendido una trampa, y siguió actuando de acuerdo con esta idea.

—Quiero ser interrogado como testigo —protestó cuando el abogado le dijo que no sería así—. Es mi oportunidad de contar la verdad.

—¿Acaso la verdad no coincide con lo que declaró usted ante la policía? —

preguntó Mr. Rubicond.

—Coincide plenamente con lo que dije —afirmó Yapp.

—En tal caso, esa declaración será presentada ante el juez y el jurado, y no hace ninguna falta que empeore usted las cosas añadiendo nada más. Naturalmente, si está dispuesto a salir de este embrollo con una sentencia de cuarenta años, en lugar de una cadena perpetua que sería puramente nominal, no soy quién para impedírselo. Lord Broadmoor lleva algún tiempo esperando una oportunidad para batir todos los récords de duración de las penas de prisión de esta país, y como declare usted en el juicio, tengo la impresión de que no desaprovechará esa oportunidad que usted le estará brindando. ¿Está completamente seguro de que no preferiría más bien declararse culpable y que este proceso terminara lo antes posible?

Pero Yapp se empeñaba en declararse inocente, y seguía convencido de que todo aquello no era más que una conspiración tramada por esos cerdos capitalistas de los Petrefact.

—De todos modos, tendrá usted oportunidad de decir unas palabras cuando el jurado regrese con su veredicto —dijo sombríamente Mr. Rubicond—. Pero, si sigue mi consejo, incluso entonces debe permanecer en silencio. Lord Broadmoor es muy duro para toda clase de manifestaciones que puedan ser consideradas como falta de respeto a la autoridad del tribunal, y, según cómo, podría añadir unos cuantos años más a la condena.

—La historia me absolverá —dijo Yapp.

—No creo que el jurado lo haga —dijo Mr. Rubicond—. Mrs. Coppett va a producir entre las personas que lo compongan una impresión tremenda, y a juzgar por lo que he oído decir, ya ha confesado su adulterio.

—¿Adulterio? ¿Conmigo? Imposible. Además, es falso, y dudo mucho que ella sepa lo que significa esa palabra.

—El jurado en cambio sí lo sabrá —dijo Mr. Rubicond—. Y esa especie de corsé mutilado no va a beneficiarnos en absoluto. Seguro que Broadmoor hará que el jurado se fije muy bien en esa extraña prenda. Y su espantoso aspecto bastará para que el jurado se tema lo peor.

Yapp se quedó hundido en un horrible silencio en el cual, confirmando que era un hombre de buen corazón, comparó su propia situación con la de la desdichada Rosie, y llegó a la conclusión de que la suya era peor sólo por muy poquito.

—Ahora que no tiene que cuidar de Willy debe de estar medio loca —comentó por fin.

Mr. Rubicond volvió a preguntarse cómo era posible que un hombre de la formación y la inteligencia de Yapp hubiese podido encontrar, tal como confesó

ante la policía, algún tipo de remoto atractivo en una deficiente mental que, encima, era esposa de un enano. Éste era el principal de los factores que le hacían pensar que su cliente era, a la vez, un asesino y un loco.

—De todos modos, tengo entendido que ha sido contratada por Miss Petrefact, y que está bien cuidada. No sé si esto le servirá a usted de consuelo.

No era así. Yapp regresó a su celda doblemente convencido de que le habían hecho caer en una trampa. Dos días después despidió a Mr. Rubicond y a Sir Creighton Hore, y anunció que tenía intención de llevar personalmente su propia defensa.

24

Pero si todo parecía estar conduciendo a Yapp a un terrible destino, había una persona que se sentía cada vez más convencida de que era inocente. Desde que Rosie Coppett dejó la casa de Rabbitry Road para clavar sus carteles de musculosos luchadores en las paredes de un dormitorio del último piso de la mansión de los Petrefact, Emmelia había estado interrogándola casi diariamente acerca de los acontecimiento anteriores y posteriores a la muerte de Willy. Y a cada nuevo relato —una vez le echó a la taza de cacao de Rosie un buen chorro de whisky— Emmelia fue convenciéndose más de que el autor de la muerte de Willy no era Yapp.

Para llegar a esta conclusión se había basado en dos cosas. Por un lado en que, tras haberse quitado de encima su antiguo manto de inocencia, era mucho más capaz de captar esta cualidad en las demás personas. Por otro lado, en que todos los datos proporcionados por Rosie con su relato, y que habían servido para que la policía creyese que Yapp era el homicida, habían conducido a Emmelia a pensar justamente lo contrario. El hecho de que Yapp se hubiese pasado un buen rato arengándola acerca de la iniquidad de la jefa que la explotaba en su trabajo de jardinería, mientras el cadáver de Willy se iba pudriendo en el portamaletas de su Vauxhall, sólo podía obedecer a una de estas dos circunstancias: o Yapp era un loco capaz de desafiar las circunstancias más desfavorables, o era absolutamente inocente. Del mismo modo, sólo un idiota redomado hubiera regresado junto a la viuda del enano que acababa de asesinar con toda la ropa manchada con la sangre de la víctima. Y, aunque por lo poco que le conocía estaba convencida de que Yapp era efectivamente un idiota redomado, tampoco le había parecido que llegase a tales extremos de subnormalidad.

Fuera como fuese, a pesar de las instrucciones de la policía, Rosie le aseguró tajantemente que Yapp no se había acostado con ella ni una sola vez.

—Cada vez que yo le ofrecía un extra, él me decía que no —le dijo Rosie a

Emmelia.

A ésta le costó algún tiempo averiguar qué era eso de los extras, y cuando descubrió de dónde había sacado Rosie esa palabra se fue inmediatamente a hablar con los de la Asesoría Matrimonial para decirles que no veía la razón por la cual se dedicaban a fomentar lo que ellos llamaban relaciones sexuales extraconyugales, y que ella, Emmelia, prefería calificar, más sucintamente, de adulterio.

El resto del relato de Rosie inducía a pensar lo mismo. Aunque Yapp fuera un hombre de orígenes proletarios y opiniones socialistas, se había comportado como todo un caballero, con la sola excepción del momento en que, según la policía, agarró a Willy por su cuenta y le mató. Aunque Emmelia había conocido a unos cuantos supuestos caballeros capaces de matar a uno o varios enanos, Yapp no parecía pertenecer a esta categoría. Por muy revolucionarias que fuesen sus ideas, no parecía un asesino. Tal fue la conclusión a la que llegó Emmelia, y nada pudo apartarla de ella.

Rosie opinaba justamente lo contrario. De esta forma su vida —siempre privada de brillantez, y más aún desde la muerte de Willy— sadquiría una aura que hasta entonces sólo había encontrado en las páginas de sus revistas sentimentales. Además, esta convicción satisfacía a los policías y a los abogados que la interrogaron en diversas ocasiones. Para el día en que tenía que empezar el juicio Rosie estaba tan completamente programada que casi se sentía dispuesta a jurar que ella misma había matado a Willy, con tal de tenerles a todos satisfechos, y cuando el inspector Garnet se presentó para llevársela al juzgado de Briskerton tuvo una desagradable sorpresa porque se la encontró vestida con sus mejores galas.

—Vaya por Dios —dijo Garnet, tapándose los ojos para no pestañear ante aquel chillón vestido de color cereza, adornado con una boa que Rosie había heredado de su madre, quien a su vez la heredó de la suya.

—No puede entrar en la sala vestida así. Seguro que Lord Broadmoor cambia de opinión en cuanto la vea, y hasta podría ser que la condenara por escándalo público.

—Podríamos buscarle alguna cosa más adecuada —dijo el agente que acompañaba al inspector.

—¿Y dónde, si puede saberse?

—Hay una empresa funeraria que pertenece a unas partidarias de la Liberación Feminista. Está en Crag Street. Allí tendrán ropa de luto.

De este modo, Rosie fue conducida a la tienda, y le pusieron ropa más acorde con su viudez.

La proximidad de todos aquellos ataúdes la había conmovido muchísimo, y,

además, iba vestida como una persona embargada por el dolor de la reciente pérdida.

—Era tan pequeñito el pobre Willy —dijo sollozando cuando entró en la habitación donde esperaban los testigos.

Entretanto, en la sala del tribunal Emmelia observaba el desarrollo de la vista. En realidad, aquello no parecía un juicio. Ya se había encargado de eso el propio Lord Broadmoor. Cuando Yapp declaró que pensaba llevar personalmente su propia defensa, el juez montó en cólera.

—¿Que piensa llevar qué? —preguntó, cuando Yapp se calló.

—Mi propia defensa —repitió Yapp.

Lord Broadmoor entrecerró los ojos para escrutarle.

—¿Está usted sugiriendo quizá que los abogados no pueden proporcionarle los mejores servicios que pueda obtener una persona de su posición?

—No digo eso. He tomado esta decisión basándome en otras consideraciones.

—Conque sí, ¿eh? Pues mi decisión de que permanezca usted durante toda la vista esposado a un agente se basa en que no tengo intención de permitir que ningún asesino se escape de esta sala. ¡Espósele, agente!

Mientras Yapp trataba en vano de rechazar el intolerable prejuicio que había llevado al juez a llamarle asesino, un agente le esposó a su propia muñeca.

—¡No tiene ningún derecho a llamarme asesino! —insistía Yapp.

—Yo no le he llamado asesino —replicó el juez Broadmoor—. Lo único que he dicho es que no pienso permitir que ningún asesino se escape de esta sala. Si usted decide llamarse asesino a sí mismo, no soy yo quien va a impedírselo. Bien, la acusación tiene la palabra.

Desde la tercera fila de los bancos destinados al público, Emmelia no prestó apenas atención al fiscal. Estaba estudiando la pálida figura que ocupaba el banquillo de los acusados con los ojos de una mujer que, hasta hacía bien poco, se había pasado la vida acosada por una conciencia escrupulosa y convencida de que era una persona buena. Ahora que se conocía mejor a sí misma, podía reconocer en el rostro de Yapp sus antiguos síntomas. Aparecían en él atenuados, naturalmente, pues el profesor no poseía, como ella, una inmensa fortuna, ni tenía tampoco la seguridad de que jamás sufriría la pobreza. No obstante, la actitud desafiante de Yapp, y su negativa a aceptar el terrible destino que se cernía sobre él, brotaban de una auténtica convicción. La arrogancia que Yapp mostró durante el juicio fue suficiente para convencer definitivamente a

Emmelia de su inocencia.

Y suficiente, también, para convencer a Lord Broadmoor de lo contrario. A medida que avanzaba el proceso, la repugnancia que le inspiraba el detenido fue apareciendo cada vez más claramente. Cuando Yapp intentó levantarse del banquillo para interrogar al médico forense, el Dr. Dramble, que acababa de dar su testimonio sobre las heridas que encontró en el cadáver de Willy Coppett, el juez dijo:

—Oiga usted, ¿quién le ha mandado moverse de su sitio?

—Tengo derecho a interrogar al testigo —dijo Yapp.

—Lo tiene —dijo el juez—, desde luego que lo tiene. No cabe la menor duda de que lo tiene. Pero no es eso lo que le he preguntado. Si no me equivoco, y creo que no, le he preguntado que quién le ha mandado moverse de su sitio. Y repito mi pregunta.

—Voy a interrogar a ese testigo —dijo Yapp.

Lord Broadmoor se quitó las gafas y empezó a limpiarlas.

—Usted, de momento, no va a ninguna parte. Si se empeña en hacerle preguntas a este caballero que se ha presentado como testigo en calidad de experto forense, tendrá que hacerlo desde su banquillo. No voy a permitir que un policía inocente sea arrastrado de la muñeca por toda la sala, sólo para que usted pueda divertirse un rato. No me cree más problemas, se lo advierto.

Y el juicio continuó. Yapp tuvo que lanzar sus preguntas a gritos desde su banquillo, y Lord Broadmoor replicó diciéndole al acusado que no armase tanto ruido y que no tratara de intimidar a los testigos con aquel vocerío. Entretanto, Emmelia observó los acontecimientos convencida de que, en cierto modo, ella era responsable de lo que estaba pasando allí. Quizá no fuera personalmente, pero sí como miembro de aquella familia, los Petrefact, cuya enorme influencia estaba recayendo con todo su peso sobre las espaldas de Yapp. Antiguamente, su vida recluida y la locura de la oscura grandeza familiar, impidieron que tuviera conocimiento de la existencia y eficacia de esa influencia. Pero toda aquella ceguera quedó destruida con la visión de su imagen reflejada en aquel escaparate. Ahora se sentía identificada con la persona que su hermano había elegido para enviar a Buscott y, desde allí, destruir la reputación de los Petrefact. Todo aquello resultaba extraño y nauseabundo, pero cuando se fue del juzgado, una vez terminado el primer día de sesiones, Emmelia pudo disfrutar de la visión de Lord Petrefact, bajado con incómodos traqueteos y sobresaltos por la escalera que daba a la calle.

—Querido Ronald —le dijo Emmelia con esa profunda duplicidad que tan fácil le resultaba ahora—, no te he visto entre el público. ¿Estabas ahí?

—¡Qué iba a estar, joder, qué iba a estar! —dijo el viejo, empleando el tipo

de expresiones que solían molestar a Emmelia. Pero ésta se limitó a mirarle de forma sonriente.

—¡Qué tonta soy! Ya no me acordaba de que tú vas a ser uno de los testigos —dijo Emmelia mientras Croxley empujaba la silla de ruedas hacia el coche fúnebre—. Por cierto, no sé si te has enterado de que el profesor Yapp ha estado llevando su defensa magníficamente bien, en mi opinión.

Lord Petrefact emitió unos ruidos que debían entenderse en el sentido de que el Jodido Profesor podía meterse su Jodida Defensa en su Jodido Culo, en caso de que le cupiera, y si no, mejor.

—Cuantos «jodidos» de golpe —dijo Emmelia, simpatizando con él—. A juzgar por tu modo de expresarte se diría que la próstata vuelve a traerte de cabeza.

—Al carajo mi jodida próstata —gritó Lord Petrefact.

—Otro. Y van cuatro «jodidos» —dijo Emmelia—. Como sigas utilizando esta clase de palabras cuando declares como testigo, el jurado pondrá muy mala cara.

—Que se joda el jurado.

—¿Dónde te alojas?

—En casa de Reginald Pouling.

—Ah, uno de esos diputados que comen de tu mano. Fantástico. Debe de ser la mar de agradable.

Pero Lord Petrefact ya había ordenado al conductor de su coche fúnebre que lo pusiera en marcha, y la dejó plantada en la acera. Emmelia se alejó de allí caminando, sumida en sus reflexiones. Uno de los posibles enemigos de Yapp quedaba prácticamente anulado. De modo que se puso a pensar en los demás, pero sin grandes esperanzas. ¿Por qué, por ejemplo, no había querido Yapp pedirle a ella que declarase? Al fin y al cabo, había ido a verla a su casa, y llevaba el cadáver en su Vauxhall… Aunque claro, él creía que no había llegado a encontrarla. Imaginó que era un empleado suyo, el pobre y explotado jardinero. En fin, éste era un error fácilmente subsanable. Dio media vuelta y se fue al juzgado, en donde pidió que le permitieran hablar con el acusado. Como el funcionario al que le hizo esta petición era un empleado de la compañía del gas, encargado de la lectura de los contadores, Emmelia tardó un buen rato en averiguar que a Yapp se lo habían llevado a la comisaría de Briskerton.

Finalmente se encaminó hacia allí, y poco después comenzó a explicarle al jefe local de policía que, en efecto, ella era Miss Petrefact, y que tenía nuevas pruebas que podían ejercer una profunda influencia en el resultado del proceso. Pero ni así fue fácil ver a Yapp.

—Mire usted, no es un prisionero dispuesto precisamente a cooperar —le

dijo el jefe de policía. Su opinión fue confirmada de inmediato por Yapp, que mandó recado de que ya había visto a suficientes chupasangres Petrefact para lo que le restaba de vida, y que de todos modos, como aquello, más que un juicio, era un auto de fe, cualquier prueba que ella quisiera ofrecerle no le serviría de nada, con lo cual, le estaría muy agradecido si le hiciese el favor de transmitir esos nuevos datos al fiscal.

—Ese tipo está chalado —dijo Emmelia, pero se fue de la comisaría más convencida que nunca de su inocencia.

Los acontecimientos del día siguiente fueron para ella una nueva confirmación de sus ideas.

El fiscal sacó su triunfo, Rosie. No podría decirse que Rosie Coppett, con su disfraz de viuda inconsolable, causara muy buena impresión. Para Lord Broadmoor, era difícil creer que una mujer tan voluminosa hubiese podido estar casada con un enano. Para el jurado, era absolutamente imposible que una mujer tan subnormal pudiera suscitar en nadie, y mucho menos en un catedrático, una pasión tan intensa como para proporcionarle motivos suficientes para cometer un asesinato. Pero, para Yapp, la visión de Rosie, sus palabras, bastaron para reavivar sus viejos sentimientos de compasión y emoción, los cuales, unidos al atractivo de su físico, acabaron convirtiéndole en un ser muy vulnerable. Ahora aquel mismo proceso volvió a producirse, con la ayuda de Lord Broadmoor, y cuando Yapp se puso en pie para interrogarla acerca del adulterio de cuya culpabilidad la policía había llegado a convencerla, el juez decidió intervenir.

—Mrs. Coppett ya ha padecido bastante en sus manos como para que podamos tolerar ahora que la someta usted a una inquisición en torno a los actos físicos que constituyen adulterio —dijo—. Este tipo de interrogatorio, tan sórdido como abrumador para la testigo, me parece una verdadera ofensa. Le ordeno que se abstenga de formular esa clase de preguntas.

—No obstante, dudo que ella sepa el significado de lo que acaba de declarar —replicó Yapp.

El juez se volvió hacia Rosie:

—¿Conoce usted el significado de lo que ha declarado? —le preguntó. Rosie hizo un gesto de asentimiento—. ¿Cometió usted adulterio con el acusado?

Rosie volvió a hacer un gesto de asentimiento. El guapo policía le había dicho que así era, y ella sabía que los policías no dicen mentiras. Su mamá siempre le había dicho que, en caso de perderse, fuese enseguida a buscar a un

policía. Ahora estaba perdida, muy perdida, y las lágrimas le resbalaban por las mejillas.

—Siendo así —dijo el juez, dirigiéndose al jurado—, pueden ustedes dar por establecido que el acusado y la testigo cometieron un acto de adulterio.

—No es cierto —dijo Yapp—. Está usted acusando falsamente a Mrs. Coppett de un acto que, no siendo delictivo, es no obstante…

—Yo no estoy acusando a Mrs. Coppett de nada —gruñó el juez—. Ella ha admitido abiertamente, y con una franqueza que dice mucho más en favor de ella que en favor de usted, que cometió adulterio con usted. Me parece ahora evidente que sus intentos de hacer que la testigo vacile para posteriormente desacreditar su testimonio, y, encima, a base de revolver repugnantes detalles sexuales implícitos en el acto mismo del adulterio, no solamente demuestran su vileza sino que tratan de un asunto que no incumbe a este tribunal.

—Tengo derecho a demostrar que no es cierto lo que ha afirmado la acusación. Que no hubo adulterio —dijo Yapp.

Pero Lord Broadmoor no le hizo ningún caso.

—Está usted aquí porque se le acusa de homicidio. No vaya a creer que esto es un tribunal de divorcio. La cuestión del adulterio no tiene relación con el delito del que se le acusa.

—No, pero ha sido utilizada por el fiscal para argumentar cuál fue el motivo que supuestamente me impulsó a cometer ese delito. La acusación afirma que asesiné a Mr. Coppett precisamente porque yo era el amante de su esposa. De modo que la cuestión del adulterio parece estrechamente relacionada con el caso.

—Mire usted —dijo Lord Broadmoor, que hacía tiempo que había perdido la paciencia—, su defensa tiene que consistir en convencer al jurado de que las pruebas que se presentan contra usted carecen de fundamento, no son verdaderas, y son insuficientes para servir como base de un veredicto de culpabilidad. Sea tan amable de continuar su interrogatorio sin hacer nuevas referencias a lo del adulterio.

—Pero es que a mí me parece que ella no entiende lo que significa en realidad esa palabra —dijo Yapp.

El fiscal se puso en pie.

—Señoría. La prueba H, en mi opinión, contribuirá a que salgamos de este atasco.

—¿La prueba H?

El fiscal alzó en el aire el corsé mutilado que utilizó Rosie la noche de los extras, y lo zarandeó ante las narices de los miembros del jurado.

—Santo Cielo, hágame el favor de retirar esa cosa de mi vista —dijo Lord

Broadmoor con voz afónica. Luego miró a Yapp—. ¿Niega usted que la testigo se puso ese…, bueno, esa prenda y la usó en su presencia, tal como ella misma ha reconocido?

—No lo niego —dijo Yapp—, pero…

—No me venga a mí con peros, oiga. Bien, el acto de adulterio ha quedado demostrado. Puede continuar usted su interrogatorio de la testigo, pero voy a advertirle una cosa. No le consentiré ni una pregunta más sobre los actos físicos que hubo entres ustedes dos.

Yapp miró desesperado a todos los presentes en la sala, pero no encontró apoyo en ninguna de las caras que le miraban. En su silla de testigo, Rosie había empezado a llorar inconteniblemente. Yapp hizo un gesto de abandono.

—No haré más preguntas —dijo, y se sentó.

Entre el público, Emmelia se estremeció. El cambio que había empezado ante el escaparate no había dejado de ir profundizándose. Si entonces tomó conciencia de que era una mujer rica, protegida y, además, bastante engreída, ahora estaba presenciando unos acontecimientos tan alejados de toda noción de justicia y verdad que se sintió obligada a intervenir. Impelida por la clásica arrogancia de los Petrefact, se puso en pie.

—Señoría —gritó—. Tengo que dar una información ante este tribunal. La mujer que está dando testimonio en estos momentos es empleada mía, y jamás ha cometido…

No pudo seguir.

—¡Silencio en la sala! —rugió Lord Broadmoor, aireando así los sentimientos suscitados por aquel extraño corsé visto momentos antes—. Llévense de aquí a esa arpía.

Durante un instante, Emmelia se quedó tan conmocionada que no fue capaz de encontrar respuesta. Jamás, en medio siglo, le había hablado nadie en tales términos ni en ese tono. Para cuando recobró la voz ya estaban llevándosela a empellones de la sala.

—Una arpía, ¡sí! —gritó volviéndose al juez—. Sepa usted que soy Miss Petrefact, y que esto no es un juicio sino un verdadero travestí de la justicia. Exijo que se me escuche.

Las puertas de la sala se cerraron a sus espadas y su protesta apenas llegó a oírse en el interior.

—Llame al siguiente testigo —dijo el juez, y Mr. Groce, el dueño del Horse and Barge, apareció en la sala para declarar que Willy Coppett había dicho, en su presencia, que el acusado estaba liado con su esposa, Mrs. Rosie Coppett. Pero Yapp no prestaba ya atención. Estaba demasiado preocupado por la figura extraña y vagamente familiar que había intervenido desde los bancos del

público, una mujer que afirmaba ser Miss Petrefact pero cuya voz… Sí, ¿qué importaba? Lo esencial era que había dicho que el proceso era un travestí de la justicia. Y así era, en efecto, pero que un Petrefact dijera eso en un juzgado y ante todo el mundo suponía que toda su teoría de la conspiración podía ser un error. Todavía trataba de encontrarle solución a este problema insoluble cuando el fiscal terminó su interrogatorio de Mr. Groce.

—¿Tiene que hacerle alguna pregunta la defensa a este testigo? —preguntó Lord Broadmoor. Yapp dijo que no con la cabeza, y Mr. Groce se retiró.

—Llamen a Mr. Parmiter.

Y el hombre del garaje salió a declarar y confirmó las palabras de Mr. Groce. Yapp tampoco quiso interrogarle.

Aquella noche, en su celda, Yapp sucumbió a las dudas de las que había estado huyendo durante toda su vida. La intervención de Emmelia no era sólo una amenaza contra su capacidad de defender su inocencia frente a la acusación de homicidio que pesaba sobre él. Era, sobre todo, una amenaza contra la doctrina social que constituía la base de su inocencia misma. Sin una conspiración que sostuviera sus ánimos y sus teorías, no había lógica alguna para su situación; es más, ya no cabía confiar en sus teorías de progreso social y avance histórico, por las que estaba padeciendo aquella forma moderna de martirio. Y, si todo eso fallaba, no le cabía más remedio que pensar que estaba siendo víctima de una serie caótica y fortuita de circunstancias que su cerebro no era capaz de explicar. Por vez primera en su vida, Yapp se sintió completamente solo en medio de un universo amenazador.

A la mañana siguiente, ojeroso y hundido, oyó a Lord Broadmoor decirle que le correspondía el turno a la defensa. Tenía que resumir sus conclusiones y convencer al jurado de su inocencia. Pero él se limitó a hacer un gesto negativo con la cabeza. Dos horas más tarde el jurado emitió su veredicto de culpabilidad, y el juez se volvió de nuevo hacia Yapp.

—¿Tiene usted algo que decir antes de escuchar la sentencia?

Yapp trató de recordar sus viejas denuncias del sistema social y de la explotación capitalista, el discurso que había preparado días atrás, pero no pudo articular palabra.

—Jamás en mi vida he matado a nadie, y no sé por qué estoy aquí —murmuró desde su asiento. Entre los que estaban escuchando, sólo Emmelia, de incógnito tras un velo negro, le creyó. Lord Broadmoor pensaba de otra manera, y tras lanzar una serie de vitriólicas parrafadas acerca de los peligros que trae

consigo la manía de dar una educación universitaria a los miembros de la clase obrera, y después de haber atacado a todos los profesores universitarios, funesta especie donde las haya, y de quejarse de los malditos estudiantes, sentenció a Walden Yapp a cadena perpetua, y se fue alegremente a comer.

25

Mientras se llevaban a Yapp a la cárcel donde debería empezar el cumplimiento de la sentencia, la vida de Buscott volvió a su ritmo normal. En realidad, apenas llegó a perderlo. Mr. Jipson había, es cierto, adquirido una extraña y obsesiva manía, y limpiaba concienzudamente su tractor para después ensuciarlo inmediatamente. Por otro lado, en el bar echaban de menos a Willy, pero, dejando esto aparte, el resto del pueblo seguía siendo tan curiosamente próspero como desde el día en que Frederick puso en marcha su anónima producción al servicio de las más retorcidas fantasías de sus clientes.

Para Emmelia, en cambio, todo había cambiado radicalmente. Al salir del juzgado se enfrentaba a nuevas pruebas de que el mundo no era ese lugar encantador que antes imaginaba, sino un sitio espantoso. Croxley estaba bajando a Lord Petrefact en su silla de ruedas por la escalera de la fachada de la casa familiar de Buscott.

—Magnífico resultado —le estaba diciendo a su secretario particular—. Hace tiempo que no me lo pasaba tan bien. Dos malditos pájaros de un solo jodido tiro. A Yapp le sentencian a cadena perpetua, y a Emmelia le dan una buena lección. Aunque, la verdad, no entiendo qué ganas tenía de organizar una escena en el juzgado.

—Quizá porque sabía que Yapp era incapaz de asesinar a nadie —dijo Croxley.

—Tonterías. Pero si ese cerdo estuvo a punto de matarme a mí en Fawcett, con aquella maldita bañera. Siempre he sabido que ese animal tenía tendencias asesinas.

—Todos cometemos errores —dijo Croxley, y de la expresión de su rostro Emmelia dedujo que, en opinión de Croxley, el hecho de que Yapp no llegase a matar a Lord Petrefact con la bañera era uno de esos errores.

—El único error que ha cometido Yapp es el de no haber tratado de cargarse a Emmelia —dijo con rencor Lord Petrefact—. Si hubiese golpeado a esa

condenada mujer con un objeto contundente, y después la hubiese rematado con un instrumento afilado, habría podido contar con todas mis simpatías.

—Ya —dijo Croxley, y, a fin de expresar sus propios sentimientos al respecto, dejó que la silla de ruedas bajase rebotando de mala manera los dos últimos peldaños.

—Así se condene, Croxley —gritó el viejo—. A ver si aprende a ir con más cuidado.

Pero, sin hacerle caso, Croxley empujó la silla hasta el coche fúnebre que les estaba esperando. Emmelia, que seguía observándoles, anotó mentalmente que Croxley era un hombre de talentos sin explorar. Según en qué circunstancias, podía resultarle muy útil. Pero, de momento, lo que más le preocupaba era el destino de Yapp. Esa misma noche telefoneó a Purbeck, que ya se encontraba en su piso de Londres.

—Te he llamado a pesar mío —dijo Emmelia—. Pero he decidido pedirte que consigas que se admita el recurso en el caso de Yapp.

—¿Qué dices? —dijo el juez, incrédulo.

Emmelia repitió su petición.

—¿Recurso? ¿Qué recurso? No sé si sabes que no soy ningún abogaducho de mierda. Además, ese tipo tuvo un juicio justo, y fue hallado culpable por una decisión unánime del jurado.

—Da lo mismo. Es inocente.

—Bobadas. Es culpable.

—Te digo que es inocente.

—Di lo que quieras. La cuestión es que, por lo que al sistema legal respecta, es culpable.

—Pero todos sabemos cómo funciona el sistema legal en este país —dijo Emmelia—. Resulta que yo sé que ha sido condenado a cadena perpetua por un crimen que no ha cometido.

—Querida Emmelia —dijo el juez—, puede que opines que ha sido condenado injustamente, pero es imposible que *sepas* que es inocente. Suponiendo que acertaras, cosa que dudo, sólo el propio Yapp y el asesino pueden saberlo. Eso es lo único cierto. En cuanto a lo del recurso, a no ser que la defensa presente nuevas pruebas…

Pero Emmelia ya no le escuchaba. Colgó y se sentó en la oscuridad, obsesionada por la idea de que, en algún lugar situado al otro lado de la tapia de su jardín, había otro ser humano que sabía cómo, cuándo y por qué había sido asesinado Willy Coppett. Hasta este momento a Emmelia no se le había ocurrido pensar en él, ni tampoco sentir de forma tan tangible su existencia. Y jamás llegaría a saber quién era. Si la policía, con todos sus agentes, no había llegado a

encontrarle, era absurdo creer que ella sola lo conseguiría.

De ahí sus pensamientos viajaron hacia zonas inesperadas, hacia un vértice de incertidumbre de intensidad propia de la adolescencia pero que no llegó a experimentar en su propia juventud, demasiado protegida para esta clase de sensaciones. Por vez primera en su vida entrevió un mundo en el que, más allá de la capa de riqueza y privilegios, había gente pobre e inocente. En pocas palabras, el rompecabezas de la estructura social, que hasta entonces era para ella como un inmenso jardín con una base de herbácea junto a la que crecían, a modo de bellas especies perennes, las grandes familias inglesas, se descompuso en mil piezas hasta perder por completo el sentido que hasta entonces había tenido para ella.

Salió al exterior sintiendo en su alma una nueva y loca determinación. Si el mundo en el que la habían criado se estaba derrumbando por momentos, y si su propia familia había demostrado claramente estar formada por una pandilla de cobardes, no le quedaba otro remedio que crear, del modo que fuese, un nuevo mundo para sí misma. Sí, devolvería el honor perdido al apellido Petrefact, aunque, en apariencia, tuviese que hacerlo deshonrándolo. Y estaba decidida a una cosa: el profesor Yapp no cumpliría la sentencia. Daría la vuelta a la llamada justicia, y lograría que le pusieran en libertad.

Tenía conciencia, permanentemente, de esa figura anónima del verdadero asesino. Si diera un paso adelante… No lo daría. La gente que anda por ahí asesinando enanos no suele entregarse a la policía por la simple razón de que otro hombre haya sido condenado por el crimen que ellos han cometido. Con muchos menos motivos, su propia familia había contemplado con deleite cómo se llevaban al inocente Yapp a la prisión, y sólo por salvarse de la mala publicidad que hubiese supuesto el que se diera a conocer lo que producía su fábrica de fetiches. Ahora bien, si no localizaba al verdadero asesino… Emmelia tuvo que interrumpir sus pensamientos debido a la aparición repentina de una docena de enanitos reunidos en torno al estanque de los peces de colores. Durante un momento, en la oscuridad, tuvo la espantosa sensación de que estaban vivos. Luego se acordó de que le había dado permiso a Rosie para que trajera a su casa los adornos que tenía en el jardín de Rabbitry Road. La pobre mujer los había distribuido en torno al estanque, donde su hortera vigor parecía burlarse de la ninfa hermafrodita del surtidor. Emmelia se sentó en un banco rústico y se quedó mirando los grotescos monumentos fúnebres erigidos a la memoria de Willy Coppett. Y mientras los contemplaba, una idea brotó en su mente, creció, y finalmente acabó dando frutos.

Media hora más tarde, Frederick, al que Emmelia llamó por teléfono al club de obreros, se encontraba en pie, delante de su tía, en la sala.

—¿Enanitos? —dijo Frederick— ¿Por qué diablos te interesan los enanitos?

—Quiero nombres y direcciones —dijo Emmelia.

—¿Y pretendes que te los busque yo?

—Exactamente eso.

Frederick la miró con recelo.

—¿Y no quieres decirme para qué quieres esa información?

—Lo único que estoy dispuesta a decir —dijo Emmelia— es que te interesa mucho proporcionarme todos esos datos. Naturalmente, quiero que lleves a cabo toda la operación de forma anónima.

Frederick meditó acerca de sus propios intereses, que no quería arriesgar, pero no vio de qué modo podían estar relacionados con los enanos.

—Podría telefonear al registro laboral del distrito, pero les parecerá bastante extraño que me niegue a dar mi nombre y mis señas. Además, ¿para qué puedo decirles que me interesan tantos datos sobre enanos?

—Ya se te ocurrirá alguna excusa. Y, desde luego, tienes que lograr que no tengan ni idea de quién eres. Eso es lo primero. Lo segundo es que vas a olvidar inmediatamente que has sostenido esta conversación conmigo. Por lo que a ti respecta, jamás has estado hablando de nada de esto con tu tía. ¿Queda claro?

—Vagamente claro —dijo Frederick.

—En este caso, voy a decírtelo de forma que lo puedas entender mejor. He decidido cambiar mi herencia en tu favor. Hasta ahora siempre había pensado dejar mi parte de los negocios familiares a todos mis sobrinos y sobrinas, en proporciones iguales para todos. Ahora serás tú mi único heredero.

—Muy amable de tu parte, la verdad. Demuestras una gran generosidad para conmigo —dijo Frederick, que empezaba a comprender que hacer lo que la tía Emmelia le pedía era actuar en defensa de sus propios intereses.

Emmelia le dirigió una mirada de antipatía.

—No es en absoluto como dices —dijo por fin—. Simplemente lo hago porque es la única forma de tener garantías de que, pase lo que pase, mantendrás la boca cerrada. En caso de que dijeras algo, revocaría el testamento y no te dejaría ni un céntimo.

—No temas —dijo Frederick con una mueca—. No diré nada. Si quieres enanos, tendrás enanos.

—Sólo quiero saber sus nombres y direcciones, no te confundas —dijo Emmelia, y dicho esto le dio permiso para que se retirase. Una vez sola, comenzó a reunir fuerzas para el siguiente paso. A las doce de la noche salió de la casa cargada con una gran bolsa de la compra y provista de una linterna, y

bajó a la fábrica. Una vez allí se coló por una puerta lateral y comenzó a seleccionar cuidadosamente los artículos que le hacían falta. Cuando regresaba a su casa, la bolsa de la compra estaba repleta de consoladores de diversos tipos, dos pares de esposas del departamente de masoquistas, un látigo, unos sostenes sin copa y unas bragas con orificios estratégicos. Emmelia subió a su habitación, lo guardó todo en una cómoda y se acostó con una extraña sonrisa en sus labios. Por primera vez en muchos años se sentía excitada y culpable. Era como si hubiese atracado la despensa de Fawcett House cuando tenía seis o siete años. ¡Cómo odiaba Fawcett House! ¡Y qué extraordinariamente divertido era actuar de forma no respetable! Allí estaba ella, la guardiana de la reputación familiar, dispuesta a restablecer el equilibrio de la santurrona y pecaminosa hipocresía. Por fin actuaba de acuerdo con la verdadera naturaleza de los Petrefact, y, pensando en esto, se durmió poco a poco mientras canturreaba mentalmente una canción cuya letra decía que los vicios ancestrales auguraban terribles guerras futuras.

Durante los siguientes siete días Frederick estuvo muy ocupado tratando de obtener, con ciertas dificultades, los nombres y señas de los enanos del distrito, sin que nadie se enterase de quién era el que pretendía conseguir esa información. Telefoneó a todos los registros laborales de la zona, y gracias a estas llamadas descubrió que, curiosamente, no había escasez de oportunidades de trabajo para los enanos. No logró suscitar el menor interés cuando declaró ser un representante de Disney Productions, que estaba interesada en el proyecto de rodar una nueva versión de *Blancanieves* con siete enanos de verdad. Luego, cuando manifestó ser un productor de la BBC que quería realizar un documental sobre los enanos considerados como una especie en peligro de extinción, sobre todo tras el asesinato de Willy Coppett, no consiguió tampoco ningún resultado positivo. Al final tuvo que presentarse ante Emmelia con las manos vacías.

—Lo he intentado en todas partes: hospitales, circos, todos los sitios que se me ha ocurrido. Podría probarlo también en la delegación del ministerio de Educación. Es posible que haya cursos especiales para disminuidos de estatura.

Pero Emmelia se enfadó mucho.

—Nada de niños. Aceptaré enanos jóvenes, que hayan dejado atrás la adolescencia, pero no pienso tratar con enanos que no hayan alcanzado la mayoría de edad.

—¿Mayoría de edad? —dijo Frederick, para quien la frase, combinada con la idea de los enanos, tenía connotaciones sexuales de tendencia claramente perversa—. No estarás pensando en…, bueno…

—Aquello en lo que yo pueda estar pensando es cosa mía. En cuanto a ti, búscame los ejemplares que te he pedido.

—Como tú digas —dijo Frederick.

Pero el tema sexual, que había aparecido tan sorprendentemente ahora, la ayudó a resolver por fin su problema. Aquella misma tarde utilizó la columna de Anuncios por Palabras de la *Bushampton Gazzette* para poner un anuncio que decía que era un Caballero de Crecimiento Restringido que, sintiéndose solitario y estando provisto de medios para vivir de forma acomodada, buscaba una compañera de similar constitución. Luego ponía una lista de aficiones: construcciones, ferrocarriles de juguete y cultivo de bonsais. Y en esta ocasión tuvo suerte, pues al cabo de dos días le llegaron ocho cartas, que se llevó consigo a casa de Emmelia. Ésta las estudió con expresión no muy convencida.

—Hubiese tenido que advertirte que lo que yo busco no son enanas, sino enanos —dijo, y su sobrino creyó que estas palabras eran toda la confirmación que necesitaba para sus sospechas: sin duda, lo que Emmelia buscaba era cierta especie de enano para usos fetichistas.

—Pues me ha costado lo mío reunir a este grupito —protestó Frederick—, y si crees que voy a poner un anuncio diciendo que soy un enano *gay* que corretea solitario por los bosques en busca de un alma gemela, te aseguro que no lo vas a conseguir. Francamente, ya me resulta bastante desagradable disfrazarme de enano heterosexual, y sólo faltaría que encima tuviese que hacerme la loca.

Emmelia rechazó con un gesto sus objeciones.

—Supongo que no acudiste personalmente al periódico para poner el anuncio —le dijo.

—Desde luego que no —dijo Frederick—. Tendría que haber entrado andando de rodillas, o tratar de convencerles de que, por mucho que yo mida metro setenta y cinco, en realidad tengo la sensación de estar por debajo del metro diez. No, no, llamé por teléfono y pedí que las respuestas me fuesen enviadas a un apartado de correos.

—Bien. Ya veo que tendré que arreglármelas con lo que me has proporcionado. Pero recuerda que, como menciones una sola palabra referida a este asunto ante quien sea, perderás toda posibilidad de ocupar el lugar de tu padre como jefe de esta familia y de su grupo de empresas, aparte de convertirte en cómplice del delito.

—¿Qué delito? —empezó a decir Frederick, pero en seguida cambió de opinión. Prefería no enterarse de nada. Fuera lo que fuese lo que tía Emmelia se traía entre manos, era mucho mejor abstenerse de participar. Y, dicho esto, se fue. Además, para evitar que nadie pudiera complicarle en aquel oscuro asunto, tomó el coche y se dirigió a Londres, en donde preparó urgentemente unas vacaciones en España.

Durante la semana siguiente, Emmelia continuó haciendo sus preparativos. Compró en Briskerton un coche de segunda mano, pasó por los ocho pueblos en los que, según las respuestas que habían enviado al anuncio de Frederick, residían las ocho enanas que contestaron a su solicitud de compañía, y tuvo en general un comportamiento tan extraño que hasta Annie acabó mencionándolo.

—No entiendo qué le ha pasado —le dijo a Rosie, en quien había delegado las tareas de la colada—. Hace años y años que sólo salía al jardín, y ahora anda rondando por ahí como si fuese una cualquiera.

Eso mismo pensaba a veces la propia Emmelia. Tampoco ella sabía qué nombre darle a sus correrías, ni qué se había hecho a estas alturas de su antigua forma de ser, o qué había ocurrido con sus escrúpulos familiares. Sin embargo, lo único que le preocupaba no era el qué, sino el cómo; eso, y la conciencia de que ya no se aburría ni se sentía obligada, por culpa de su falta de ocupaciones, a escribir largas cartas a sus parientes con la idea de conseguir que todos creyeran que era lo que evidentemente no había sido nunca: una anciana dama encantadora y amable.

En lugar de esas características, en estos momentos habían hecho acto de presencia otras muy distintas, unos rasgos ásperos y hasta brutales que eran su paradójica respuesta al golpe que había sufrido su anterior versión blanda y dulzona del mundo, y todo a consecuencia de los sucios métodos que ese mundo había utilizado para condenar a una persona tan necia como inocente. Encima, Lord Broadmoor la había tachado de arpía. Emmelia buscó la palabra en el diccionario y encontró su significado original: «Mujer de fuerza y espíritu masculinos. (Palabra de origen latino que significaba mujer guerrera)». En conjunto, le pareció que ésta era una buena definición de su actual estado de ánimo, y le pareció tranquilizador que los antiguos romanos describieran de este modo a algunas mujeres. Esto bastaba para situarla en una tradición mucho más rancia que la de los Petrefact. Pero a pesar de todo no había podido borrar completamente su anterior personalidad, y por las noches se despertaba aterrorizada cuando estaba soñando en la operación que había planeado llevar a cabo.

Para aplacar el pánico de esos momentos, reforzó su resolución a base de leer *The Times* de la primera a la última página todos los días, y bajar cada noche al cuarto de las botas, para ver allí la televisión con Annie y Rosie. De estos encuentros con la locura y la violencia del mundo Emmelia salía reconciliada con la relativa bonachonería de sus propios planes. Un hombre había incinerado

a veintidós personas en Texas, «para divertirse»; en Manchester, un padre de cinco hijos había violado a una anciana; en Teherán se habían producido nuevas ejecuciones en masa de personas denunciadas por haber «pecado contra Dios»; otro soldado británico había muerto en el Ulster cuando se suponía que trataba de evitar que protestantes y católicos se mataran entre sí; una canguro de catorce años, al ver que el bebé que tenía a su cargo no paraba de llorar, había decidido arrojarle por la ventana. Y como si todos estos actos de violencia insensata no bastaran para convencerla de que el mundo estaba loco, vio también algunas series de televisión en las que los detectives y los sospechosos de diversos delitos caían víctimas de balas disparadas con evidente placer, mientras Annie y Rosie y, seguramente, millones de personas más, lo contemplaban con más placer si cabe.

Emmelia salía de estas sesiones muy tranquilizada. Si el resto del mundo se comportaba tan irracionalmente y sin motivos reales que justificaran tanta chifladura, no tenía por qué preocuparse. Al cabo de un mes, Emmelia había experimentado una transformación interna tan radical que hasta para sí misma era una persona irreconocible. Exteriormente seguía siendo Miss Emmelia Petrefact, la vieja anciana a la que le gustaba cultivar su jardín, cuidar de sus gatos y amar a su familia.

A Yapp no le quedaba casi nada de su pasado. En cuanto llegó a Drampoole, la prisión donde debía cumplir su sentencia, le quitaron su ropa, casi todo su cabello, todas sus posesiones personales, y la ilusión de que los delincuentes no eran más que víctimas del sistema social. Sólo su conocimiento de que la mayor parte de los presidiarios eran miembros de la clase obrera había obtenido una confirmación, y, junto a esto, la experiencia de averiguar qué era lo que pensaba el proletariado de los asesinos de niños. Los frenéticos intentos que hizo por explicar que no había asesinado a nadie, y el hecho de que no era lo mismo un niño que un enano, no le salvaron de ser víctima de los brutales ataques de los dos asesinos de verdad que compartían la celda con él.

—Sabemos muy bien lo que hay que hacer con los cabrones como tú —le dijeron, e inmediatamente se pusieron a hacerle objeto de diversas prácticas sexuales repugnantes y dolorosísimas, que sin duda habían aprendido en la dura escuela de la vida que tanto había venerado Yapp hasta aquel día. A la mañana siguiente ya no sentía veneración alguna, y tampoco se sentía capaz de pedir que le atendiera el médico de la prisión. No le quedaba ni siquiera un resto de voz, y al final de la primera semana seguía hablando sólo en susurros. Fue entonces, sin

embargo, cuando los guardianes de la prisión, que sentían evidentemente el mismo odio contra los asesinos de enanos que sus compañeros de celda, decidieron que, por su propio interés, tenían que llevarle al médico para no tener que habérselas con el alcaide de la prisión, que sin duda les hubiera pedido explicaciones al enterarse de que había un cadáver en una de las celdas que ellos controlaban.

—Como sueltes el más mínimo quejido te arrancaré los cojones de cuajo —dijo gratuitamente el más alto de los criminales cuando Yapp salía cojeando de la celda—. Le dices al matasanos que te has caído de la litera, ¿entendido?

Yapp obedeció estas instrucciones.

—¿De la litera? —dijo el médico, proyectando la luz de su linterna hacia el escocido esfínter de Yapp—: ¿Ha dicho litera?

—Sí —susurró muy afónico Yapp.

—¿Y puede explicarme sobre qué cosa cayó exactamente?

Yapp le contestó que no estaba seguro.

—Yo sí lo estoy —dijo el médico, que conocía de sobra a los maricas, y que tenía contra ellos tantos prejuicios como contra los asesinos de niños—. Bien, póngase en pie.

Yapp trató de obedecer, y gimió desconsoladamente.

—¿Y qué le pasa a su garganta? No me diga que es, además, un «garganta profunda»…

Yapp dijo que no sabía qué era eso de ser un «garganta profunda». Cuando el médico accedió a ampliar su vocabulario, el pobre profesor contestó:

—Desde luego que no soy nada de eso. —Su voz afónica expresó toda la indignación de que era capaz—. Me ofende que me acuse de una cosa así.

—En ese caso, ¿le importaría decirme cómo es que tiene la cavidad bucal y las cuerdas vocales en este lamentable estado? —dijo el médico mientras le introducía una espátula en esa irritadísima zona.

Yapp contestó con un gorgoteo.

—A ver si aprendes a tratar de usted al médico —le dijo el guardia carcelario, acompañando sus palabras con un golpe en las costillas.

El médico le quitó la espátula y se volvió a su mesa para redactar el informe.

—Un supositorio vaginal por cada una de las extremidades, tres veces al día —le recetó—. Y, por cierto, ¿no podrían meterle en una celda donde hubiese alguien que no se sintiera tan atraído por los encantos sexuales de esta pobre bestia?

—Como no sea con Watford… —dijo el guardián.

—En fin no nos queda otro remedio —dijo el médico—. De todos modos,

tendremos que estar preparados para hacer lavados de estómago.

—Como usted diga.

Yapp fue introducido de un empujón a su celda. Recogió allí sus mantas y fue observado con expectación por sus dos compañeros.

—Me lo llevo a la celda de Watford —dijo el guardián—. Vosotros dos ya os habéis divertido bastante.

—Así aprenderá ese cerdo —dijo el asesino más bajito.

Yapp salió cojeando al pasillo. Sus premoniciones eran espantosas.

—¿Qué pasa con Watford? —preguntó con su vocecilla.

—¿Dices en serio que nunca habías oído hablar del envenenador de Bournemouth? Menudo catedrático. En fin, vivir para ver. Ya te irás enterando —dijo el guardián. Y, al final del pasillo, abrió la puerta de otra celda—. Watford, te he traído compañía.

—¿Por qué estás aquí? —preguntó Watford en cuanto cerraron la puerta. Era un hombre bajo y rechoncho que miraba a Yapp con gran interés.

Yapp, que apenas miró al otro preso, se dejó caer en la cama y decidió, por primera vez en su vida, que lo mejor era ocultar la verdad.

—Seguro que has hecho alguna cosa bastante horrible —prosiguió el alegre Mr. Watford, dirigiéndole una sonrisa radiante desde su cama—. Nunca me traen gente agradable.

Yapp graznó sin llegar a articular ninguna palabra, y se señaló la boca.

—Ah, eres mudo —continuó Mr. Watford—, qué bien. El silencio es oro, como yo digo siempre. Así será todo mucho más fácil. ¿Quieres que te haga un reconocimiento médico?

Yapp negó con la cabeza.

—Bueno, bueno, como quieras. Aunque, no creas, soy mucho más experto que el médico de la prisión, que tampoco es decir gran cosa, claro. Mira, la naturaleza me dotó de todo el talento necesario para que fuera un gran médico, pero mi procedencia social fue un obstáculo insalvable. Mi papá era conductor de tranvías cuando no estaba bebido, y un sádico cuando estaba borracho. Y como mamá tenía que fregar suelos para completar su sueldo, tuve que dejar la escuela a los catorce años. Mi primer empleo fue con un chatarrero. Tenía que separar el plomo de cañerías de lo demás. No creas, el plomo es un metal muy interesante. Gracias a él obtuve mis primeros conocimientos acerca de los efectos fisiológicos de los metales venenosos. El arsénico también es un metal, no sé si lo sabes. Pues bien, de ahí pasé a trabajar con un fotógrafo…

La horrible historia de la vida de Mr. Watford siguió durante un buen rato, mientras Yapp trataba de conciliar el sueño. En otras circunstancias, el catedrático de Kloone hubiera sentido interés y hasta simpatía por su compañero

de celda, pero como sabía que en el último capítulo de esa historia su protagonista se convertía en el envenenador de Bournemouth, y que él era la siguiente víctima elegida por el destino, apenas si notó los sentimientos que generalmente provocaba su aguda conciencia social. Por otro lado, sus anteriores compañeros de celda le habían permitido obtener de la forma más traumática un conocimiento de primera mano acerca del funcionamiento del cerebro del asesino corriente. Para sobrevivir en la letal compañía de Mr. Watford no le quedaba otro remedio que establecer una superioridad inmoral sobre aquel monstruo. Sobre todo, tenía que ser diferente y sutil, y declararse autor de algún tipo horrendo de crimen muy especial. Por primera vez en su vida, Yapp se enfrentaba a un problema que era personal, inmediato y real, y que no tenía la más mínima relación con lo político, lo histórico ni lo social.

Cuando le llevaron la cena, Yapp ya había tomado una decisión. Con auténtico asco y una sonrisa horrible, le pasó a Watford su bandeja, sacudió la cabeza y señaló su boca.

—¿Qué pasa? ¿No quieres esta bazofia? —preguntó el envenenador. Yapp volvió a sonreír, y esta vez se adelantó hasta que su cara quedó inquietantemente cercana a la de Mr. Watford.

—Falta sangre —graznó Yapp.

—¿Sangre? —dijo Watford mirando primero la horrible sonrisa de Yapp, luego las salchichas, y de nuevo la sonrisa de su compañero—. Bueno, ahora que lo dices, la verdad es que las salchichas de la prisión no tienen casi carne.

—Sangre de verdad —susurró Yapp.

Mr. Watford se retiró un poco.

—¿Sangre de verdad?

Sangre fresca —dijo Yapp, volviendo a acercársele, como si estuviera persiguiéndole—. Fresca, recién brotada de la yugular.

—¿Yugular? —dijo Mr. Watford, empalideciendo consideradamente—. ¿Qué quieres decir con eso?

Pero Yapp se limitó a sonreír, de forma más horrible incluso que antes.

—¡Me han metido un loco en mi celda! —exclamó Mr. Watford.

Yapp dejó de sonreír.

—No quería ofenderte —dijo apresuradamente Mr. Watford—, sólo quería decir que… —Se interrumpió y dirigió una mirada vacilante a las salchichas—. ¿Seguro que no quieres cenar? Quizá no te sentirías tan… Bueno, a lo mejor te encontrarías más a gusto…

Pero Yapp dijo que no con la cabeza y se tendió de nuevo. Mr. Watford le miró con cautela y comenzó a comer, muy despacio. Durante varios minutos reinó el silencio en la celda, y la tez de Mr. Watford había recobrado parte de su

color normal, pero Yapp atacó de nuevo.

—Enanos —gruñó. Un pedazo de salchicha que Mr. Watford estaba acercando a su boca con el tenedor comenzó a temblar aparatosamente.

—¿Qué pasa con los enanos? —dijo Mr. Watford, utilizando esta vez un tono beligerante—. Estoy aquí tomando tranquilamente mi cena y tienes que…

—Pequeños enanos.

—Joder —dijo Mr. Watford, pero con acento apocado. Yapp sonreía de nuevo—. Bueno, bueno. Como tú digas. De todos modos, yo habría dicho que todos los enanos son pequeños.

Pero Yapp no pensaba dejarse ablandar.

—Sangre de pequeños enanos recién nacidos.

Mr. Watford dejó en el plato el pedazo de salchicha y se quedó mirando a Yapp.

—Mira, tío. Estoy tratando de cenar, y el tema de los jodidos enanos recién nacidos y de su maldita sangre no contribuye precisamente a que tenga una buena dig… ¡Dios mío!

Yapp se había puesto en pie y se le acercó un paso. Mr. Watford retrocedió hacia la pared.

—Bien, bien —dijo, temblando de pies a cabeza—. Me parece muy bien que te guste la sangre de los enanos recién nacidos. Lo único que te pido es que…

—Fresca. Recién brotada de sus yugulares —prosiguió Yapp, frotándose sus huesudas manos y mirando fijamente el cuello de Mr. Watford.

—¡Socorro! —gritó el prisionero, que salió disparado de la cama y se fue hacia la puerta—. ¡Sacadme de aquí! Este tipo no debería estar en la cárcel sino en un manicomio.

Pero cuando los dos vigilantes se tomaron la molestia de investigar sus quejas, Yapp estaba tranquilamente sentado en su cama, comiendo salchichas y puré de patata.

—A ver, ¿qué pasa aquí? —dijo uno de los guardias, apartando a Mr. Watford.

—Este tipo está loco. Está completamente loco. Me habéis metido a un psicópata en la celda. No quiere comer, y se pasa el rato diciendo que quiere beber sangre de enanos recién nacidos… —Watford se interrumpió y se quedó mirando a Yapp—. Antes se negaba a comer…

—Pues ahora ya está comiendo, y no me extraña que antes no quisiera hacerlo, teniendo en cuenta que tú andabas cerca —dijo el vigilante.

—Pero todo el rato hablaba de sangre de enanos.

—¿Qué quieres que haga, que hable de arsénico? Además, tú no eres enano,

¿no?

—Me mira como si lo fuese. Y tengo el derecho a hablar de venenos cuando me apetezca. Es mi especialidad. ¿Por qué crees, si no, que estoy aquí?

—De acuerdo, pero también él tiene derecho a hablar de enanos y de sangre —dijo el guardia—. ¿Por qué crees que él está aquí?

Mr. Watford miró a Yapp con renovado espanto.

—Dios mío, no me digas que…

—Exacto, Watford. Su especialidad consiste en asesinar a enanos pequeñitos y hacer con ellos verdaderas carnicerías. El alcaide había pensado que formaríais una buena pareja. Ninguno de los demás lo quiere a su lado.

Pero antes de que Mr. Watford tuviera tiempo de decir que tampoco él lo quería por compañero, la puerta se cerró de golpe, y le advirtieron desde fuera que, como volviese a armar ruido, le castigarían. Mr. Watford se acurrucó en un rincón y sólo se atrevió a subir de nuevo a su cama cuando apagaron las luces.

Entretanto, Yapp había estado meditando sobre cuál debía ser su siguiente paso a fin de conservar su vida. La ocasión se la proporcionó Mr. Watford, que trató de vencer su insomnio a base de masturbarse. Yapp creyó que en esta ocasión lo más eficaz sería adoptar una entonación religiosa, y comenzó a canturrear en siniestros susurros:

—«A todos los sonrosados y horribles enanos, a todos los bajitos gordezuelos y diminutos, a todos los enanos blancuzcos y malvados, a todos los extermina el Señor».

Mr. Watford dejó de masturbarse.

—No soy ningún enano —dijo—. Me gustaría que te entrase esa idea en tu cabezota.

—Los enanos se masturban —dijo Yapp.

—Seguro que sí —dijo Mr. Watford, incapaz de encontrar el modo de discutir la lógica de Yapp, pero preocupadísimo por las consecuencias que pudieran derivarse de su aceptación—. Pero eso no quita que yo no sea un enano.

—Derramar la semilla contribuye a frenar el desarrollo —dijo Yapp, recordando un comentario bastante enrevesado que le oyó pronunciar una vez a su religiosísima tía, hablando precisamente de esta cuestión—. El Señor Dios de la Verdad ha hablado.

Desde su cama, Mr. Watford decidió que lo mejor sería no discutir con aquel chiflado. Si aquel loco con el que se veía obligado a compartir la estrecha celda creía no solamente que él era Dios sino, además, que masturbarse estaba mal y que beber sangre de los enanos pequeñitos estaban bien, allá él con sus problemas. Se volvió hacia un lado, y no consiguió dormirse.

Los horrores de la noche estaban lejos de haber terminado. Tras descubrir los magníficos efectos que se conseguían haciéndose el loco ante un auténtico envenenador que, según la opinión de Yapp, por fuerza tenía que estar verdaderamente loco, el catedrático decidió que tenía que ampliar el tratamiento. Tanteó en uno de los bolsillos de su pantalón y encontró uno de los supositorios vaginales que le había recetado el médico de la prisión, y que aún no había utilizado. Dudó un instante. Comerse un pesario no debía de ser agradable, pero seguro que era mejor que tomarse alguna de las mortales pócimas que Watford mezclaría, tarde o temprano, con la comida. Y, con una resolución que en parte nacía en su ascético pasado, Yapp se llevó el pesario a la boca y empezó a masticarlo ruidosamente. Watford se volvió en su cama.

—Eh —dijo—, ¿qué estás haciendo?

—Como —dijo Yapp, con la boca llena de gelatina y lubricante para el colon.

—¿Y qué diablos tienes que comer a estas horas de la noche? —preguntó Mr. Watford, para quien no había en el mundo nada tan interesante como todo lo relacionado con la ingestión de lo que fuera.

—¿Quieres un poco? —dijo Yapp—. Alarga el brazo.

Pero Mr. Watford no pensaba dejarse engañar.

—Déjalo en el taburete.

Watford cogió lo que Yapp depositó en donde él le había dicho.

—¿Qué coño es esto? —preguntó después de haber repasado aquella cosa con los dedos, sin lograr identificarla.

—Si no quieres, devuélvemelo —dijo Yapp.

Watford vaciló. Le gustaba mucho comer, lo que fuese, pero la experiencia de sus víctimas le aconsejaba ser cauteloso. Por otro lado, tanto la textura como la forma del pesario no parecían muy apetecibles.

—Me parece que me lo guardaré para mañana por la mañana. De todas formas, gracias.

—Nada de eso —rugió Yapp—. O te lo comes ahora, o me lo devuelves inmediatamente. No pienso desperdiciarlos. Sólo me quedan dos.

Watford devolvió el pesario al taburete de forma inmediata.

—Sigue picándome la curiosidad —dijo—. ¿Qué es?

Yapp cogió la cosa e hizo unos ruidos que parecían gorgoteos.

—Cojones de enano —murmuró—. Durante unos segundos no se oyó ningún ruido procedente del lado de Watford, que hacía tremendos esfuerzos para evitar que la cena que había tomado poco antes no volviera a salir por donde había entrado. Luego soltó un aullido de repugnancia y saltó de la cama para ponerse a aporrear la puerta de la celda con el taburete. Los demás presos

de la galería comenzaron a sumar sus propios ruidos a aquel estruendo. Mientras, Yapp escupió al retrete el resto de pesario que le quedaba en la boca, se enjuagó la boca y tiró de la cadena.

Yapp estaba pacíficamente tendido en su cama cuando se abrió la puerta y Watford se lanzó a los brazos de los guardias. Esta vez no dio ninguna explicación. Para asegurarse de que se lo llevaban a la seguridad de una celda de castigo, se limitó a golpear con el taburete la cabeza de uno de los guardias, y a darle un buen mordisco al otro.

Había empezado la conversión de Yapp a la *realpolitik* carcelaria. Y este proceso continuó a la mañana siguiente. Llamado por el alcaide para que explicara de qué modo había contribuido a que el envenenador de Bournemouth pasara de ser un preso odiado a un preso demente, manifestó que, tras haber meditado sobre la cuestión, opinaba que la enfermedad de Watford, que antes de su ingreso en la cárcel de Drampoole se había manifestado en forma de un intento libidinoso de ocupar vicariamente el lugar del padre en relación con su propia madre mediante la eliminación química de aquellos a quienes él veía como imágenes de su padre, se había agravado a consecuencia de la metamorfosis ambiental que había sufrido en prisión, y ahora se había transformado en una esquizofrenia paranoide terminal que era el resultado obvio de su prolongado encarcelamiento así como de la total ausencia de relaciones sociosexuales normales.

—Conque sí, ¿eh? —dijo el alcaide, tratando desesperadamente de mantener su autoridad ante este ataque de jerga sociopsicoanalítica. Yapp se permitió el lujo de manifestar otras opiniones igualmente meditadas en torno al tema del encarcelamiento por períodos indefinidos, contemplados desde el punto de vista de la psicología de la Gestalt, hasta que finalmente el alcaide descargó una patada contra el suelo y ordenó que se lo llevasen a su celda.

—Por todos los santos —murmuró el alcaide ante el vicealcaide—. Si no hubiese escuchado todo eso con mis propios oídos, no hubiese creído posible que pudiera haber gente así.

—Pues yo lo he escuchado con los míos, y sigo sin creer que esto haya sucedido —dijo el vicealcalde, que había ocupado este mismo cargo en Irlanda del Norte y estaba curado de espantos—. No olvide el historial de este tipo. Es un extremista fanático, y el clásico organizador de jaleos. Como le dejemos suelto, en menos que canta un gallo habrá conseguido que todos los asesinos que tenemos encerrados aquí se pongan a escribir guarradas en las paredes con sus propios excrementos, y a exigir que se les conceda el estatus de terrorista.

—Y pensar que ésta era una cárcel pequeña y tranquila —suspiró el alcaide mirando entristecido el retrato autografiado—. Sea como fuere, ahora ya

sabemos qué ha sido lo que ha sacado de sus casillas a ese espantoso envenenador. Imagínate lo que significa estar encerrado en una misma celda con un tipo que usa esa clase de vocabulario.

Al cabo de un par de días el alcaide escribió una carta oficial al ministerio del Interior en la que pedía con urgencia que el profesor Yapp fuese trasladado a una cárcel de máxima seguridad para miembros de la clase profesional.

26

Pero no era allí, sino en otro lugar, en donde se estaba decidiendo en realidad el futuro de Yapp. El primer ataque de Emmelia se produjo en el pueblo de Mapperly, en cuya oficina de correos trabajaba una señora diminuta que atendía al nombre de Miss Ottram. El pueblo estaba a unos treinta kilómetros de Buscott, y Emmelia había llevado a cabo varias operaciones de reconocimiento del terreno antes de descubrir la rutina diaria de su víctima. Miss Ottram salía de su casa cada mañana a las ocho y cuarto para cruzar todo el pueblo andando hasta llegar a la oficina de correos. Luego se pasaba la jornada entera tras el mostrador, y regresaba de nuevo a casa cuando daban las cinco, a fin de dedicarse, según daba a entender en su carta dirigida a Frederick, a cuidar de su jardín. La noche en que Miss Ottram fue atacada no hubo nadie que cuidara de su jardín. Cuando se dirigía caminando a su casa, en el momento en que pasaba por una zona de oscuridad que estaba en el punto equidistante entre dos farolas, se abrió la puerta de un coche, y una voz ronca le preguntó por dónde se iba a Little Burn.

—No conozco ningún lugar que se llame así —dijo Miss Ottram—. Debe de estar en otro pueblo.

Se oyó un ruido de papeles en el interior del coche.

—Es una casa que está en la carretera de Pyvil —dijo la voz—. Por favor, ¿podría ayudarme a localizar Pyvil en este mapa?

Miss Ottram accedió y se acercó al coche. Momentos más tarde tenía una manta encima de la cabeza, y unos brazos fuertes la introducían en el coche.

—Como siga armando tanto ruido le doy una cuchillada —dijo la voz. Y los gritos sofocados que emitía Miss Ottram desde debajo de la manta cesaron de inmediato. Al mismo tiempo, notó que le esposaban las manos a la espalda. El coche se puso en marcha, pero se detuvo un par de kilómetros más adelante. En medio de la oscuridad, Miss Ottram notó que unas manos la agarraban, pero luego oyó de nuevo la voz:

—Maldita sea —dijo—. Demasiado tránsito.

Y Miss Ottram fue arrojada a la carretera, con la cabeza cubierta aún con la manta. El coche arrancó y se alejó de allí a gran velocidad. Media hora más tarde Miss Ottram fue descubierta por un automovilista que pasaba por allí, y conducida a la comisaría de Briskerton, donde contó la terrible historia, aunque dorándola con muchos detalles tan espantosos como falsos.

—¿Así que le dijo que iba a violarla? —preguntó el inspector Garnet.

Miss Ottram asintió con la cabeza.

—Dijo que si no hacía lo que me ordenaba me clavaría la navaja, y luego me esposó las manos a la espalda.

El inspector observó las esposas que un miembro del cuerpo de bomberos había conseguido serrar tras considerables esfuerzos. Eran fortísimas, y como para cerrarlas había que utilizar una llave, resultaba imposible que Miss Ottram se las hubiera puesto ella misma.

Cuando un coche de la policía ya se la había llevado a su casa, el sargento comentó:

—No me ha gustado nada eso de que la amenazaran con un cuchillo. Me recuerda ese otro caso que tuvimos que…

—Ya me he dado cuenta de eso —dijo irritado el inspector—. Pero ese profesor está encerrado. Me interesa mucho más la manta.

Ambos miraron la manta con la mayor atención.

—Pelos de gato —dijo el inspector—. Pelos de gato en una manta de las más caras. Es un dato. Ya veremos si los expertos forenses son capaces de darnos más detalles.

Y se fue a su casa, pero no consiguió dormir.

También a Emmelia le costó dormir esa noche. Una cosa era trazar planes y otra cosa llevarlos a la práctica, y el estado mental de Miss Ottram era para ella un motivo de preocupación. Además, temía que, cuando la enana tenía puesta la manta en la cabeza, algún coche hubiese podido atropellarla. Y no cabía la menor duda de que la pobre mujer se había sentido verdaderamente aterrada. Emmelia contrapesó este pánico con la sentencia sufrida por Yapp, y trató de consolarse pensando que la horrible experiencia de Miss Ottram estaba en parte justificada.

—Al fin y al cabo, la vida en Mapperly debe de ser aburridísima —se dijo a sí misma—, y cualquier estúpida que conteste a un anuncio como el que puso Frederick debería saber que se expone a cualquier cosa. En fin, ahora tendrá algo

que contar.

De todas formas, cuando al cabo de otras tres noches Emmelia lanzó un nuevo ataque, utilizó como víctima a una enana más madura, y divorciada, una tal Mrs. Fossen que vivía en una casa municipal situada a las afueras de Briskerton. Mrs. Fossen iba a sacar a su chihuahua a la calle para que echase su meada de todas las noches, cuando se vio enfrentada a una figura enmascarada que llevaba un abrigo del que asomaba la mayor yame-entiende-usted que hubiera visto en su vida.

—Era gigantesca —le dijo al inspector Garnet—. Habría jurado que no era posible tenerla tan enorme. Hubiese podido ocurrirme cualquier cosa, de no ser porque tuve la suficiente presencia de ánimo como para cerrarle la puerta de golpe.

—¿Y dice usted que llevaba puesta una máscara? —dijo el inspector, que prefirió no pensar en cuáles podían ser las consecuencias de la inserción de una enorme ya-me-entiende-usted en el cuerpo de una enana, por muy divorciada que fuese.

—Sí, una máscara negra y brillante, verdaderamente espantosa, pero fue la ya-me-entiende-usted lo que…

—Comprendo. Fue muy prudente al cerrar la puerta de golpe y darle dos vueltas al cerrojo. Muy prudente. Bien, y ahora dígame: ¿recuerda haber visto en algún instante un cuchillo como éste?

Y el inspector le mostró un cuchillo de carnicero de gran tamaño, que había sido encontrado en el jardín.

Mrs. Fossen hizo un gesto negativo con la cabeza.

—En tal caso, no la entretendré más. Dos agentes la llevarán a su casa en coche, y vigilaremos cerca de allí hasta que hayamos detenido a este maníaco.

Aquella noche Emmelia se durmió en seguida. Había logrado su objetivo sin necesidad de recurrir a la fuerza. Por otro lado, el cuchillo de carnicero debía de estar dando a la policía buenos motivos de reflexión.

Y acertaba. A la mañana siguiente el inspector Garnet reunió a los agentes para informarles del problema al que se enfrentaban:

—Hemos demostrado tres cosas muy importantes acerca del hombre que tenemos que encontrar. Los expertos forenses han determinado que los gatos que han dormido en la manta que fue utilizada en el caso de Miss Ottram eran siameses, birmanos, atigrados, y, además, un gato persa por lo menos. Luego está lo del cuchillo. Es viejo y gastado, y tenía restos de raíces de dientes de león. Y en último lugar, tenemos las esposas. Evidentemente, están fabricadas a mano, por un fino artesano del metal. Si alguno de ustedes consigue alguna información que nos conduzca a ese amante de los gatos y adicto a los productos

de su propio huerto que, además, se entretiene en los ratos muertos trabajando de herrero, podremos dar este caso por concluido.

—Supongo que mi pregunta será mal recibida, pero ¿habría alguna huella dactilar? —dijo el sargento.

—Nada que nos resultara útil. De todos modos, sólo a un idiota se le ocurriría andar por ahí haciendo cosas de esas sin ponerse previamente unos guantes, especialmente en los tiempos que corren actualmente.

—Sólo un auténtico chiflado andaría por ahí dedicándose a violar enanas —dijo el sargento—, sobre todo si se tiene en cuenta que posee un pene del tamaño de un tronco de árbol, a juzgar por los datos que nos dio Mrs. Fossen.

El inspector Garnet le dirigió una mirada desdeñosa.

—En su lugar, yo no me tomaría muy en serio lo que dijo esa mujer. En fin, cualquier persona de su estatura tiene por fuerza que creer que cualquier pene normal es enorme. Es cuestión de perspectiva, y eso de los tamaños siempre es relativo. Si usted midiera lo mismo que un *dachshund*, también confundiría cualquier lápiz con un cañón.

La policía se pasó varios días seguidos visitando tiendas de animales domésticos y de alimentos naturales, y entrevistó a sus dueños y dependientes, así como a los empleados de varias herrerías. Sus investigaciones no les condujeron, sin embargo, a ningún lado, pero obligaron a Emmelia a actuar con la feroz desesperación que ella hubiese preferido evitar.

Su víctima fue esta vez una tal Miss Consuelo Smith, cuya carta de contestación al anuncio de Frederick hacía pensar que se trataba de una enana ligera de cascos. Pero en esa carta se había olvidado de decir que, además, era una enana con cinturón negro de karate. Fue Emmelia quien tuvo que descubrir personalmente este dato cuando, tras haber telefoneado a Mrs. Smith fingiendo ser el Caballero de Crecimiento Restringido que puso el anuncio por palabras solicitando compañía, se citó con ella frente al Memorial Hall de Lower Busby. El Ford de segunda mano adquirido por Emmelia frenó junto a Miss Smith. Emmelia le abrió la puerta, y la enana entró, para descubrir al punto que aquello no era lo que ella se había imaginado.

—Eh, oiga, pero ¿qué se ha creído? —gritó cuando Emmelia pisó a fondo el acelerador—. Usted no es ningún jodido enano. Usted es un maldito normal.

—Sí, cariño —contestó Emmelia con voz ronca, algo incómoda por el tono con que aquella enana estaba hablándole—, pero me encantan las personas pequeñitas.

—Pues que me muera aquí mismo si alguna vez voy a consentir que me meta mano un coloso. Pare el coche ahora mismo, yo me bajo —gritó Miss Consuelo. Emmelia buscó a tientas su cuchillo.

—Haz lo que te digo, o te rajo —dijo, pero en seguida quedó demostrado que no iba a ser capaz de cumplir su amenaza.

Miss Consuelo empleó una mano para hacer caer el cuchillo al suelo del coche, y la otra para descargar un golpe con el canto en la nuez de Emmelia, que se quedó sin habla y semiasfixiada. Mientras ella trataba de no perder el control del vehículo, Miss Consuelo utilizó tácticas más drásticas incluso, y buscó con sus manos el escroto de su secuestrador. Pero lo que localizó cuando empezó a tantear la entrepierna fue el pene artificial. A diferencia de Mrs. Fossen, su descomunal tamaño no arredró a Consuelo. Todo lo contrario, pensó que había que aprovecharse de las circunstancias y, con la profunda experiencia de una verdadera *demi-mondaine*, se zambulló hacia él y le clavó los dientes. Pero, para consternación de Consuelo, Emmelia no chilló de dolor, sino que acercó el coche a la cuneta y frenó.

—De acuerdo, puedes bajar —dijo, tras haber recobrado parcialmente la voz.

Pero Consuelo se quedó, dando muestras de una tenacidad que sin duda procedía del nuevo temor que la embargaba. Un hombre que podía seguir hablando con relativa calma después de que le hubiera pegado semejante mordisco en el pene, o era un masoquista más masoquista que el peor masoquista del mundo, o un ser dotado de semejante grado de autocontrol que aquello podía resultar mucho más arriesgado de lo que ella se había temido. Durante un segundo abrió la boca, y luego le pegó de nuevo un mordisco, más fuerte que el anterior. Pero Emmelia ya estaba harta. Se inclinó hacia el lado de Consuelo, abrió ella misma la puerta del coche y, de un empujón, la echó a la cuneta. Luego cerró la puerta y salió a toda velocidad.

Consuelo se quedó sentada en la cuneta, mirando las luces de posición que se iban alejando, cuando de repente se dio cuenta de que tenía una cosa en la boca. Con la repugnancia natural, la escupió y dio rienda suelta a sus emociones.

Diez minutos después, en un estado de horror histérico ante la atrocidad que creía haber cometido, entró tambaleándose en la comisaría de Lower Busby, y poco después se enjuagó la boca con desinfectante puro, para finalmente hacer un intento de explicar lo ocurrido.

—¿Dice en serio que le arrancó de un mordisco la punta del capullo a ese hijo de puta, y que el tipo no soltó ni un grito? —le preguntó el agente, pero pronto se quedó sin palabra porque de la impresión se le había acalambrado la entrepierna.

—Lo digo en serio, y ya estoy harta de repetírselo —dijo Consuelo.

—Vamos a ver. Dice usted que este hombre la recogió en su coche y que intentó violarla…

—Ni pudo intentarlo —dijo Consuelo—. Le di un golpe en la garganta, y luego, como estaba en plena erección, le pegué un mordisco en la punta de esa bestialidad de cosa que tenía, y cuando, tras librarme de él, conseguí por fin bajarme del coche, todavía me quedaba un pedazo entre los dientes.

—¿Un pedazo entre los dientes?

—Pues claro, estúpido, un buen pedazo de su pene —dijo Consuelo. Luego se enjuagó de nuevo la boca—. Lo escupí, y he venido corriendo aquí.

El policía empalideció y cruzó con más fuerza incluso sus piernas.

—La verdad, lo único que se me ocurre decir es que a estas horas anda rondando por ahí un pobre cabrón que debe de estar deseando no haberse cruzado jamás en su camino, Miss Consuelo. Seguro que ya debe de haberse desangrado y que le van a encontrar muerto. El muy desdichado.

Consuelo Smith le miró con odio.

—Lo que faltaba —dijo rencorosamente—. Y encima era un normal. Seguro que si me hubiesen violado y asesinado no sentiría usted tanta compasión como la que ahora parece inspirarle ese cerdo. En cambio, sólo porque le he mordido…

—Bien, bien. Tiene razón. Sólo que…

—Pues era un hombre, y, encima, normal, altísimo…

Pero Consuelo se quedaría más tarde muy confundida cuando el inspector Garnet, con la ayuda de un grupo de agentes, encontró el fragmento de pene de plástico y le dio esa información.

—No te jode —dijo enfurecido Garnet, al ver el glande de plástico—. Justo cuando parecía que ese cerdo no volvería a atacar, y que bastaba darse una ronda por todos los hospitales hasta encontrar alguno donde hubiesen atendido a un tipo al que le faltaba la punta de la polla… Y ahora resulta con que era una polla artificial. ¿Y qué nos dice este nuevo dato?

—Que ese bastardo sabía lo que se jugaba al meterse en esa especie de ratonera humana —dijo el agente de Lower Busby, que seguía caminando de forma muy rara.

—Y un huevo —dijo el inspector, agravando así el trauma del agente—. No necesitamos que venga un comecocos para saber que nos estamos enfrentado a un impotente, un tipo incapacitado para la vida sexual, que ni siquiera es capaz de tirarse a una mujer normal.

—Sería mejor que no lo dijera de esta forma cuando Miss Consuelo pueda oírle. No parece mostrarse muy amable…

—¿Amable? —Esta vez fue el inspector el que tembló—. Después de haber visto lo que es capaz de hacer esa enana con lo que yo diría que es un cruce entre un neumático radial y un pene, jamás en la vida acercaría mis intimidades a

menos de dos metros de esa mala puta.

—No me refiero a eso —dijo el agente—. Me refiero a que no le va a gustar que alguien diga que ella no es una mujer normal. Debe ser socia fundadora del Partido de la Liberación de las Enanas. Odia a los hombres, pero sobre todo a los normales.

—Pues que odie a quien quiera, pero ya me dirá usted a mí si lo que le hizo a ese pedazo de caucho es normal o qué.

Regresaron a la comisaría y presentaron la nueva prueba a Consuelo.

—No se preocupe, Miss Smith —dijo el inspector—, seguro que no hay peligro de contagio de la sífilis…

Pero Consuelo no le escuchaba. Tenía puesta toda su atención en el glande de plástico.

—Ya sabía yo que pasaba algo raro —dijo—. No me extraña que no gritase.

—Es evidente —dijo el inspector—, que estamos enfrentándonos a un psicópata sexual al que no se le levanta y…

—Y una mierda. A quien se enfrenta usted es a una mujer —le interrumpió Consuelo.

El inspector Garnet le dirigió una sonrisa afable:

—Desde luego que sí, Miss Smith. Toda una mujer, y muy valiente además.

—No me refiero a mí, necio. Digo que la persona que me atacó es una mujer. No sé cómo no me di cuenta antes. Al principio hablaba con voz grave, pero luego el timbre subió varias octavas.

—Es lógico, después de que usted…

—Mire, listo —dijo Consuelo despectivamente—, esto no es un pene de verdad, ¿no se acuerda ya? Y por eso no gritó.

El inspector se hundió desconsoladamente en una silla.

—¡Claro! ¡Tiene razón! ¡Es una mujer!

—Desde luego que lo es. Además, usaba un tonillo presumido, como si hablara con una persona del servicio.

—Ya. Bueno, teniendo en cuenta todos los factores, me atrevería a decir que esa mujer… —Pero el inspector se interrumpió al notar la mirada despectiva que seguía dirigiéndole Consuelo—. Bien, ahora basta con que encontremos a una lesbiana de clase alta, que tiene gatos, que ha perdido un cuchillo de trinchar la carne y la punta de un pene artificial, y que es habilísima fabricando esposas. No puede haber por ahí muchas mujeres que respondan a todas estas características.

—Además tiene un Ford Cortina, mide un metro sesenta y cinco, pesa unos cincuenta y cinco kilos, y tiene inflamada la muñeca izquierda, lo garantizo.

—Muchísimas gracias, Mrs. Smith. Nos ha ayudado usted de una forma

maravillosa. Ahora, un coche de la policía la llevará hasta su casa. Si necesitamos más información…

—Hay que joderse —dijo Miss Smith—, ahora entiendo por qué hay tanto delincuente suelto por ahí. ¿Así trabajan ustedes? ¿No se les ha ocurrido preguntarme cómo diablos me metí en ese coche? ¿O acaso creen que tengo por costumbre subirme a coches de desconocidos sin tener para ello alguna buena razón? Puede que no les llegue a ustedes ni a la cintura, pero me parece que tengo más seso en mi cabeza que el que ustedes esconden bajo esos cascos.

—Yo no llevo casco —dijo malhumorado el inspector, y miró casi con simpatía el fragmento de pene artificial—. Bien, ¿por qué subió al coche?

—Porque había contestado a un anuncio publicado en la *Gazette* hace algún tiempo, y esta tarde he recibido una llamada telefónica. Era uno de esos anuncios que piden señoras.

—¿Señoras? ¿Qué clase de señoras?

—Señoras como yo, naturalmente —dijo Consuelo, buscando mientras en el interior de su bolso, del que finalmente extrajo el recorte de prensa.

El inspector lo leyó.

—«Caballero de crecimiento restringido busca…» ¿Acostumbra usted contestar esta clase de anuncios?

—Prácticamente cada día, sí —dijo Consuelo—. Si es que no hay día en que no salgan. Últimamente, periódico que cojes, periódico que va lleno de anuncios de enanos que piden compañía… ¿Es que no tiene cerebro?

—No hace falta que se ponga ofensiva —dijo el inspector—, estamos aquí para ayudarla.

—¿Ah, sí? Pues, mire, cuando vuelva a necesitar su ayuda llamaré a los bomberos, sabe —dijo Consuelo recogiendo sus cosas y poniéndose en pie—. Ya sé que soy una persona de crecimiento restringido, aunque prefiero que me llamen enana a secas, pero al menos soy capaz de pensar como un ser adulto, cosa que no todo el mundo puede decir. Bien, ya se apañarán ustedes como puedan.

Hubo un suspiro de alivio generalizado cuando Consuelo se fue.

—Bueno, al menos nos ha dado algunas informaciones bastante útiles —comentó el inspector—. Quiero que vayan a comprobar si las anteriores víctimas habían contestado también a ese anuncio de los cojones.

El sargento cogió la punta del pene de plástico y con expresión reflexiva la dejó caer en el interior de una bolsa.

—Y si conseguimos localizar a unas cuantas enanas solitarias más, bastará con que vigilemos sus casas y, con un poco de suerte, atraparemos a quienquiera que esté dedicándose a molestarlas.

Pero la esperanza concebida tan apresuradamente por el inspector se desvaneció muy pronto. Consuelo Smith se puso al teléfono en cuanto llegó a su casa, dispuesta a vender al mejor postor su relato de lo ocurrido. Y tuvo tanto éxito que cuatro periódicos de Fleet Street aparecieron a la mañana siguiente con grandes titulares que decían: EL OBSESO DE BUSHAMPTON ATACA DE NUEVO A UNA ENANA.

Al mediodía, Briskerton ya estaba repleto de reporteros imbuidos de espíritu investigador, que finalmente lograron de Garnet una declaración en la que se negaba a admitir que el profesor Yapp hubiera sido detenido y condenado injustamente por el asesinato de Willy Coppett.

—Si es como usted dice —preguntó un periodista que había sobornado al telefonista de la policía hasta conseguir que le revelase que Consuelo Smith era la tercera enana que había sido atacada en los últimos días—, ¿le importaría decirme qué medidas piensa adoptar la policía para proteger a los demás enanos de la comarca?

—Sin comentarios —dijo el inspector.

—Entonces, ¿cree usted que no hay ninguna relación entre estos ataques más recientes y el asesinato de Mr. Coppett?

—Desde luego que no —dijo el inspector, que posteriormente sostuvo una horrorosamente prolongada entrevista con el jefe de policía de la comarca, quien sostenía la misma opinión que el periodista.

—Estos nuevos ataques los ha cometido una mujer —dijo el inspector, tratando de defenderse de forma bastante ilógica—. Los expertos forenses nos han proporcionado pruebas que lo corroboran. En esa manta que han podido analizar había huellas de polvos faciales y barra de labios. Y algunos cabellos teñidos.

—Parece que ni siquiera se le ha pasado por la imaginación pensar que la acusación contra el profesor Yapp estuvo basada primordialmente en las pruebas que proporcionó Mrs. Coppett. Si estima en algo su carrera, le aconsejo que vaya ahora mismo a interrogarla. Y digo que ahora mismo, antes de que tengamos en nuestras manos otro maldito caso de asesinato, ¿me oye bien?

El inspector Garnet abandonó el despacho de su superior abrumado por un verdadero instinto homicida.

—Toda la jodida culpa es suya —le gritó al sargento en cuanto llegó a la comisaría de Buscott—. No me hubiese confundido tanto si no hubiera hecho caso de todas esas majaderías que me dijo usted acerca de que aquella mala puta era subnormal, y muy buena persona y que estaba muy enamorada de su maravilloso Willy.

—No mentí. Es tal como se lo dije. Lo juro.

—Pues para su información, le diré que siente tanto atractivo por los enanos que se cargó al necio que tenía por marido, y luego nos obligó a hacer el ridículo brindándonos a Yapp como presunto culpable. Ya ve todo lo subnormal que es.

—¿Y qué me dice del hecho de que el cadáver estuviera en el portamaletas del coche de Yapp, y del asunto de las manchas de sangre de su camisa?

—Sí, una camisa que ella tuvo el cuidado de dejar tendida en el jardín de su casa, para que nosotros la encontráramos allí. En cuanto a lo del cadáver en el portamaletas del coche, ¿no se le ha ocurrido pensar que si Yapp hubiese asesinado a Willy no habría utilizado su propio coche como ataúd durante una semana entera? Para empezar, hubiese metido el cadáver en cualquier otro sitio. En cambio, ella… A ella sí se le pudo ocurrir, a fin de tenderle una trampa a ese maricón de mierda. Y bien, ¿dónde está ahora esa mujer?

—En New House, con los Petrefact —dijo el sargento—. Oiga, por cierto, ¿cómo es que ahora ha cambiado de opinión?

—Las preguntas las hago yo, sargento. Y la primera es… No. Yo mismo le daré la respuesta. Gatos. Siameses, birmanos, un persa y un montón de gatos mestizos. Todos ellos dormitando encima de una manta carísima. ¿No es así?

El sargento le miró boquiabierto. Luego dijo:

—No sé exactamente cuántos tiene, pero podría decirse que Miss Petrefact tiene un hotel para gatos.

—Gracias. En segundo lugar, consoladores y esposas de fabricación artesanal. En Buscott hay una tienda que vende esta clase de productos.

—Los fabrican también allí mismo —admitió el sargento.

El inspector se frotó las manos.

—¿Lo ve? Ya lo sabía. Rosie ha podido obtener todos estos artilugios con suma facilidad.

—Cierto, pero ¿cuál es su motivo?

—La frustración —dijo el inspector, volviendo a su primera teoría—. La frustración sexual. Se casó con un maldito enano, y ella es una mujer condenadamente grande, con unas tremendas exigencias eróticas. Pero él, bueno, lo suyo debía de ser cosa de cinco o seis centímetros a lo sumo. Si Rosie quería más, sus polvos debían de parecer un parto al revés… De modo que ¿qué es lo que Rosie decidió hacer en estas circunstancias?

—Prefiero ni pensarlo.

—Se pasa el día soñando con musculosos gimnastas, luchadores y levantadores de pesas. Supongo que recuerda las fotos que tenía en la cocina. ¿Necesita más pruebas? Rosie se vuelve loca, se carga a su marido y mete el cadáver en el coche del profesor, y cuando consigue que le acusen a él del homicidio, ella empieza a descargar sus frustraciones contra todas las enanas de

la comarca. ¿Tengo o no tengo razón?

—Parece una verdadera chifladura.

—Porque ella está verdaderamente chiflada. Bien, vaya ahora mismo a casa de Miss Petrefact y llévese de allí a Rosie sin armar escándalo y de forma que no se entere nadie, y nos la traeremos a Briskerton, y, una vez la tengamos aquí, Miss Rosie Coppett va a cantar como una diva de ópera, y hará una confesión completa, aunque para ello tengamos que pasarnos una semana entera interrogándola veinticuatro horas cada día. ¿Entendido?

—La verdad, eso de llevársela de allí sin armar escándalo lo veo difícil —dijo el sargento—. Miss Petrefact se enterará tarde o temprano, y cuando lo sepa seguro que armará la gorda. Los Petrefact son prácticamente los amos de todo el pueblo, y, encima, Miss Emmelia tiene un primo que es juez. Antes de que haya podido empezar usted a interrogarla tendrá la comisaría llena de abogados reclamando el *habeas corpus* y…

—He dicho que sin armar escándalo —dijo el sargento—, y quiero que no se arme ningún escándalo.

Luego resultó que no hizo falta ir a New House. Rosie Coppett fue avistada delante de la tienda de animales domésticos Mandrake, y se mostró encantada de aceptar aquella invitación a dar un paseo en un coche de la policía. A las seis de aquella tarde se encontraba en la comisaría de Briskerton, contestando a las preguntas del inspector.

27

De todos modos, Emmelia no estaba en condiciones de armar la gorda por su desaparición. El golpe de karate que le propinó Consuelo Smith en la nuez la había dejado casi sin habla. Cuando, a la mañana siguiente, Annie le llevó el té, Emmelia le mostró una nota que decía: «Tengo una laringitis aguda, y no debo ser molestada bajo ningún pretexto». Como de costumbre, Annie obedeció sus instrucciones al pie de la letra, y Emmelia pasó cinco días sin que nadie la molestara. Permaneció en la cama, tomó un consomé a modo de frugal almuerzo, sopa de verduras con semolina para cenar, y estuvo preguntándose a todas horas si llegaría algún día a recobrar la voz. Pero, como mínimo, los periódicos parecían indicar que la policía había abierto de nuevo sus investigaciones sobre el caso de Willy Coppett. El jefe de policía había declarado que se habían producido nuevos acontecimientos y que pronto se presentarían nuevas acusaciones. Todo lo cual resultaba muy gratificante, pero cuando, el sexto día, Emmelia se levantó de la cama y se enteró de que Rosie había desaparecido, su actitud fue de evidente alarma.

—Tendrías que habérmelo dicho inmediatamente —le dijo con un hilo de voz a Annie.

—Es que estaba usted muy enferma, y me había pedido que no la molestaran por nada —dijo Annie—. De todas formas, es una de esas mujeres que tienen tendencia a huir de los sitios. Siempre está pensando en romances y aventuras…

—Pero parece que ese día había ido por el pan. ¿No es extraño que no regresara? Sobre todo teniendo en cuenta que eso ocurrió al día siguiente de… Bueno, el día en que yo me puse enferma…

—Pues lo cierto es que eso fue lo que ocurrió; yo la había mandado al pueblo con la lista de la compra, y no regresó. Ya le digo que siempre andaba soñando con romances y aventuras. Hubiese tenido que bajar yo a la compra.

Pero Emmelia entendió la desaparición de Rosie de otra manera. Era

posible que aquella estúpida la hubiese visto regresar después de su tropiezo con aquella enana condenadamente forzuda, y que, por una vez en su necia vida, hubiese sido capaz de sumar dos y dos y obtener un resultado superior a tres. Y si era cierto que había sabido atar cabos…

—Bien, lo mejor será que vayas a la comisaría y denuncies su desaparición —le dijo Emmelia a Annie.

—Ya lo he hecho. He visto al sargento y se lo he contado, pero él se limitó a murmurar no sé qué.

—En tal caso, vuelve a ir y presenta una denuncia oficial —dijo Emmelia. La hora que Annie estuvo fuera la dedicó a limpiar con un trapo del polvo todas las partes del coche que Consuelo había podido tocar, y luego le pasó el aspirador. Había terminado esas operaciones, y entregado el consolador a las llamas de la chimenea del salón, cuando su alarma creció al ver que Annie regresaba a casa en un coche de la policía, acompañada por el inspector Garnet. Con el pulso aceleradísimo, Emmelia se fue al lavabo de la planta baja para serenarse. Cuando emergió de allí, lo hizo con toda la arrogancia de que era capaz.

—Ya era hora —le dijo al inspector—. Hace casi una semana que Rosie ha desaparecido, y mi ama de llaves les informó a ustedes mientras yo guardaba cama. Bien, ¿qué desea usted saber?

El inspector Garnet se estremeció al oír aquel afónico graznido. Sus superiores en la policía no le miraban ya con ninguna simpatía, y no pensaba empeorar las cosas enfureciendo a aquella anciana influyente.

—Nos interesaría saber si alguna vez tomó Rosie prestado su coche, señora.

—¿Que si tomó prestado mi coche? Desde luego que no. No tengo por costumbre prestarle el coche a mis criados, y, además, dudo que Rosie Coppett sepa conducir.

—De todos modos, ¿no hubiera sido posible que ella lo utilizara sin que usted se enterase?

Emmelia meditó la pregunta, y le pareció desconcertante.

—Imagino que sí —dijo—, pero encuentro que su interrogatorio está siendo francamente extravagante. Suponiendo que Rosie utilizara mi coche para fugarse, no entiendo por qué razón iba a devolvérmelo. Hasta donde yo sé, ese coche sigue en las caballerizas.

—No hay modo de llegar al fondo de la mente humana —dijo el inspector —. Hay personas muy irracionales, sabe. ¿Le importaría a usted que revisáramos el coche, para ver si encontramos algunas huellas dactilares?

Emmelia dudó. En realidad, sí le importaba, pero también era cierto que acababa de limpiarlo y que negarse a que lo mirasen podía suscitar sospechas.

—Usted conoce muy bien cuál es su deber. Si necesita alguna cosa más, dígamelo.

—También nos gustaría echarle una ojeada a la habitación de Rosie.

Emmelia asintió con la cabeza y se fue al invernadero, donde regó más de la cuenta sus geranios y media docena de cactus. Estaba sobrexcitada.

En el garaje, los expertos en huellas dactilares comenzaron a sacar conclusiones del estado del Ford.

—Ni una maldita huella por ninguna parte —dijo el sargento detective—. Y si eso no bastara para constituir una prueba, y se lo dice alguien que tiene mucha experiencia, venga a ver esto.

El inspector Garnet se aproximó al coche para mirar el parachoques delantero. Estaba doblado y tenía restos de barro seco.

—Le apuesto ciento contra uno a que este barro es el mismo de la carretera en donde fue encontrado el pedazo de consolador. O sea, que esa Rosie sí sabe en realidad conducir.

El inspector soltó un gemido de cansancio. Este era uno de los elementos de su teoría que no se sostenía de ninguna manera, pero tanto sus superiores como la prensa habían empezado a dudar de su competencia.

—Voy a subir a la habitación de Rosie —dijo, y se dirigió hacia allí pasando por la cocina, donde Annie estaba pelando patatas. Media hora después estaba de regreso en las caballerizas.

—Con esto tenemos todo lo que necesitábamos —dijo Garnet muy satisfecho, dándole unos golpecitos indicativos a su cuaderno de notas—. El ama de llaves nos ha proporcionado todo lo que necesitábamos. No hace falta que importunemos más a esa vieja.

Pero cuando el coche de la policía se iba de la mansión, Emmelia estaba furiosa.

—¿Qué dices que les has dicho? —le gritó a la pálida pero desafiante Annie.

—Les he dicho que salió con el coche el miércoles pasado por la noche, y también la noche del viernes anterior.

Emmelia estaba lívida y la miraba fijamente: —Pero eso no es cierto. Fui yo la que usó el coche. Y no me digas que no estabas enterada.

—Lo estaba, pero no podía decirlo —dijo Annie.

—Desde luego que sí podías —dijo Emmelia, derribando, en su excitación, una de sus plantas—. Ella se pasó esas noches contigo, viendo la televisión.

Ahora la has metido en un buen lío.

—Ya se había metido ella sola —dijo Annie—. La policía está convencida de que fue ella la que mató a Willy. Bueno, eso es al menos lo que ha dicho el inspector, y si él lo dice será porque lo sabe, y ahora debe de creer, además, que Rosie es también la que ha atacado a las enanas.

—¡Por Dios, Annie! ¿Te das cuenta de lo que has hecho?

—Sí, señora, me doy cuenta —dijo Annie con firmeza—. La verdad es que ya estaba harta de tenerla por aquí todos estos meses rondando por la casa como una estúpida y haciéndolo todo con la mayor torpeza. Por otro lado, no pensaba permitir que la policía supiera que usted había estado saliendo en coche por las noches, haciéndoles a las enanas todas esas cosas que dicen. Soy una mujer respetable, desde luego que sí, y tengo que cuidar de mi reputación. Las personas de su categoría quizá puedan dedicarse impunemente a hacer las mayores rarezas, pero no pienso permitir que nadie pueda decir de mí que he trabajado para una señora que atacaba a las enanas. A mi edad, jamás volverían a darme ningún empleo. ¿Verdad que no se le ocurrió a usted pensar en este aspecto de la cuestión?

—Pues no, creo que no —dijo Emmelia arrepentida—. Pero ¿estás en realidad convencida de que Rosie Coppett mató a su marido?

—Si lo hizo, allá ella. De todas formas, hubiese podido matarle cualquier día por accidente, como cuando, no hace mucho, nos organizó aquel estropicio dejando que se le cayera de las manos la ponchera de cristal. Si quiere saber mi opinión, mejor que esté encerrada en una celda pequeña; así, por mucho que ande rompiendo cosas, no fastidiará a nadie. Además, con lo tonta que es, lo más probable es que ni siquiera la metan en la cárcel.

Emmelia estaba muy compungida. Primero había sido Yapp, y ahora era Rosie. Dos inocentes y dos tontos que estaban siendo sacrificados en nombre de la honorabilidad, simplemente para evitar un escándalo.

—Mira, Annie, creo que todo esto es escandaloso e intolerable —dijo—. Me niego a que Rosie sea acusada de algo que no ha hecho. Antes de consentir una cosa así, me presentaré ante la policía y confesaré.

Pero Annie no había abandonado su actitud desafiante:

—No le serviría de nada. Juraré que no salió ninguna de esas noches, y ellos pensarán que está usted chiflada. Además, siendo una Petrefact, seguro que no la creerán.

Era cierto. Nadie estaría dispuesto a creerla.

—Bueno, confiemos al menos en que no logren encontrar a Rosie —dijo Emmelia, pero su tono era desesperado. Rosie Coppett no parecía especialmente dotada pata burlar a la policía.

—La encontraron el jueves —dijo Annie—. El sargento Moster nos mandó recado preguntando dónde estaba, y yo le dije que iba a bajar por el pan y que seguramente pasaría delante de la tienda de animales domésticos y que se detendría allí para mirar los conejos. Allí fue donde la pillaron.

Emmelia miró con repugnancia a su ama de llaves.

—Te has comportado como una auténtica malvada —le dijo.

—Si usted lo dice —dijo Annie—. ¿Necesita alguna cosa más?

Emmelia le dijo que no con la cabeza. Todo había acabado. El mundo seguía su inapelable curso. Cuando Annie se fue, Emmelia permaneció sentada, preguntándose cómo era posible que supiera hasta entonces tan pocas cosas acerca de la mujer que había vivido con ella, bajo su mismo techo, durante treinta y dos años. Era el antiguo efecto de los Petrefact, que siempre creían saberlo todo de todo el mundo. Y, si se había equivocado al juzgar a Annie, ¿no podía haberle ocurrido lo mismo con Rosie y Yapp? *Quizás* hubieran sido ellos los que habían matado a Willy.

Estaba profundamente hundida en estas sombrías meditaciones, y mirando distraídamente a los enanitos de piedra que Rosie había dispuesto al otro extremo del césped. Ahora ya no parecían monumentos a la memoria de Willy, ni tampoco estatuas que conmemoraran la infantil inocencia de Rosie, sino más bien un grotesco grupo que se burlaba de su propia ingenuidad. Ella era la ninfa de la fuente de la que ellos se reían, una reliquia de aquel mundo ordenado e ilusorio en el que los pobres no existían, y los homicidios apenas si llegaban a ser unos dramas lejanos cometidos por personas inimaginablemente malévolas que siempre acababan en la horca. La vida, sin embargo, jamás había sido como ella imaginara, y jamás llegaría a serlo. Era otra cosa.

El inspector Garnet hubiese estado de acuerdo con ella. Durante seis días Rosie había obedecido las instrucciones que le diera de pequeña su mamá: ella le decía siempre que, cuando se sintiera perdida, acudiera a la policía y obedeciera ciegamente sus instrucciones. Como los policías —en este caso no era un solo agente sino todo un montón— le decían una y otra vez que confesara, Rosie hizo, desconcertada, lo que le pedían. Pero jamás repetía ni una sola vez el mismo relato. En estas terribles circunstancias contó con la ayuda de sus lecturas de revistas del corazón. Ahora había descrito el modo en que hubiera podido asesinar a Willy con una enorme multiplicidad de detalles horripilantes, al tiempo que contradictorios, pero sin llegar nunca a admitir que le había asesinado en realidad, y varios detectives terminaron por pedir que se les

relevara del caso, mientras que la confianza que el inspector Garnet tenía en su nueva teoría comenzó a tambalearse. Sin embargo, por fin obtuvo una prueba material irrefutable. El barro del coche de Miss Petrefact procedía del mismo lugar en donde fue encontrado el glande del consolador. Ahora ya sólo faltaba comprobar si Rosie sabía conducir.

—Depende —dijo ella cuando le preguntaron si sabía.

—¿De qué depende? —preguntó el inspector.

—Bueno, me encanta ir en coche —dijo Rosie—. Una vez, la señora de la Seguridad Social, me llevó…

—Pero ¿ha ido alguna vez en el coche de Miss Petrefact?

—Depende —dijo Rosie.

El inspector Garnet se mordió las uñas. Rosie seguía utilizando la misma palabra a fin de averiguar qué es lo que quería saber él en realidad, y el interrogatorio estaba haciéndose insoportable.

—Entonces, ¿ha estado en ese coche?

—Sí.

—¿Dónde?

—En el garaje.

—¿En qué garaje?

—En el de Miss Petrefact.

—¿Y dónde fue desde allí?

—¿Cómo dice? —dijo Rosie, cuya capacidad de atención, siempre limitadísima, estaba ahora mucho más reducida debido a la falta de horas de sueño y el exceso de tazas de café solo que le habían dado. El inspector Garnet ya no tenía uñas que morderse.

—Que adónde fue cuando salió del garaje.

—Depende —dijo Rosie, volviendo a las andadas.

El inspector no pudo soportarlo. Alguna pieza se le rompió en la cabeza.

—Por todos los jodidos infiernos —farfulló, y salió tambaleándose de la habitación, agarrándose un dedo ensangrentado—. Fíjese lo que ha conseguido con sus malditos «depende».

El sargento le miró, y lo que imaginó que era un mordisco de Rosie le recordó otro mordisco mucho más atemorizador.

—Seguro que no es grave —comentó.

—¿Qué no es grave? Era lo único que me faltaba —gritó el inspector—. Como cualquiera de ustedes diga una palabra que termine con «pende» le voy a colgar de la lámpara de mi despacho.

Sonó el teléfono, y, sin pensarlo, el inspector descolgó. Era el jefe de policía.

—¿Ha avanzado algo? —le preguntó—. Acaban de telefonear del ministerio del Interior y…

El inspector alejó el teléfono de su oreja y se quedó mirándolo. No se encontraba en condiciones de escuchar los comentarios de ningún jodido ministerio. Cuando volvió a aproximárselo, su superior estaba preguntándole si todavía estaba allí.

—En parte.

—¿Qué dice?

—Oh, nada, nada. Sólo que me sangra la mano.

—Qué raro —dijo su jefe, con escasa simpatía por su situación—. En fin, volviendo al caso que nos ocupa. ¿Ha confesado ya la viuda de Coppett?

—No —dijo el inspector, decidiendo que lo mejor sería no dar la complicada explicación que tenía que ofrecer.

—Siendo así, lo mejor será que pise el acelerador. Me ha llamado Miss Petrefact, enfurecidísima. Ha dado instrucciones a su abogado para que solicite inmediatamente el *habeas corpus*, y como no consiga usted que esa condenada mujer hable, la prensa nos organizará un alboroto de los más sonados.

—Haré lo que pueda —dijo el inspector.

Durante el siguiente cuarto de hora estuvo muy activo. Por un lado consiguió que le curasen la herida que se había hecho arrancándose una uña de cuajo, y por otro siguió peleando con Rosie, tratando de averiguar si sabía conducir.

Finalmente llegó a una conclusión, y se dijo a sí mismo que sólo había una forma de averiguarlo. La idea era fruto de la pura desesperación. Cogió el teléfono y llamó al jefe de policía.

—Me gustaría que se encontrara usted presente cuando lleve a cabo una prueba —le explicó—. Será una prueba que nos ayudará a resolver el caso Coppett, y que quizá resulte definitiva. Ahora mismo salimos para allá. Llegaremos dentro de unos veinte minutos.

Y, antes de que su superior pudiera contestar, colgó.

Al cabo de veinte minutos el jefe de policía vio con sus propios ojos a qué se refería Garnet cuando hablaba de una prueba que quizá fuese definitiva.

—Si piensa usted en serio que voy a meterme en ese coche y permitir que lo conduzca una asesina demente por la bajada de Cliffhanger Hill, seguro que también está loco.

—Sí —dijo el inspector—. Por otro lado, sólo se me ocurre este modo de

averiguar si sabe conducir o no. Si es ella la mujer que atacaba a las enanas, tiene que saber conducir. Y si no sabe conducir es imposible que sea la mujer que atacaba a las enanas, y, por otro lado, tenemos pruebas materiales de que fue el coche de Miss Petrefact el utilizado en los ataques. Puede que yo sea un poli tonto, pero no me dejo sobornar, y…

—Si esa mujer no sabe conducir y la deja al volante por la pendiente de Cliffhanger Hill, pronto dejará de ser usted policía para convertirse en cadáver —dijo el jefe de policía. El inspector ignoró su comentario.

—No voy a detener a una subnormal ni a acusarla de haber cometido un delito que no puede haber cometido.

—¿No habría ninguna otra forma de averiguarlo? ¿Sabe ya si tiene permiso de conducir?

El inspector dijo que no tenía.

—Entonces no tiene usted derecho a dejar que conduzca un coche por una vía pública —dijo el jefe de policía.

—Si no me permite que lleve a cabo esta prueba, tendré que someter a Miss Petrefact a un interrogatorio —dijo—. No hay otra alternativa.

—¿Interrogar a Mis Petrefact? Santo Dios, ¿sabe lo que está diciendo? Cómo puede sospechar…

—Puedo sospechar, y sospecho —dijo el inspector, interrumpiéndole—. Tal como le he dicho antes, estoy seguro de que el coche utilizado para atacar a las enanas pertenece a Miss Petrefact. El pelo de gato encontrado en la manta utilizada en el ataque contra Miss Ottram coincide con el de los gatos que tiene ella en su mansión, y el consolador mordido ha sido producido en la fábrica que tienen los Petrefact en Buscott. Además, Miss Consuelo Smith declaró que su atacante tenía voz de mujer, aunque un poco grave. Sumando todo esto, no parece que la culpable pueda ser Rosie Coppett.

—¿Qué me dice del ama de llaves?

El inspector Garnet esbozó una sonrisa malévola.

—Es posible que sea ella la que ha tratado de despistarnos. Me dijo que Rosie salió las noches en que se llevaron a cabo los ataques.

—Bien, ¿y qué?

—Pues nada. Que todo cuadra, si Rosie sabe conducir. Pero si no sabe…

—¿No es posible que la atacante de las enanas fuera la propia ama de llaves?

—Es demasiado bajita y demasiado delgada.

—Joder —dijo el jefe de policía, y se dirigió entristecido y acobardado hacia el coche. Salieron de la cumbre de Cliffhanger Hill.

—Bien, Rosie —dijo el inspector abandonando el volante—. ¿Ves esta

bonita bajada? Ahora vas a demostrarnos lo bien que conduces. Siéntate tú al volante, y yo me sentaré ahí, a tu lado, y…

—¡Pero si no sé conducir…! —dijo Rosie sollozando—. No le he dicho que supiera.

—Si es así, tienes tiempo hasta llegar al pie de la colina para aprender un poco.

—Mierda —dijo el jefe de policía, fuera de sí, mientras Rosie, empujada por el inspector, se ponía al volante. Garnet se colocó en el asiento de al lado de ella y se puso el cinturón de seguridad.

—Adelante —dijo, ignorando la mirada de espanto que asomaba a los ojos de Rosie—. Las marchas son una hache de las corrientes, y el freno de mano es esta palanca de aquí.

—¿Y cómo se pone en marcha? —preguntó Rosie.

—Da un giro a esa llave.

—Dios mío —dijo el jefe de policía, y trató de abrir la puerta, pero Rosie ya había accionado el contacto. Ante su sorpresa, el motor se había puesto en marcha.

—Ahora el freno de mano —dijo Garnet, decidido a que el jefe de policía se convenciera de una vez por todas de que Rosie Coppett no podía ser la atacante de las enanas, y estimulado por la agitación que notaba atrás. Pero antes de que tuviera tiempo de disfrutar de la situación, el coche había empezado a bajar la pendiente y estaba cobrando velocidad.

—Pon una jodida marcha —gritó, pero Rosie no hizo caso de sus instrucciones. Agarrada catatónicamente al volante, y con los pies pisando simultáneamente el acelerador y el embrague, miraba fijamente al frente. Por primera vez en su vida, Rosie no se sentía capaz de seguir las instrucciones de un policía, aunque llegaba a oír su voz por encima del ruido del acelerado motor. A su espalda, el jefe de policía había dejado de moverse. Cuando pasaban junto a una señal de circulación que anunciaba pendiente del diez por ciento y recomendaba a todos los conductores que utilizaran las marchas cortas, tuvo el total convencimiento de que Rosie era absolutamente incapaz de conducir. El coche, que debía de ir aproximadamente a ciento veinte kilómetros por hora, se encaminaba directamente hacia un camión de una empresa de reparto de gasolina, que ascendía pesadamente la cuesta.

El jefe de policía pronunció una blasfemia a modo de oración, y cerró los ojos. Cuando volvió a abrirlos vio al inspector que, obstaculizado por lo que en otras circunstancias hubiera merecido su nombre corriente de cinturón de seguridad, trataba frenéticamente de arrebatarle a Rosie el control del volante al que ella seguía fuertemente agarrada, al tiempo que hacía todo lo posible por

pisar con su pie derecho el pedal del freno, cosa que no conseguía por culpa de la palanca de cambio, que seguía en punto muerto, estorbándole su acción. Mientras dejaban atrás un segundo camión y se dirigían hacia una curva, el inspector se lanzó a fondo. Agarró el cambio de marchas, metió la marcha atrás con todas sus fuerzas y, de una patada, apartó el pie de Rosie del pedal del embrague. Durante una fracción de segundo dio la sensación de que el coche estuviera dudando, pero sólo fue durante una fracción de segundo. Al instante siguiente, la caja de cambios, desgarrada por la contradicción entre la orden recibida, las ocho mil revoluciones a las que giraba el motor, y los ciento veinte kilómetros por hora a los que avanzaban las ruedas, estalló. Mientras las partículas de aquella exquisita pieza de sofisticada mecánica penetraban como balazos por los orificios que iban abriendo en el piso del coche, el jefe de policía tuvo por un momento la ilusión de que acababan de pisar una mina subterránea. Sin duda, los efectos eran exactamente los mismos. Hubo primero una explosión, luego una descarga de metralla, y, cuando el eje de transmisión se clavó en el asfalto, experimentó la sensación de estar siendo catapultado por los aires. Durante un prolongado segundo el coche comenzó a flotar, en efecto, hacia la curva, pero luego cayó pesadamente sobre la carretera, con tal fuerza que ambas ruedas delanteras salieron disparadas hacia los lados, mientras que las traseras se hundían hacia dentro, bajo la carrocería. Cuando finalmente reinó el silencio, y las resonancias del castigado metal perdieron intensidad, oyó a Rosie que gemía:

—Ya le dije que no sabía conducir.

El jefe de policía separó sus ojos inyectados en sangre del respaldo del asiento delantero, contra el que había ido a dar su cabeza, y contempló con espantada fascinación una de las ruedas delanteras, que saltaba por encima de un Volkswagen que estaba subiendo la cuesta, e iba a estrellarse contra el muro de piedra que había en la curva. Luego, el jefe de policía hizo un gesto de asentimiento. Lo que Rosie Coppett acababa de decir era la más pura verdad. No sabía conducir. Y ningún profesor de conducir que estuviera medianamente en sus cabales se atrevería jamás a sentarse a su lado para darle clases. Por otro lado, esto significaba que Rosie no podía ser la atacante de las enanas.

Le distrajo de estos deprimentes pensamientos la serie de ruidos que estaba emitiendo el inspector, cuyo rostro había adquirido un color horripilante. Durante un momento maravilloso, el jefe de policía pensó que, con suerte, Garnet estaba agonizando.

—¿Se encuentra bien, inspector? —preguntó animadamente. El comentario salvó la vida de Garnet.

—No te jode… No, no me encuentro bien —estalló el inspector, escupiendo un fragmento de la guantera que se le había metido en la boca—. Y ahora, ¿me

cree cuando le digo que Rosie no sabía conducir?

—Sí.

—¿Me da su autorización para interrogar a Miss Petrefact?

—Supongo que tendré que dársela, si cree que ése es su deber, pero le aconsejo que antes vaya a que le hagan una cura de urgencia.

28

Durante los siguientes días, mientras el inspector Garnet se restablecía de sus diversas magulladuras y heridas, los Petrefact celebraron una reunión del consejo de familia en Fawcet House. Emmelia fue llevada hasta allí por Osbert, en el coche de éste, e incluso Lord Petrefact se vio forzado, ante las amenazas que pesaban ahora sobre su propia reputación, a presentarse también. Por otro lado, la idea de que su hermana pudiera ser la atacante de las enanas sirvió para redimir a Yapp.

Ya le dije que ese necio era incapaz de hacerlo —le dijo a Croxley—. Es evidente que consiguió que esa furcia los hiciera por él.

—Le felicito —dijo Croxley—. Debe usted de sentirse orgulloso. Dicen que toda publicidad, por mala que sea, siempre es beneficiosa.

—Cierre el pico —dijo Lord Petrefact, para quien esa máxima se había convertido en anatema.

Era casi exactamente el mismo consejo que Purbeck estaba dándole a Emmelia.

—En caso de que te lleven, cosa que dudo mucho que llegue a ocurrir, no digas absolutamente nada. No estás obligada a proporcionarle a la policía ninguna clase de prueba que pueda ser utilizada contra ti. El inspector, si se presenta, tendrá que hacerte esta advertencia. En caso de que no lo hiciera, él mismo estaría infringiendo la ley.

—En una palabra, me aconsejas que les mienta —dijo Emmelia—. Pero recuerda que no soy inocente. Que soy una necia…

—No eres tú quien ha de decirlo —interrumpió el juez apresuradamente—. Es el fiscal quien tiene que demostrarlo y convencer al jurado de que así es.

—A no ser que yo misma me declare culpable —dijo Emmelia.

Toda la familia la miró horrorizada. Hasta Lord Petrefact empalideció.

—Pero no puedes hacerlo —dijo el general de brigada, rompiendo el silencio—. Quiero decir que…, piensa en la familia…

—Piensa en la cárcel. Piensa en los manicomios para delincuentes locos… —dijo el juez, en tono más siniestro incluso.

—Piensa en la publicidad —dijo Lord Petrefact, casi gimiendo.

Emmelia le contestó mirándole a la cara:

—Tú eres quien hubiese tenido que pensar en la publicidad antes de contratar al profesor Yapp para que escribiera la historia de la familia —dijo en tono muy seco—. Si no hubieses enviado a ese pobre hombre para que husmease en Buscott, hoy no se encontraría donde está.

—Esta frase me parece carente de lógica —dijo el juez—. Yapp hubiese podido asesinar a cualquier otra persona en cualquier otro lado.

Emmelia alzó la vista y la posó en un retrato de su madre, tratando de encontrar apoyo en ella, pero no halló allí más que el impecable aburrimiento de una mujer que había dedicado su vida a cumplir su deber en cientos de banquetes y fiestas de fin de semana. Su mirada opaca no le brindaba el menor apoyo. Sólo le recordó que la lealtad a la familia era más importante que las preferencias personales. Nada había cambiado ni nada cambiaría nunca. En toda Inglaterra la gente seguía comportándose tan alocadamente como ella en los últimos días, pero, a diferencia de los otros, Emmelia era una persona influyente y, gracias a ello, podía librarse de las consecuencias de sus actos. La inocencia no tenía lugar en aquel mundo tan dividido.

—Estoy dispuesta a seguir vuestro consejo, pero con una condición —dijo por fin—. Que utilicéis vuestra influencia…

—Si no haces lo que te decimos, nuestra influencia no servirá de nada —la interrumpió el juez—. Si perdemos nuestra fama de ciudadanos probos, nos quedamos sin influencia. Esta es la clave de la cuestión.

Durante unos momentos Emmelia estuvo a punto de ceder y aceptar sumisamente lo que le pedían, pero ese impulso sólo duró unos momentos. Alzó la vista y vio una sonrisa triunfal en los labios de Lord Petrefact. Era un grotesco recordatorio de los tiempos de su rivalidad infantil, algo así como una calavera sonriente. Una provocación.

—Quiero discutir este asunto con Ronald, a solas —dijo con voz serena.

—Como quieras —dijo el juez, poniéndose en pie, pero Lord Petrefact no opinaba lo mismo.

—No me dejéis solo con ella —chilló—. Está loca. Está como una cabra. ¡Por Dios…! ¡Croxley!

Pero sus dos primos ya habían salido, y estaban hablando en voz baja junto

a la puerta.

—¿Crees tú que…? —decía el general de brigada.

El juez hizo un gesto negativo con la cabeza.

—A veces yo mismo he sentido la tentación de hacerlo —dijo el juez—, y pienso que un asesinato en el seno de la familia no deja de tener sus ventajas, a veces. En cualquier caso, sería mucho mejor que decidiesen que Emmelia no está en condiciones de hacer una declaración, y la mandasen a un manicomio, en lugar de tener que padecer todos la vergüenza de un juicio contra ella por su manía contra los enanos.

Pero Emmelia iba a ser estafada todavía una vez más. Cuando se levantaba de su asiento, Lord Petrefact se desplomó hacia adelante, cayó de la silla de ruedas y se quedó paralizado en el suelo. Durante cinco minutos Emmelia estuvo mirándole, y luego se apartó porque llegó Croxley con todo el equipo de médicos pisándole los talones. Era tarde. Para entonces, Lord Petrefact ya había ido a reunirse con sus antepasados.

Garnet no estaba muy seguro de sí mismo cuando llegó a la mansión de los Petrefact para interrogar a Emmelia, y mientras le conducían al salón su estado era francamente inquieto. El ataúd que encontró en el vestíbulo y el coche fúnebre que aguardaba junto a la fachada, eran malos augurios para sus pesquisas. Y sólo faltó que fuera el juez Petrefact quien le recibió en el salón.

—Mi prima está muy apenada por la muerte de su hermano, señor inspector —le dijo el juez—. Tenga la bondad de explicarme qué le trae por aquí…

El inspector se guardó su cuaderno de notas.

—Sólo quería preguntar si Miss Petrefact sabía que su coche fue utilizado por la persona que cometió recientemente una serie de delitos.

El juez le lanzó una mirada malévola.

—Incluso para usted, señor inspector, debe de ser obvia la respuesta a esa pregunta. Si mi prima hubiese tenido la más mínima sospecha de que ocurría una cosa así, hubiera sido la primera en informarle. Ya que no hizo nada de eso, la pregunta es impertinente.

Cuando el inspector abandonaba New House sabía que su carrera había terminado.

—En este país —le dijo amargamente al sargento—, tienes que ser pobre o negro para conseguir un poco de justicia.

Hacía una magnífica mañana de primavera cuando Yapp fue avisado, mientras se encontraba en la biblioteca de la nueva cárcel, de que tenía que presentarse en el despacho del alcaide. Había estado muy ocupado en la preparación de una conferencia que tenía que pronunciar ante los presos matriculados en la Universidad a Distancia. Su título era «Factores ambientales determinantes y su papel en la psicología criminal», y tenía el paradójico mérito, en opinión de Yapp, de estar en curiosa contradicción con la realidad. Todos sus compañeros de prisión procedían de excelentes medios sociales, y sus delitos habían resultado, casi sin excepción, de los impulsos debidos a la codicia económica. Pero Yapp había abandonado hacía mucho tiempo su antigua adoración de los datos estadísticos y también la de la verdad. Por culpa de su empeño en decir la verdad había dado con sus huesos en la cárcel, y su supervivencia, en cambio, había sido consecuencia de la imaginación más absurda.

En pocas palabras, se había resignado a sí mismo, y pensaba que él era lo único seguro e indudable de aquel mundo caprichoso en donde vivía. De hecho, ni siquiera estaba completamente seguro de sí mismo. Su pasión por Rosie, que aún alentaba en su alma, era un saludable recordatorio de sus impulsos irracionales, pero éstos eran, como mínimo, una cosa suya contra la que luchaba con sus propias fuerzas y hasta donde podía. En este sentido, la vida en prisión le estaba sentando bien. Nadie esperaba de él que fuera un buen preso. Como era el único asesino de este nuevo penal, y además se trataba de un asesino psicopático, todos suponían que tenía que ser un tipo horrible e intratable. Los funcionarios de prisión comprobaron que su presencia podía resultarles útil, pues en cuanto alguno de los presos comenzaba a crearles problemas, bastaba amenazarles con enviarle a la celda de Yapp para que se pusiera a cumplir al pie de la letra todas las normas del reglamento de la cárcel.

A consecuencia de su horrible reputación, había siempre bastante público en las conferencias de Yapp, todos los presos le presentaban a tiempo los trabajos que él les encargaba, y cuando les dirigía la palabra en cualquier ocasión se sentía escuchado con una concentración que jamás encontró en sus años de catedrático de la Universidad de Kloone. La vida en prisión tenía además otras ventajas para él. Era una vida prácticamente no jerárquica, excepto en el sentido más abstracto del término (el hecho de que Yapp hubiera asesinado a un enano le colocaba en el primer lugar de la liga de la delincuencia), y carente de toda discriminación en lo relativo a la comida y alojamiento. Incluso los más ricos agentes de bolsa y políticos en extradición tomaban el mismo desayuno que el más pobre ladronzuelo o que el más perverso vicario, y todos llevaban la misma ropa. Todos, también, se levantaban a la misma hora, seguían la misma rutina y

se acostaban al mismo tiempo. De hecho, Yapp reservaba sus simpatías para los guardianes y el resto de funcionarios, que al salir de la prisión tenían que regresar a sus casas para soportar a sus fastidiosas esposas, sus espantosas cenas, sus preocupaciones económicas y el resto de incertidumbre que trae consigo el mundo exterior.

Yapp había llegado incluso a una fase en la que hacía caso omiso del efecto embrutecedor que suele atribuirse a las condenas indefinidas, y a sus ojos la vida de la prisión era como el equivalente moderno de la vocación monástica en la Edad Media. Así ocurría al menos en su propio caso. Seguro de su absoluta inocencia, su tranquilidad espiritual era completa.

Fue por lo tanto con cierta irritación como se fue con el funcionario hasta el despacho del alcaide, para luego entrar allí y mirar sombríamente al jefe de la prisión.

—Ah…, Yapp. Tengo una magnífica noticia para usted —dijo el alcaide—. Me acaba de llegar una nota del ministerio del Interior donde dice que el juez acaba de concederle la libertad condicional.

—¿Cómo?

—La libertad condicional. Naturalmente, tendrá que presentarse…

—No quiero salir de aquí —le interrumpió Yapp—. Me encuentro muy a gusto, y hago todo lo posible por ayudar a mis compañeros de prisión, y…

—Esta es sin duda la razón por la cual se ha tomado esta decisión —dijo el alcaide—. En mis informes he subrayado siempre que su comportamiento penitenciario es ejemplar, y, por mi parte, le aseguro que sentiré que nos deje.

Pero, a pesar de sus protestas, Yapp fue conducido a su celda, y una hora más tarde le echaron de la prisión, con un maletín en la mano. Le acompañaba una funcionaria encargada de los casos de libertad condicional, una mujer muy fuerte que vestía ropa más bien masculina.

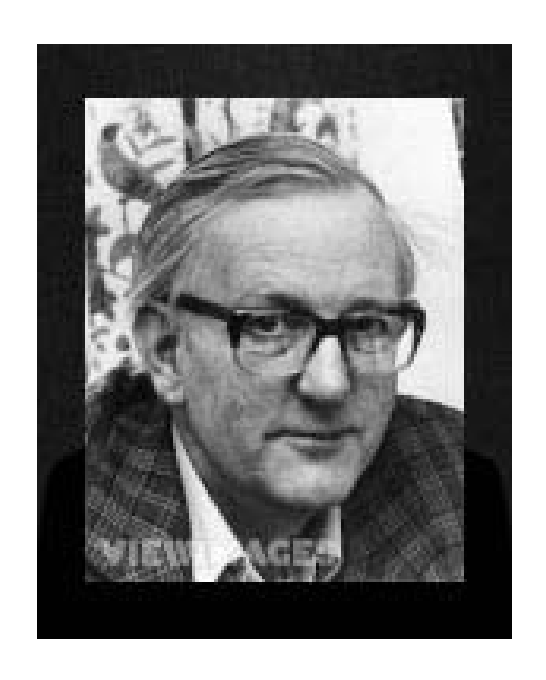
—Ha tenido suerte —le dijo la mujer mientras se dirigían al coche—. No hay nada mejor que empezar una nueva vida con un día soleado.

—¿Nueva vida? Y una mierda —dijo Yapp, y durante un momento pensó que quizá podría regresar a su celda si le propinaba un buen puñetazo a aquella mujer. Pero su característica lentitud para ponerse en acción le salvó de hacerlo, y además estaba acordándose de Doris, a la que había echado mucho de menos. Sólo ella le había sido fiel. Como mínimo, eso era lo que él suponía, y ahora que podría proporcionarle todo el nuevo material adquirido en sus últimas experiencias, confiaba en que al menos ella sería capaz de encontrar cierto grado de racionalidad en el aparente caos de acontecimientos que había vivido.

—Seguiré haciendo mis investigaciones en Kloone —dijo Yapp, y se instaló en el coche.

También Croxley pensaba en la computadora. Siempre había sabido que aquella máquina acabaría suplantándole. Y eso fue lo que ocurrió al día siguiente de la llegada de Frederick a la jefatura del Grupo de Empresas Petrefact. Aunque el difunto Lord Petrefact hizo cuanto estuvo en su mano por evitar que le sucediera su hijo, a la postre no le sirvió de nada. La familia se aglutinó en torno a Frederick, como si fuera un inmenso enjambre de abejas en torno a una reina, y Croxley se vengó de su antiguo jefe explicando a la familia hasta dónde llegaban sus excentricidades. Como premio, le habían ofrecido la gerencia de la fábrica de Buscott. Tuvo la tentación de aceptar, pero prevaleció su discreción. Los oscuros acontecimientos de Buscott habían perjudicado notablemente a Yapp. Y, por otro lado, Frederick se parecía demasiado a su padre como para confiar en él. De modo que, en lugar de aceptar el cargo, Croxley utilizó sus últimos días en el Grupo de Empresas Petrefact para hacer unas cuantas chapuzas en los datos de la computadora. Nadie los descubriría en mucho tiempo, y para entonces Croxley se habría convertido en un millonario. Le pareció que su maniobra era un adecuado tributo al tortuoso carácter de su difunto jefe, y no le cabía duda de que el viejo diablo hubiera sabido apreciar su astucia.

En New House, Rosie Coppett estaba muy atareada preparando la masa para una tarta de ruibarbo. A través de la ventana alcanzaba a ver a Miss Emmelia, al otro lado de los cristales del invernadero. Annie comentaba las habladurías locales con el lechero. Un rumor según el cual Mr. Jipson había decidido vender el tractor. A Rosie no le interesó aquel asunto. Jamás serviría para entendérselas con ninguna máquina. Además, hacía buen día, y Miss Emmelia le había dicho que la autorizaba a tener un conejito, a condición de que no lo dejara correr entre las lechugas.



TOM SHARPE nació en Inglaterra en 1928 y se licenció en Antropología en la Universidad de Cambridge. Tras su servicio militar en la marina, en 1951 marchó a Natal, en Sudáfrica, trabajando como asistente social y profesor, y posteriormente a Pietermaritzburg, en donde trabajó como fotógrafo, su gran afición. En 1961, fue expulsado del país por «actividades antigubernamentales», tras haber sido encarcelado, y retornó al Reino Unido, trabajando como profesor de Historia Europea en el Cambridge Collage of Arts and Technology, entre 1963 y 1972. Desde 1995 vive en el pueblo gerundense de Llafranch, en la Costa Brava.

Es autor de novelas con grandes dosis de humor, críticas y satíricas, obteniendo el Gran Premio de Humor Negro en 1986.

En España, alcanzó la fama a raíz de la publicación de *Wilt* (1976), lo cual ha favorecido la traducción de otras obras suyas:

Reunión tumultuosa (1971)

Exhibición impúdica (1973)

Zafarrancho en Cambridge (1974)

El temible Blott (1975)

La gran pesquisa (1977)

El bastardo recalcitrante (1978)

Las tribulaciones de Wilt(1979)

Vicios ancestrales (1980)

Una dama en apuros (1983)

¡Animo Wilt! (1985)

Becas flacas (1995)

Lo peor de cada casa (1996)

Wilt no se aclara (2004)

Los Grope (2009)

La herencia de Wilt (2010)

Algunas de sus obras han sido llevadas al cine o como series de televisión. Es de destacar el caso de El temible Blott:

Su versión televisiva en Gran Bretaña reunió ante la pequeña pantalla la cantidad récord de once millones de telespectadores.

Tom Sharpe se inició en el camino de la literatura con una serie de obras teatrales que, si bien se representaron, fueron —según sus propias palabras— «un estrepitoso fracaso». Como novelista, sin embargo, ha confirmado con sus obras un excelente y personalísimo sentido del humor que le identifica como uno de los más originales narradores de la epoca.

Table of Contents